CIRCULO DEL CRIMEN

LA MUÑECA ENCADENADA

ALISTAIR MACLEAN

EDICIONES FORUM



Nº 115

195 Ptas.

Una novela de suspense sobre los bajos fondos de Ámsterdam con la droga y la prostitución como temas centrales.



Alistair MacLean

La muñeca ahorcada

ePub r1.0
Titivillus 06.12.2020

Título original: *Puppet on a Chain*
Alistair MacLean, 1969
Traducción: Adolfo Martín
Ilustración de cubierta: Norman Weaver

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A FRED E INA

CAPÍTULO PRIMERO

—Dentro de unos minutos aterrizaremos en él aeropuerto de Schiphol, Ámsterdam. —La meliflua e inexpresiva voz de la azafata holandesa podría ser exactamente igual a la de las azafatas de una docena de compañías de aviación europeas—. Tengan la bondad de sujetarse los cinturones y apagar los cigarrillos. Esperamos que hayan tenido un vuelo agradable, y estamos seguros de que su estancia en Ámsterdam será también muy agradable.

Yo había cruzado unas cuantas palabras con la azafata durante el viaje. Una muchacha encantadora, pero dotada de una cierta inclinación a un injustificado optimismo en su visión de la vida en general, y tenía que disentir de ella en dos puntos: no había tenido un vuelo agradable y no esperaba encontrar agradable mi estancia en Ámsterdam. No había sido agradable el vuelo, porque ningún vuelo había sido agradable para mí desde aquel día, hace dos años, en que los motores de un DC-8 habían fallado a los dos segundos tan sólo del despegue, llevándome al descubrimiento de dos cosas: que un reactor descontrolado posee las deslizantes características de un bloque de cemento, y que la cirugía plástica puede ser muy larga, muy dolorosa, muy cara y, ocasionalmente, no muy afortunada. Y tampoco esperaba encontrar agradable Ámsterdam, aunque probablemente es la ciudad más bella del mundo y con los habitantes más amables que puede uno hallar en parte alguna. Lo que ocurre es que la naturaleza de mis viajes al extranjero excluye automáticamente la posibilidad de que nada resulte agradable.

Cuando el gigantesco DC-8 de la KLM —no soy supersticioso, cualquier avión puede estrellarse— empezó a perder altura, paseé la vista por su atestado interior. Observé que la mayoría de los pasajeros parecían compartir mi creencia en la intrínseca locura del acto de volar: los que no clavaban sus uñas en el tapizado de la KLM , o estaban recostados con excesiva indolencia, o charlaban con la alegre viveza de los animosos espíritus que, con una jocosa observación en sus sonrientes labios, marchan a su inminente desastre; el tipo de personas que habrían saludado alegremente con la mano a la multitud al detenerse su carreta junto a la guillotina. Un grupo, en resumen, bastante representativo de la Humanidad. Claramente respetuosos con la ley. Ciertamente honrados. Vulgares; incluso anodinos.

Pero quizás esto sea injusto; me refiero a lo de anodinos. Para merecer esa descripción, un tanto denigrante, deben existir términos comparativos de referencia que justifiquen su uso. Desgraciadamente para el resto de los pasajeros, había otros dos a bordo de aquel avión que no le habrían parecido anodinos a nadie.

Los miré, tres asientos detrás de mí, al otro lado del pasillo. Este gesto mío, difícilmente podía llamar la atención, ya que la mayoría de los hombres que las tenían al alcance de su vista apenas si habían hecho otra cosa que mirarlas desde que el aparato despegó del aeropuerto de Heathrow. No haberlas mirado habría sido un método casi infalible de llamar la atención.

Sólo un par de chicas sentadas juntas. Puede uno encontrar un par de chicas sentadas juntas casi en cualquier parte, pero tendría uno que pasarse los mejores años de su vida buscando para encontrar dos como aquéllas. Una con el pelo tan negro como ala de cuervo, y la otra, una resplandeciente rubia platino, ambas ataviadas, si bien marginalmente, con minivestidos, la morena uno de blanquísima seda, la rubia toda de negro, y las dos en posesión, por lo que se podía ver —y se podía ver mucho—, de cuerpos que demostraban claramente la inmensa distancia recorrida desde los tiempos de la Venus de Milo por una selecta fracción del sexo

femenino. Y, sobre todo, eran extraordinariamente bellas, pero no con esa belleza insípida y superficial que hace ganar el concurso de *Miss* Mundo: curiosamente parecidas, tenían la delicada estructura ósea, las definidas facciones y la inequívoca calidad de inteligencia que las harían seguir siendo bellas veinte años después de que las marchitas *Miss* Mundo de ayer hubieran renunciado hacía tiempo a la desigual lucha.

La rubia me sonrió, una sonrisa insolente y provocativa a la vez, pero amistosa. Yo mantuve mi impasible mirada, y dado que el poco experto cirujano plástico que me había operado no había conseguido dejar iguales los dos lados de mi cara, mi expresión impasible es escasamente estimulante, pero ella continuó sonriéndome. La morena le dio un codazo a su compañera, que apartó la vista, vio el reprobador fruncimiento de cejas y dejó de sonreír. También yo aparté la vista.

Estábamos ya a menos de cien metros del extremo de la pista, y para alejar de mi mente la certeza casi absoluta de que el tren de aterrizaje se encogería al tocar el cemento, me eché hacia atrás, cerré los ojos y pensé en las dos muchachas. Cualesquiera que fuesen mis otros defectos, reflexioné, nadie podría decir que yo escogía a mis ayudantes sin atender a algunos de los más estéticos aspectos de la vida. Maggie, la muchacha morena, tenía veintisiete años y llevaba ya más de cinco conmigo. Era inteligente, metódica, meticulosa, discreta, digna de confianza y casi nunca cometía un error…, en nuestra profesión no existe persona que no cometa jamás un error. Y, lo que era más importante, Maggie y yo estábamos encariñados el uno con el otro y lo habíamos estado durante años, condición casi esencial en la que una pérdida momentánea de la fe y la interdependencia mutuas podía tener consecuencias de una desagradable y permanente naturaleza; pero, que yo supiera, no estábamos demasiado encariñados, pues eso podría haber sido igualmente desastroso.

Belinda, rubia, veintidós años, parisiense, medio francesa, medio inglesa, y en su primera misión activa, era para mí casi una incógnita.

No es que fuera un enigma; solamente desconocida como persona. Cuando la Sûreté le presta a alguien uno de sus agentes, como me habían prestado a mí a Belinda, el *dossier* que le acompaña es tan amplio que no se omite en él ningún hecho relevante que de algún modo haga referencia a esa persona o a su pasado. En el aspecto personal, todo lo que yo había podido percibir era una acusada carencia de ese respeto —si no ilimitada admiración— que los jóvenes deben dispensar a sus mayores y superiores profesionales, que en este caso era yo mismo. Pero la muchacha poseía un aire de sosegada y eficaz competencia que compensaba con creces cualquier reserva que pudiera abrigar respecto hacia su jefe.

Ninguna de las muchachas había estado antes en Holanda, lo cual era una de las principales razones para que me acompañaran allí. Aparte de eso, las jóvenes atractivas son, en nuestra poco grata profesión, más raras que los abrigos de pieles en el Congo y, por consiguiente, tanto menos susceptibles de atraer la atención de los sospechosos y los malvados.

El DC-8 tocó tierra y el tren de aterrizaje se mantuvo intacto, por lo que abrí los ojos y empecé a pensar en asuntos de más inmediata importancia. Duclos. Jimmy Duclos me estaba esperando en el aeropuerto de Schiphol, y Jimmy Duclos tenía algo importante y urgente que comunicarme. Demasiado importante para enviarlo, aun cifrado, a través de los canales normales de comunicación; demasiado urgente para esperar los servicios de un correo diplomático de nuestra embajada en La Haya. No me inquietaba sobre el contenido probable del mensaje: lo conocería dentro de cinco minutos. Y sabía que sería lo que yo quería. Las fuentes de información de Duclos eran impecables, y la información misma siempre precisa y cierta. Jimmy Duclos nunca cometía errores, por lo menos no de este tipo.

El DC-8 estaba ya reduciendo su velocidad, y yo ya podía ver cómo el tubo de desembarque emergía del costado del edificio del aeropuerto, dispuesto a alinearse con la puerta de salida del avión cuando éste se detuviese. Me solté el cinturón, me levanté, miré a

Maggie y Belinda con rostro inexpresivo y sin manifestar señal alguna de reconocimiento, me dirigí hacia la salida mientras el avión estaba todavía en movimiento, maniobra que los tripulantes aéreos ven con desagrado y, en este caso, también los demás pasajeros del avión, cuyas expresiones indicaban claramente que se hallaban en presencia de un rústico y testarudo patán que no podía esperar su turno con el resto de la paciente y civilizada humanidad. Hice caso omiso de ellos. Hacía tiempo que me había resignado a la idea de no despertar nunca generales simpatías.

La azafata me dirigió, no obstante, una sonrisa, aunque no se trataba de ningún tributo a mi aspecto ni a mi personalidad. La gente sonríe cuando se siente impresionada o aprensiva, o cuando experimenta ambas cosas a la vez. Siempre que viajo en avión, excepto cuando estoy de vacaciones —lo que viene a ocurrir una vez cada cinco años—, entrego a la azafata un sobre lacrado para que se lo dé al capitán, y el capitán, de ordinario tan deseoso como el que más de impresionar a una muchacha bonita, le comunica su contenido, que no es sino una retahíla de insistencias acerca de absoluta prioridad en todas las circunstancias e, invariablemente, del todo punto innecesaria, salvo por el hecho de que le garantiza a uno, de forma impecable e inmediata, almuerzo, cena y servicios de bar. Pero del todo punto necesario era otro privilegió que varios de mis colegas y yo teníamos atribuido, una inmunidad de tipo diplomático a los registros aduaneros, lo cual me venía de perlas, ya que, por regla general, mi equipaje contenía un par de excelentes pistolas, un pequeño pero hábilmente diseñado equipo de herramientas de ladrón y varios otros nefandos artilugios mirados generalmente con malos ojos por las autoridades de inmigración de los países más avanzados. Yo nunca llevaba una pistola conmigo a bordo de un avión, pues, aparte del hecho de que un hombre dormido puede mostrar inadvertidamente a su compañero de asiento una pistola en una funda sobaquera, causando con ello una gran cantidad de innecesaria consternación, sólo un loco dispararía una pistola en el interior de la cabina con presión artificial de un avión moderno. Lo

cual explica el sorprendente éxito de los secuestradores de aviones: los resultados de una implosión tienden a ser muy permanentes.

Se abrió la puerta de salida, y yo pasé al ondulado tubo de desembarque. Dos o tres empleados del aeropuerto se situaron cortésmente a un lado mientras yo me dirigía hacia el otro extremo del tubo, que desembocaba en el edificio de la terminal y en las dos pistas deslizantes que se movían en direcciones contrarias trayendo y llevando pasajeros desde la sección de inmigración.

Al final de la pista deslizante en dirección exterior, había un hombre de pie, de espaldas a ella. Era de estatura media, delgado y de aspecto nada atractivo. Tenía el pelo negro, rostro atezado, ojos también negros y una fina abertura en el lugar donde habría debido estar la boca. No era precisamente la clase de sujeto a quien yo habría animado a cortejar a mi hija. Pero vestía bastante respetablemente con un traje y un abrigo negros, y —aunque esto no era ningún criterio de respetabilidad— llevaba una voluminosa bolsa de viaje, evidentemente nueva.

Pero los inexistentes pretendientes de inexistentes hijas me traían sin cuidado. Había avanzado lo suficiente para ver la pista deslizante que llevaba al lugar de la terminal en que yo me encontraba. Había cuatro personas en la pista, y reconocí inmediatamente a la primera de ellas, un hombre alto, delgado, vestido de gris, con un fino bigote y todas las características externas de un eficiente contable. Jimmy Duclos. Mi primer pensamiento fue que debía de haber considerado su información de una naturaleza verdaderamente vital y urgente para haber acudido a recibirme hasta allí. El segundo, que debía de haber falsificado un pase de la Policía para poder llegar hasta aquel punto de la terminal, lo que no tendría nada de extraño, pues era un auténtico maestro en el arte de la falsificación. Y el tercero, que sería una muestra de cortesía y cordialidad saludarle con la mano y sonreírle, y así lo hice. Él me correspondió, a su vez, agitando la mano y dirigiéndome una sonrisa.

La sonrisa duró una fracción de segundo y, casi al instante, se convirtió en una expresión de enorme sorpresa. Fue entonces cuando

advertí, de modo casi subconsciente, que la dirección de su mirada se había desplazado ligeramente.

Me volví en redondo. El hombre moreno de traje y abrigo negros ya no estaba de espaldas a la cinta transportadora. Había descrito un giro de 180 grados y estaba ahora de frente a ella, con la bolsa de viaje curiosamente sujeta bajo el brazo en vez de tenerla colgada de la mano.

Sin saber todavía qué pasaba, reaccioné instintivamente y salté en dirección al hombre del abrigo negro. Por lo menos, empecé a saltar. Pero había tardado un segundo en reaccionar, y, de forma literalmente instantánea, el hombre procedió a demostrar, para total convicción suya y mía, que un segundo era lo que él consideraba tiempo sobrado para realizar cualquier maniobra violenta que quisiera. Apenas había empezado yo a moverme, cuando él describió bruscamente un cuarto de círculo y me golpeó en el plexo solar con el canto de su bolsa de viaje.

Las bolsas de viaje suelen ser blandas. Aquélla, no. Nunca he sido golpeado por un martillo pilón, ni tengo tampoco ganas de ello, pero puedo suponer lo que se sentiría. El efecto físico vino a ser igual. Me derrumbé en el suelo como si una mano gigantesca me hubiera estirado de los pies y permanecí allí inmóvil. Estaba completamente consciente. Podía ver, podía oír, podía, hasta cierto punto, apreciar lo que sucedía a mi alrededor. Pero ni siquiera podía retorcerme, que era lo único que tenía ganas de hacer en aquellos momentos. Yo había oído hablar de sacudidas que producen *shocks* mentales; aquélla era la primera vez que experimentaba una sacudida determinante de un absoluto *shock* físico.

Todo parecía suceder en una ridícula cámara lenta. Duclos miraba casi salvajemente a su alrededor, pero no había forma alguna de salir de aquella pista deslizante. Le era imposible retroceder, pues había tres hombres a poca distancia detrás de él, tres hombres que parecían del todo indiferentes a lo que estaba sucediendo. Hasta más tarde, mucho más tarde, no caí yo en la cuenta de que debían ser cómplices del hombre del traje negro, puestos allí para asegurar

que Duclos no tuviera más remedio que continuar avanzando con aquella cinta deslizante y hacia su muerte. Al considerarlo retrospectivamente, veo que se trataba de la ejecución realizada con más diabólica sangre fría de que yo haya tenido noticia en toda una vida de escuchar relatos sobre personas que no habían encontrado su fin en la forma prevista por su Creador.

Podía mover los ojos, así que los moví. Miré a la bolsa de viaje y vi que bajo su tapa emergía el agujereado cilindro de un silenciador. Ése era el martillo pilón que había producido mi momentánea parálisis —esperaba que fuese momentánea— y, por la fuerza con que me había golpeado, me pregunté si no lo habría doblado en forma de U. Miré al hombre que empuñaba la pistola, con la mano derecha escondida bajo la tapa de la bolsa. No había placer ni expectación en el rostro del hombre moreno; sólo la serena certidumbre de un profesional que conocía su propia eficiencia en su trabajo. En alguna parte, una voz impersonal anunció la llegada del vuelo KL-132 procedente de Londres, el avión en que habíamos llegado. Pensé, vaga e incongruentemente, que nunca olvidaría aquel número de vuelo, pero todo habría sido igual cualquiera que fuese el vuelo que yo hubiese utilizado, pues Duclos había sido condenado a muerte antes de que pudiera verme siquiera.

Miré a Jimmy Duclos. Tenía el rostro de un hombre condenado a muerte. Su expresión era desesperada, pero se trataba, mientras buscaba entre los amplios pliegues de su abrigo, de una desesperación serena y controlada. Los tres hombres situados tras él pasaron a la pista deslizante, y también el significado de esto tardó mucho en mostrárseme con claridad. La pistola de Duclos emergió de su abrigo, y en ese instante sonó un ruido ahogado y apareció un agujero en el centro de la solapa izquierda de su abrigo. Se estremeció convulsivamente, se inclinó hacia delante y cayó de bruces; la cinta deslizante le transportó hasta la zona de la terminal, y su cuerpo sin vida rodó contra él.

Nunca sabré con seguridad si mi total inacción durante los escasos segundos anteriores a la muerte de Duclos fue debida a una

auténtica parálisis física, o si me detuvo lo ineluctable de la forma en que murió. No es cosa que me preocupe demasiado pues yo no tenía pistola y no podría haber hecho nada. Siento sólo una leve curiosidad, pues queda descartada la idea de que el contacto con su cadáver produjera en mí ninguna especie de efecto revivificador.

No hubo ninguna recuperación milagrosa. Me invadieron violentas náuseas, y, ahora que se iba desvaneciendo la conmoción inicial del golpe, empezó a dolerme el estómago. También me dolía la frente, y no poco, en el punto en que mi cabeza debía dé haber golpeado el suelo al caer. Pero había recobrado un grado suficiente de control muscular y me puse cautelosamente en pie, cautelosamente porque, a causa de las náuseas y el vértigo, estaba preparado para regresar al suelo en cualquier momento con absoluta independencia de mi voluntad. Toda la zona de la terminal oscilaba de modo alarmante, y descubrí que no podía ver bien, por lo que deduje que el golpe debía dé haber afectado a mi visión, lo que resultaba muy extraño, ya que parecía funcionar perfectamente mientras me encontraba tendido en el suelo. Entonces me di cuenta de que tenía los párpados casi pegados, y una mano exploratoria descubrió el motivo: un poco de sangre, que al principio y por unos instantes me pareció mucha, manaba de una herida producida en la parte superior de la frente, en la raíz del pelo. Bienvenido a Ámsterdam, pensé, y saqué un pañuelo: dos toquecitos, y mi visión volvió a ser normal. Todo el incidente podría haber durado diez segundos a lo sumo, pero ya se había reunido una multitud de personas, como sucede siempre en casos semejantes: la muerte súbita, la muerte violenta, es para el hombre lo que el tarro abierto de miel para las abejas: su presencia les hace salir en espectaculares cantidades de zonas que, unos segundos antes, parecían carentes de toda vida.

Hice caso omiso de ellas, como hice caso omiso de Duclos. No había nada que yo pudiera hacer por él, ni él por mí, pues un registro de sus ropas no habría revelado nada, como todos los buenos agentes, Duclos jamás confiaba nada de valor a un papel o una cinta

magnetofónica, sino que se limitaba a archivarlo en su poderosa memoria.

El hombre moreno armado con la pistola asesina debió de haber huido. Fue la pura rutina y el ya inveterado instinto de revisar hasta lo irrevisable lo que me hizo mirar hacia la sección de inmigración para confirmar que, en efecto, había desaparecido.

Pero el hombre moreno no había huido todavía. Había recorrido unas dos terceras partes del camino hacia la zona de inmigración, y entonces estaba moviéndose despreocupadamente a lo largo de la pista deslizante que se dirigía al interior, balanceando con indolencia su bolsa de viaje y, al parecer, inconsciente de la conmoción producida tras él. Me quedé un momento mirándole, sin comprender, pero fue sólo un momento: aquélla era la forma de huir de un verdadero profesional

El carterista profesional que acaba de aliviar de su cartera al caballero de sombrero gris de copa sentado a su lado en Ascot, no se zambulle apresuradamente entre la multitud originando los gritos de «detengan al ladrón» y la certeza de una rápida aprehensión: es más probable que pregunte a su víctima cuál es su pronóstico para la siguiente carrera. Los diplomados en la carrera del crimen lo hacían con aire de despreocupación, de absoluta normalidad. Y así lo estaba haciendo también el hombre moreno. Por lo que a él se refería, yo era el único testigo de su acto, pues ahora comprendía yo por primera vez el papel que los otros tres hombres habían desempeñado en la muerte de Duclos; se encontraban todavía entre el grupo de personas arracimadas en torno al cadáver, pero ni yo ni nadie podría jamás probar nada contra ellos. Y, por lo que el hombre moreno sabía, me había dejado en un estado en el que yo sería incapaz de proporcionarle la más mínima inquietud durante un considerable lapso de tiempo.

Me lancé tras él.

Mi persecución no tuvo un comienzo muy espectacular. Me encontraba débil, aturdido, y me dolía tanto el diafragma que me resultaba imposible enderezarme debidamente, por lo que la

combinación de mi vacilante carrera por la pista deslizante con mi inclinación hacia delante de unos treinta grados debía de darme el aspecto de un nonagenario con lumbago persiguiendo Dios sabe qué.

Me encontraba hacia la mitad de la cinta deslizante, con el hombre moreno casi a su final, cuando el instinto o el sonido de mis pisadas le hicieron volverse con la misma felina velocidad que había mostrado para fulminarme unos segundos antes. Vi inmediatamente que no tenía ninguna dificultad para distinguirme de cualquier nonagenario que pudiera haber conocido, pues su mano izquierda levantó la bolsa de viaje, mientras la derecha se deslizaba bajo su tapa. Comprendí que me iba a suceder lo mismo que le había sucedido a Duclos; la cinta deslizante me descargaría, a mí o a lo que quedara de mí, en el suelo, al final de su recorrido. Una ignominiosa manera de morir.

Por unos instantes me pregunté qué locura me había impulsado a mí, un hombre desarmado, a lanzarme en persecución de un asesino provisto de una pistola con silenciador, y estaba a punto de arrojarme de bruces al suelo cuando vi que el silenciador oscilaba indecisamente y que la mirada del hombre se desplazaba de modo casi imperceptible hacia la izquierda. Ignorando la probabilidad de recibir un balazo en la nuca, me volví en redondo para seguir su mirada.

El grupo de personas que rodeaban a Duclos había abandonado temporalmente su interés por él, transfiriéndolo a nosotros; habría sido extraño que no lo hubieran hecho, teniendo en cuenta lo que debían de haber considerado de mi extraño proceder en la cinta deslizante. Por el rápido atisbo que tuve de sus rostros, sus expresiones variaban desde el desconcierto hasta la estupefacción: no había ni rastro de comprensión. No lo había en aquel grupo concreto de personas. Pero había comprensión de sobra, y una escalofriante determinación, en los rostros de los tres hombres que habían seguido a Duclos hasta su muerte: se hallaban ahora caminando a pasos rápidos por la cinta deslizante en dirección a mí, dispuestos, sin duda, a seguirme hasta matarme.

Oí a mis espaldas una exclamación sofocada, y me volví otra vez. La cinta había llegado al final de su recorrido, cogiendo desprevenido al hombre moreno, que se hallaba ahora tambaleándose para recobrar el equilibrio. Como ya suponía yo para entonces, lo recobró muy pronto, me volvió la espalda y echó a correr: matar a un hombre delante de una docena de testigos era muy distinto a matar a un hombre delante de uno solamente, aunque yo sentía, de un modo vago, la absoluta certeza de que él habría hecho lo que estimara necesario, y al diablo los testigos. Dejé la cuestión para más tarde. Empecé de nuevo a correr, esta vez con mucha más firmeza, como un septuagenario ágil.

El hombre moreno, que aumentaba sin cesar su distancia de mí, atravesó velozmente la sala de inmigración, con gran desconcierto y consternación de los funcionarios, pues se da por supuesto que la gente no cruza corriendo las salas de inmigración, sino que se detiene, enseña su pasaporte y da una breve explicación, que es para lo que están las salas de inmigración. Para cuando yo llegué, la veloz huida del hombre moreno, juntamente con mi tambaleante carrera y mi cara manchada de sangre, les había alertado el hecho de que algo extraño ocurría, pues dos de los funcionarios de inmigración trataron de detenerme, pero yo me los quité de encima —aunque no fue ésa la expresión que utilizaron luego en sus informes — y traspuse la puerta de salida que el hombre moreno acababa de franquear.

Traté de trasponerla, pero la maldita puerta estaba bloqueada por una persona que intentaba entrar. Una muchacha, eso es todo lo que tuve el tiempo o las ganas de percibir, una muchacha cualquiera. Me desvié a la derecha, y ella se desvió a la izquierda; me desvié a la izquierda, y ella se desvió a la derecha. Puede verse la misma escena prácticamente en cualquier momento en la acera de una ciudad, cuando dos personas excesivamente corteses, cada una de ellas pretendiendo ceder el paso a la otra, se ladean con tan desafortunada eficacia que sólo consiguen obstruirse recíprocamente el paso. Supuestas las circunstancias adecuadas en que dos

espíritus supersensibles se encuentran, el embarazoso fandango puede continuar casi indefinidamente.

Yo admiro como el que más un *pas de deux* bien ejecutado, pero no tenía ganas de verme detenido indefinidamente y, después de otra frustrada cesión de paso, grité «quítese de en medio dé una maldita vez» y, para cerciorarme de que lo hacía, la cogí del hombro y la empujé violentamente a un lado. Me pareció oír un golpe y una exclamación de dolor, pero no hice caso: volvería después para excusarme.

Volví antes de lo que esperaba. La muchacha me había hecho perder sólo unos segundos, pero esos segundos habían sido más que suficientes para el hombre moreno. Cuando salí al exterior, inevitablemente abarrotado de gente, no vi ni rastro de él; habría sido difícil identificar a un jefe indio ataviado de punta en blanco entre todas aquellas personas que parecían vagar sin rumbo de un lado a otro. Y sería inútil alertar a la Policía de seguridad en el aeropuerto, ya que cuando yo hubiera demostrado mi buena fe el hombre estaría llegando a Ámsterdam. Y aunque hubiera podido suscitar una acción inmediata, las probabilidades de apresar al hombre habrían sido remotas: la cosa andaba entre profesionales sumamente eficientes, y esta clase de hombres tenían abiertas muchas vías de escape. Volví sobre mis pasos, esta vez con una marcha cansina, que era todo lo que me permitían mis fuerzas. Me dolía mucho la cabeza, pero, en comparación con el estado de mi estómago, sentí que no habría estado bien quejarme de ella. Me sentía hecho polvo, y el ver mi cara pálida y manchada de sangre en un espejo no me hizo sentirme mejor.

Regresé a la escena de mi actuación de *ballet*, donde dos hombres uniformados, provistos de enfundadas pistolas, me asieron firmemente de los brazos.

—Se han equivocado de hombre —dije cansadamente—, así que hagan el favor de quitarme sus malditas manos de encima y dejarme sitio para respirar.

Vacilaron, se miraron uno a otro, me soltaron y se alejaron; se alejaron unos pocos centímetros. Miré a la muchacha, a quien estaba hablando suavemente alguien que debía de ser un funcionario, muy importante del aeropuerto, pues no llevaba uniforme. Volví a mirar a la muchacha, porque los ojos me dolían tanto como la cabeza y era más fácil mirarla a ella que al hombre que estaba a su lado.

Llevaba un vestido y un abrigo, ambos de color oscuro, con un jersey de cuello alto que emergía en torno a su garganta. Tendría unos veintitantos años, y sus cabellos negros, ojos pardos, facciones casi griegas y el tinte oliváceo de su tez indicaban con toda claridad que no era natural de aquellos pagos. Si se la pusiera al lado de Maggie y Belinda, habría tenido uno que pasarse los mejores años de su vida, y la mayoría de los otros, para encontrar un trío como ellas, aunque la verdad es que la muchacha no ofrecía en aquellos momentos el mejor de sus aspectos; su rostro tenía un color ceniciento, y, con un gran pañuelo blanco, probablemente propiedad del hombre que estaba a su lado, se limpiaba la sangre que fluía de un chichón cada vez más perceptible que se le estaba formando en su sien izquierda.

—¡Santo Dios! —exclamé. Mi voz sonaba pesarosa, y era sincero, pues me duele como al que más dañar innecesariamente una obra de arte—. ¿He hecho yo eso?

—Claro que no —su voz era baja y ronca, pero quizá lo era sólo desde que yo la había golpeado—. Me he cortado esta mañana al afeitarme —añadió socarronamente.

—No sabe cuánto lo siento. Estaba persiguiendo a un hombre que acaba de matar a alguien, y usted se ha interpuesto en mi camino. Me temo que ha escapado.

—Me llamo Schroeder. Trabajo aquí.

El hombre que estaba junto a la muchacha, un sujeto corpulento y de aire astuto que aparentaba unos cincuenta y tantos años, parecía afectado del curioso automenosprecio que inexplicablemente padecen tantos hombres que han alcanzado puestos de considerable responsabilidad.

—Hemos sido informados de ese asesinato —añadió—. Lamentable, muy lamentable. ¡Que esto suceda en el aeropuerto de Schiphol!

—¡Con su buena reputación! —convine—. Espero que el muerto se sienta completamente avergonzado de sí mismo.

—De nada sirve hablar así —replicó ásperamente Schroeder—. ¿Conocía usted al muerto?

—¿Cómo diablos lo iba a conocer? Acababa de bajar del avión. Pregunte a la azafata, pregunte al capitán, pregunte a una docena de personas que venían en el avión. KL-132 procedente de Londres, llegada a las 15:55. —Miré mi reloj—. ¡Santo Dios! Hace sólo seis minutos.

—No ha respondido usted a mi pregunta.

Schroeder no sólo parecía astuto; lo era.

—No le conocería aunque le viera ahora.

—Ejem… ¿Se le ha ocurrido pensar, *Mr*…?

—Sherman.

—¿Se le ha ocurrido pensar, *Mr*. Sherman, que las personas normales no se lanzan en persecución de un asesino armado?

—Quizá yo sea subnormal.

—O quizá lleva también una pistola.

Me desabroché la chaqueta y la abrí con las manos.

—¿Reconoció usted, por casualidad, al asesino?

—No —respondí, pero nunca lo olvidaría. Me volví hacia la muchacha—. ¿Puedo hacerle una pregunta, *Miss*…?

—*Miss* Lemay —dijo secamente Schroeder.

—¿Reconoció usted al asesino? Seguramente, pudo verlo bien. Un hombre corriendo llama invariablemente la atención.

—¿Por qué le iba a conocer?

Yo no trataba de ser tan astuto como Schroeder. Dije:

—¿Le gustaría echar un vistazo al muerto? Quizá le reconozca a él.

Ella se estremeció y movió la cabeza. Con la misma falta de astucia, pregunté:

—¿A recibir a alguien?

—No comprendo.

—El que esté usted a la salida de la sala de inmigración…

La joven volvió a mover la cabeza. Si una bella muchacha puede estar horriblemente pálida, ella estaba horriblemente pálida.

—Entonces, ¿por qué está aquí? ¿Para contemplar el paisaje? Ya habría pensado que la sala de Inmigración de Schiphol era el lugar menos atractivo de todo Ámsterdam.

—Ya basta —dijo Schroeder con brusquedad—. Sus preguntas carecen de objeto, y la señorita está, evidentemente turbada. —Me miró fijamente para recordarme que yo era responsable de su turbación—. El interrogatorio es de la incumbencia de los agentes de Policía.

—Yo soy un agente de Policía. —Le entregué mi pasaporte y mi carnet oficial, y, mientras lo hacía, Maggie y Belinda aparecieron por la puerta de salida. Volvieron la vista en mi dirección, se detuvieron y me miraron con una mezcla de inquietud y consternación, dado, sin duda, el aspecto que yo ofrecía. Pero yo les sostuve hoscamente la mirada con el aire de ofendido, dignidad con que se mira a quien clava la vista en uno, por lo que ellas se apresuraron a cambiar de expresión y continuaron su caminó. Volví mi atención a Schroeder, que me estaba mirando ahora con una expresión completamente distinta en su rostro.

—Comandante Paul Sherman, Oficina de Londres de la Interpol. Esto es muy diferente. También explica por qué se ha comportado usted como, un policía y ha interrogado como tal. Pero tendré que comprobar sus credenciales, naturalmente.

—Compruebe lo que quiera y con quien quiera —respondí, presumiendo que la gramática inglesa de *Mr*. Schroeder no estaría encontrando faltas en mi sintaxis—. Le sugiero que empiece con el coronel Van de Graaf, de la Jefatura Central.

—¿Conoce usted al coronel?

—Es sólo un nombre que se me acaba de ocurrir, Me encontrará en el bar. —Empecé a alejarme y, al ver que los dos policías hacían

ademán de seguirme, miré a Schroeder—. No tengo intención de invitarles a beber.

—Déjenlo —dijo Schroeder a los dos hombres—. El comandante Sherman no huirá.

—No mientras tenga usted mi pasaporte y mi carnet —corroboré. Miré a la muchacha—. Lo siento, *Miss* Lemay. Esto debe de haberle causado una gran conmoción, y la culpa es enteramente mía. ¿Quiere usted tomar una copa conmigo? Parece como si la necesitara.

Ella se dio unos toquecitos más en la mejilla y me miró de un modo que destruía toda idea de inminente amistad.

—Ni siquiera cruzaría la carretera con usted —dijo con una voz sin inflexiones.

La forma en que lo dijo indicaba que me habría acompañado muy gustosamente hasta la mitad de una calle de mucho tráfico para dejarme, luego abandonado allí… si yo hubiera sido ciego.

—Bienvenido a Ámsterdam —dije tristemente, y eché a andar con lentitud hacia el bar más próximo.

CAPÍTULO II

Normalmente, no me hospedo en hoteles de cinco estrellas, por la excelente razón de que no puedo permitirme semejante lujo, pero cuando estoy en el extranjero tengo una cuenta de gastos prácticamente ilimitada sobre la que raras veces se hacen preguntas, que nunca se contestan; y como esos viajes por el extranjero suelen ser bastante fatigosos, no veo razón para negarme a mí mismo unos momentos de paz y relajación en los hoteles más lujosos y confortables que pueda encontrar.

El Hotel Rembrandt era, indudablemente, uno de éstos. Se trataba de un espléndido, si bien un tanto recargado, edificio enclavado en un recodo de uno de los canales de la ciudad vieja: sus balcones, soberbiamente esculpidos, se asomaban sobre el mismo canal, por lo que cualquier descuidado sonámbulo podía sentirse tranquilizado por la idea de que no se partirla el cuello si se caía por el balcón, es decir, a menos que tuviese la mala suerte de caer sobre una de las embarcaciones turísticas que por allí pasaban a intervalos muy frecuentes, una magnifica vista de esas mismas embarcaciones podía contemplarse desde el restaurante de la planta baja, que, con cierta justificación, pretendía ser el mejor de Holanda.

Mi taxi Mercedes amarillo se detuvo ante la puerta principal, y, mientras esperaba a que el portero pagara al taxista y cogiera mi equipaje, me llamó la atención el sonido del *Vals de los patinadores* tocado de la manera más desafinada, metálica y átona que jamás había oído. El sonido provenía de un organillo muy grande, alto, chillonamente pintarrajeado y, a todas luces, muy antiguo, aparcado

en la posición ideal para producir la máxima obstrucción posible de tráfico en aquella estrecha calle. Bajo el toldo del organillo, un toldo que parecía confeccionado con los restos de un número desconocido de descoloridas sombrillas de playa, una fila de muñecas, bellamente fabricadas y, para mis profanos ojos, exquisitamente ataviadas con una extraordinaria variedad de vestidos tradicionales holandeses, se agitaban al extremo de hilos forrados de goma: la fuerza impulsora de su agitación parecía proceder de la vibración inherente al funcionamiento de aquella pieza de museo.

El propietario, o servidor, de esta máquina de tortura era un hombre muy viejo y encorvado, con unos cuantos mechones de pelo gris pegados a la cabeza. Parecía lo bastante viejo como para haber construido él mismo el organillo cuando estaba en la plenitud de sus facultades, pero no, evidentemente, cuando estaba en la plenitud de sus facultades como músico. Sostenía con la mano un palo largo, a cuyo extremo se hallaba atado un bote de hojalata que agitaba continuamente y que continuamente era ignorado por los transeúntes, así que yo pensé en mi elástica cuenta de gastos, crucé la calle y eché un par de monedas en su platillo. No podría decir que me dirigió una sonrisa de agradecimiento, pero entreabrió su desdentada boca y, como muestra de gratitud, cambió de disco y empezó a interpretar los sones de la desdichada *Viuda Alegre*. Me retiré apresuradamente, seguí al portero y a mi maleta por los escalones que conducían, al vestíbulo, me volví al llegar al último y vi que el viejo me hacía una reverencia. Para no ser menos cortés, le respondí del mismo modo y pasé al interior del hotel.

El empleado que se encontraba tras el mostrador de recepción era alto, moreno, con un fino bigote y vestía impecablemente; su sonrisa tenía la misma cordialidad y alegría que la de un cocodrilo hambriento, la clase de sonrisa que uno sabía se esfumaría instantáneamente en cuanto le volviera la espalda aunque no fuera más que a medias, pero que volvería a materializarse, y más auténticamente que nunca, por muy de prisa que uno se volviera de nuevo.

—Bienvenido a Ámsterdam, *Mr*. Sherman —dijo—. Esperamos que tenga una estancia agradable.

No parecía haber ninguna respuesta adecuada a aquella muestra de necio optimismo, de modo que guardé silencio y me dediqué a la tarea de rellenar la ficha de inscripción. La cogió de mis manos como si yo le estuviera entregando el diamante Cullinan y llamó a un botones, que se acercó trotando con mi maleta, ladeado en un ángulo de unos veinte grados.

—¡Botones! Habitación 616 para *Mr*. Sherman.

Alargué la mano y le cogí la maleta al botones. Podría haber sido —con escasa diferencia de edad— el hermano menor del organillero que estaba en la calle.

—Muy pesada parece esta maleta, *Mr*. Sherman.

La solícita protesta del recepcionista era más sincera aún que la cordialidad de su bienvenida. La maleta era, en efecto, muy pesada, con todas aquellas pistolas y municiones y herramientas metálicas para abrir una amplia diversidad de cosas, pero yo no quería que un tipo ingenioso, provisto de ideas ingeniosas y llaves más ingeniosas aún, abriera mi maleta e inspeccionara su contenido cuando no estuviese yo delante. Una vez dentro de la *suite* de un hotel, hay muchísimos lugares donde se pueden esconder objetos pequeños con un mínimo riesgo de que sean descubiertos, y, además, rara vez se realiza un registro concienzudo si se deja la maleta bien cerrada…

Le di las gracias al recepcionista por su interés, entré en el ascensor más próximo y oprimí el botón del sexto piso. Cuando el ascensor empezó a moverse, eché un vistazo por una de las mirillas circulares de la puerta. El recepcionista, desvanecida ya su sonrisa, estaba hablando gravemente por un teléfono.

Salí en el sexto piso. En un pequeño hueco situado exactamente enfrente de las puertas del ascensor había una mesita con un teléfono, y, detrás de la mesa, una silla en la que se hallaba sentado un joven que lucía una librea bordada en oro. Era un joven poco atractivo, con ese vago aire de indolencia e insolencia que tan difícil resulta de concretar y que le hace a uno sentirse ligeramente en

ridículo si se queja de él; esta clase de jóvenes suelen ser expertos en el arte de la inocencia ofendida.

—¿Seis-uno-seis? —pregunté.

Señaló con un previsiblemente lánguido pulgar.

—Segunda puerta.

Nada de «señor», y ningún ademán de ponerse en pie. Dominé la tentación de aplastarle con su mesa y, en lugar de ello, me prometí a mí mismo el pequeño pero exquisito placer de habérmelas con él antes de abandonar el hotel.

—¿Es usted el camarero de piso? —pregunté.

—Sí, señor —respondió, y se puso en pie.

Sentí una punzada de decepción.

—Tráigame café.

No había nada que objetar a la 616. No era una habitación, sino una suntuosa *suite*. Se componía de un vestíbulo, una pequeña pero completa cocina, un cuarto de estar, dormitorio y baño. Estos dos daban al mismo balcón. Salí a él.

A excepción de un enorme y monstruoso anuncio de neón de una marca de cigarrillos, por otra parte totalmente inocuos, el resplandor de las policromas luces que se elevaba de las calles y el mellado perfil de Ámsterdam parecía salido de un cuento de hadas, pero mis jefes no me pagaban —y me concedían aquella espléndida cuenta de gastos— sólo por el privilegio de contemplar el perfil de una ciudad recortándose sobre el cielo, por bello que fuera. El mundo en que yo vivía se hallaba tan alejado del mundo de los cuentos de hadas como la más remota galaxia situada en los confines observables del universo. Volví mi atención a cuestiones más inmediatas.

Miré hacia abajo, en dirección a la fuente del intenso rumor de tráfico que llenaba el aire circundante. La amplia calzada situada directamente debajo de mí —y a unos veinte metros por debajo de mí— parecía estar inextricablemente atestada de tintineantes tranvías, vehículos que hacían sonar sus bocinas y cientos y cientos de motos y bicicletas, todos cuyos conductores parecían dispuestos al suicidio inmediato. Resultaba inconcebible que ninguno de aquellos

gladiadores sobre dos ruedas pudiera razonablemente esperar que ninguna póliza de seguro cubriera una expectativa de vida de más de cinco minutos, pero ellos parecían considerar su inminente fallecimiento con una despreocupada temeridad que nunca deja de sorprender al recién llegado a Ámsterdam. Una cierta ilación de ideas me llevó entonces a esperar que si alguien había de caerse o ser empujado desde aquel balcón, ese alguien no fuera yo.

Miré hacia arriba. Evidentemente, el mío era —como había especificado— el último piso del hotel. Sobre el tabique de ladrillo que separaba mi balcón del correspondiente a la *suite* contigua, había una especie de grifo esculpido en piedra y sustentado en un pedestal también de piedra. Más arriba, a cosa de un metro de altura sobre él, corría el canalón de cemento del tejado. Entré.

Saqué de la maleta todas las cosas cuyo descubrimiento por otras personas me habría resultado sumamente embarazoso. Coloqué una pistola en la funda sobaquera de fieltro, que pasa inadvertida cuando se es cliente, como yo, del sastre adecuado, e introduje un cargador de repuesto en el bolsillo posterior del pantalón. Nunca había tenido que disparar más de una bala con aquella pistola, y mucho menos recurrir al cargador de repuesto, pero las cosas se estaban poniendo cada vez peor, y nunca se sabe. Desenrollé luego la serie de instrumentos para el robo —cuyo cinturón, con la ayuda de un sastre hábil, también es invisible cuando se lleva a la cintura—, y de su extraordinaria variedad extraje un sencillo pero esencial, destornillador, con el que quité la tapa trasera de la pequeña nevera que había en la cocina —es sorprendente cuánto espacio hay detrás de una nevera, aunque sea pequeña—, y escondí allí todo lo que me pareció aconsejable esconder. Luego, abrí la puerta que daba al pasillo. El camarero de piso continuaba en su puesto.

—¿Dónde está mi café? —pregunté.

No fue exactamente una airada exclamación, pero se le aproximaba bastante.

Esta vez se puso en pie al instante.

—Viene en el montaplatos. Se lo serviré en cuanto llegue.

—Más vale que se dé prisa.

Cerré la puerta. Hay personas que nunca aprenden las virtudes de la sencillez y los peligros del rebuscamiento. Sus intentos de hablar un refinado inglés eran tan ineficaces como vanos.

Saqué del bolsillo un manojo de llaves y las probé sucesivamente en la puerta exterior. La tercera de ellas encajó a la perfección; lo contrario, me habría sorprendido. Me guardé las llaves, entré en el cuarto de baño y, acababa de abrir al máximo la llave de la ducha, cuando sonó el timbre de la puerta, seguido por el ruido de ésta al abrirse. Cerré la ducha, le dije al camarero que dejara el café sobre la mesa y volví a abrir la ducha. Esperaba que la combinación del café y la ducha persuadiera a quien tuviera que ser persuadido de que se encontraba allí un respetable huésped disponiéndose tranquilamente para una velada ociosa, pero no habría apostado nada por ello. No obstante, uno tiene que intentar.

Oí cerrarse la puerta, pero dejé que la ducha siguiera corriendo por si el camarero estaba con la oreja apoyada en la puerta; tenía aspecto de persona que pasa mucho tiempo escuchando detrás de las puertas o atisbando por agujeros de cerraduras. Fui hasta la puerta y me agaché. No estaba mirando por el agujero de aquella cerradura. Abrí ligeramente la puerta, retirando la mano, pero nadie cayó en el vestíbulo, lo que significaba, o bien que nadie abrigaba ninguna reserva hacia mí, o bien que había alguien que abrigaba tantas que no iba a correr el riesgo de ser descubierto: en cualquiera de los dos casos, una gran ayuda.

Cerré la puerta con la voluminosa llave del hotel, que me guardé luego en el bolsillo, tiré el café por el fregadero de la cocina, cerré la ducha y salí por el balcón. Tenía que dejar las hojas abiertas de par en par y sostenidas por un pesado sillón; por evidentes razones, pocos hoteles tienen hojas de balcón con un picaporte en su lado exterior.

Eché un rápido vistazo a la calle y a las ventanas del edificio frontero, luego me asomé por la balaustrada de cemento y miré a

derecha e izquierda para ver si los ocupantes de las *suites* contiguas estaban mirando en dirección a mí. No miraba nadie. Me subí a la balaustrada, agarré el ornamental grifo, un grifo tan grotescamente esculpido que presentaba muchos y excelentes asideros, luego eché mano al canalón de cemento y me icé a lo alto. No digo que me gustara hacerlo, pero no veía qué otra cosa podía hacer.

Por lo que *ya* podía ver, el liso tejado estaba desierto. Me puse en pie y crucé al otro lado, sorteando antenas de televisión, tubos de ventilación y esos curiosos invernaderos en miniatura que en Ámsterdam sirven de claraboyas, y miré cautelosamente hacia abajo. Había una calleja muy estrecha y oscura, totalmente privada de vida por el momento. A pocos metros a mi izquierda, localicé la escalerilla de incendios y descendí hasta el segundo piso. La puerta estaba cerrada por dentro, como casi todas las puertas de este tipo, y la cerradura era de doble acción, pero no constituía ningún obstáculo insalvable para la completa colección de ferretería que yo llevaba encima.

En el corredor no había nadie. Descendí por las escaleras hasta la planta baja, porque es difícil salir cautelosamente de un ascensor que se abre en medio de la zona de recepción. No necesitaba haberme molestado. No se veía ni rastro del recepcionista, el botones o el portero, y, además, el vestíbulo se hallaba atestado de una nueva hornada de recién llegados por avión que asediaban el mostrador de recepción. Me introduje entre la multitud, di unos corteses golpecitos en un par de hombros, alargué un brazo, deposité sobre el mostrador la llave de mi habitación, me dirigí sin prisa, mirando a un lado y a otro, parándome y reanudando la marcha, con el paso sin rumbo del turista que hace su primera salida para saborear las vistas y los sonidos del Ámsterdam nocturno.

Cuando paseaba por la Herengracht, admirando debidamente las fachadas de las casas de los príncipes mercaderes del siglo XVII, noté por primera vez esa curiosa sensación de cosquilleo en la nuca. Ningún entrenamiento o experiencia podrá desarrollar jamás esta

sensación. Se nace o no se nace con ese instinto. Yo había nacido con él.

Me seguían.

Los amsterdameses, tan hospitalarios en todos los demás aspectos, son extrañamente descuidados; cuando se trata de proporcionar bancos a sus visitantes fatigados —o a sus ciudadanos fatigados, si vamos a eso— a lo largo de las orillas de sus canales. Si, por la noche, quiere uno contemplar reflexiva y tranquilamente las oscuras y relucientes aguas de sus canales, lo mejor que puede hacer es apoyarse en un árbol; así lo hice y encendí un cigarrillo.

Permanecí allí varios minutos, meditando —eso, al menos, esperaba que pareciera— y levantando de vez en cuando el cigarrillo, pero, aparte de eso, completamente inmóvil. Nadie disparó contra mí pistolas provistas de silenciador, nadie se me acercó con un saquito de arena, dispuesto a arrojarme reverentemente al canal. Yo le había dado todas las oportunidades imaginables, pero él no las había aprovechado. Y el hombre moreno de Schiphol me había tenido en su punto de mira, pero no había apretado el gatillo. Nadie quería suprimirme. Rectifico. Nadie quería suprimirme todavía. No dejaba de ser un consuelo.

Me enderecé, me estiré y bostecé, mirando distraídamente a mí alrededor, como un hombre que despertara de una ensoñación romántica. Él estaba allí, no con la espalda apoyada en el árbol, como yo, sino apoyado con el hombro, de modo que él árbol quedaba entre él y yo, pero era un árbol muy delgado y yo podía distinguir con toda claridad sus protuberancias anteriores y posteriores.

Eché a andar, torcí por la Leidestraat y paseé un rato por ella, parándome de vez en cuando a mirar los escaparates. En una ocasión, me detuve ante una tienda para contemplar unas muestras pictóricas de un carácter artístico tal, que, en Inglaterra, el propietario no habría tardado en verse entre rejas. Pero más interesante aún resultaba el hecho de que el escaparate formaba un espejo casi perfecto. El hombre estaba ahora a unos veinte metros

de distancia, mirando atentamente el escaparate cerrado de lo que podría haber sido una frutería. Llevaba un traje gris y un jersey también gris, y eso era todo lo que se podía decir de él: un hombre totalmente anodino y anónimo.

En la esquina siguiente, torcía de nuevo a la derecha y pasé junto al mercado de flores existente a la orilla del canal Singel. Hacia la mitad del recorrido, me detuve ante un puesto, examiné su mercancía y compré un clavel. A unos treinta metros, el hombre gris estaba examinando también un puesto, pero o era de espíritu mezquino o no tenía una cuenta de gastos como la mía, pues no compró nada, limitándose a mirar.

Le llevaba una ventaja de treinta metros y, cuando volví a torcer a la derecha por la Vijzelstraat, avivé el paso hasta llegar a la entrada de un restaurante indonesio. Entré y cerré la puerta tras de mí. El portero, evidentemente un pensionista, me saludó con bastante cortesía, pero no hizo el menor ademán de levantarse de su asiento.

Miré a través de la puerta, y, a los pocos segundos, pasó el hombre gris. Pude ver ahora que era más viejo de lo que había pensado, andaría fácilmente por los sesenta, y debo reconocer que caminaba a una velocidad notable para un hombre de su edad. Parecía preocupado.

Me puse el abrigo y murmuré una excusa al portero. Éste sonrió y me dio las buenas noches con la misma cortesía que antes. De todos modos, el local estaba ya lleno, probablemente. Salí, me detuve en la puerta, saqué un doblado sombrero de fieltro de un bolsillo y un par de gafas con montura metálica del otro, y me los puse. Sherman transformado.

El hombre se hallaba, como he dicho, a unos treinta metros de distancia, y avanzaba con rapidez, parándose de vez en cuando para mirar en algún portal. Jugándome el todo por el todo, me lancé a cruzar la calle y llegué al otro lado, intacto pero inadvertido. Manteniéndome a cierta distancia por detrás, caminé en la misma dirección que el hombre gris durante otros cien metros más, cuando él se detuvo. Vaciló y, luego, empezó bruscamente a volver sobre sus

pasos, ahora casi corriendo, pero esta vez parándose a entrar en todos los locales que veía abiertos. Entró en el restaurante que yo había visitado tan brevemente, de donde salió al cabo de diez segundos. Entró en el Hotel Carlton por la puerta lateral y salió por la principal, itinerario que no debió de granjearle mucha estima, ya que al Hotel Carlton no le agrada que viejos desarrapados con jerseys de cuello alto utilicen su vestíbulo como atajo. Entró en otro restaurante indonesio situado al final de la manzana, y reapareció con la humillada expresión de quien ha sido expulsado. Se abalanzó al interior de una cabina telefónica, y cuando salió de ella parecía más humillado que nunca. Desde allí, se dirigió a la parada de tranvías del Muntplein. Yo me situé también en la cola.

El primer tranvía que llegó, un convoy de tres unidades, llevaba el número 16 y el letrero «Estación Central». El hombre gris subió al primer coche. Yo subí al segundo y me coloqué en el asiento delantero, desde el que podía vigilarle, cuidando al mismo tiempo de ofrecer a su vista la menor parte posible de mi persona por si empezaba a interesarse en sus compañeros de viaje. Pero mi precaución era innecesaria; su falta de interés en la gente que le rodeaba era absoluta. Por el continuo cambio de expresiones, todas de infelicidad, de su rostro, y el modo como entrelazaba las manos, resultaba claro que aquel hombre tenía ocupada su mente con cosas más importantes, no siendo la menor de ellas el grado de benévola comprensión que podía esperar encontrar en sus jefes.

El hombre de gris se apeó en el Dam, El Dam, la plaza principal de Ámsterdam, está lleno de edificios históricos tales como el Palacio Real y la Nueva Iglesia, que es tan vieja que continuamente la tienen que estar apuntalando para evitar que se derrumbe, pero, aquella noche, ninguno de los dos edificios recibió ni siquiera una ojeada del hombre gris. Tomó por una calle lateral junto al Hotel Krasnapolsky, torció a la izquierda, en dirección a los muelles, siguió a lo largo del canal Voorburgwal, torció luego a la derecha y penetró en un dédalo de callejuelas que, evidentemente, se adentraban cada vez más en la zona de almacenes de la ciudad, una de las pocas

zonas no incluidas entre las atracciones turísticas de Ámsterdam. Era el hombre más fácil de seguir que he encontrado jamás. No miraba a derecha ni izquierda, y mucho menos hacia atrás. Yo podría haber ido montado a lomos de un elefante a diez pasos por detrás de él, y nunca se habría dado cuenta.

Me detuve en una esquina, viéndole avanzar a lo largo de una calle estrecha, mal iluminada y singularmente siniestra, flanqueada por ambos lados de almacenes, altos edificios de cinco pisos, cuyos tejados de grandes aleros se inclinaban hacia los del otro lado de la calle, confiriéndole un aire de claustrofóbica amenaza, de oscuro presentimiento y de atenta vigilancia que a mí me resultaban por completo indiferentes.

De pronto, el hombre gris había echado a correr, de lo cual deduje que esa excesiva demostración de celo sólo podía significar que se aproximaba el final de su trayecto, y tenía razón. Hacia la mitad de la calle, subió unos escalones, sacó una llave, abrió una puerta y desapareció en el interior de un almacén. Seguí andando despacio, aunque no demasiado, y eché un indiferente vistazo a la placa que había sobre la puerta del almacén. «Morgenstern y Muggenthaler», decía el letrero. Jamás había oído hablar de la firma, pero era un nombre que difícilmente olvidaría. Continué andando sin detenerme.

Debía reconocer que no era gran cosa como habitación de hotel, pero es que tampoco era gran cosa como hotel. El Interior de aquella habitación era tan vulgar, desastrado, desconchado y feo como el exterior del edificio. Los escasos muebles, entre los que figuraban una cama individual y un sofá-cama, mostraban evidentes huellas del inexorable paso de los años transcurridos desde la época en que fueron nuevos, si es que lo hablan sido alguna vez. La alfombra estaba raída, pero no tan raída como las cortinas y la colcha; el diminuto cuarto de baño tenía las dimensiones de una cabina telefónica. Pero la habitación se salvaba del completo desastre

gracias a un par de detalles que habrían prestado una cierta aura de deseabilidad incluso a la celda de prisión más desolada. Maggie y Belinda, sentadas una junto a otra en el borde de la cama, me miraron sin entusiasmo mientras yo me dejaba caer cansadamente en el sofá.

—Casta y Susana —dije—. Completamente solas en la perversa Ámsterdam. ¿Todo va bien?

—No —dijo Belinda en tono tajante.

—¿No? —exclamé con sorpresa.

Con un ademán, señaló la habitación.

—Bueno, mírelo usted. Miré.

—¿Y…?

—¿Viviría usted aquí?

—Pues, francamente, no. Pero los hoteles de cinco estrellas son para los directivos como yo. Para un par de trabajadoras mecanógrafas, este alojamiento es perfectamente adecuado. Para un par de muchachas que no son las trabajadoras mecanógrafas que parecen ser, esto proporciona un anonimato tan perfecto como el que cualquiera pueda desear —hice una pausa—. Eso espero, al menos. Supongo que no habéis tenido complicaciones. ¿Os reconoció alguien en el avión?

—No —respondieron al unísono y con idéntica sacudida de la cabeza.

—¿Os reconoció alguien en Schiphol?

—No.

—¿Ha mostrado alguien en Schiphol un interés especial hacia vosotras?

—No.

—¿Hay chinches en la habitación?

—No.

—¿Habéis salido?

—Sí.

—¿Os han seguido?

—No.

—¿Ha sido registrada la habitación durante vuestra ausencia?

—No.

—Pareces divertida, Belinda. —No podría decirse que se estaba riendo, pero tenía ciertas dificultades con sus músculos faciales—. Dilo. Necesito levantarme el ánimo.

—Bueno… —Y se quedó súbitamente pensativa, recordando quizá que apenas me conocía—. Nada. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, Belinda? —dije en tono paternal y animoso, que produjo el extraño efecto de hacerla revolverse con desasosiego.

—Bueno, todas esas novelescas precauciones por un par de chicas como nosotras. No veo la necesidad…

—¡Cállate, Belinda! —exclamó Maggie, pronta como siempre a acudir en defensa del viejo, aunque Dios sabía por qué. Yo había tenido mis éxitos profesionales que, considerados en sí mismos, componían una lista bastante notable, pero una lista que, comparada con el total de fracasos, palidecía hasta quedar reducida a una insignificancia que sería mejor olvidar—. El comandante Sherman —prosiguió severamente Maggie— siempre sabe lo que se hace.

—El comandante Sherman —dije con franqueza— daría cualquier cosa por creer eso. —Las miré reflexivamente—. No es que quiera cambiar de tema, pero ¿qué tal un poco de la antigua conmiseración hacia el jefe herido?

—Sabemos cuál es nuestro lugar —repuso Maggie. Se levantó, miró mi frente y volvió a sentarse—. Para lo que parecía ser mucha sangre, parece un trozo muy pequeño de esparadrapo.

—Las clases dirigentes sangran con facilidad; es cosa relacionada con las pieles sensibles, según tengo entendido. ¿Oísteis lo que sucedió?

Maggie asintió con la cabeza.

—Ese horrible disparo… Oímos que usted intentó…

—Intervenir. Intenté, como muy bien has dicho. —Miré a Belinda —. Te habrá impresionado terriblemente ver apaleado a tu nuevo jefe

nada más poner pie en un país extranjero la primera vez que sales con él.

Ella miró involuntariamente a Maggie, enrojeció —las rubias platino enrojecen con mucha facilidad— y dijo, a la defensiva:

—Bueno, fue demasiado rápido para usted.

—Sí que lo fue —asentí—. También fue demasiado rápido para Jimmy Duclos.

—¿Jimmy Duclos?

Tenían verdadera habilidad para hablar al unísono.

—El muerto. Uno de nuestros mejores agentes y amigo personal mío desde hace muchos años. Tema una información urgente y, supongo, vital, que deseaba entregarme personalmente en Schiphol. Yo era la única persona de Inglaterra que sabía que estaría allí. Pero alguien de esta ciudad lo sabía también. Mi cita con Duclos fue concertada a través de dos canales completamente desconectados entre sí, pero alguien no sólo sabía que yo llegaba, sino también en qué avión y a qué hora exactamente, y por eso se hallaba presente con tanta oportunidad para impedir que Duclos estuviera conmigo. Estarás de acuerdo, Belinda, en que no estaba cambiando de tema. Estarás de acuerdo en que, si sabían tantas cosas de mí y de uno de mis asociados, pueden estar igualmente bien informados acerca de algunos otros de mis asociados.

Se miraron una a otra unos momentos, y, luego, Belinda dijo en voz baja:

—¿Duclos era uno de los nuestros?

—¿Estás sorda? —repliqué con irritación.

—Y que nosotras, Maggie y yo, es decir…

—Precisamente.

Parecían tomarse con bastante calma las implícitas amenazas a sus vidas, pero habían sido entrenadas para hacer un trabajo, y estábamos allí para hacer un trabajo, no para ser unos histéricos.

—Siento lo de su amigo —dijo Maggie.

Moví afirmativamente la cabeza.

—Y yo siento haber sido tan estúpida —dijo Belinda, y lo decía en serio, llena de contrición, pero eso no duraría mucho. No era el tipo. Me miró con sus ojos extraordinariamente verdes bajo sus oscuras cejas y dijo lentamente—: Van por usted, ¿verdad?

—Buena chica —dije aprobadoramente—. Preocupándose por su jefe. ¿Si vienen por mí? Bueno, si no es así, entonces tienen a la mitad del personal del Hotel Rembrandt vigilando a quien no deben. Hasta las puertas laterales están vigiladas: esta noche, al salir, me han seguido.

—No le seguirían muy lejos.

La lealtad de Maggie podía ser positivamente embarazosa.

—Se veía a las claras que era un hombre incompetente. Y también lo son los otros. Muy a menudo, los que se hallan al margen de la ley suelen serlo. Por otra parte, quizás estén tratando deliberadamente de provocar una reacción. Si es ésa su intención, van a tener un éxito total.

—¿Provocación?

Maggie parecía resignada. Maggie me conocía.

—Interminable. Andar, correr o tropezar con algo. Con los ojos firmemente cerrados.

—Ésa no me parece una forma muy inteligente ni científica de investigación —dijo dubitativamente Belinda.

Su contrición empezaba a desvanecerse pronto.

—Jimmy Duclos era inteligente. El más inteligente que teníamos. Y científico. Ahora está en el depósito de cadáveres de la ciudad.

Belinda me dirigió una extraña mirada.

—¿Va a poner la cabeza en el tajo?

—En el tajo, querida —dijo Maggie con aire ausente—. Y no le sigas diciendo a tu nuevo jefe qué puede y qué no puede hacer.

Pero su corazón no estaba puesto en sus palabras, pues se advertía preocupación en sus ojos.

—Eso es un suicidio —insistió Belinda.

—¿Sí? Lo que es un suicidio es cruzar las calles de Ámsterdam; al menos, así parece. Y decenas de millares de personas lo hacen

todos los días.

No les dije que tenía razones para creer que mi muerte inmediata no encabezaba la lista de prioridades de los malvados, no porque quisiera realzar mi imagen de héroe, sino porque eso obligaría a más explicaciones, que, por el momento, no deseaba dar.

—No nos ha traído aquí para nada —dijo Maggie.

—En efecto. Pero la táctica a seguir es cosa mía. Vosotras os mantenéis apartadas. Ésta noche estáis libres. Y también mañana, salvo que quiero ir a dar una vuelta con Belinda mañana por la noche. Después, si sois buenas chicas, os llevaré a un depravado *night-club*.

—¿Y he venido desde París para ir a un depravado *night-club*? —Belinda volvía a sentirse regocijada—. ¿Por qué?

—Te diré por qué. Te diré varias cosas que no sabes acerca de los *night-clubs*. Te diré por qué estamos aquí. De hecho —afirmé con animación—, os diré todo —al decir *todo*, me refería a todo lo que necesitaban saber, no todo lo que había que contar; las diferencias eran considerables. Belinda me miraba con expectación, y Maggie, con un afectuoso escepticismo, pero es que Maggie me conocía—. Pero, antes, un poco de *whisky*.

—No tenemos *whisky*, comandante.

Maggie se mostraba a veces muy puritana.

—Ni siquiera estáis al tanto de los principios fundamentales de los servidos secretos. Debéis procurar leer los libros adecuados. —Hice una seña a Belinda—. El teléfono. Pide una botella. Hasta las clases dirigentes deben relajarse de vez en cuando.

Belinda se puso en pie y, tras alisarse el vestido, me miró con una especie de desconcertada desaprobación. Dijo lentamente:

—Cuando hablaba usted de su amigo que se encuentra en el depósito de cadáveres, le miré con atención, y su rostro no revelaba nada. El sigue allí, y usted se dedica a hablar con alegre desenfado. Relajándose, dice usted. ¿Cómo puede hacerlo?

—La práctica. ¡Ah!, y pide también un sifón.

CAPÍTULO III

Aquella era, en el Hotel Rembrandt, una noche clásica, con el organillo lanzando al aire una interpretación de un extracto de la *Quinta* de Beethoven que habría hecho caer de rodillas al viejo compositor, dando gracias eternas por su casi total sordera. Aun a cincuenta metros —la distancia desde la que yo observaba prudentemente a través de la suave llovizna—, el efecto era espantoso: constituía un extraordinario tributo a la tolerancia de los habitantes de Ámsterdam, ciudad de amantes de la música y sede del mundialmente famoso Concertgebouw, el hecho de que no atrajeran al anciano organillero a una taberna apropiada y, en su ausencia, arrojaran su organillo al canal más próximo. El viejo estaba agitando todavía su lata al extremo del bastón, una acción puramente refleja, pues aquella noche no había nadie en los alrededores, ni siquiera el portero del hotel, que, o había entrado para protegerse de la lluvia, o era un amante de la música.

Torcí por la calle en que se hallaba la entrada al bar. No había ninguna figura acechando en los portales adyacentes, ni en la puerta misma del bar, y tampoco había esperado yo encontrar ninguna. Me dirigí al callejón trasero, subí por la escalerilla de incendios hasta el tejado, lo crucé y localicé el trozo de canalón que pasaba justamente por encima de mi balcón.

Me asomé por el borde. No podía ver nada, pero podía oler algo. Humo de cigarrillo, pero no proveniente de un cigarrillo fabricado por una de las más reputadas compañías de tabacos, las cuales no incluyen la marihuana entre los productos que ponen a la venta. Me

incliné más, hasta casi perder el equilibrio, y entonces pude ver algunas cosas, no muchas, pero suficientes: dos afiladas punteras de zapato y, por un momento, el arco descrito por la reluciente brasa de un cigarrillo al moverse, sin duda, al extremo de un brazo.

Me retiré con cautela y, en silencio, me enderecé, volví a cruzar hasta la escalerilla de incendios, bajé al sexto piso, atravesé la puerta de emergencia, volviéndola a cerrar luego, avancé hasta la puerta de la habitación 616 y escuché. Nada. Abrí silenciosamente la puerta con la ganzúa que había probado antes y entré, cerrando la puerta con la mayor rapidez que pude: las corrientes de aire, de otra forma imperceptibles, pueden agitar el humo de cigarrillo de un modo que llame la atención del fumador atento. Y no es que los toxicómanos sean famosos por su vigilante atención.

Aquél no constituía ninguna excepción. Como era de prever, se trataba del camarero de piso. Estaba cómodamente sentado en un sillón, con los pies apoyados en el antepecho del balcón, fumando un cigarrillo con la mano izquierda; la derecha reposaba descuidadamente sobre su rodilla y sostenía una pistola.

Normalmente, es muy difícil acercarse a alguien por detrás sin que, por muy silenciosamente que uno lo haga, alguna forma de sexto sentido le avise de ello, pero son muchas las drogas que producen un efecto debilitante sobre este instinto, y lo que el camarero de piso estaba fumando era una de ellas.

Yo estaba detrás de él, con mi pistola junto a su oído derecho, y él seguía ignorando mi presencia. Le toqué en el hombro derecho. Se volvió en redondo con un salto convulsivo de su cuerpo y emitió un aullido de dolor al hincársele el cañón de mi pistola en su ojo derecho por efecto de su movimiento. Se llevó las dos manos al ojo lesionado, y yo le quité sin dificultad la pistola, me la guardé en el bolsillo y le di un fuerte empujón en el hombro. El camarero salió catapultado hacia atrás, completando un salto mortal y aterrizando pesadamente sobre la espalda y la nuca. Permaneció allí tendido durante unos diez segundos, totalmente aturdido; luego, apoyándose en un brazo, se enderezó. Su boca emitía un curioso sonido silbante, sus pálidos

labios habían desaparecido dejando al descubierto un revoltijo de dientes manchados de tabaco y sus ojos relucían de odio. No parecía haber muchas probabilidades de que sostuviésemos una amistosa charla.

—Jugamos duro, ¿eh? —murmuró.

Los toxicómanos son grandes clientes del cine violento, y su diálogo es impecable.

—¿Duro? —me sorprendí—. Oh, no, amigo. Después jugaremos duro. Si usted no habla.

Quizás iba yo al mismo cine que él. Recogí el cigarrillo que humeaba sobre la alfombra, lo olfateé con repugnancia y lo aplasté en un cenicero. El camarero se puso en pie tambaleándose, todavía conmocionado y vacilante, y yo no me lo creí. Cuando volvió a hablar, su expresión había cambiado. Había decidido actuar con frialdad, la calma antes de la tormenta, un guión viejo y manoseado. Tal vez debiéramos ambos empezar a acudir a la ópera.

—¿De qué le gustaría hablar? —preguntó.

—Para empezar, de qué estaba haciendo usted en mi habitación. Y quién le envió aquí.

Sonrió con fastidio.

—La ley ya ha intentado hacerme decir cosas. Conozco la ley. Usted no puede hacerme hablar. Tengo mis derechos. Lo dice la ley.

—La ley se queda al otro lado de mi puerta. A este lado, los dos estamos más allá de la ley. Usted lo sabe. En una de las grandes ciudades civilizadas del mundo, usted y yo estamos viviendo en nuestra propia y pequeña jungla. Pero también aquí existe una ley. Matar o ser matado.

Quizá fue mía la culpa por ponerle ideas en la cabeza. Se zambulló violentamente a baja altura para quedar por debajo de mi pistola, pero no lo bastante para que su barbilla quedara por debajo de mi rodilla; sentí en ésta un dolor intenso, y, a juzgar por ello, debería haber quedado tendido. Entonces me agarró la única pierna que yo había dejado en contacto con el suelo, y caímos los dos. Mi pistola salió despedida, y rodamos un rato, golpeándonos

sañudamente el uno al otro. Él era un muchacho fuerte, tan fuerte como duro, pero actuaba con dos desventajas: una asidua dedicación a la marihuana había embotado el filo de sus condiciones físicas y, aunque poseía un instinto sumamente desarrollado para la pelea sucia, nunca se le había instruido en ella de forma adecuada. Al poco rato, estábamos de nuevo en pie, y con mi mano izquierda presionaba hacia arriba su muñeca derecha entre sus dos omóplatos.

Empujé aún más su muñeca, y él lanzó un grito de dolor agónico que muy bien podía ser auténtico, ya que su hombro estaba produciendo un peculiar crujido, pero yo aún no estaba del todo seguro, por lo que le empujé un poco más y eliminé toda duda. Luego, le llevé hasta el balcón y forcé a su cuerpo a pasar por encima de la balaustrada hasta que sus pies se separaron del suelo y quedó colgado de su mano izquierda, que se aferraba a la balaustrada como si su vida dependiera de ello, lo cual era cierto…

—¿Eres un adicto o un traficante? —pregunté. Profirió una obscenidad en holandés, pero yo sé holandés, incluyendo todas las palabras que debería ignorar. Le tapé la boca con la mano derecha, pues la clase de sonido que iba a emitir podía ser oído por encima del ruido del tráfico, y yo no quería alarmar innecesariamente a los ciudadanos de Ámsterdam. Aflojé la presión y retiré la mano.

—Responde.

—Un traficante. —Su voz era un sollozante graznido—. Las vendo.

—¿Quién te envió?

—¡No! ¡No! ¡No!

—Como quieras. Cuando recojan de la calle lo que quede de ti, pensarán que eras otro fumador de marihuana que subió demasiado alto y emprendió un viaje por los cielos azules.

—¡Eso es un asesinato! —seguía sollozando, pero su voz no era ya más que un ronco murmullo; quizá la vista que se extendía bajo él empezaba a darle vahídos—. Usted no…

—¿No? Tu gente ha matado esta tarde a un amigo mío. Exterminar sabandijas puede ser un placer. Veinte metros es una buena caída, y ni la menor señal de violencia. Excepto que se te romperán todos los huesos del cuerpo. Veinte metros. ¡Mira!

Le incliné un poco más sobre la balaustrada para que tuviera una mejor panorámica y me vi obligado a usar las dos manos para izarle de nuevo.

—¿Hablarás?

Emitió un sonido ronco y gutural, así que le retiré de la balaustrada y le empujé al centro de la habitación.

—¿Quién te envió? —pregunté.

Ya he dicho que era duro, pero era mucho más duro de lo que yo había imaginado. Debería haber estado aterrorizado y mortalmente dolorido, y no dudo que lo estaba, pero eso no le impidió girar convulsivamente a su derecha y liberarse de mi presa. Lo inesperado de su movimiento me cogió desprevenido. Se lanzó de nuevo contra mí, con un cuchillo que había aparecido súbitamente en su mano izquierda, curvándose hacia arriba en un arco maligno y apuntando hacia mi vientre. En circunstancias normales, lo probable es que hubiera consumado sus evidentes intenciones, pero las circunstancias eran anormales: sus reflejos habían desaparecido. Agarré con las dos manos la muñeca del brazo armado y me eché hacia atrás, al tiempo que colocaba una pierna bajo su cuerpo y, estirando del brazo hacia abajó, lo catapulté por encima de mí. El golpe de su cuerpo al caer en el suelo hizo retemblar la habitación y, con toda probabilidad, varias de las habitaciones adyacentes.

Giré sobre mí mismo y me puse en pie de un salto, pero ya no era necesaria ninguna prisa. El hombre yacía tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en el umbral del balcón. Le levanté, agarrándole de las solapas, y su cabeza cayó hacia atrás hasta casi tocar los omóplatos. Volví a dejarle en el suelo. Sentí que hubiera muerto, porque probablemente poseía información que me habría sido muy valiosa, pero ésa era la única razón de que lo sintiese.

Registré sus bolsillos, que contenían buen número de interesantes objetos, pero sólo dos de tenían interés para mí: una petaca medio llena de cigarrillos de marihuana liados a mano y un par de pedazos de papel. Uno de los papeles tenía escritas a máquina las letras y cifras MOO-144, y el otro, dos números: 910020 y 2789. Ninguno de ellos significaba nada para mí, pero, con base en la razonable suposición de que el camarero no los habría llevado sobre su persona si no hubieran tenido algún significado para él, los guardé en un lugar seguro que me había proporcionado mi servicial sastre, un bolsillito situado en el interior de la pernera derecha del pantalón, a unos quince centímetros por encima del tobillo.

Hice desaparecer las escasas señales de lucha que se advertían, cogí la pistola del muerto, salí al balcón, me incliné sobre la balaustrada y arrojé la pistola hacia arriba y a la izquierda. Pasó por encima del canalón y aterrizó sobre el tejado, a unos seis metros de distancia. Volví a entrar, tiré al retrete la colilla de marihuana e hice correr el agua, lavé el cenicero y abrí todas las puertas y ventanas para que el penetrante olor se evaporase lo antes posible. Luego, arrastré al camarero hasta el pequeño vestíbulo y abrí la puerta que daba al pasillo.

El corredor se hallaba desierto. Escuché atentamente, pero no oí nada, no había el menor sonido de pisadas. Crucé hasta el ascensor, oprimí el botón, esperé a que apareciera el ascensor, abrí la puerta una rendija, introduje una caja de cerillas entre la jamba y la puerta para que ésta no se pudiera cerrar y completara el circuito eléctrico y volví apresuradamente a mi *suite*. Arrastré al camarero hasta el ascensor, abrí la puerta, lo eché sin ceremonias al suelo de la cabina, retiré la caja de cerillas y dejé que se cerrara la puerta. El ascensor permaneció donde estaba: evidentemente, nadie estaba oprimiendo el botón del ascensor en aquel preciso momento.

Cerré por fuera la puerta de mi *suite* con la ganzúa y volví a salir por la escalerilla de incendios, ya a la sazón vieja conocida mía. Llegué a la calle sin ser visto y rodeé el edificio hasta llegar a la

puerta principal. El viejo del organillo estaba interpretando ahora a Verdi, aunque hubiera costado reconocer a Verdi en aquellas notas. El organillero estaba de espaldas a mí mientras yo dejaba caer un florín en su lata. Se volvió para darme las gracias, sus labios se entreabrieron en una desdentada sonrisa y, entonces, vio quién era y quedó momentáneamente boquiabierto. Estaba metido hasta el cuello en el ajo, y nadie se había molestado en informarle de que Sherman había salido. Le dirigí una amable sonrisa y pasé al vestíbulo del hotel.

Detrás del mostrador había un par de empleados uniformados, juntamente con el recepcionista, que en aquel momento se hallaba de espaldas a mí. Dije en voz alta:

—Seis-uno-seis, por favor.

El recepcionista se volvió bruscamente con las cejas levantadas, pero no lo bastante levantadas, y me obsequió con una sonrisa de cocodrilo.

—No sabía que había salido, *Mr*. Sherman.

—Oh, sí. Un paseíto antes de cenar. Es una vieja costumbre inglesa, ¿sabe?

—Claro, claro.

Me sonrió picarescamente, como si hubiera algo en cierto modo reprensible en esa vieja costumbre inglesa, y dejó luego que una expresión de ligero desconcierto remplazara a la sonrisa.

—No recuerdo haberle visto salir.

—Bueno —dije—, no puede esperarse que atienda todo el tiempo a todos los huéspedes, ¿verdad?

Le dirigí una sonrisa tan falsa como la suya, cogí la llave y me encaminé hacia los ascensores. Había recorrido más de la mitad de la distancia que me separaba de ellos, cuando casi me hizo detenerme en seco un penetrante chillido que resonó en el vestíbulo. Se hizo un profundo silencio que duró tan sólo el tiempo suficiente para que la mujer que había chillado tomara aliento y volviera a empezar. Aquel alboroto se debía a una mujer de mediana edad extravagantemente vestida, una caricatura de la turista americana en

el extranjero, que estaba delante de un ascensor con la boca abierta en forma de O y los ojos como platos. A su lado, un rollizo individuo vestido con un traje a rayas blancas y azules estaba intentando calmarla, pero tampoco tenía un aspecto muy tranquilo y daba la impresión de que no le habría importado ponerse a chillar él también.

El recepcionista me adelantó corriendo, y yo le seguí más despacio. Cuando llegué al ascensor, el recepcionista estaba de rodillas, inclinado sobre la despatarrada figura del camarero muerto.

—Dios mío —exclamé—. ¿Cree que está enfermo?

—¿Enfermo? ¿Enfermo? —replicó el recepcionista, clavando sus ojos en mí—. Mire cómo tiene el cuello. Este hombre está muerto.

—¡Santo Dios! Creo que tiene usted razón. —Me agaché y miré más atentamente al camarero—. ¿No he visto antes en alguna parte a este hombre?

—Era su camarero de piso —dijo el recepcionista, que no es una frase fácil de decir cuando se tienen los dientes apretados.

—Su cara se me hacía familiar. En la flor de la vida… —comenté, moviendo tristemente la cabeza—. ¿Dónde está el restaurante?

—Dónde está él…, dónde está el…

—Déjelo —dije con dulzura—. Ya veo que está usted alterado. Lo encontraré yo mismo.

El restaurante del Hotel Rembrandt tal vez no sea, como afirman sus propietarios, el mejor de Holanda, pero yo no les llevaría a los tribunales bajo la acusación de falsedad. Desde el caviar hasta las fresas —me pregunté vagamente si había de cargar esto en la cuenta de gastos como alojamiento o como sobornos—, la comida era soberbia. Por un instante, y sin el menor sentimiento de culpabilidad, pensé en Maggie y Belinda, pero eran cosas que tenían que ocurrir. El sofá de peluche rojo en que estaba sentado era el último grito en confort; así que me retrepé en él, levanté mi copa de coñac y exclamé:

—¡Ámsterdam!

—¡Ámsterdam! —dijo el coronel Van de Graaf. El coronel, subjefe de Policía de la ciudad, se había unido a mí, sin previa invitación, hacía solamente cinco minutos. Estaba sentado en una gran silla que parecía demasiado pequeña para él. Era un hombre de complexión recia y estatura media, y tenía cabellos grises, rostro atezado y surcado de arrugas, un inconfundible aspecto de autoridad y un aire de casi desalentadora competencia. Continuó secamente—: Me alegra de que se esté divirtiendo, comandante Sherman, después de un día tan lleno de acontecimientos.

—Coged capullos de rosa mientras os sea posible, coronel; la vida es demasiado corta. ¿Qué acontecimientos?

—No hemos podido descubrir gran cosa acerca de ese hombre, James Duclos, que ha sido asesinado hoy en el aeropuerto. —El coronel De Graaf era un hombre paciente, al que no resultaba fácil desviar su atención—. Sólo sabemos que llegó de Inglaterra hace tres semanas, que se hospedó en el Hotel Schiller una noche y luego desapareció. Al parecer, comandante Sherman, estaba esperando a su avión. ¿Era simple coincidencia?

—Me estaba esperando a mí —De Graaf lo averiguaría tarde o temprano—. Era uno de mis hombres. Debió de procurarse en alguna parte un pase de la Policía falsificado…, para franquear la zona de inmigración, quiero decir.

—Me sorprende usted. —Suspiró con fuerza y no pareció estar en absoluto sorprendido—. Amigo mío, nuestra labor se dificulta extraordinariamente si no conocemos estas cosas. Yo debía haber sido informado respecto a Duclos. Ya que tenemos instrucciones de la Interpol de París de prestarle a usted toda la ayuda posible, ¿no cree que sería mejor que trabajáramos juntos? Nosotros podemos ayudarle a usted…, y usted puede ayudarnos a nosotros. —Tomó un sorbo de coñac. Sus ojos grises me miraron con fijeza—. Es de suponer que ese hombre suyo poseía información…, y ahora la hemos perdido.

—Quizá. Bien, empiece usted ayudándome. ¿Puede averiguar si una tal *Miss* Astrid Lemay figura en sus archivos? Trabaja en un

night-club, pero no parece holandesa, así que tal vez tenga algo sobre ella.

—¿La muchacha que empujó usted en el aeropuerto? ¿Cómo sabe que trabaja en un *night-club*?

—Ella me lo dijo —respondí sin rubor.

Frunció el ceño.

—Los funcionarios del aeropuerto no me mencionaron ese detalle.

—Los funcionarios del aeropuerto son un hatajo de viejas.

—¡Ah! —Su exclamación podía significar cualquier cosa—. Puedo obtener esa información. Y ¿nada más?

—Nada más.

—Otro pequeño acontecimiento del que no hemos hablado.

—Dígame.

—El camarero del sexto piso, un desagradable sujeto del que sabemos ciertas cosas, ¿no era uno de sus hombres?

—¡Coronel!

—Ni por un momento pensé que lo fuera. ¿Sabía que su muerte se debió a fractura de cuello?

—Debió de sufrir una mala caída —dije compasivamente.

De Graaf apuró su coñac y se levantó.

—No le conocemos a usted, comandante Sherman, pero lleva demasiado tiempo en la Interpol y su reputación en Europa es demasiado grande para que no estemos enterados de sus métodos. Permítame recordarle que lo que en Estambul, Marsella y Palermo, por citar sólo unos cuantos lugares, esta permitido, no lo está en Ámsterdam.

—¡Caramba! —exclamé—. Está usted bien informado.

—Aquí, en Ámsterdam, todos estamos sometidos a la ley —continuó, como si no me hubiera oído—. Incluido yo mismo. Y usted no es una excepción.

—No esperaba serlo —dije virtuosamente—. Bien, entonces, cooperación. Vayamos al objeto de mi visita. ¿Cuándo puedo hablar con usted?

—En mi despacho, a las diez —repuso, paseando la mirada por el restaurante—, no son éstos hora ni lugar adecuados.

Enarqué una ceja.

—El Hotel Rembrandt —dijo gravemente De Graaf— es un puesto de escucha de fama internacional.

—Me asombra usted —respondí.

De Graaf se marchó. Me pregunté por qué diablos creía que había elegido yo el Hotel Rembrandt para alojarme.

El despacho del coronel De Graaf no se parecía en nada al Hotel Rembrandt. Era una habitación bastante grande, pero fría y funcional, cuyo mobiliario lo constituían casi exclusivamente varios archivadores gris acero, una mesa gris acero y sillas gris acero que eran tan duras como el propio acero. Pero, al menos, el decorado coadyuvaba a que se concentrara uno en la cuestión a tratar: no había nada que distrajera la mente ni la vista. Tras diez minutos de conversación preliminar, De Graaf y yo estábamos concentrándonos, aunque creo que De Graaf lo consiguió más fácilmente que yo. Me había acostado muy tarde la noche anterior, y nunca estoy en plena forma a las diez de la mañana en un día frío y desapacible.

—Todas las drogas —convino De Graaf—. Nos interesan, desde luego todas las drogas, opio, marihuana, anfetamina, LSD, STP, acetato de amilo, que usted cita, comandante Sherman. Todas ellas destruyen o conducen a la destrucción. Pero en este caso nos limitamos a la verdaderamente perniciosa, la heroína. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La profunda e incisiva voz procedía de la puerta. Me volví y miré al hombre que estaba allí, un hombre alto, vestido con un bien cortado traje oscuro, de ojos fríos y penetrantes, rostro agradable que podía dejar de ser agradable muy rápidamente y aspecto muy profesional. No cabía error posible acerca de su profesión. Era un policía, y no de los que podrían ser tomados a la ligera.

Cerró la puerta y se dirigió hacia mí con el paso vivo y ágil de un hombre mucho más joven que los cuarenta y tantos años que debía de tener. Extendió la mano y dijo:

—Van Gelder. He oído hablar mucho de usted, comandante Sherman.

Reflexioné brevemente sobre esto, y decidí no hacer ningún comentario. Sonreí y le estreché la mano.

—Inspector Van Gelder —dijo De Graaf—. Jefe de nuestra oficina de estupefacientes. Trabajará con usted, Sherman. Le ofrecerá la mejor cooperación posible.

—Espero sinceramente que podamos llevar a cabo un buen trabajo —Van Gelder sonrió y se sentó—. Dígame, ¿cree que pueden desbaratar la red de suministro en Inglaterra?

—Yo creo que podríamos. Es una cadena de distribución bien organizada y compacta, sin brechas apenas, y por eso hemos podido identificar a docenas de sus traficantes y a la media docena, aproximadamente, de principales distribuidores.

—Podrían desbaratar la red, pero no lo harán. ¿Van a dejar que siga funcionando?

—¿Qué otra cosa podemos hacer, inspector? Una vez desbaratada, la siguiente red de distribución se organizaría de un modo tan perfecto que nunca la descubriríamos. La verdad es que podemos cogerlos en cuanto queramos. Lo que realmente deseamos es averiguar cómo entra la mercancía, y quién la facilita.

—Y, evidentemente —no estaría aquí si no—, usted cree que los suministros salen de aquí. O de los alrededores.

—De los alrededores, no. De aquí. Y no es que lo crea; lo sé. El ochenta por ciento de las personas sometidas a vigilancia, y me refiero a los distribuidores y sus intermediarios, tienen lazos con este país. Para ser exactos, con Ámsterdam. Casi todas. Tienen parientes o amigos aquí. Tienen relaciones comerciales aquí, o dirigen personalmente sus negocios aquí, o vienen aquí a pasar sus vacaciones. Hemos tardado cinco años en completar este *dossier*.

De Graaf sonrió.

—¿Sobre este lugar llamado *aquí*?
—Sobre Ámsterdam, sí.
—¿Hay copias de ese *dossier*? —preguntó Van Gelder.
—Una.
—¿La tiene usted?
—Sí.
—¿La lleva encima?
—En el único lugar seguro —repuse, señalándome la cabeza.
—Un lugar tan seguro como el que más —aprobó De Graaf, y añadió pensativamente—: Siempre, claro está, que no tropiece usted con personas que podrían sentirse inclinadas a tratarle como usted les trata a ellas.
—No comprendo, coronel.
—Hablo en acertijos —dijo afablemente De Graaf—. Muy bien, de acuerdo. Por el momento, el dedo apunta a los Países Bajos. Para decirlo tan claramente como usted, a Ámsterdam. También nosotros conocemos nuestra infortunada reputación. Quisiéramos que no fuera cierta. Pero lo es. Sabemos que la mercancía entra en grandes cantidades y se distribuye en pequeñas dosis, pero no tenemos ni idea de cómo ni por dónde…
—Es su bailía —dije plácidamente.
—Es ¿qué?
—Su distrito. Ámsterdam. Ustedes representan la ley en Ámsterdam.
—¿Hace usted muchos amigos al cabo del año? —preguntó cortésmente Van Gelder.
—No estoy en este oficio para hacer amigos.
—Está usted en este oficio para destruir personas que destruyen a otras personas —dijo pacíficamente De Graaf—. Lo sabemos. Tenemos un magnífico *dossier* sobre usted. ¿Le gustaría verlo?
—La historia antigua me aburre.
—Era de suponer —dijo De Graaf, con un suspiro—. Mire, Sherman, la mejor Policía del mundo puede chocar con un muro de cemento. Eso es lo que hemos hecho nosotros…, y no es que

pretenda que seamos los mejores. Todo lo que necesitamos es una pista, una única pista… ¿Tal vez tiene usted alguna idea, algún plan?

—Llegué ayer.

Introduje los dedos en la parte inferior de la pernera derecha de mi pantalón y saqué los dos trozos de papel que había encontrado en los bolsillos del camarero muerto. Se los di al coronel.

—Esas cifras. Esos números. ¿Significan algo para usted?

De Graaf les echó una rápida mirada, los puso ante una potente lámpara de mesa y los dejó sobre el escritorio.

—No.

—¿Puede averiguar si tienen algún significado?

—Tengo un personal muy capacitado. A propósito, ¿dónde los consiguió?

—Me los dio un hombre.

—Quiere decir que los obtuvo de un hombre.

—¿Qué diferencia hay?

—Podría haber una diferencia muy grande. —De Graaf se inclinó hacia delante, con expresión seria y voz grave—. Mire, comandante Sherman, conocemos su técnica de eliminar a la gente. Conocemos su propensión a situarse al margen de la ley…

—¡Coronel De Graaf!

—Tiene razón en protestar. Probablemente, nunca ha estado dentro de ella. Desde luego, estamos enterados de esa deliberada táctica, tan eficaz como suicida, de constante provocación, en espera de algo, de que estalle algo. Pero, por favor, comandante Sherman, *por favor*, no intente provocar a demasiada gente en Ámsterdam. Tenemos demasiados canales.

—No provocaré a nadie —dije—. Tendré mucho cuidado.

—Estoy seguro de ello —suspiró De Graaf—. Bien, creo que Van Gelder tiene algunas cosas que enseñarle.

Las tenía, en efecto. Me llevó en su Opel negro desde el edificio de la Policía en la Marnixstraat hasta el depósito municipal de cadáveres. Cuando salí, estaba deseando que no me hubiera llevado allí.

El depósito de cadáveres carecía del encanto, la fantasía y la nostálgica belleza de la vieja Ámsterdam. Era cómo el depósito de cadáveres de cualquier gran ciudad, *frío* —muy frío—, clínico, inhumano, repelente. En el centro del edificio principal había dos filas de losas blancas de lo que parecía ser mármol y que casi con toda seguridad no lo era, y a los lados del recinto se alineaban grandes puertas metálicas. El guarda, resplandeciente en su inmaculada bata blanca, era un sujeto rubicundo, alegre y risueño que parecía estar continuamente a punto de romper en carcajadas, característica que uno habría considerado muy extraña en un depósito de cadáveres, hasta que recordaba que muchos de los verdugos ingleses eran tenidos en otros tiempos como los más joviales y divertidos compañeros de taberna que uno habría esperado encontrar jamás.

A una palabra de Van Gelder, nos condujo hacia una de las grandes puertas metálicas, la abrió y sacó una camilla, también metálica, provista de ruedas que se deslizaban suavemente sobre unas guías de acero. Sobre ella yacía una forma humana envuelta en una sábana blanca.

—El canal en que fue encontrado se llama el Croquiskade —dijo Van Gelder. Parecía no sentir la menor emoción—. No es lo que podríamos llamar el Park Lane de Ámsterdam; está próximo a los muelles. Hans Gerber. Diecinueve años. No le enseñaré su cara; ha estado demasiado tiempo en el agua. Lo encontraron los bomberos cuando estaban tratando de rescatar un automóvil. Podría haber seguido allí un año más…, o dos. Alguien le había atado al cuerpo unas cuantas viejas tuberías de plomo.

Levantó una esquina de la sábana, dejando al descubierto un brazo fláccido y delgado. Parecía como si alguien lo hubiera pisoteado con botas claveteadas de escalador. Curiosas líneas color púrpura unían muchos de aquellos pinchazos, y todo el brazo presentaba un aspecto descolorido. Van Gelder lo cubrió sin pronunciar palabra y se apartó. El guarda volvió a introducir la camilla, cerró la puerta, nos condujo ante otra puerta y repitió su

acción de sacar otro cadáver; exhibía una amplia sonrisa como un duque inglés arruinado al enseñar al público su histórico castillo.

—Tampoco le enseñaré esta cara —dijo Van Gelder—. No es agradable mirar a un muchacho de veintitrés años que tiene el rostro de un hombre de setenta. —Se volvió al guarda—. ¿Dónde fue encontrado éste?

—En el Oosterhook —respondió el guarda—. En una barcaza de carbón.

Van Gelder asintió con la cabeza.

—Exacto. Con una botella, una botella vacía de ginebra a su lado. La ginebra estaba toda dentro de su cuerpo. Usted sabe qué espléndida combinación forman la ginebra y la heroína. —Retiró la sábana descubriendo un brazo parecido al que acababa de ver—. ¿Suicidio o asesinato?

—Depende.

—¿De qué?

—De si compró él mismo la ginebra. Eso lo convertiría en suicidio… o muerte accidental. Alguien pudo ponerle la botella llena en la mano. Eso lo convertía en asesinato. El mes pasado tuvimos un caso igual en el puerto de Londres. Nunca lo sabremos.

A un gesto de Van Gelder, el guarda nos condujo, sonriente, a una losa que se hallaba en medio del recinto. Esta vez, Van Gelder retiró la sábana desde arriba. La muchacha era muy joven y muy bella, y tenía el cabello rubio.

—Hermosa, ¿verdad? —dijo Van Gelder—. Ni una sola marca en su cara. Julia Rosemeyer, de la Alemania Oriental. Es todo lo que sabemos de ella, lo único que sabremos jamás. Dieciséis años, según el cálculo de los médicos.

—¿Qué le ocurrió?

—Cayó desde una altura de seis pisos.

Pensé un instante en el excamarero de piso y en lo mucho mejor que habría estado él sobre aquella losa; luego, pregunté:

—¿Empujada?

—Caída. Hay testigos. Estaban arriba. Ella había estado toda la noche hablando de ir en avión a Inglaterra. Tenía la obsesión de conocer a la reina. De repente, se encaramó al antepecho del balcón dijo que iba a volar para ver a la reina y… bueno, voló. Afortunadamente, no pasaba nadie por debajo en aquel momento. ¿Quiere ver más?

—Lo que querría es tomar un trago en el bar más próximo, si a usted no le importa.

—No —dijo sonriendo, pero no había alegría en su sonrisa—. Vamos a mi casa. No está lejos. Tengo mis razones.

—¿Sus razones?

—Ya lo verá.

Le dimos las gracias y nos despedimos del sonriente guarda, que parecía como si tuviera ganas de decir «vuelvan pronto», pero no lo dijo. El cielo se había encapotado y comenzaban a caer gruesas y dispersas gotas de lluvia. Hacia él Este, el horizonte presentaba lívidas y purpúreas tonalidades, que resultaban más que vagamente amenazadoras y ominosas. Rara vez ha reflejado un cielo mi estado de ánimo tan exactamente como aquél.

La casa de Van Gelder habría dado ciento y raya a la mayoría de las cervecerías inglesas que yo conocía: un oasis de radiante alegría en comparación con la melancólica lluvia que caía ya copiosamente en el exterior y con los ramalazos de agua que azotaban las ventanas. El salón era cálido, acogedor y hogareño, con muebles holandeses entre los que figuraban sillones quizá demasiado blandos y cómodos, aunque yo siento debilidad por esa clase de sillones. Había una alfombra roja, y las paredes estaban pintadas en colores cálidos. El fuego de la chimenea era como debe ser un fuego de chimenea, y Van Gelder, según observé con satisfacción, estaba examinando un bien provisto armario de licores.

—Bueno —dije—, estoy seguro de que me ha llevado a ese maldito depósito de cadáveres con alguna intención. ¿Cuál era?

—Intenciones, no intención. La primera, era convencerle de que nos enfrentamos aquí con un problema más grave aún que el que tienen ustedes en su país. En ese depósito de cadáveres hay otra media docena de adictos a las drogas, y es imposible saber cuántos de ellos fallecieron de muerte natural. No siempre es así de mala la cosa; estas muertes parecen llegar en oleadas, pero representa, no obstante, una intolerable pérdida de vidas, y vidas jóvenes además. Y por cada uno de los que están allí, ¿cuántos drogadictos sin esperanza existen en las calles?

—¿Se proponía usted demostrarme que tienen ustedes más motivos aún que yo para buscar y eliminar a esas gentes, y que estamos atacando a un enemigo común, a una fuente central de suministro?

—Cada país tiene solamente un rey.

—¿Y su otra finalidad?

—Reforzar el aviso del coronel De Graaf. Esas gentes son implacables. Provóqueles, acérquese demasiado a ellos y…, bueno, todavía quedan unas cuantas losas libres en el depósito.

—¿Qué hay de esa copa? —dije.

Sonó un teléfono en el vestíbulo. Van Gelder murmuró una excusa y fue a contestarlo. En el mismo momento en que la puerta se cerró tras él, se abrió otra puerta y entró una muchacha. Era alta y esbelta, tendría poco más de veinte años y vestía una bata de casa adornada con dragones de tonalidades diversas que le llegaba casi hasta los tobillos. Era muy hermosa, con rubios cabellos, rostro ovalado y grandes ojos color violeta que parecían a la vez risueños y perspicaces. Su aspecto era tan sorprendente, que pasó cierto tiempo antes de que yo recordara mis modales y forcejeara para ponerme en pie, hazaña nada fácil de realizar desde las profundidades de aquel cavernoso sillón.

—Hola —dije—. Paul Sherman. —No parecía una gran cosa que decir, pero fue todo lo que se me ocurrió.

Casi como si estuviera turbada, la muchacha se chupó un instante el pulgar y, luego, sonrió, dejando al descubierto una perfecta

dentadura.

—Yo soy Trudi. Mi inglés no es muy bueno.

Era cierto, pero tenía la voz más preciosa para hablar mal inglés que yo había oído en mucho tiempo. Me adelanté con la mano extendida, pero ella no hizo el menor ademán de moverse para cogerla; en lugar de ello, se llevó la mano a la boca y rió tímidamente entre dientes. Yo no estoy acostumbrado a que las muchachas hechas y derechas se rían tímidamente delante de mí, por lo que sentí un gran alivio al oír el ruido del teléfono al ser colgado y la voz de Van Gelder que entraba desde el vestíbulo.

—Un informe de rutina sobre el asunto del aeropuerto. Ninguna pista todavía…

Van Gelder vio a la muchacha, se interrumpió y, dirigiéndose hacia ella, le pasó el brazo por los hombros.

—Veo que se conocen.

—Bueno —dije—, no del todo…

Me interrumpí mientras Trudi se ponía de puntillas y le cuchicheaba algo al oído, mirándome por el rabillo del ojo. Van Gelder sonrió, movió afirmativamente la cabeza, y Trudi salió enseguida de la habitación. El desconcierto se me debió de notar en la cara, pues Van Gelder sonrió de nuevo, y su sonrisa no me pareció muy alegre.

—Volverá, comandante. Al principio es tímida con los desconocidos. Sólo al principio.

Como Van Gelder había prometido, Trudi volvió casi inmediatamente. Traía consigo una muñeca muy grande, tan maravillosamente hecha que se la podría haber confundido a primera vista con un niño de verdad. De casi un metro de longitud, tenía cubierta la cabeza con un sombrero de velos sobre unos rizos rubios de la misma tonalidad que el cabello de Trudi, y llevaba un largo vestido a rayas de seda y un corpiño bellamente bordado. Trudi abrazaba a la muñeca con tal firmeza como si se tratara de una criatura viva. Van Gelder le volvió a pasar el brazo sobre los hombros.

—Ésta es mi hija, Trudi. Un amigo mío, Trudi. El comandante Sherman, de Inglaterra.

Esta vez, ella avanzó sin vacilar, alargó la mano, hizo un curioso movimiento que parecía el comienzo de una reverencia y sonrió.

—¿Cómo está usted, comandante Sherman? Para no ser menos en cuestión de cortesía, sonreí y me incliné ligeramente.

—Es un placer, *Miss* Van Gelder.

—Un placer —repitió ella, volviéndose y mirando interrogativamente a Van Gelder.

—El inglés no es uno de los puntos fuertes de Trudi —dijo Van Gelder en son de excusa—. Siéntese, comandante, siéntese.

Sacó del aparador una botella de *whisky*, sirvió un vaso para mí y otro para él, me entregó el mío y, con un suspiro, se retrepó en su sillón. Luego, miró a su hija, que tenía la vista clavada en mí de un modo que me hacia sentirme más que vagamente incómodo.

—¿No te sientas, querida?

Ella se volvió hacia Van Gelder, sonrió alegremente, asintió con la cabeza y le dio la muñeca, él la cogió con tal prontitud que comprendí que estaba acostumbrado a ello.

—Sí, papá —dijo, y, sin previo aviso, pero, al mismo tiempo, con la misma sencillez que si fuese la cosa más natural del mundo, se sentó en mis rodillas, me pasó un brazo por el cuello y me sonrió. Yo correspondí a su sonrisa, aunque, en aquel momento, me supuso un hercúleo esfuerzo. Trudi me miró solemnemente y dijo:

—Me gustas.

—Y tú también me gustas, Trudi.

Le apreté el hombro para demostrarle lo mucho que me gustaba. Ella me sonrió, apoyó la cabeza en mi hombro y cerró los ojos. Contemplé por unos instantes la rubia cabeza y, luego, volví interrogativamente la vista hacia Van Gelder. Él sonrió, una sonrisa llena de tristeza.

—Si no le hiere saberlo, comandante Sherman, Trudi ama a todo el mundo.

—Todas las chicas de cierta edad lo hacen.

—Es usted un hombre de una perspicacia realmente extraordinaria.

No me parecía que se necesitara una gran perspicacia para decir lo que yo había dicho, por lo que no respondí. Sonreí y me volví de nuevo hacia Trudi. Dije, con mucha suavidad:

—Trudi…

Ella no dijo nada. Se movió un poco, volvió a sonreír, una sonrisa curiosamente satisfecha que, por alguna oscura razón, me hizo sentirme como un impostor, cerró los ojos con más fuerza aún y se apretó contra mí.

Probé de nuevo.

—Trudi, estoy seguro de que tienes unos ojos muy hermosos. ¿Puedo verlos?

Ella se lo pensó un poco, volvió a sonreír, se incorporó, se separó, apoyando las manos en mis hombros abrió de par en par los ojos, como habría hecho una niña a quien se le hubiera dicho lo mismo.

Los grandes ojos violeta eran, sin duda, hermosos. Pero también eran algo más. Eran vidriosos y vacíos y parecían no reflejar la luz: centelleaban, un centelleo que habría impresionado engañosamente cualquier fotografía tomada de ella, pues se trataba de un centelleo superficial; por detrás de él yacía una extraña calidad de opacidad.

Todavía con suavidad, retiré su mano derecha de mi hombro y le subí la manga hasta el codo. A juzgar por el resto de su persona, debería haber sido un bello antebrazo, pero no lo era; estaba horriblemente acribillado por innumerables agujas hipodérmicas. Con labios temblorosos, Trudi me miró consternada, como si temiera ser reprendida, se bajó la manga, me rodeó con los brazos, sepultó el rostro en mi cuello y rompió a llorar. Lloraba como si se le destrozara el corazón. Yo le di unas palmaditas tan suaves como se le pueden dar a quien parece dispuesto a estrangularle a uno y miré a Van Gelder.

—Ahora conozco sus razones —dije—. Para insistir en que viniera aquí.

—Lo siento. Ya está enterado.

—¿Era su tercer objetivo?

—En efecto. Bien sabe Dios que hubiera deseado no hacerlo. Pero comprenderá usted que debo dejar que mis colegas conozcan estas cosas.

—¿Lo sabe De Graaf?

—Lo saben todos los oficiales de Policía de Ámsterdam —respondió Van Gelder—. ¡Trudi!

La única reacción de Trudi fue agarrarme con más fuerza, Yo estaba empezando a padecer anoxemia.

—¡Trudi! —La voz de Van Gelder era esta vez más insistente—. Debes echar tu siesta. Ya sabes lo que dice el doctor. ¡A la cama!

—No —sollozó ella—. A la cama, no.

Van Gelder suspiró y levantó la voz:

—¡Herta!

Casi como si hubiera estado esperando que se la llamase —lo cual era, probablemente, cierto pues debía de estar escuchando detrás de la puerta—, una estrafalaria criatura entró en la habitación. Por lo que a las casas de salud se refería, era el desafío que ponía fin a todos los desafíos. Era una voluminosa y enormemente gorda mujer anadeante —llamar *andar* a su método de locomoción habría sido una crasa inexactitud—, vestida exactamente con los mismos vestidos que llevaba la muñeca de Trudi. Largas trenzas rubias atadas con vistosas cintas pendían sobre su macizó pecho. Su rostro era viejo —tendría más de setenta años como mínimo— y surcado de profundas arrugas, y tenía la calidad y el aspecto de cuero resquebrajado. El contraste entre las gayas ropas y las trenzas rubias, por una parte, y, por otra, la enorme y vieja bruja que las llevaba, era fantástico, horrible y grotesco hasta el punto de resultar casi obsceno, pero el contraste no parecía provocar tales reacciones ni en Van Gelder ni en Trudi.

La anciana cruzó la habitación —con bastante rapidez si se tiene en cuenta su enorme mole y su paso anadeante—, me saludó brevemente con una inclinación de cabeza y, sin pronunciar palabra,

posó una amable pero firme mano en el hombro de Trudi. Trudi levantó la vista hacia ella, desaparecidas sus lágrimas tan rápidamente como habían aparecido, sonrió, asintió dócilmente, separó los brazos de mi cuello y se levantó. Se dirigió al sillón de Van Gelder, recuperó su muñeca, le besó, se acercó a mí, me besó tan superficialmente como una niña al dar las buenas noches antes de irse a acostar y se deslizó fuera de la habitación, seguida de cerca por la anadeante Herta. Yo exhalé un largo suspiro e hice un esfuerzo para no enjugarme la frente.

—Podría haberme prevenido —me quejé—. Acerca de Trudi y Herta. Por cierto, ¿quién es esa Herta? ¿Una niñera?

—Una vieja criada. —Van Gelder tomó un largo trago de su *whisky* como si lo necesitara, y yo hice lo mismo, pues lo necesitaba más aún: después de todo, él estaba acostumbrado a aquella clase de cosas—. El ama de llaves de mis padres, de la isla de Huyler, en el Zuiderzee. Como tal vez habrá advertido, son un poco…, ¿cómo dicen ustedes…?, conservadores en sus vestidos. Sólo lleva unos meses con nosotros, pero, bueno, ya ve lo bien que se las arregla con Trudi.

—¿Y Trudi?

—Trudi tiene ocho años de edad. Ha tenido ocho años de edad durante los últimos quince años, y siempre tendrá esa edad. No es mi hija, como quizás habrá adivinado usted, pero yo no podría querer más a una hija verdadera. Es hija adoptada de mi hermano. Él y yo trabajamos en Curasao hasta el año pasado. Yo estaba en estupefacientes, y él era agente de seguridad de una compañía petrolífera holandesa. Su mujer murió hace unos años, y, más tarde, él y mi mujer murieron en un accidente de automóvil el año pasado. Alguien tenía que hacerse cargo de Trudi. Yo no la quería entonces…, y ahora no podría vivir sin ella. Nunca llegará a la madurez, *Mr*. Sherman.

Y sus subordinados probablemente pensaban todo el tiempo que él no era más que su afortunado superior, sin otro pensamiento ni otra preocupación que meter entre rejas al mayor número posible de

malhechores. Las frases de simpatía y condolencia no han sido nunca mi fuerte, por lo que dije:

—¿Cuándo empezó a darse a la droga?

—Dios sabe. Hace años. Años antes de que mi hermano lo descubriese.

—Algunos de esos pinchazos son recientes.

—Está en tratamiento de supresión paulatina. ¿Le parecen demasiadas inyecciones?

—En efecto.

—Herta la vigila como un halcón. Todas las mañanas la lleva al parque Vondel…, le encanta dar de comer a los pájaros. Por la tarde, Trudi duerme. Pero, a veces, Herta se siente cansada al atardecer, y a esa hora yo suelo estar fuera de casa.

—¿La ha hecho vigilar?

—Cientos de veces. No sé cómo lo hace.

—¿Actúan sobre ella para tenerle dominado a usted?

—Para ejercer presión sobre mí. ¿Por qué, si no? Ella no tiene dinero para pagar. Son unos necios y no se dan cuenta de que debo verla morir lentamente ante mis propios ojos antes de que pueda comprometerme yo mismo. Así que lo siguen intentando.

—Podría usted hacerla vigilar las veinticuatro horas del día.

—Y entonces la cosa tomaría estado oficial. Una investigación oficial es puesta automáticamente en conocimiento de las autoridades sanitarias. ¿Y luego?

—Una institución —asentí— para subnormales. Y no saldría jamás de ella.

—No saldría jamás.

Yo no sabía qué decir, como no fuera despedirme de él. Así que lo hice y me marché.

CAPÍTULO IV

Pasé la tarde en el hotel, examinando los *dossier*, minuciosamente ordenados y documentados, que me habían sido entregados en el despacho del coronel De Graaf. Incluían todos los casos conocidos de ingestión de drogas y procesos a ellas referidos, fructuosos o no, que habían tenido lugar en Ámsterdam en los dos últimos años. Constituían una lectura muy interesante, es decir, si se tenía interés en la muerte, la degradación, al suicidio, los hogares destrozados y las carreras arruinadas. Pero nada de eso era para mí. Me pasé una hora tratando en vano de reordenarlos y relacionarlos de otros modos entre sí, pero ninguna pauta significativa comenzó siquiera a aparecer. Desistí. Mentes expertas como las de De Graaf y Van Gelder debieron de invertir muchísimas horas en el mismo estéril pasatiempo, y si ellos no habían logrado establecer ninguna forma de pauta o ilación, pocas esperanzas tenía yo de conseguirlo.

Al anochecer, bajé al vestíbulo y entregué mi llave. La sonrisa del ayudante de recepción que se hallaba tras el mostrador carecía de la helada calidad del titular; era deferente, incluso parecía como si se estuviera excusando. Evidentemente, se le había instruido en él sentido de que probara una nueva táctica conmigo.

—Buenas noches, buenas noches, *Mr*. Sherman. —Una afable forma de congraciarse, que me resultaba más indiferente aún que su comportamiento normal—. Me temo que debí de parecerle un poco brusco anoche, pero…

—Olvídelo, amigo mío, olvídelo. —No pensaba dejar que ningún recepcionista de hotel me superase en amabilidad—. Era

perfectamente comprensible, dadas las circunstancias. Debió de ser una terrible impresión para usted. —Volví la vista hacia la lluvia que caía al otro lado de los ventanales—. Las guías de turistas no mencionaban esto.

Sonrió expresivamente, como si no hubiera oído mil veces la misma tonta observación, y, luego, dijo taimadamente:

—No es una noche apropiada para su paseíto inglés, *Mr*. Sherman.

—Qué le vamos a hacer. Tengo que ir a Zaandam.

—Zaandam —repitió, haciendo una mueca—. Mis condolencias, *Mr*. Sherman.

Evidentemente, sabía mucho más que yo acerca de Zaandam, lo cual no era de extrañar, pues yo acababa de tomar el nombre al azar de un plano.

Salí a la calle. Indiferente a la lluvia, el organillo seguía chirriando estridentemente. Aquella noche le tocaba el turno a Puccini, que estaba siendo terriblemente maltratado. Me dirigí hacia el organillo y permanecí allí unos momentos, no tanto escuchando la música, pues no había ninguna que escuchar, como mirando a un puñado de demacrados y mal vestidos jovenzuelos —espectáculo nada corriente en Ámsterdam, cuyos habitantes parecen muy poco propensos a la demacración— que se inclinaban con los codos apoyados en el organillo y parecían sumergidos en éxtasis. Mis pensamientos fueron interrumpidos por una cascada voz que sonó a mi espalda.

—¿Le gusta la música a Mynheer[1]?

Me volví. El viejo me sonreía tímidamente.

—Me encanta la música.

—A mí también, a mí también.

Le miré fijamente, pues, según la naturaleza de las cosas, su hora debía de estar próxima y podía no haber perdón para aquella afirmación. Le sonreí, como lo haría un melómano a otro.

—Pensaré en usted esta noche. Voy a la ópera.

—*Mynheer* es muy amable.

Dejé caer dos monedas en la lata que había aparecido misteriosamente bajo mi nariz.

—*Mynheer* es muy amable.

Habida cuenta de las sospechas que abrigaba respecto a él, yo pensé lo mismo, pero sonreí caritativamente y, volviendo a cruzar la calle, le hice una seña al portero: con la masónica prestidigitación que sólo conocen los porteros de hotel, materializó un taxi de la nada. Le dije «Aeropuerto Schiphol», y subí.

Emprendimos la marcha. Pero no la emprendimos solos. Al llegar al primer semáforo, a veinte metros del hotel, miré por el cristal posterior. A dos coches de distancia por detrás de nosotros, vi un taxi amarillo Mercedes, un taxi que reconocí como uno de los que solían estar en la parada próxima al hotel. Se encendió la luz verde, y enfilamos la Vijzelstraat. El Mercedes amarillo hizo lo mismo.

Le toqué en el hombro al conductor.

—Pare aquí, por favor. Quiero comprar tabaco.

Salí. El Mercedes estaba detrás de nosotros se detuvo. Nadie subió ni bajó de él. Entré en el vestíbulo de un hotel, compré unos cigarrillos que no necesitaba y volví a subir. El Mercedes continuaba allí. Reemprendimos la marcha, y, al cabo de unos momentos, le dije al conductor:

—Tuerza a la derecha por la Prinsengracht.

—Por ahí no se va a Schiphol —protestó él.

—Es por donde yo quiero ir. Tuerza a la derecha.

Lo hizo, y también el Mercedes.

—Pare.

Paró. El Mercedes paró también. La coincidencia es la coincidencia, pero aquello era ridículo. Bajé del taxi, me dirigí al Mercedes y abrí la portezuela. El conductor era un hombre pequeño y gordo, con un flamante traje azul y aire sospechoso.

—Buenas noches. ¿Está libre?

—No.

Me miró de arriba abajo, adoptando primero un aire de tranquila preocupación y, luego, de insolente indiferencia, pero no se le daba

bien ninguno de los dos papeles.

—Entonces ¿por qué ha parado?

—¿Hay alguna ley que le prohíba a un hombre fumar un pitillo?

—Ninguna. Sólo que usted no está fumando. ¿Conoce la jefatura de Policía de la Marnixstraat? —La súbita falta de entusiasmo que se mostró en su cara reveló que la conocía demasiado bien—. Le sugiero que vaya, allí, pregunte por el coronel De Graaf o el inspector Van Gelder y les dice que quiere presentar una denuncia contra Paul Sherman, habitación 616, Hotel Rembrandt.

—¿Denuncia? —dijo cautelosamente—. ¿Qué denuncia?

—Dígales que le quitó las llaves del encendido de su coche y que las arrojó al canal. —Cogí las llaves y las tiré al canal, en cuyas aguas produjeron un chasquido al desaparecer para siempre en las profundidades del Prinsengracht—. Y no me ande siguiendo —añadí.

Y cerré la portezuela de un modo apropiado para que sirviera de punto final a nuestra breve conversación, pero los Mercedes son coches bien hechos, y la portezuela no se desprendió.

De vuelta en mi taxi, esperé hasta que regresamos a la carretera principal, y entonces lo mandé parar.

—He decidido ir andando —dije, y pagué lo que marcaba el taxímetro.

—¡Cómo! ¿A Schiphol?

Le dirigí la clase de tolerante sonrisa que podía esperarse de un experto andarín cuyas proezas son puestas en duda, esperé hasta que hubo desaparecido de la vista, subí a un tranvía del número 16 y me apeé en el Dam. Esperándome bajo la marquesina de la parada, estaba Belinda, vestida con un abrigo oscuro y con un pañuelo también oscuro sobre su rubia cabellera. Parecía empapada y aterida.

—Se ha retrasado —dijo con tono acusador.

—No critiques nunca a tu jefe, ni siquiera implícitamente. Las clases dirigentes tienen cosas que atender.

Cruzamos la plaza, volviendo sobre los pasos que el hombre gris y yo habíamos seguido la noche anterior, y bajamos por la

Krasnapolsky y a lo largo de Oudezjids Voorburgwal, flanqueado de árboles, zona que es uno de los focos culturales de Ámsterdam, pero Belinda no parecía estar de humor para la cultura. Muchacha mercurial, aquella noche parecía ensimismada y distante, y el silencio no resultaba nada grato. Belinda tenía algo en la cabeza, y, por lo que conocía de ella, mi impresión era que tarde o temprano me lo haría saber. Estaba en lo cierto.

—En realidad, para usted no existimos, ¿verdad? —dijo de pronto.

—¿Quién no existe?

—Yo, Maggie, todas las personas que trabajamos para usted. Sólo somos cifras.

—Bueno, ya sabes cómo es esto —dije en tono tranquilizador—. El capitán del buque nunca se mezcla socialmente con la tripulación.

—Eso es lo que quiero decir. Eso es lo que digo. En realidad, no existimos para usted. No somos más que muñecas destinadas a ser manipuladas para alcanzar ciertos fines. Cualquier otro muñeco serviría igual.

—Estamos aquí para realizar un trabajo muy desagradable, y lo único que importa es conseguir ese objetivo. Las personalidades deben quedar al margen. Olvidas que soy tu jefe, Belinda. La verdad es que no creo que debieras hablarme de ese modo —dije con toda suavidad.

—Yo le hablaré como me dé la gana. —No sólo mercurial, sino también fogosa; Maggie nunca habría soñado en hablarme así. Reflexionó unos instantes y añadió, más sosegadamente—: Lo siento. No debí hablarle así. Pero ¿tiene usted que tratarnos de esa…, de esa forma despegada y distante, sin establecer nunca contacto con nosotras? Somos personas, ¿sabe?, pero no para usted. Usted pasaría mañana a mí lado por la calle y no me reconocería. No se fija usted en nosotras.

—Oh, ya lo creo que me fijo. Tú misma, por ejemplo. —Me abstuve cuidadosamente de mirarla mientras caminábamos, aunque sabía que ella me estaba observando atentamente—. Chica recién

llegada a Estupefacientes. Experiencia limitada en el *Deuxième Bureau*, París. Abrigo azul marino, pañuelo del mismo color moteado de edelweiss blancos, medias blancas de punto hasta la rodilla, zapatos de tacón liso con hebilla, estatura 1,63, con una figura, por citar a un famoso escritor americano, que le haría a un obispo dar una patada a una vidriera de colores, hermoso rostro, cabello rubio platino que parece seda hilada cuando resplandece al sol, cejas negras, ojos verdes, perceptiva y, lo mejor de todo, empezando a preocuparse por su jefe, especialmente por su falta de humanidad. Oh, lo olvidaba. Esmalte de uñas resquebrajado en el tercer dedo de la mano izquierda y una sonrisa devastadora, realzada, si ello es posible, por un colmillo superior izquierdo ligeramente torcido.

—¡Vaya! —Quedó sin habla unos instantes, lo cual me estaba empezando a parecer que no le iba en absoluto. Se miró la uña en cuestión, y, en efecto, el esmalte estaba resquebrajado; luego, se volvió hacia mí con una sonrisa que era tan devastadora como yo había dicho—. Quizá lo hace.

—Hacer ¿qué?

—Ocuparse de nosotras.

—Claro que me ocupo. —Estaba empezando a confundirme con *Sir* Galahad, y eso podía ser mala cosa—. Todas mis operarías del grado uno, jóvenes y bien parecidas, son como hijas para mí.

Hubo una larga pausa; luego, ella murmuró algo, muy *sotto voce*, pero que a mí me sonó como *sí, papá*.

—¿Qué has dicho? —pregunté con suspicacia.

—Nada. Nada.

—Enfilamos la calle en que se hallaba situado el local de «Morgenstern y Muggenthaler». Esta mi segunda visita a aquel lugar confirmó plenamente la impresión que me había formado la noche anterior. Parecía más sombrío que nunca, más desolado y amenazador, los adoquines y el pavimento más resquebrajados que antes, y las cunetas más llenas de basura. Incluso las picudas casas parecían más próximas unas a otras; daba la sensación de que un día más y se tocarían.

Belinda se detuvo en seco y me cogió del brazo derecho. Me volví hacia ella. Estaba mirando hacia arriba, con los ojos abiertos de par en par, y yo seguí su mirada hacia los distantes aleros, donde las vigas-grúa se recortaban sobre el cielo nocturno. Me di cuenta de que percibía la sensación de algo maligno, y también yo la sentía.

—Éste tiene que ser el lugar —murmuró—. Sé que tiene que ser éste.

—Éste es el lugar —dije con naturalidad—. ¿Qué tiene de malo?

Ella, retiró la mano como si yo hubiera dicho algo ofensivo, pero se la cogí, puse su brazo bajo el mío y le sujeté con fuerza la mano. Ella no hizo ningún intento para desasirse.

—Es… es tan *sórdido…* ¿Qué son esas cosas horribles que asoman bajo los aleros?

—Vigas-grúa. En los viejos tiempos, las casas de este barrio tenían limitada la anchura de su fachada, por lo que los ahorrativos holandeses construían sus casas extraordinariamente estrechas. Por desgracia, esto obligaba a que sus escaleras fuesen más estrechas aún. De ahí las vigas-grúa para los objetos voluminosos, subir pianos, bajar ataúdes…, esa clase de cosas.

—¡Calle! —exclamó, levantando los hombros y estremeciéndose involuntariamente—. Es un lugar horrible. Esas vigas…, parecen patíbulos. Éste es un lugar al que la gente viene a morir.

—Tonterías, chiquilla —dije en tono jovial. A lo largo de mi espina dorsal sentía que unos afilados dedos de hielo tocaban la *Marcha fúnebre* de Chopin, y me invadió de pronto el deseo de poder escuchar la grata y nostálgica música del organillo situado frente al Rembrandt: probablemente, yo me alegraba de apoyarme en la mano de Belinda tanto como ella en la mía—. No debes dejarte llevar de tu imaginación gala.

—No estoy imaginando cosas —respondió ella con aire sombrío, estremeciéndose de nuevo—. ¿Teníamos que venir a este horrible lugar?

Se estremecía ahora de un modo violento y continuo, convulsivamente, y, aunque hacía frío, no era para tanto.

—¿Recuerdas el camino por donde hemos venido? —pregunté. Ella asintió con la cabeza, desconcertada, y yo respondí—: Vuélvete al hotel; después me reuniré contigo.

—¿Que vuelva al hotel?

—No me pasará nada. Anda, vete.

Soltó su mano de la mía y, antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que ocurría, ella me estaba agarrando de las solapas y mirándome de una forma evidentemente destinada a fulminarme allí mismo. Si ahora temblaba, era de ira: nunca creí que una muchacha tan hermosa pudiera tener un aspecto tan furioso. «Mercurial» no era la palabra adecuada para Belinda, sólo un pálido e inocuo sustitutivo de la que realmente necesitaba. Miré los puños que agarraban mis solapas. Los nudillos estaban blancos. Estaba intentando de veras sacudirme.

—¡No vuelva a decirme una cosa así!

No cabía la menor duda: estaba furiosa.

Se produjo una breve pero enconada lucha entre mi arraigado instinto de disciplina y el deseo de rodearla con mis brazos. Venció la disciplina, pero por muy poco. Dije humildemente:

—Nunca te volveré a decir una cosa así.

—Está bien —dijo ella, soltándome las arrugadas solapas y cogiéndome la mano—. Entonces, vamos.

El orgullo no me permitiría decir que me llevó a rastras, pero eso le habría parecido a un espectador imparcial.

A los cincuenta pasos, me detuve.

—Hemos llegado.

Belinda leyó la placa:

—«Morgenstern y Muggenthaler».

Subí los escalones y empecé a trabajar en la cerradura.

—Vigila la calle.

—¿Y qué hago luego?

—Vigila mi espalda.

Hasta un chiquillo podría haber abierto aquella cerradura con una horquilla doblada. Entramos y cerramos la puerta tras de nosotros.

La linterna que yo tenía era pequeña, pero potente. En aquel primer piso no había gran cosa que ver. Estaba abarrotado casi hasta el techo de cajas de madera vacías, papel, cartón, balas de paja y maquinaria para atar y embalar. Un taller de embalaje, nada más.

Por la estrecha y curva escalera de madera subimos hasta el piso siguiente. A mitad de camino, miré a mi alrededor, y vi que también Belinda estaba mirando aprensivamente tras de sí, moviendo y enfocando su linterna en una docena de direcciones diferentes.

El siguiente piso estaba dedicado por completo a grandes cantidades de objetos de artesanía holandesa, molinos, perros, pipas y varios otros artículos exclusivamente relacionados con la rama de *souvenirs* para turistas. Había docenas de millares de esta clase de artículos en estantes situados a lo largo de las paredes, o sobre bastidores paralelos que cruzaban el almacén de un lado a otro, y, aunque resultaba del todo punto imposible examinarlos todos, me parecieron totalmente inocuos. Lo que no parecía tan inocuo, sin embargo, era una habitación de cinco por seis metros en un rincón del almacén, o, para ser más exactos, la puerta que conducía a aquella habitación, aunque, evidentemente, no iba, aquella noche, a conducir a esa habitación. Llamé a Belinda y proyecté la luz de mi linterna sobre la puerta. Ella la miró, luego me miró a mí, y, a la débil claridad que reflejaba la luz de la linterna, pude ver el asombro en sus ojos.

—Una cerradura de seguridad —dijo—. ¿Por qué habría de querer nadie una cerradura de seguridad en una simple puerta de oficina?

—No es una simple puerta de oficina —dije—. Está hecha de acero. Y por eso mismo puedes apostar a que esas sencillas paredes de madera están reforzadas de acero, y que la sencilla y rústica ventana que da a la calle está cubierta por una tupida reja de barrotes empotrados en cemento. En un almacén de diamantes, sí se comprendería. Pero ¿aquí? Aquí no hay nada que ocultar.

—Parece como si hubiéramos venido al lugar adecuado —dijo Belinda.

—¿Has dudado de mi alguna vez?

—No, señor —repuso, seria—. Pero ¿qué es este lugar?

—Está claro, ¿no? El local de un mayorista dedicado al comercio de *souvenirs* para turistas. Las fábricas, o las industrias caseras, o quien sea, envían aquí sus artículos para su almacenaje, y el almacén sirve los pedidos que cursan las tiendas, sencillo, ¿verdad? Inofensivo, ¿verdad?

—Pero no muy higiénico.

—¿Cómo es eso?

—Huele horriblemente.

—A algunas personas les gusta el olor a marihuana.

—¡Marihuana!

—Tú y tú acomodada vida. Vamos.

Subí delante hasta el tercer piso y esperé a que Belinda se reuniera conmigo.

—¿Todavía guardando las espaldas del jefe? —pregunté.

—Todavía guardando las espaldas del jefe —repitió ella maquinalmente.

La fogosidad de Belinda de unos minutos antes había desaparecido. No la censuraba. En aquel viejo edificio había algo inexplicablemente siniestro y malévolo. El nauseabundo olor a marihuana era ahora más intenso, pero en aquel piso no parecía haber nada relacionado, ni siquiera remotamente, con él. Tres lados del piso, así como gran número de bastidores transversales, estaban ocupados por relojes de péndulo, todos ellos parados, afortunadamente. Abarcaban toda la gama de formas, diseños y tamaños, y su calidad variaba desde los modelos pequeños, baratos y chillonamente pintados, destinados a los turistas, casi todos de madera de pino amarilla, hasta los relojes metálicos, muy grandes, de exquisito diseño y esmeradamente fabricados, que eran, a todas luces, muy antiguos y caros, o imitaciones modernas que no habrían podido ser mucho más baratas.

El cuarto lado constituyó, por decirlo con suavidad, una considerable sorpresa. Estaba dedicado, nada más y nada menos,

que a albergar fila tras fila de Biblias. Me pregunté brevemente qué diablos hacían unas Biblias en un almacén de artículos para turistas, pero sólo brevemente: había demasiadas cosas que no comprendía.

Cogí una de ellas y la examiné. Repujadas en oro en la mitad inferior de la portada de cuero, figuraban las palabras *La Biblia de Gabriel*… La abrí, y en su primera página leí la inscripción: «Con los atentos saludos de la Primera Iglesia Reformada de la Sociedad Hugonote Americana».

—Tenemos una de ésas en la habitación de nuestro hotel —dijo Belinda.

—No me sorprendería que en la mayoría de los hoteles de la ciudad hubiera una en cada habitación. La cuestión es: ¿qué están haciendo aquí? ¿Por qué no están en el almacén de una editorial o de una librería, donde sería lógico que estuvieran? Un poco extraño, ¿verdad?

Ella se estremeció.

—Todo es extraño aquí.

Le di unas palmaditas en la espalda.

—Te está empezando un resfriado, eso es lo que pasa. Ya te previne antes sobre esas minifaldas. Vamos al piso siguiente.

El piso siguiente estaba dedicado por completo a la más asombrosa colección de muñecas imaginable. Debía de haber varios millares. De todos los tamaños, desde diminutas miniaturas hasta modelos más grandes aún que la que le había visto a Trudi: todas sin excepción estaban exquisitamente modeladas, todas bellamente ataviadas con una extraordinaria variedad de vestidos tradicionales holandeses. Las muñecas mayores estaban de pie o sostenidas por una varilla metálica; las más pequeñas colgaban de cuerdas sujetas a unas barras que pasaban por encima. La luz de mi linterna se posó finalmente en un grupo de muñecas que llevaban el mismo vestido.

Belinda había olvidado la importancia de vigilar mi espalda: había vuelto a cogerme del brazo.

—Es tan… fantástico. Parece que están vivas, vigilantes. —Miró las muñecas iluminadas por el foco de mi linterna—. ¿Hay en ésas

algo especial? —preguntó en voz baja.

—No es necesario cuchichear. Quizá te estén mirando, pero te aseguro que esas muñecas no pueden oírte. Nada especial en realidad, sólo que son de la isla de Huyler, en el Zuiderzee. El ama de llaves de Van Gelder, una encantadora y vieja bruja que ha perdido su escoba, va vestida así.

—¿Así?

—Resulta difícil de creer —admití—. Y Trudi tiene una muñeca enorme vestida exactamente de la misma manera.

—¿La chica enferma?

—La chica enferma.

—Hay algo terriblemente enfermizo en este lugar.

Me soltó el brazo y volvió a su tarea de cubrirme la espalda. Unos segundos después, la oí sofocar una exclamación y me volví. Estaba de espaldas a mí, a poco más de un metro de distancia, y, mientras la miraba, empezó a andar lenta y silenciosamente hacia atrás, con los ojos evidentemente fijos en algo enfocado por su linterna y tanteando a su espalda con la otra mano. Se la cogí, y ella se me acercó, todavía sin volver la cabeza.

Habló en un apremiante susurro.

—Hay alguien allí. Alguien que está mirando.

Miré la zona que iluminaba su linterna, pero no pude ver nada, aunque, ciertamente, la suya no era una linterna muy potente comparada con la que tenía yo. Aparté la vista, le apreté la mano para atraer su atención y, cuando ella se volvió la miré interrogativamente.

—Allí hay alguien —susurró de nuevo, con la mirada casi desencajada—. Los he visto. Los he, visto.

—¿Los?

—Ojos. ¡Los he visto!

Ni por un momento dudé de ella. Tal vez fuera imaginativa, pero se la había adiestrado para que no lo fuese. Enfoqué mi propia linterna, no con el cuidado con que habría podido hacerlo, pues la luz le dio a Belinda en los ojos al pasar, cegándola momentáneamente, y

mientras ella levantaba una mano en un gesto reflejo para protegerse los ojos, dirigí el haz de la linterna hacia la zona que me había indicado. No vi ningún ojo, pero lo que sí vi fueron dos muñecas, muy próximas una de otra, que se balanceaban con tal suavidad que su movimiento era casi imperceptible. Casi, pero no del todo… Y ni la menor comente, ni el menor soplo de aire, corría por aquel cuarto piso del almacén.

Le volví a apretar la mano y sonreí.

—Vamos, Belinda…

—¡No me diga «vamos, Belinda»! —Si aquello pretendía ser un silbido o un susurro vibrante, no sabría decirlo con seguridad—. Los he visto. Unos ojos horribles que miraban. Juro que los he visto. Lo juro.

—Sí, sí, desde luego, Belinda…

Volvió el rostro hacia mí, con la frustración reflejada en sus ojos, como si sospechara que yo le daba la razón para calmarla, como así era en efecto.

—Te creo, Belinda —dije—. Claro que te creo.

—Entonces, ¿por qué no hace algo?

—Lo voy a hacer. Voy a largarme de aquí a toda prisa. —Como si nada hubiera sucedido, realicé una última y rápida inspección con mi linterna, luego me volví y la cogí del brazo con aire protector—. No hay nada aquí para nosotros, y llevamos demasiado tiempo en este lugar. Creo que debemos tomar una copa para templar los nervios.

Me miró fijamente. Su rostro reflejaba una cambiante sucesión de ira, frustración e incredulidad y, sospechaba yo, no poco alivio. Pero la ira dominaba sobre todas las demás sensaciones: la mayoría de las personas se irritan cuando notan que no se las cree y que al mismo tiempo se les da la razón para complacerlas.

—Pero le digo…

—¡Ah, ah! —Me llevé un dedo a los labios—. No me digas nada. Recuerda que el jefe siempre sabe mejor…

Era demasiado joven para sufrir un ataque de apoplejía, pero las emociones eran las mismas. Me miró con ferocidad; decidió, al parecer, que no había palabras para hacer frente a la situación y empezó a bajar la escalera, retratada la afrenta que sentía en la rígida línea de su espalda. Yo la seguí. Tampoco mi espalda estaba del todo normal; notaba en ella una curiosa sensación de cosquilleo que no me abandonó hasta que la puerta del almacén se cerró tras de mí.

Echamos a andar a pasos rápidos por la calle, separados un metro el uno del otro: era Belinda quien mantenía la distancia, y su actitud proclamaba claramente que el agarrarnos la mano y el cogernos del brazo había terminado por aquella noche y, muy probablemente, para siempre. Carraspeé.

—El que lucha y huye, vive para luchar otro día.

Estaba tan enfurecida que no lo captó.

—Haga el favor de no hablarme —replicó.

Y no lo hice, al menos hasta que llegamos a la primera taberna del barrio del puerto, un insalubre garito que lucía el nombre de «El gato de siete colas». La Armada británica debía de haber recalado por allí en algún tiempo. Cogí a Belinda del brazo y la conduje al interior. No lo hizo de muy buena gana, pero no se resistió.

Era un reducido tugurio lleno de humo y carente de ventilación, y eso era todo lo que se podía decir de él. Varios marineros, molestos por aquella intrusión de un par de turistas en lo que, probablemente con razón, consideraban propiedad personal suya, me miraron ceñudos cuando entré, pero yo estaba mucho más ceñudo que ellos, y, tras la inicial hosquedad de su recibimiento, nos dejaron en paz. Llevé a Belinda a una pequeña mesa, una auténtica mesa antigua de madera, cuya superficie original no había recibido el contacto del agua y el jabón desde tiempo inmemorial.

—Yo tomaré un *whisky* —dije—. ¿Y tú?

—*Whisky* —respondió, malhumorada.

—Pero tú no bebes *whisky*.

—Esta noche, sí.

Tenía razón a medias. Con un gesto de desafío, se echó al coleto la mitad de su vaso de *whisky* puro; luego, empezó a espurrear, toser y atragantarse tan violentamente que pensé que tal vez me había equivocado respecto a sus incipientes síntomas de apoplejía. Le di unas palmaditas en la espalda.

—Quíteme la mano de encima —jadeó.

Retiré la mano.

—No creo que pueda seguir trabajando con usted, comandante Sherman —dijo, cuando consiguió que su laringe volviera a funcionar.

—Lo lamento.

—No puedo trabajar con personas que no confían en mí, que no me creen. Usted no sólo nos trata como si fuéramos muñecas, nos trata como si fuéramos niñas.

—No te considero una niña —dije sosegadamente. Y era cierto.

—«Te creo, Belinda» —remedó con amargura—. «Claro que te creo, Belinda». Usted no cree a Belinda en absoluto.

—Creo a Belinda —dije—. Creo que me preocupo por Belinda, después de todo. Por eso saqué de allí a Belinda.

Se me quedó mirando.

—Usted cree… Entonces, ¿por qué…?

—Había alguien allí, escondido detrás de aquella fila de muñecas. Vi a dos de las muñecas oscilar ligeramente. Alguien estaba detrás del bastidor, vigilando, deseando ver, estoy seguro, si averiguábamos algo y qué era. No tenía intenciones asesinas, o nos habría pegado un tiro por la espalda cuándo bajábamos las escaleras. Pero si yo hubiese reaccionado como tú querías, se habría visto obligado a cuidar de sí mismo y me habría disparado desde su escondrijo antes de que llegara a ponerle los ojos encima. Y luego habría disparado sobre ti, pues no podía tener testigos, y tú eres demasiado joven para morir. O tal vez podría yo haber jugado al escondite con él y esperado una oportunidad para cazarlo…, si no hubieras estado tú. Pero estabas, no tienes pistola, careces de experiencia en nuestros desagradables juegos y eras tan buena como un rehén para él. Así que me llevé de allí a Belinda. Vaya, ¿no ha sido un bonito discurso?

—No me importa el discurso. —Mercurial como siempre, había lágrimas en sus ojos—. Lo único que sé es que es la cosa más bonita que nadie me ha dicho jamás.

—¡Bobadas!

Apuré mi *whisky*, acabé el suyo y la llevé al hotel. Permanecimos unos momentos en la entrada, resguardándonos de la fuerte lluvia que entonces, y ella dijo:

—Lo siento. He sido una estúpida. Y lo siento por usted también.

—¿Por mí?

—Ahora comprendo por qué preferiría usted trabajar con muñecas en vez de con personas. Uno no llora por dentro cuando muere una muñeca.

No respondí. Estaba empezando a perder el dominio sobre aquella muchacha; la vieja relación maestro-alumna no era ya como antes.

—Otra cosa —dijo. Hablaba casi alegremente. Hice un esfuerzo por afianzarme—. Ya no volveré a temerle más a usted.

—¿Me temías? ¿A mí?

—Sí, así es. De veras. Pero es como dijo el hombre…

—¿Qué hombre?

—¿No era Shylock? Ya sabe, cortadme y desangradme…

—¡Oh, calla!

Se calló. Volvió a dirigirme aquella devastadora sonrisa, me besó sin apresuramiento, me dirigió otra vez la misma sonrisa y entró en el hotel. Yo me quedé mirando las puertas giratorias hasta que se detuvieron. Mucho más de esto, pensé sombríamente, y la disciplina se irá al diablo sin posibilidad de retorno.

CAPÍTULO V

Recorrí andando doscientos o trescientos metros, hasta encontrarme lo suficiente lejos del hotel de las chicas, tomé un taxi y me dirigí al Rembrandt. Permanecí un momento bajo la marquesina del vestíbulo, mirando al organillo del otro lado de la calzada. El viejo no sólo era infatigable, sino, al parecer, también impermeable. La lluvia no significaba nada para él, y sólo un terremoto le habría impedido continuar su actuación. Como el viejo actor que piensa que la función debe seguir, quizás él pensaba que tenía un deber que cumplir con su público y, por increíble que pareciera, tenía un público, media docena de jóvenes cuyas raídas ropas presentaban todas las trazas de hallarse empapadas por completo, un grupo de acólitos sumidos en la contemplación mística de las agonías mortales de Strauss, a quien le tocaba el turno aquella noche. Entré.

El ayudante de recepción me vio cuando volvía de colgar el abrigo. Su sorpresa pareció sincera.

—¿Tan pronto de vuelta? ¿Desde Zaandam?

—El taxi era muy rápido —expliqué.

Me dirigí al bar, donde pedí una *jonge Genever* y una *Pilsen* y las bebí lentamente mientras consideraba la relación entre rápidos hombres provistos de rápidas pistolas y traficantes de drogas y chicas enfermas y ojos escondidos detrás de muñecas y personas y taxis que me seguían a todas partes y policías contorsionados y recepcionistas venales y porteros y organillos. No llegué a ningún resultado. Tenía la seguridad de que no me estaba comportando de un modo suficientemente provocativo, y estaba llegando de mala

gana a la conclusión de que no podía hacer otra cosa más que visitar de nuevo el almacén aquella noche —desde luego, sin que Belinda tuviera la menor noticia de ello—, cuando levanté casualmente la vista hacia el espejo que tenía delante. No me indujo a ello el instinto ni nada parecido, era tan sólo que mi nariz llevaba algún tiempo sintiendo casi inconscientemente el cosquilleo de un perfume que acababa de identificar como sándalo, y, como me gusta bastante, quería ver quién lo llevaba. Simple curiosidad.

La muchacha estaba sentada a una mesa detrás de mí, con una copa sobre la mesa y un periódico en la mano. Podría haber sido imaginación mía el que sus ojos se bajaran hacia el periódico en cuanto yo levanté la vista hacia el espejo, pero yo no era propenso a imaginar cosas de ésas. Me había estado mirando. Parecía joven, llevaba un abrigo verde y tenía un mechón de pelo rubio que, según la moda moderna, tenía todas las trazas de haber sido recortado por un podador lunático. Ámsterdam parecía estar lleno de rubias que llamaban mi atención de una manera u otra.

—Lo mismo otra vez —le dije al camarero.

Puse las bebidas en una mesa próxima a la barra, las dejé allí, me dirigí lentamente hacia el vestíbulo del hotel, pasé junto a la muchacha como si me hallara ensimismado en mis pensamientos, sin mirarla siquiera, crucé la puerta y salí a la calle. Strauss había sucumbido, pero no el anciano, quien, para demostrar la universalidad de sus gustos, estaba interpretando ahora una sádica versión de *The bonnie, bonnie banks of Loch Lomond*. Si lo intentara en la Sauchiehall Street de Glasgow, tanto él como su organillo no serían más que un débil recuerdo al cabo de quince minutos. Los jóvenes acólitos se habían desvanecido, lo que podía significar o que eran muy antiescoceses o muy proescoceses. En realidad, su ausencia, como descubriría más tarde, significaba algo completamente distinto: tenía la evidencia entre mis ojos y no la advertí, y por no advertirla iban a morir demasiadas personas.

El viejo me vio y mostró su sorpresa.

—*Mynheer* dijo que…

—Que iba a la ópera. Y he ido —dije moviendo tristemente la cabeza—. Cuando la *prima donna* estaba lanzando un mí agudo sufrió un ataque al corazón. —Le di una palmada en el hombro—. No se asuste. Sólo voy a esa cabina telefónica.

Marqué el número del hotel de las chicas. Hablé inmediatamente con la centralilla y, luego, tras una larga espera, con la habitación. La voz de Belinda sonó malhumorada.

—Diga. ¿Quién es?

—Sherman. Quiero que vengas enseguida.

—¿Ahora? —Su voz era un gemido—. Pero si me estoy, bañando…

—Lo siento, pero no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo. Estás lo bastante limpia para el sucio trabajo que tengo entre manos. Y Maggie.

—Pero Maggie está dormida.

—Entonces será mejor que la despiertes, ¿verdad? A menos que quieras llevarla a cuestas. —Ofendido silencio—. Debéis estar en mi hotel dentro de diez minutos. Quedaos afuera, a unos veinte metros de distancia.

—¡Pero si está lloviendo a cántaros!

—A las damas de la calle no les importa mojarse. Dentro de poco saldrá de aquí una chica. Tu estatura, tu edad, tu figura, tu pelo…

—Debe de haber diez mil chicas en Ámsterdam que…

—Ah, pero ésta es hermosa. No tanto como tú, desde luego, pero bastante hermosa. También lleva un abrigo verde, a juego con su paraguas verde, perfume de sándalo y, en la sien izquierda, un cardenal bastante bien disimulado que le produje ayer por la tarde.

—Un cardenal… No nos dijo que se dedicaba a asaltar chicas.

—No puedo recordar todos los detalles intrascendentes, Seguidla. Cuando llegue a su destino, una de vosotras se queda allí, y la otra vuelve para informarme. No, no podéis venir aquí, ya lo sabes. Estaré en el Old Bell, en la esquina de la Rembrandtplein.

—¿Qué estará haciendo allí?

—Es un bar. ¿Qué crees que estaré haciendo?

Cuando volví, la muchacha del abrigo verde continuaba sentada a la misma mesa. Me fui primero al mostrador de la recepción, pedí papel de escribir y lo llevé a la mesa en que había dejado mis bebidas. La muchacha de verde estaría a no más de dos metros de distancia, en ángulo recto, por lo que disponía de una posición excelente para ver lo que yo hacía, mientras que ella quedaba relativamente libre de observación.

Saqué mi cartera, extraje la cuenta de mi cena de la noche anterior, la alisé sobre la mesa y empecé a tomar notas en un trozo de papel. Al cabo de unos momentos, dejé la pluma con un gesto de disgusto, arrugué el papel y lo tiré a una papelera próxima. Empecé con otra hoja de papel y aparenté llegar a la misma insatisfactoria conclusión. Repetí esto varias veces más, luego cerré los ojos y apoyé la cabeza en las manos durante casi cinco minutos, con el aspecto de un hombre sumido en la más profunda concentración. El hecho era que no tenía demasiada prisa. Diez minutos, le había dicho a Belinda, pero si ella lograba salir del baño, vestirse y llegar hasta mi hotel en ese tiempo, es que yo sabía acerca de las mujeres menos aún de lo que creía.

Reanudé mi tarea de escribir, arrugar el papel y tirarlo, hasta que hubieron transcurrido veinte minutos. Terminé mis bebidas, me levanté, le di las buenas noches al camarero y salí. Crucé las cortinas que separaban el bar del vestíbulo del hotel y esperé, atisbando cautelosamente por el borde de la cortina. La muchacha de verde se puso en pie, se acercó a la barra, pidió otra copa y, luego, se sentó con aire indiferente en la silla que yo acababa de dejar libre, de espaldas a mi. Miró a su alrededor, también con aire indiferente, para cerciorarse de que nadie la observaba, luego se inclinó hacia la papelera y cogió la arrugada hoja de papel que estaba encima. La alisó sobre la mesa, mientras yo me acercaba en silencio a su silla. Ahora podía verle un lado de la cara y observé que se había quedado completamente inmóvil. Pude incluso leer el

mensaje que ella había alisado sobre la mesa. Decía: SÓLO LAS CHICAS ENTROMETIDAS CURIOSEAN EN LAS PAPELERAS.

—Todos los demás papeles tienen el mismo mensaje —dije—. Buenas noches, *Miss* Lemay.

Se volvió en redondo y levantó la vista hacia mí. Se había camuflado a sí misma bastante bien para ocultar la natural tonalidad olivácea de su tez, pero todas las pinturas y todos los polvos del mundo eran insuficientes para ocultar el rubor que se extendió por su rostro, desde el cuello hasta la frente.

—Dios mío —dije—. ¡Qué color rosa tan bonito!

—Lo siento. No hablo inglés.

Le toqué con suavidad el cardenal y dije amablemente:

—Amnesia por contusión. Pasará. ¿Qué tal la cabeza, *Miss* Lemay?

—Lo siento, no…

—No habla inglés. Ya lo ha dicho. Pero lo entiende bastante bien, ¿verdad? Especialmente por escrito. Para un tipo maduro como yo, resulta rejuvenecedor ver que las muchachas de hoy pueden ruborizarse de un modo tan encantador.

Se levantó turbada, retorciendo y arrugando los papeles que tenía en la mano. Aunque estuviera del lado de los malos —y quién que no lo estuviera no habría intentado, como incuestionablemente había intentado ella, obstaculizar mi persecución en el aeropuerto—, no pude por menos que experimentar un sentimiento de compasión. Ofrecía un aspecto indefenso y desamparado. Podría haber sido una consumada actriz, pero las actrices consumadas habrían estado ganando una fortuna en el escenario o en la pantalla. Entonces, inexplicablemente, pensé en Belinda. Dos en un solo día eran demasiadas. Se me estaba reblandeciendo la cabeza. Con un ademán, señalé los papeles.

—Puede quedárselos, si quiere —dije.

—¿Esto? —Miró los papeles—. No quiero…

—Vamos, ya está pasando la amnesia.

—Por favor, yo…

—Se le ha movido la peluca, *Miss* Lemay.

Levantó automáticamente las manos y se tocó el pelo, luego las dejó caer a los lados y se mordió los labios con irritación. En sus oscuros ojos se reflejaba algo muy próximo a la desesperación. Experimenté de nuevo la desagradable sensación de no sentirme muy orgulloso de mi mismo.

—Déjeme, por favor —dijo.

Me hice a un lado para dejarla pasar. Me miró un momento, y yo habría jurado que había una expresión de súplica en sus ojos y que su rostro comenzaba a fruncirse ligeramente, como si fuera a echarse a llorar. Luego, movió la cabeza y se alejó apresuradamente. Yo la seguí más despacio y la vi bajar corriendo los escalones de la entrada y torcer en dirección al canal. Veinte segundos después, pasaron Maggie y Belinda en la misma dirección. A pesar de los paraguas que llevaban, parecían muy mojadas y nada contentas. Quizás habían llegado en diez minutos, después de todo.

Volví al bar, que no había tenido intención de abandonar, aunque había debido convencer a la muchacha de lo contrario. El camarero, un tipo cordial, me sonrió.

—Buenas noches de nuevo, señor. Creía que había ido a acostarse.

—Quería acostarme. Pero mi paladar ha dicho: No, otra *jonge Genever*.

—Hay que escuchar siempre al paladar, señor —dijo gravemente el camarero. Me alargó la copa—. ¡*Prost*, señor!

Levanté la copa y volví a mis pensamientos. Pensé en lo ingenuo y desagradable que resultaba ser engañado, y si las muchachas podrían ruborizarse a voluntad. Creía haber oído que algunas actrices podían hacerlo, pero no estaba seguro, así que pedí otra *Genever* para refrescarme la memoria.

El siguiente vaso que levanté en mi mano era de una clase completamente distinta, mucho más pesado y conteniendo un liquido

mucho más oscuro. Se trataba, en realidad, de una jarra de Guinness, lo que tal vez parezca una cosa muy rara de encontrar en un bar continental, como en efecto lo era. Pero no en aquél, no en el Old Bell, una hostería más inglesa que lo que pueden esperar llegar a ser la mayoría de las hosterías inglesas. Estaba especializada en cervezas inglesas y, como atestiguaba mi vaso, en cerveza irlandesa.

Aunque el establecimiento tenía una abundante clientela, yo había conseguido encontrar una mesa para mí solo frente a la puerta, no porque sintiera la aversión clásica del Oeste americano a sentarme de espaldas a la puerta, sino porque quería ver a Maggie o Belinda, la que fuese de las dos, cuando entrara. Resultó ser Maggie. Avanzó hacia mi mesa y se sentó. Era una Maggie muy mojada, y, a pesar del pañuelo y del paraguas, sus negros cabellos se le pegaban a las mejillas.

—¿Estás bien? —pregunté solícitamente.

—Si se puede estar bien cuando se está empapada hasta los huesos, sí.

No era propio de Maggie hablar con aquella aspereza: debía de estar empapada de veras.

—¿Y Belinda?

—Sobrevivirá también. Pero creo que se preocupa demasiado por usted. —Esperó ostensiblemente a que yo acabara de tomar un largo trago de mi Guinness—. Confía en que no se esté usted excediendo.

—Belinda es una chica muy considerada.

Belinda sabía condenadamente bien lo que yo estaba haciendo.

—Belinda es joven —dijo Maggie.

—Sí, Maggie.

—Y vulnerable.

Sí, Maggie.

—No quiero que resulte lastimada, Paul.

Esto me hizo dar mentalmente un respingo. Ella nunca me llamaba Paul, a menos que estuviésemos solos, y aun entonces sólo cuando estaba lo bastante sumida en sus pensamientos o en sus

emociones como para olvidar lo que consideraba como las debidas formas. No sabía qué contestar y me pregunté de qué diablos habrían estado hablando las dos. Estaba empezando a desear haber prescindido de ellas y haberme traído en su lugar dos *Dobermann Pinschers*[2]. Al menos, un *Dobermann* habría dado buena cuenta de nuestro acechante amigo del almacén de «Morgenstern y Muggenthaler».

—He dicho… —empezó Maggie.

—He oído lo que has dicho. —Bebí un poco más de cerveza—. Eres una buena chica, Maggie.

Ella inclinó la cabeza, no para indicar su acuerdo con lo que yo acababa de decir, sino sólo para mostrar que, por alguna oscura razón, consideraba mis palabras como una respuesta satisfactoria, y tomó un sorbo del jerez que yo le había encargado. Me apresuré a volver a un terreno menos peligroso.

—Bueno, ¿dónde está nuestra otra amiga que habéis estado siguiendo?

—En la iglesia.

—¡Qué! —exclamé, espurreando en mi jarra de cerveza.

—Cantando himnos.

—¡Santo Dios! ¿Y Belinda?

—En la iglesia, también.

—¿Está ella cantando himnos?

—No lo sé. No he entrado.

—Quizá Belinda no debiera haber entrado.

—¿Qué lugar más seguro que una iglesia?

—Cierto, cierto.

Traté de tranquilizarme, pero me sentía desasosegado.

—Una de nosotras tenía que quedarse.

—Desde luego.

—Belinda dijo que quizá le gustaría a usted saber el nombre de la iglesia.

—¿Por qué me iba…? —Miré fijamente a Maggie—. ¿La Primera Iglesia Reformada de la Sociedad Hugonote Americana? —Maggie

asintió. Eché hacia atrás mi silla y me levanté—. Y me lo dices ahora. Vamos.

—¿Cómo? ¿Y dejar esa magnífica Guinness que es tan buena para usted?

—Estoy pensando en la salud de Belinda, no en la mía.

Salimos, y, mientras lo hacíamos, se me ocurrió pensar de pronto en que el nombre de la iglesia no había significado nada para Maggie. No había significado nada para Maggie porque Belinda no se lo había contado cuando volvió al hotel, y no se lo había contado porque Maggie estaba dormida. Y me pregunté de qué diablos habrían estado hablando. No habían estado hablando de nada. O esto era muy curioso o yo no era muy inteligente. O ambas cosas a la vez.

Estaba lloviendo, como de costumbre, y, cuando pasábamos por la Rembrandtplein, junto al Hotel Schiller, Maggie tuvo un oportuno estremecimiento.

—Mire —dijo—. Ahí hay un taxi. Montones de taxis, en realidad.

—Yo no diría que no hay un taxi en Ámsterdam que no esté a sueldo de los malvados —dije—, pero no apostaría por ello. No está lejos.

No lo estaba…, en taxi. A pie, era una distancia considerable. Pero yo no tenía intención de recorrerla a pie. Llevé a Maggie por la Thorbeckeplein, torcí a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda hasta que salimos al Amstel. Maggie dijo:

—Parece que conoce muy bien el camino, ¿verdad, comandante Sherman?

—He estado aquí antes.

—¿Cuándo?

—Lo he olvidado. El año pasado, alguna vez.

—¿El año pasado? ¿Cuándo?

Maggie conocía, o creía conocer, todos mis movimientos durante los cinco últimos años, y podría sentirse fácilmente ofendida. No le gustaban lo que ella llamaba irregularidades.

—En primavera, creo que fue.

—¿Dos meses, quizá?

—Más o menos.

—Usted pasó dos meses en Miami la primavera pasada —dijo acusadoramente—. Es lo que dicen los archivos.

—Ya sabes cómo confundo las fechas.

—No, no lo sé. —Hizo una pausa—. Creía que nunca había visto usted al coronel De Graaf y a Van Gelder.

—Así es.

—Pero…

—No quise molestarles. —Me detuve ante una cabina telefónica —. Tengo que hacer un par de llamadas. Espera aquí.

—¡Ni hablar!

La de Ámsterdam parecía ser una atmósfera muy excitante. Maggie me estaba empezando a resultar como Belinda. Pero ella tenía un motivo en que apoyarse. La sesgada lluvia se abatía ahora como un espeso y húmedo manto. Abrí la puerta y dejé que pasara delante de mí a la cabina. Llamé a una compañía de taxis próxima cuyo número conocía y, después de hablar, marqué otro número.

—No sabía que hablaba usted holandés —dijo Maggie.

—Y tampoco nuestros amigos. Por eso podemos conseguir un taxista honrado.

—No confía usted en nadie, ¿verdad? —dijo Maggie en tono de admiración.

—Confío en ti, Maggie.

—No, no confía. Lo que pasa es que no quiere cargar mi bonita cabeza con problemas innecesarios.

—Esa parte me está reservada —me lamenté. Sonó en el teléfono la voz de De Graaf. Tras las cortesías de rigor, dije—: ¿Qué hay de esos trozos de papel? ¿No ha habido suerte todavía? Gracias, coronel De Graaf. Volveré a llamarle más tarde.

Colgué.

—¿Qué trozos de papel? —preguntó Maggie.

—Unos trozos de papel que le di.

—¿De dónde los sacó usted?

—Me los dio anoche un individuo.

Maggie me dirigió su resignada mirada, pero no dijo nada. Al cabo de un par de minutos, llegó un taxi. Di al taxista una dirección de la ciudad vieja, y cuando llegamos allí eché a andar con Maggie por una estrecha callejuela hasta uno de los canales de la zona portuaria. Me detuve en la esquina.

—¿Es eso?

—Sí —respondió Maggie…

Eso era una pequeña iglesia de color gris situada a unos cincuenta metros de distancia a lo largo de la orilla del canal. Era un edificio casi ruinoso que parecía mantenerse en posición vertical exclusivamente por la fuerza de la fe, ya que daba la impresión de estar a punto de derrumbarse de un momento a otro en el canal. Tenía una pequeña torre cuadrada de piedra, desviada de la perpendicular por lo menos cinco grados y coronada por un campanario que se inclinaba peligrosamente en dirección contraria. La situación no podía ser más propicia para que la Primera Iglesia Reformada de la Sociedad Hugonote Americana desencadenara una campaña para arbitrar fondos.

Que algunos de los edificios adyacentes habían estado en un peligro aún mayor de derrumbamiento lo ponía de manifiesto el hecho de que una gran zona de edificaciones había sido demolida ya en la orilla del canal, más allá de la iglesia. Una grúa gigantesca, con el aguilón más enorme que yo había visto jamás perdido casi en la oscuridad de lo alto, se alzaba en medio de aquella extensión convertida en solar, donde la reedificación había alcanzado ya el final de la fase de cimentación.

Caminamos lentamente por la orilla del canal en dirección a la iglesia. Se oía ya con toda claridad el sonido de la música de órgano y de mujeres cantando. El sonido de la música elevándose sobre las oscuras aguas del canal producía una grata sensación, hogareña y nostálgica, de seguridad.

—Parece que la función dura todavía —dije—. Entra…

Me interrumpí y me dirigí hacia una muchacha rubia de impermeable ceñido que pasaba por allí.

—¡Eh! —dije.

La rubia se tenía bien aprendido lo que debía hacer cuando la abordaran hombres desconocidos en una calle solitaria. Me miró y echó a correr. No llegó muy lejos. Resbaló en los mojados adoquines, recobró el equilibrio, pero sólo dio otros dos o tres pasos más antes de que yo la alcanzara. Forcejeó unos instantes para escapar y, luego, desistió y me echó los brazos al cuello. Maggie se reunió con nosotros, de nuevo con su puritana expresión en su rostro.

—¿Una vieja amiga, comandante Sherman?

—Desde está mañana. Es Trudi. Trudi van Gelder.

—¡Oh!

Maggie apoyó una mano tranquilizadora en el brazo de Trudi, pero ésta hizo caso omiso de ella estrechando su abrazo y mirándome admirativamente a la cara desde una distancia de unos diez centímetros.

—Me gustas —anunció Trudi—. Eres guapo.

—Sí, lo sé, ya me lo dijiste antes. ¡Oh, al diablo!

—¿Qué va a hacer? —preguntó Maggie.

—Tengo que llevarla a su casa. Tengo que llevarla a su casa. Métela en un taxi, y se escabullirá en el primer semáforo. Cien contra uno a que ese viejo tanque blindado que se supone debe custodiarla se ha dormido, y su padre debe de estar dando una batida por toda la ciudad. No tardará en descubrir que le sale más barato utilizar una cadena y una bola.

Me solté, no sin dificultad, de los brazos de Trudi, y levanté la manga de su brazo izquierdo. Miré primero el brazo y luego a Maggie, cuyos ojos se dilataron y sus labios se fruncieron al ver las huellas dejadas por las agujas hipodérmicas. Bajé la manga —en vez de echarse a llorar como la vez anterior, Trudi permaneció inmóvil y soltó una risita, como si todo aquello fuera muy divertido— y examiné el otro antebrazo. Bajé también esa manga.

—Nada reciente —dije.

—Quiere decir nada reciente que usted pueda ver —replicó Maggie.

—¿Qué esperas que haga? ¿Tenerla aquí, bajo esta lluvia helada, y obligarla a hacer *strip-tease* a la orilla del canal a los acordes de esa música de órgano? Espera un momento.

—¿Por qué?

—Necesito pensar —dije pacientemente.

Así, pues, pensé, mientras Maggie me miraba con expresión de respetuosa expectación, y Trudi me cogía del brazo y me contemplaba admirativamente. Por fin, dije:

—¿No te ha visto nadie ahí dentro?

—No, que yo sepa.

—Pero a Belinda sí, claro.

—Claro. Pero no hasta el punto de que la puedan reconocer más adelante. Toda la gente que está ahí dentro tiene cubierta la cabeza. Belinda lleva puesto un puñuelo y la capucha de su abrigo y está sentada en la sombra…, la he visto desde la puerta.

—Hazla salir. Espera a que termine la función religiosa y luego seguir a Astrid. Procurad grabar en vuestra memoria el mayor número posible de rostros de los qué asisten a la función.

Maggie pareció dubitativa.

—Me temo que va a ser difícil.

—¿Por qué?

—Todos parecen iguales.

—¿Qué son? ¿Chinos, o qué?

—La mayoría son monjas, con Biblias y esas cuentas alrededor de la cintura, y no se les puede ver el pelo, y llevan esos vestidos negros largos y esas blancas…

—Maggie… —me contuve con dificultad—, sé qué aspecto tienen las monjas.

—Si, pero hay algo más. Casi todas son jóvenes y bien parecidas, algunas *muy* bien parecidas…

—No hace falta tener cara de monstruo para ser monja. Telefonead a vuestro hotel y dejad él número de donde estéis.

Vamos, Trudi. A casa.

Me acompañó dócilmente, primero a pie y luego en taxi, donde me tuvo cogida la mano todo el tiempo y hablando animada y alegremente, como una piña a la que se lleva a una inesperada excursión. Al llegar a casa de Van Gelder, le dije al taxista que esperara.

Trudi fue debidamente reprendida por Van Gelder y Herta con la vehemencia y la severidad que siempre encubren un profundo alivio. Luego, Herta se llevó a Trudi, presumiblemente a la cama. Van Gelder sirvió un par de copas, con la premura del hombre que necesita beber, y me rogó que me sentara. Rehusé.

—Tengo un taxi esperando afuera. ¿Dónde puedo encontrar al coronel De Graaf a esta hora de la noche? Quiero pedirle prestado un coche, con preferencia uno que sea rápido.

Van Gelder sonrió.

—No le haré preguntas, amigo mío. Encontrará al coronel en su despacho; sé que esta noche se ha quedado a trabajar hasta tarde. —Levantó su copa—. Un millón de gracias. Estaba muy preocupado.

—¿Ha dado la alerta a la Policía para que la buscaran?

—Una alerta extraoficial —Van Gelder volvió a sonreír, pero su sonrisa fue una mueca—. Ya sabe por qué. Unos cuantos amigos de confianza…, pero hay novecientas mil personas en Ámsterdam.

—¿Tiene idea de por qué estaba tan lejos de casa?

—En eso, al menos, no hay ningún misterio. Herta la suele llevar allí a menudo, a la iglesia, quiero decir. Todos los habitantes de Huyler, en Ámsterdam, van allí. Es una iglesia hugonote. También hay una en Huyler, bueno, iglesia precisamente no, una especie de local comercial que los domingos utilizan como lugar de culto. Herta la lleva allí también; las dos van con frecuencia a la isla. Las iglesias y el parque Vondel, ésas son las únicas salidas que tiene la chica.

Herta, con su anadeante paso, entró en la habitación, y Van Gelder la miró ansiosamente. Herta, con lo que podría haber pasado por una expresión de satisfacción en sus apergaminadas facciones, movió la cabeza y volvió a salir.

—Bueno, gracias a Dios —dijo Van Gelder, apurando su copa—. No ha habido inyecciones.

—Esta vez, no.

Apuré yo también mi copa, me despedí y salí. Despedí al taxi en la Marnixstraat. Van Gelder había telefoneado para decir que me dirigía allí, y el coronel De Graaf me estaba esperando. Si tenía mucho trabajo, no mostraba la menor señal de ello. Estaba dedicado a su habitual ocupación de desbordar la silla en que se hallaba sentado, la mesa ante él aparecía desierta, tenía la barbilla apoyada en las yemas de los dedos de ambas manos y, al entrar yo, bajó los ojos, que hasta entonces parecían perdidos en el infinito.

—Supongo que hace progresos —dijo.

—Me temo que supone mal.

—¿Qué? ¿No hay perspectivas de amplias avenidas que conducen a la solución final?

—Sólo callejones sin salida.

—El inspector me ha dicho algo acerca de un coche.

—Si me hace el favor…

—¿Puedo preguntar para qué desea usted ese vehículo?

—Para recorrer los callejones sin salida. Pero no es eso en realidad lo que he venido a pedirle.

—Lo imaginaba.

—Quisiera un mandamiento de registro.

—¿Para qué?

—Para hacer un registro —dije pacientemente—. Acompañado de uno o varios agentes, desde luego, para que sea legal.

—¿Quién? ¿Dónde?

—«Morgenstern y Muggenthaler». Almacén de artículos para turistas. Cerca de los muelles…, no sé la dirección.

—He oído hablar de ellos —asintió De Graaf—. No sé que haya nada contra ellos. ¿Y usted?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cuál es la causa de su curiosidad?

—Sinceramente, no lo sé. Quiero averiguar por qué siento tanta curiosidad. He estado allí esta noche…

—Seguramente, el almacén está cerrado de noche.

Agité un manojo de ganzúas delante de sus ojos.

—Usted sabe que la posesión de esos instrumentos constituye delito —dijo severamente De Graaf.

Volví a guardarme las llaves en el bolsillo.

—¿Qué instrumentos?

—Una fugaz alucinación —dijo agradablemente De Graaf.

—Siento curiosidad por saber la causa de que tengan una cerradura de seguridad en la puerta de su despacho. Siento curiosidad por la gran cantidad de Biblias almacenadas en sus locales. —No mencioné el olor a marihuana, ni al individuo que acechaba detrás de las muñecas—. Pero lo que realmente me interesa es hacerme con su lista de proveedores.

—Podemos preparar un mandamiento de registro con cualquier pretexto —dijo De Graaf—. Le acompañaré yo mismo. Sin duda, por la mañana me explicará con más detalle su interés. Y, respecto a ese coche. Van Gelder me ha sugerido una idea excelente. Dentro de dos minutos, estará aquí un coche de la Policía dotado de un motor especial y provisto de todos los accesorios necesarios, desde una radio de dos ondas hasta unas esposas, pero con todas las apariencias de un taxi. Conducir un taxi, ya sabe, plantea ciertos problemas.

—Procuraré no hacer demasiado por ese lado. ¿Tiene alguna otra cosa para mí?

—También dentro de dos minutos. Su coche va a traer información de la Oficina de Registros.

Transcurrieron dos minutos, y fue depositada una carpeta sobre la mesa de De Graaf. Examinó unos papeles.

—Astrid Lemay. Su verdadero nombre, por extraño que parezca. Padre holandés, madre griega. Él fue vicecónsul en Atenas y ya falleció. Paradero de la madre, desconocido. Veinticuatro años. No se conoce nada contra ella…, y tampoco gran cosa a favor de ella.

Sus antecedentes parecen un tanto vagos. Trabaja de camarera en el *night-club* Balinova y vive en un pisito cercano. Sólo tiene un pariente conocido, su hermano George, de veinte años. ¡Ah! Tal vez le interese esto. Parece ser que George ha pasado seis meses como huésped de Su Majestad.

—¿Drogas?

—Agresión e intento de atraco, un trabajo de aficionado, al parecer. Cometió el error de asaltar a un policía de paisano. Se sospecha que es adicto a las drogas, probablemente trataba de conseguir dinero para comprarlas. Es todo lo que tenemos. —Se volvió hacia otro papel—. Este número MOO-144 que usted me dio es la señal de llamada por radio de un barco de cabotaje belga, el *Marianne*, que llega mañana de Burdeos. Tengo un personal muy eficiente, ¿verdad?

—Sí. ¿Cuándo llega?

—A mediodía. ¿Lo registramos?

—No encontrarían nada. Pero, por favor, no se acerquen a él. ¿Alguna idea sobre los otros dos números?

—Me temo que ninguna sobre el 910020. Ni sobre el 2797 —reflexionó unos instantes—. ¿No podría ser 797 dos veces, o sea, 797797?

—Podría ser cualquier cosa.

De Graaf sacó de un cajón una guía telefónica, la volvió a dejar y descolgó un teléfono.

—Un número de teléfono —dijo—, 797797. Averigüe quién figura inscrito con ese número. De prisa, por favor.

Permanecimos en silencio hasta que sonó el teléfono. De Graaf escuchó unos instantes. Luego colgó el auricular.

—El *night-club* Balinova —dijo.

—El eficiente personal tiene un jefe clarividente.

—¿Y adónde le conduce esta clarividencia?

—Al *night-club* Balinova. —Me puse en pie. Tengo una cara fácilmente identificable, ¿no le parece, coronel?

—No es una cara que la gente olvide. Y esas cicatrices blancas. No creo que su cirujano plástico se esforzara mucho.

—Ya lo creo que se esforzaba. Por ocultar su casi total ignorancia de la cirugía plástica. ¿Tienen maquillaje oscuro en esta Jefatura?

—¿Maquillaje oscuro? —Me miró parpadeando y, luego, sonrió de buena gana—. ¡Oh, no, comandante Sherman! ¡Disfraces! ¿En estos tiempos? Sherlock Holmes murió hace muchos años.

—Si yo tuviera la mitad de la inteligencia que tenía Sherlock —respondí con gravedad—, no necesitaría ningún disfraz.

CAPÍTULO VI

El taxi rojo y amarillo que me habían proporcionado tenía por fuera el aspecto de un Opel normal, pero parecían habérselas arreglado para ponerle un motor adicional. Le habían añadido también gran cantidad de detalles adicionales. Tenía sirena, luz piloto intermitente y un panel en la parte posterior que, al descorrerse, dejaba al descubierto una señal iluminada de Stop. Debajo de los asientos había cuerdas, botiquines de primeros auxilios y bombas de gases lacrimógenos; las bolsas de las portezuelas contenían esposas con sus llaves. Sólo Dios sabía lo que tenían en el portaequipajes. Ni me importaba. Todo lo que yo quería era un automóvil rápido, y lo tenía.

Paré en una zona de aparcamiento prohibido delante del club Balinova, justo enfrente de donde se hallaba un policía uniformado y armado. Me saludó con un movimiento casi imperceptible de la cabeza y se alejó con mesurados pasos. Recocía un taxi de la Policía cuando lo veía, y no deseaba tener que explicar al indignado populacho por qué un taxista podía cometer impunemente una infracción que a ellos les habría valido de modo automático una multa.

Descendí del coche, cerré la portezuela y crucé la acera hasta la entrada del *night-club*, sobre la que, en parpadeantes letras de neón campeaba el nombre Balinova y las figuras de dos bailarinas de hula-hula, aunque me resultaba imposible comprender la relación entre Hawai e Indonesia. Quizás es que trataban de representar a dos bailarinas de Bali, pero en tal caso no llevaban puestos —o quitados— los vestidos apropiados, A ambos lados de la entrada

había dos grandes escaparates dedicados a una variada exposición artística que proporcionaba algo más que una delicada indicación de la naturaleza de las delicias culturales y tareas investigadoras más esotéricas que podían encontrarse en el interior. La ocasional jovencita representada sin más atavío que unos pendientes y unas ajorcas parecía tan excesivamente vestida que resultaba casi indecente. De mayor interés aún, no obstante, era el rostro color café que me miraba desde el reflejo en el cristal: si no hubiera sabido quién era yo, no me habría reconocido a mí mismo. Entré.

El Balinova, conforme a la mejor tradición en su género, era pequeño, mal ventilado, humoso y lleno de un indescriptible incienso, cuyo principal ingrediente parecía ser goma quemada, destinado, probablemente, a crear en los clientes el estado de ánimo adecuado para el máximo disfrute del entretenimiento con que se les obsequiaba, pero que, de hecho, tenía el efecto de producir, en el espacio de breves segundos, una parálisis olfativa absoluta. Aun sin la ayuda de las ondulantes nubes de humo, el local estaba deliberadamente mal iluminado, con la excepción del deslumbrante chorro de luz que caía sobre el escenario, el cual, también de acuerdo con la tradición, no era en realidad un escenario, sino, simplemente, una pequeña pista de baile circular situada en el centro de la sala.

El público, casi exclusivamente masculino, abarcaba toda la gama de edades, desde los jovencitos de ojos saltones hasta los octogenarios de ojos brillantes y vivarachos, cuya agudeza visual parecía no haber sido afectada por el paso de los años. Casi todos ellos estaban bien vestidos, pues los *night-clubs* elegantes de Ámsterdam —los que todavía se las arreglan para abastecer los refinados paladares de los expertos en una determinada gama de las artes plásticas— no son para quienes se encuentran necesitados de dinero. En una palabra, no son baratos, y el Balinova era muy caro, uno de los más caros de la ciudad. Había unas cuantas mujeres, pero sólo unas cuantas. Entre ellas se hallaban, lo cual no me sorprendió en absoluto, Maggie y Belinda, sentadas a una mesa

cercana a la puerta y con unas bebidas de color extraño ante sí. Ambas tenían una expresión distante, aunque la de Maggie era, sin discusión, la más distante de las dos.

Por el momento, mi disfraz parecía completamente superfluo. Nadie me miró cuando entré, y estaba claro que nadie tenía el menor deseo de mirarme, lo cual resultaba tal vez comprensible dadas las circunstancias, ya que el público estaba casi rompiendo sus talladas copas en su avidez por no perderse ninguno de los matices estéticos y significados simbólicos del original y sugestivo *ballet* que se desarrollaba ante sus extasiados ojos, en el que una agraciada muchacha en un baño de burbujas se esforzaba, entre los discordantes estampidos y los asmáticos jadeos de una torturante banda que jamás habría sido tolerada en una calderería, en alcanzar una toalla de baño que había sido astutamente colocada un metro más allá de donde ella llegaba. El aire estaba cargado de tensión eléctrica, mientras el público trataba de calcular el muy limitado número de alternativas que le quedaban a la infortunada muchacha. Me senté a la mesa junto a Belinda y le dirigí lo que, con mi nuevo color de cara, debió de ser una deslumbrante sonrisa. Belinda se apresuró a apartarse de mí, levantando desdeñosamente la nariz en el aire.

—Vaya, vaya —dije. Las dos chicas se volvieron a mirarme, y yo hice un gesto en dirección al escenario—. ¿Por qué no va una de vosotras a ayudarla?

Hubo una larga pausa; luego, Maggie, haciendo un esfuerzo por dominarse, dijo:

—¿Qué diablos le ha ocurrido?

—Estoy disfrazado. Habla en voz baja.

—Pero…, pero hace sólo dos o tres minutos que e telefoneado al hotel —dijo Belinda.

—No cuchicheéis tampoco. El coronel De Graaf me orientó hacia este lugar. ¿Se vino directamente aquí?

Asintieron.

—¿Y no ha vuelto a salir?

—Por la puerta principal, no —dijo Maggie.

—¿Procurasteis, como os dije, grabaros los rostros de las monjas a medida que salían?

—Lo procuramos —respondió Maggie.

—¿Observasteis algo extraño, peculiar, fuera de lo corriente, en alguna de ellas?

—No, nada. Excepto —añadió animadamente Belinda— que parece que en Ámsterdam hay monjas muy atractivas.

—Ya me lo había dicho Maggie. ¿Y eso es todo?

Se miraron una a otra, dudando; luego, Maggie dijo:

—Había una cosa curiosa. Nos pareció ver entrar en esa iglesia bastantes más personas de las que salieron.

—Había en la iglesia bastantes más personas de las que salieron —dijo Belinda—. Yo estaba allí, ya sabe.

—Sí, lo sé —dije con paciencia—. ¿A qué llamáis *bastantes*?

—Bueno —dijo Belinda, poniéndose a la defensiva—, unas cuantas.

—¡Ya! Así que ahora bajamos a unas cuantas. Naturalmente, os cerciorarÍais de que la iglesia estaba vacía.

Esta vez le tocó a Maggie ponerse a la defensiva.

—Usted nos dijo que siguiéramos a Astrid Lemay. No podíamos esperar.

—¿Se os ha ocurrido pensar que tal vez se quedara alguien para dedicarse a sus devociones privadas? ¿O que quizá no sois muy buenas contando?

La boca de Belinda se endureció en un rictus de enojo, pero Maggie apoyó una mano en las de ella.

—Eso no es justo, comandante Sherman —dijo Maggie—. Tal vez cometamos errores, pero eso no es justo.

Cuando Maggie hablaba así, yo escuchaba.

—Lo siento, Maggie. Lo siento, Belinda. Cuando los cobardes como yo están preocupados, la emprenden con las personas que no pueden devolver los golpes. —Las dos me dirigieron esa sonrisa de cariñosa simpatía que normalmente me habría hecho subirme por las

paredes, pero que en aquel momento me pareció curiosamente afectuosa; quizás aquel maquillaje había afectado a mi sistema nervioso—. Sólo Dios sabe que cometo más errores que vosotras —concluí.

Era cierto, y estaba cometiendo entonces uno de los mayores: debería haber escuchado con más atención lo que me decían las chicas.

—¿Y ahora? —preguntó Maggie.

—Sí, ¿qué hacemos ahora? —dijo Belinda.

Era evidente que me habían perdonado.

—Merodear por los alrededores de los *night-clubs*. No escasean, precisamente. Ved si podéis reconocer a alguien, artista, empleada…, incluso una persona del público que se parezca a alguien que hayáis visto esta noche en la iglesia.

Belinda se me quedó mirando con incredulidad.

—¿Monjas en un *night-club*?

—¿Por qué no? Los obispos asisten a meriendas campestres, ¿no?

—No es lo mismo…

—La diversión es diversión en todo el mundo —dije, pontificando—. Fijaos especialmente en las que lleven vestidos de manga larga o esos guantes que llegan hasta el codo.

—¿Por qué? —preguntó Belinda.

—Utiliza tu cabeza. Si encontráis a alguna, tratad de averiguar dónde vive. Volved a vuestro hotel hacia la una. Os veré allí.

—¿Y qué va a hacer usted? —preguntó Maggie.

Paseé complacidamente la vista por la sala.

—Tengo muchas cosas que investigar aquí.

—Apuesto a que sí —dijo Belinda.

Maggie abrió la boca para hablar, pero Belinda se vio salvada del inevitable sermón por las reverentes exclamaciones de admiración sin límites que resonaron de pronto en la sala. El público estaba casi puesto en pie. La azorada artista había resuelto su terrible dilema mediante el sencillo pero ingenioso y eficaz expediente de volcarse

encima, la bañera y utilizarla, a la manera de una concha de tortura, para taparse pudorosamente mientras recorría la pequeña distancia que la separaba de la salvación de la toalla. Se enderezó, se envolvió en la toalla, Venus surgiendo de las profundidades, y se inclinó graciosamente en dilección al público, *Madame* Melba en su despedida final del Covent Garden. Los extáticos espectadores silbaron y pidieron más, y los octogenarios no eran los menos vehementes, pero en vano: agotado su repertorio, sacudió sonriente la cabeza y abandonó el escenario, dejando tras de sí nubes de pompas de jabón.

—¡Bueno! —exclamé con admiración—. Apuesto a que a ninguna de vosotras se os habría ocurrido eso.

—Vamos, Belinda —dijo Maggie—. Éste no es lugar para nosotras.

Se levantaron para salir. Al pasar junto a mí, Belinda hizo un movimiento de cejas que se parecía sospechosamente a un guiño, sonrió con dulzura, dijo «prefiero que le guste eso» y se marchó, dejándome sumido en suspicaces reflexiones respecto al significado de su observación. Me quedé mirándolas para ver si las seguía alguien, y, en efecto, las seguía, primero un tipo muy gordo y corpulento de enormes mofletes y aire de benevolencia, pero esto carecía casi por completo de significación, ya que tras él salieron varias docenas más de hombres. El número estelar de la noche había terminado, momentos grandiosos como éstos se producían raras veces y las cumbres no volvían a ser escaladas —excepto tres veces cada noche siete noches a la semana—, y salían en busca de nuevos pastos, donde podía adquirirse el licor a la cuarta parte del precio.

El club estaba ahora medio vacío, la nube de humo se iba aclarando y la visibilidad mejoraba correlativamente. Miré a mí alrededor, pero en aquella momentánea calma no vi nada de interés. Los camareros circulaban por la sala. Pedí un *whisky*, y me sirvieron un líquido en el que un riguroso análisis químico tal vez hubiera descubierto vestigios de cebada. Un viejo comenzó a limpiar la

diminuta pista de baile con los deliberados y estilizados movimientos de un sacerdote ejecutando ritos sagrados. Los músicos, por fortuna silenciosos, bebían cerveza ofrecida por algún cliente sordo. Y entonces vi a la persona que había ido a ver, sólo que parecía como si no fuera a verla por mucho tiempo.

Astrid Lemay estaba de pie en el umbral de una puerta, al fondo de la sala, echándose un abrigo sobre los hombros, mientras otra muchacha le susurraba algo al oído. A juzgar por sus graves expresiones y sus apresurados movimientos, parecía tratarse de un mensaje urgente. Astrid asintió varias veces con la cabeza, luego atravesó casi corriendo la pequeña pista y cruzó la puerta de salida. Yo la seguí, un poco más despacio.

Acorté distancias, y estaba a unos pasos de ella cuando torció por la Rembrandtplein. Se paró. Me paré yo también y miré lo que ella estaba mirando y escuché lo que estaba escuchando.

El organillo estaba aparcado en la calle frente a un café sin ventanas. Aun a aquella hora de la noche, el café estaba casi lleno, y los sufridos clientes tenían el aire de personas dispuestas a pagar grandes sumas de dinero para irse a otra parte. Este organillo parecía ser un duplicado del que actuaba frente al Rembrandt, con los mismos llamativos colores, toldo multicolor y muñecas idénticamente vestidas danzando al extremo de sus cuerdas elásticas, aunque esta máquina era claramente inferior, mecánica y musicalmente, a la del Rembrandt. También ésta estaba manejada por un viejo, pero éste lucía una barba grisácea de un palmo de longitud, que no había sido lavada ni peinada desde que dejara de afeitarse, y llevaba un sombrero de ala ancha y un capote verde del Ejército británico que le llegaba hasta los tobillos. Entre los chirridos, gemidos y jadeos emitidos por el organillo, creí distinguir un fragmento de *La Bohème*, aunque bien sabía Dios que Puccini nunca había hecho sufrir a la agonizante Mimí de la forma que habría sufrido si hubiera estado aquella noche en la Rembrandtplein.

El viejo tenía un aparentemente atento auditorio compuesto por una sola persona. Reconocí en ella a uno de los componentes del

grupo que había visto junto al organillo del Rembrandt. Sus ropas estaban raídas, pero limpias. Sus lacios cabellos negros le caían sobre los lastimosamente delgados hombros, cuyos omóplatos abultaban como palos a través de su chaqueta. Aun a la distancia de unos siete metros a que me encontraba, pude ver que su grado de demacración era muy avanzado. Tan sólo le podía ver parte de un lado de la cara, pero ese poco mostraba una mejilla, de piel color pergamino, cadavéricamente hundida.

Estaba apoyado en el extremo del organillo, pero no por amor a Mimí. Estaba apoyado en el organillo porque si no se hubiera apoyado en algo con toda seguridad se habría desplomado. Se trataba, evidentemente, de un joven muy enfermo que caería en colapso total con sólo que hiciera un movimiento impremeditado. De vez en cuando, su cuerpo se convulsionaba en espasmos incontrolables: con menos frecuencia, su garganta emitía un áspero sollozo o ruidos guturales. Estaba claro que el viejo del capote no le consideraba muy conveniente para su negocio, pues daba vueltas indecisamente a su alrededor, moviendo los brazos y emitiendo cloqueantes ruidos de reproche, que le asemejaban a una gallina demente. Y todo ello sin dejar de mirar hacia atrás y pasear aprensivamente la vista por la plaza, como si temiera a algo o a alguien.

Astrid caminó a pasos rápidos hacia el organillo, seguida de cerca por mí. Dirigió una sonrisa de disculpa al viejo barbudo, pasó un brazo en torno al joven y lo separó del organillo. Él trató por un momento de enderezarse, y pude ver que era un muchacho bastante alto, quince centímetros más que ella como mínimo: su estatura sólo servía para acentuar su esquelética contextura. Sus ojos miraban sin ver, su rostro era el de un hombre a punto de morir de inanición, y sus mejillas estaban tan increíblemente hundidas que uno habría jurado que no podía tener dientes. Astrid intentaba medio guiarle, medio llevarle, pero aunque su depauperación había alcanzado un grado tal que difícilmente podría pesar más que la chica, sus incontrolables bandazos la hacían tambalearse por la acera.

Me acerqué a ellos sin pronunciar palabra, rodeé con mi brazo al muchacho —era como abrazar a un esqueleto— y alivié a Astrid de su peso. Ella me miró, con el miedo y la inquietud reflejados en sus oscuros ojos. No creo que el color sepia de mi cara le inspirase tampoco mucha confianza.

—¡Por favor! —El tono de su voz era suplicante—. Déjeme, por favor. Puedo arreglármelas.

—No puede. Este muchacho está muy enfermo, *Miss* Lemay.

Me miró fijamente.

—¡*Mr*. Sherman!

—No estoy seguro de que me guste eso —dije reflexivamente—. Hace una o dos horas, usted no me había visto nunca, ni siquiera conocía mi nombre. Pero ahora que estoy tan bronceado y atractivo… ¡Aúpa!

George, cuyas piernas de goma se habían convertido en gelatina, había estado a punto de deslizárseme del brazo. Comprendí que no podríamos llegar muy lejos los dos valseando de aquella manera por la Rembrandtplein, así que me agaché para echármelo al hombro. Astrid, llena de pánico, me cogió del brazo.

—¡No! ¡No haga eso! ¡No haga eso!

—¿Por qué no? —dije—. Es más fácil así.

—¡No, no! Si le ve la Policía, se lo llevarán.

Me enderecé, volví a rodear al joven con el brazo y traté de mantenerle lo más cercano posible a la vertical.

—El cazador y el cazado —dije—. Usted y Van Gelder.

—¿Cómo?

—Y, naturalmente, el hermano George es…

—¿Cómo sabe su nombre? —murmuró.

—Mi profesión es saber cosas —dije altivamente—. Como iba diciendo, el hermano George está en la desagradable situación de no ser totalmente desconocido para la policía. Tener por hermano un expresidiario puede ser una clara desventaja social.

Ella no respondió. Creo que nunca he visto a nadie con aspecto tan completamente lastimoso y derrotado.

—¿Dónde vive? —pregunté.

—Conmigo, desde luego. —La pregunta pareció sorprenderle—. No está lejos.

No estaba lejos, en efecto, a no más de cincuenta metros por una calle lateral —si es que se podía llamar calle a un pasadizo tan estrecho y sombrío—, próxima al Balinova. Las escaleras que llevaban al piso de Astrid eran las más estrechas y sinuosas que he visto jamás, y tuve cierta dificultad en subirlas con George al hombro. Astrid abrió la puerta de su piso, que resultó ser un poco mayor que una conejera y se componía, en lo, que pude ver, de un diminuto cuarto de estar y un dormitorio, igualmente diminuto, comunicado con él. Pasé al dormitorio, deposité a George sobre la estrecha cama, me incorporé y me enjugué la frente.

—He trepado por escalas mejores que esas condenadas escaleras suyas —dije en tono de lamentación.

—Lo siento. Él alojamiento de las chicas es más barato, pero con George… No pagan mucho en el Balinova.

A la vista de las dos minúsculas habitaciones, limpias pero gastadas como las ropas de George, era evidente que pagaban muy poco. Dije:

—Las gentes de su posición pueden considerarse afortunadas de tener algo.

—¿Cómo?

—Déjese de fingir extrañeza. Sabe condenadamente bien lo que quiero decir. ¿No es verdad, *Miss* Lemay…, o puedo llamarla Astrid?

—¿Cómo sabe mi nombre? —Dicho sea de paso, no recordaba haber visto nunca a una chica retorcerse las manos, pero, era lo que ella estaba haciendo ahora—. ¿Cómo…, cómo sabe cosas acerca de mí?

—Bueno —dije con aspereza—. Dele un poco de crédito a su amiguito.

—¿Amiguito? No tengo ningún amiguito.

—Examiguito, entonces. ¿O prefiere que diga difunto amiguito?

—¿Jimmy? —susurró.

—Jimmy Duclos —asentí—. Puede que estuviera prendado de usted, fatalmente prendado, pero ya me había dicho algo a su respecto. Tengo incluso una fotografía suya.

Ella pareció confusa…

—Pero…, pero en el aeropuerto…

—¿Qué esperaba que hiciera? ¿Abrazarlo? Jimmy fue asesinado en el aeropuerto porque andaba detrás de algo. ¿Qué era ese algo?

—Lo siento. No puedo ayudarle.

—¿No puede? ¿O no quiere?

No respondió.

—¿Le amaba, Astrid? ¿Amaba a Jimmy?

Me miró en silencio con ojos brillantes. Asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y no me lo quiere decir? —Silencio. Suspiré y probé otra táctica—. ¿Le dijo Jimmy Duclos lo que era?

Movió negativamente la cabeza.

—Pero ¿lo suponía usted?

Asintió.

—¿Y le dijo a alguien lo que suponía?

Esto le llegó al alma.

—¡No! ¡No! No se lo dije a nadie. ¡Juro que no se lo dije a nadie!

Desde luego, le amaba, y no estaba mintiendo.

—¿Le habló él de mí alguna vez?

—No.

—Pero ¿sabe usted quién soy?

Me miró en silencio, mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Usted sabe condenadamente bien que dirijo la oficina de estupefacientes de la Interpol de Londres.

Continuó el silencia. La cogí de los hombros y la sacudí con irritación.

—Dígame, ¿lo sabe?

Asintió con la cabeza. Era una chica como pocas para los silencios.

—Entonces, si no fue Jimmy, ¿quién se lo dijo?

—¡Oh, Dios! ¡Déjeme en paz, por favor!

Nuevas y numerosas lágrimas perseguían ahora por sus mejillas a las dos primeras. Era su día de llorar y el mío de suspirar, así que suspiré, cambié otra vez de táctica y miré al muchacho que yacía en la cama, al otro lado de la puerta.

—Al parecer —dije— George no es el sostén de la familia.

—George no puede trabajar. —Lo dijo como si estuviera enunciando una simple ley de la naturaleza—. No ha trabajado desde hace más de un año. Pero ¿qué tiene que ver George con esto?

—George tiene todo que ver con ello. —Fui al dormitorio, me incliné sobre el muchacho, le miré atentamente, le levanté un párpado y lo dejé caer—. ¿Qué le hace usted cuando está así?

—No se puede hacer nada.

Levanté la manga del esquelético brazo de George. Acribillado, moteado y descolorido por las innumerables inyecciones, constituía un espectáculo repugnante: lo de Trudi no era nada comparado con aquello.

—Nadie podrá nunca hacer nada por él —dije—. Usted lo sabe, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Advirtió mi especulativa mirada, dejó de frotarse la cara con un pañuelito de encaje del tamaño de un sello de correos, aproximadamente, y sonrió con amargura—. Usted quiere que me levante *yo* la manga.

—No acostumbro insultar a las chicas bonitas. Lo que quiero hacer es formularle unas cuantas preguntas sencillas que puede usted contestar. ¿Cuánto tiempo lleva así George?

—Tres años.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el Balinova?

—Tres años.

—¿Le gusta?

—¡Gustarme! —Aquella chica se traicionaba a sí misma cada vez que abría la boca—. ¿Sabe usted lo que es trabajar en un *night-*

club…, un *night-club* como ése? Viejos solitarios, horribles, asquerosos, mirándola a una…

—Jimmy Duclos no era horrible, ni asqueroso, ni viejo.

Me miró, desconcertada.

—No. Claro qué no. Jimmy…

—Jimmy Duclos ha muerto, Astrid. Jimmy ha muerto porque se enamoró de una camarera de *night-club* que está siendo objeto de chantaje.

—Nadie me está haciendo objeto de chantaje.

—¿No? Entonces, ¿quién le está presionando para que guarde silencio, para que trabaje en un empleo que, evidentemente, aborrece? ¿Y por qué la están presionando? ¿Es por causa de George? ¿Qué ha hecho o qué dicen que ha hecho él? Sé que ha estado en la cárcel, así que no puede, ser eso. ¿Qué es lo que le hizo espiarme, Astrid? ¿Qué sabe usted de la muerte de Jimmy Duclos? Sé cómo murió. Pero ¿quién le mató, y por qué?

—¡Yo no sabía que le iban a matar! —exclamó, sentándose en el sofá-cama, hundiendo la cara entre las manos y agitando convulsivamente los hombros—. Yo no sabía que le iban a matar.

—Está bien, Astrid. —Desistí porque no estaba consiguiendo nada, excepto una creciente aversión hacia mí mismo. Ella probablemente amaba a Duclos, hacía sólo un día que éste había muerto, y allí estaba yo, lacerando sangrantes heridas—. He conocido a demasiadas personas dominadas por el miedo a la muerte para intentar siquiera hacerle hablar. Pero piense en ello, Astrid; por amor de Dios y por usted misma, piense en ello. Se trata de su vida, y es lo único que le queda para preocuparse. A George ya no le queda vida.

—No puedo hacer nada, no puedo decir nada. —Tenía aún el rostro entre las manos—. Váyase, por favor.

No me parecía que yo tuviera tampoco nada más que hacer o que decir, así que hice lo que ella me pedía y me marché.

Vestido sólo con pantalones y camiseta, me miré en el pequeño espejo del pequeño cuarto de baño. Todo rastro del tinte parecía haber desaparecido de mi rostro, cuello y manos, lo cual era más de lo que podía decir en favor de la grande, y, en otro tiempo, blanca toalla que tenía en las manos. Estaba empapada y manchada de un intenso color de chocolate que la hacía totalmente irreconocible.

Crucé la puerta y entré en el dormitorio, en el que apenas si cabían las dos camas —una de ellas turca— que contenía. Las camas estaban ocupadas por Maggie y Belinda, ambas sentadas muy tiesas, ambas con un aspecto muy sugestivo en sus atractivos camisones, que parecían componerse principalmente de agujeros. Pero yo tenía en aquel momento problemas más urgentes en que ocuparme que la manera de ahorrar tela que tenían algunos fabricantes de lencería.

—Nos ha echado a perder la toalla —se quejó Belinda.

—Decid que os habéis estado quitando el maquillaje. —Cogí mi camisa, que tenía la parte interior del cuello de un intenso color oscuro, pero no podía hacer nada al respecto—. ¿De modo que la mayoría de las chicas de *night-club* viven en ese hostal París?

Maggie asintió.

—Eso dijo Mary.

—¿Mary?

—Esa buena chica inglesa que trabaja en el Trianon.

—En el Trianon no trabaja ninguna chica inglesa buena, sólo malas. ¿Es una de las que estaban en la iglesia? —Maggie movió la cabeza—. Bueno, al menos eso corrobora lo que dijo Astrid.

—¿Astrid? —dijo Belinda—. ¿Ha hablado con ella?

—He pasado un buen rato con ella. Aunque me temo que no muy provechosamente. No era muy comunicativa. —Les expliqué en pocas palabras lo poco comunicativa que se había mostrado, y continué—: Bueno, ya es hora de que empecéis a trabajar, en vez de rondar por las salas de fiestas.

Se miraron una a otra; luego, volvieron fríamente la vista hacia mí.

—Maggie, vete mañana a dar una vuelta por el parque Vondel. Observa si está allí Trudi…, ya la conoces. No dejes que te vea, ella te conoce a ti. Observa lo que hace, si se reúne con alguien, si había con alguien. Es un parque grande, pero no tendrás muchas dificultades para localizarla, si está allí. Irá acompañada de una vieja cuya cintura vendrá a medir algo así como un metro. Tú, Belinda, vigila mañana por la noche ese hostal. Si reconoces a alguna de las chicas que estaban en la iglesia, síguela y observa lo que hace. —Encogí los hombros dentro de mi mojada chaqueta— Buenas noches.

—¿Eso fue todo? ¿Se marcha?

Maggie parecía ligeramente sorprendida.

—Vaya prisa que tiene —dijo Belinda.

—Mañana por la noche —prometí—, os arroparé y os contare entero *Blancanieves y los siete enanitos*. Esta noche tengo cosas que hacer.

CAPÍTULO VII

Detuve el coche de la Policía encima de una señal de «prohibido aparcar» pintada en la carretera y recorrí andando los cien metros que me separaban del hotel. El organillo se había ido adondequiera que se vayan de noche los organillos, y no había nadie en el vestíbulo del hotel, a excepción del ayudante de recepción, que dormitaba en una silla detrás del mostrador. Me acerqué, descolgué sin ruido la llave y subí a pie los dos primeros tramos de escaleras antes de tomar el ascensor, a fin de no despertar al ayudante de recepción de lo que parecía ser un profundo —y, sin duda, merecido — sueño.

Me quité mis mojadas ropas —es decir, todas—, me duché, me puse ropa seca, bajé en ascensor y eché ruidosamente la llave en el mostrador. El ayudante de recepción se despertó parpadeando y me miró a mí, a su reloj y a la llave, por ese orden.

—*Mr*. Sherman. No…, no le he oído entrar.

—Hace horas. Estaba usted dormido. Esa calidad de infantil inocencia…

No me estaba escuchando. Por segunda vez, miró atentamente su reloj.

—¿Qué está haciendo, *Mr*. Sherman?

—Andar sonámbulo.

—¡Son las dos y media de la mañana!

—No ando sonámbulo durante el día —dije. Me volví y miré hacia la puerta de entrada—. ¿Cómo? No se ve ni portero, ni conserje, ni

taxistas, no está el organillero y no hay nadie acechando. Imperdonable. Tendrá usted que dar cuentas de esta negligencia.

—Por favor…

—La vigilancia perpetua es el precio del almirantazgo.

—No comprendo.

—No estoy seguro de comprenderlo yo tampoco. ¿Hay alguna barbería abierta a esta hora de la noche?

—¿Si hay…? ¿Dice que…?

—No importa. Estoy seguro de encontrar una en alguna parte.

Salí. A veinte metros del hotel, me guarecí en el quicio de una puerta, preparado para dar cuenta de cualquiera que pareciera dispuesto a seguirme, pero al cabo de dos o tres minutos quedó claro que nadie me seguía. Volví a mi coche y me dirigí a la zona portuaria, dejándolo aparcado a cierta distancia, dos calles más allá, de la Primera Iglesia Reformada de la Sociedad Hugonote Americana. Bajé hasta la orilla del canal.

El canal, flanqueado por los inevitables olmos y tilos, se hallaba sumido en tinieblas; inmóvil, no reflejaba ninguna luz de las oscuras callejuelas que daban a sus orillas. Ninguno de los edificios que se alzaban a sus lados se hallaba iluminado. La iglesia parecía más ruinosa que nunca y tenía ese aura de quietud, lejanía y atención que, por la noche, parecen poseer muchas iglesias. La enorme grúa, con su macizo aguilón, se recortaba amenazadoramente contra el cielo nocturno. La ausencia de todo rastro de vida era total. No faltaba más que un cementerio.

Crucé la calle, subí los escalones y probé la puerta de la iglesia. No estaba cerrada. No había razón por la que debiera estarlo, pero el hecho me pareció vagamente sorprendente. Los goznes debían de estar bien engrasados, pues la puerta se abrió y se cerró sin ruido.

Encendí la linterna y describí con ella un rápido giro de 180 grados. Estaba solo. Practiqué una inspección más metódica. El interior era pequeño, más pequeño aún de lo que uno habría supuesto desde fuera, ennegrecido y antiguo, tan antiguo que pude darme cuenta de que los bancos de madera de roble habían sido

hechos con azuela. Dirigí hacia arriba la luz de la linterna, pero no había galería, sólo media docena de pequeñas y polvorientas vidrieras emplomadas que, aun en un día soleado, no habrían dejado pasar sino una mínima cantidad de luz. La puerta de entrada era la única que daba acceso a la iglesia desde el exterior. Solamente había otra puerta, al fondo, situada entre el púlpito y un antiguo órgano de fuelle.

Me dirigí hacia esa puerta, puse mi mano en el picaporte y apagué la linterna. La puerta rechinó al abrirse. Adelanté un pie con cuidado, y agradecí haberlo hecho así, pues el pie no se posó en un suelo continuación del que estaba pisando, sino en el primer peldaño de un tramo descendente de escaleras. Bajé los escalones, dieciocho en total y dispuestos en un completo círculo, y avancé cautelosamente, con la mano extendida para localizar la puerta que pensaba debía haber delante de mí. Pero no había ninguna puerta delante de mí. Encendí la linterna.

La habitación en que me encontraba tenía aproximadamente la mitad del tamaño de la iglesia. Describí otro rápido círculo con la linterna. No había ventanas, sólo dos bombillas en el techo. Localicé el interruptor y lo encendí. El recinto estaba más ennegrecido que la iglesia propiamente dicha. El tosco suelo de madera presentaba un aspecto mugriento a causa de la suciedad acumulada a lo largo de muchos años. Había varias mesas y sillas en el centro, y las dos paredes laterales estaban flanqueadas por una especie de cabinas abiertas, muy estrechas y altas. El recinto parecía un café medieval.

Fruncí involuntariamente la nariz al percibir un conocido y desagradable olor. Podía proceder de cualquier parte, pero me pareció que venía de la fila dé cabinas que había a mi derecha. Dejé la linterna, saque la pistola de funda sobaquera, cogí un silenciador que tenía en el bolsillo y lo atornille. Avancé con pasos felices a través de la estancia, y mi nariz me indicó que seguía la dirección adecuada. La primera cabina estaba vacía. La segunda, también. Oí entonces una respiración. Avancé cautelosamente, y mi ojo izquierdo

y el cañón de mi pistola enfocaron al mismo tiempo el rincón de la tercera cabina.

Mis preocupaciones eran innecesarias. No había allí ningún peligro. Sobre la estrecha mesita descansaban dos cosas, un cenicero con una colilla apagada y los brazos y la cabeza de un hombre caído hacia delante, profundamente dormido y con la cara vuelta hacia otro lado. No me hacía falta verle la cara: el flaco cuerpo de George y sus raídas ropas eran inconfundibles. La última vez que le había visto habría jurado que no podría moverse de la cama en las veinticuatro horas siguientes…, o lo habría jurado si se hubiera tratado de una persona normal. Pero los toxicómanos en avanzado estado de intoxicación distan mucho de ser normales y son capaces de asombrosas, aunque breves, proezas de recuperación. Le dejé donde estaba. Por el momento, no presentaba ningún problema.

Había una puerta al fondo, entre las dos filas de cabinas. La abrí, con bastante menos precaución que antes, encontré un interruptor y lo accioné.

Era una estancia espaciosa, pero muy estrecha, que recorría toda la anchura de la iglesia, pero de una anchura no superior a unos dos metros y medio. Ambos lados estaban flanqueados de estantes, y esos estantes se hallaban abarrotados de Biblias. No me produjo ninguna sorpresa descubrir que eran reproducciones de las que había examinado en el almacén de «Morgenstern y Muggenthaler», las que la Primera Iglesia Reformada distribuía con tanta liberalidad a los hoteles de Ámsterdam. No parecía que hubiera nada que perder con echarles otro vistazo, así que me metí la pistola en el cinturón, avancé y las miré de todos modos. Cogí al azar de la primera fila de un estante y las hojeé: eran tan inocuas como pueden serlo las Biblias, o sea, de lo más inocuo que puede uno encontrarse. Miré la segunda fila, y el mismo superficial examen produjo el mismo resultado. Separé parte de la segunda fila a un lado y cogí una Biblia de la tercera.

Aquel ejemplar podía o no ser inocuo, según la interpretación que uno diera a su estado de salvaje mutilación, pero como tal Biblia era

un absoluto fracaso, porque el agujero que se había vaciado en su centro abarcaba casi toda la anchura del libro; el agujero tenía la forma y el tamaño aproximados de un higo. Examiné varias Biblias más de la tercera fila: todas tenían el mismo centro ahuecado, evidentemente hecho a máquina. Dejando aparte uno de los ejemplares mutilados, volví a poner las demás Biblias tal como estaban y me dirigí hacia la puerta situada en frente de la que me había servido para entrar en el estrecho recinto. La abrí y accioné el conmutador de la luz.

Tuve que reconocer que la Primera Iglesia Reformada había hecho cuanto había podido, y con notorio éxito, para cumplir las exhortaciones del clero progresista en el sentido de que la Iglesia debe mantenerse a la altura de los tiempos y participar en la era tecnológica en que vivimos. Posiblemente, tal exhortación no iba destinada a ser tomada tan al pie de la letra, pero esta clase de exhortaciones carentes de precisa especificación se hallan expuestas, al ponerse en práctica, a un cierto grado de desvío, lo cual parecía ser lo sucedido en aquel caso: aquella estancia, que ocupaba casi la mitad del sótano de la iglesia, era, de hecho, un taller magníficamente equipado.

A mis profanos ojos, tenía de todo: tornos, fresadoras, prensas, crisoles, moldes, un horno, una perforadora y varios bancos a los que se hallaban sujetas gran número de máquinas más pequeñas cuya finalidad era un misterio para mí. Un extremo del suelo estaba cubierto con lo que parecían ser virutas de latón y cobre, la mayor parte en enroscados rollos. En una caja situada en un extremo, había un revuelto montón de tubos de plomo, evidentemente viejos, y varios rollos de cubierta de plomo para tejados. En conjunto, un lugar sumamente funcional y a todas luces dedicado a la fabricación. Resultara imposible saber cuáles eran los productos finales del proceso, ya que, sin duda alguna, no había allí ninguno de ellos.

Me encontraba hacia la mitad de la estancia caminando lentamente, cuando imaginé tanto como oí una debilísima sensación de sonido procedente de la zona situada más allá de la puerta que

acababa de franquear. Y volví a notar la desagradable sensación de cosquilleo en la nuca: alguien la estaba mirando, y sin intenciones amistosas, desde una distancia de muy pocos metros.

Continué caminando despreocupadamente, lo cual no resulta fácil de hacer cuando todas las probabilidades son de que el próximo paso que uno vaya a dar sea detenido por una bala del 38 o algo igualmente letal en la base del cráneo, pero eso fue lo que hice, pues girar en redondo, sin más arma que una Biblia ahuecada en mi mano izquierda —la pistola seguía todavía en mi cinturón— parecía una forma segura de precipitar la involuntaria presión de un dedo nervioso sobre un gatillo. Me había comportado como un idiota, con una estupidez que me habría hecho ponerle de vuelta y media a quien se la hubiera visto cometer, y todas las trazas eran de que iba a pagar cara mi necedad. La puerta de la calle abierta, la puerta que llevaba al sótano abierta, el acceso libre para todo el que quisiera investigar, significaban claramente una sola cosa: la presencia de un hombre armado con una pistola, cuya misión no era impedir la entrada, sino impedir la salida, y de forma permanente. Me pregunté dónde habría estado escondido, quizás en el púlpito, quizás en alguna puerta lateral que diese a las escaleras, cuya posible existencia no me había ocupado yo de investigar.

Llegué al fondo de la estancia, volví ligeramente la vista a mi izquierda, detrás del último torno, emití un ligero murmullo de sorpresa y me agaché detrás del torno. No permanecí más de dos segundos en esta posición, pues no parecía haber razón para retrasar lo que sabía era inevitable: cuando levanté rápidamente la cabeza por encima del torno, el cañón de mi pistola provista de silenciador estaba ya alineado con mi ojo derecho.

El hombre estaba a no más de cinco metros de distancia; de rostro mustio y ratonil, blanco como el papel y relucientes ojos negros, avanzaba sobre silenciosos mocasines de goma. Lo que apuntaba en la dirección general del torno tras el que yo estaba, era mucho peor que cualquier pistola del 38; era un arma escalofriante, una escopeta de doble cañón, con la culata y los dos cañones

serrados, con toda seguridad el arma más mortalmente efectiva a corta distancia jamás ideada.

Le vi y oprimí en el mismo momento el gatillo de mi pistola, pues si algo había seguro era que no dispondría de un segundo momento.

Una rosa roja floreció en el centro de la frente del hombre. Dio un paso hacia atrás, el paso reflejo de un hombre ya muerto, y se desplomó casi tan silenciosamente como había estado avanzando hacia mí, con el arma todavía aferrada en su mano. Volví los ojos hacia la puerta, pero, si había refuerzos, estaban ocultando prudentemente el hecho. Me incorporé y me dirigí con rápidos pasos hasta la sala en que estaban almacenadas las Biblias, pero no había nadie allí, como tampoco en ninguna de las cabinas de la otra estancia, donde George continuaba inconsciente sobre la mesa.

Levanté de su asiento a George, sin demasiada suavidad, me lo eché al hombro, lo llevé escaleras arriba hasta la iglesia propiamente dicha y lo dejé caer sin ceremonias detrás del púlpito, donde quedaría fuera de la vista de cualquiera que pudiera acertar a echar un vistazo desde la puerta de entrada, aunque no podía imaginar por qué iba a asomar nadie la cabeza para echar un vistazo a aquella hora de la noche. Abrí la puerta y miré al exterior, pero la calle del canal estaba desierta en ambas direcciones.

Tres minutos después, aparcaba el coche no lejos de la iglesia. Entré en ella, cogí a George, bajé con él los escalones de la entrada, crucé la carretera y lo dejé en el asiento posterior del taxi. No tardó en derrumbarse hasta el suelo del vehículo, y, como probablemente estaba más seguro en esa posición, le dejé allí, comprobé rápidamente que nadie se estaba tomando ningún interés en mis movimientos y volví a entrar en la iglesia.

Los bolsillos del muerto no revelaron nada más que unos cuantos cigarrillos liados a mano, los cuales constituían explicación suficiente del hecho de haberse visto sorprendido cuando venía tras de mí con la escopeta. Cogí el arma con la mano izquierda, levanté el cadáver por el cuello de la chaqueta —cualquier otro método de transporte me habría manchado de sangre el traje, y aquél era el único en

condiciones que me quedaba— y lo arrastré por el sótano y escaleras arriba, cerrando puertas y apagando luces a mi paso.

De nuevo el cauteloso reconocimiento desde la puerta de la iglesia, de nuevo la calle desierta. Arrastré al hombre por la calle hasta la escasa protección que ofrecía el taxi y lo dejé caer en el canal tan silenciosamente como, sin duda, habría hecho él conmigo si hubiera sido un poco más rápido con su escopeta, que ahora arrojé también al canal detrás de él. Volví al taxi, y estaba a punto de subir a él cuando se abrió la puerta de la casa contigua a la iglesia y apareció un hombre que miró a su alrededor con aire titubeante y se dirigió luego a donde yo me encontraba.

Era un individuo corpulento, vestido con lo que parecía ser una especie de voluminoso camisón con una bata de baño encima. Tenía una cabeza impresionante, con un espléndido cabello blanco, bigote también blanco, tez saludablemente sonrosada y, en aquel momento, un aire de ligeramente desconcertada benevolencia.

—¿Puedo ayudarle? —dijo con la grave, resonante y modulada voz de quien está acostumbrado a escuchársela—. ¿Ocurre algo?

—¿Qué va a ocurrir?

—Me ha parecido oír un ruido en la iglesia.

—¿La iglesia?

Esta vez me tocó a mí parecer desconcertado.

—Sí. Mi iglesia. Ésa —dijo, señalándola con el dedo por si no sabía yo reconocer una iglesia cuando la veía—. Yo soy el pastor. Goodbody. Doctor Thaddeus Goodbody. Pensé que quizás algún intruso…

—Yo no, reverendo. Hace años que no he estado dentro de una iglesia.

Asintió con la cabeza como si mis palabras no le sorprendieran lo más mínimo.

—Vivimos tiempos de ateísmo. Una hora extraña para estar en la calle, joven.

—Para un taxista en su turno de noche, no.

Me miró con expresión de duda y atisbó en el interior del taxi.

—¡Santo cielo! Hay un cadáver en el suelo.

—No hay un cadáver en el suelo. Hay un marinero borracho en el suelo, y lo estoy llevando a su barco. Acaba de caerse al suelo hace unos segundos, así que he parado para volverlo a poner en el asiento. He pensado —añadí virtuosamente— que eso sería proceder de un modo cristiano. Con un cadáver, no me molestaría.

Mi halago profesional no sirvió de nada. Con un tono que, presumiblemente, reservaba para los pecadores mías empedernidos de su rebaño, dijo:

—Insisto en verlo por mí mismo.

Empujó firmemente hacia delante, y yo le empujé firmemente hacia atrás. Dije:

—No me haga perder mi licencia, por favor.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Aquí ocurre algo muy raro. ¿De modo que puedo hacerle perder su licencia?

—Sí. Si le tiro al canal, perderé mi licencia. Es decir —agregué reflexivamente— si consigue usted salir de él.

—¡Qué! ¡El canal! ¿A mí? ¿A un hombre de Dios? ¿Me está usted amenazando, caballero?

—Sí.

El doctor Goodbody retrocedió varios pasos.

—Tengo su número de licencia. Le denunciaré.

La noche continuaba avanzando, y yo quería dormir un poco antes de que amaneciera, por lo que subí al coche y arranqué. Él estaba agitando el puño en dirección a mí de un modo que no decía mucho en favor de su concepto del amor fraterno, y parecía estar dedicándose a alguna vehemente peroración, pero no pude oír nada. Me pregunté si presentaría una denuncia a la Policía, y pensé que resultaba improbable.

Estaba empezando a cansarme de subir escaleras con George a cuestas. Cierto que no pesaba apenas nada, pero, debido a la falta de sueño y de comida, me encontraba bajo de forma y ya había tenido bastantes toxicómanos. La puerta del pisito de Astrid estaba abierta, como esperaba yo que estaría si George había sido la

última persona en utilizarla. La empujé, encendí la luz, pasé junto a la muchacha dormida y, sin demasiada suavidad deposité a George en su cama. Creo que fue el ruido que produjo el somier y no la brillante luz de su habitación lo que despertó a Astrid: el caso es que, cuando volví a su habitación, ella estaba sentada en su cama turca, frotándose los ojos todavía soñolientos. La miré en lo que esperaba fuese un modo especulativo y no dije nada.

—Estaba dormido, y me acosté —dijo a la defensiva—. Debió de levantarse y volver a salir.

Como yo tratara esta obra maestra de deducción del modo que merecía, continuó, casi desesperadamente:

—No le oí salir. No le oí. ¿Dónde le ha encontrado?

—Estoy seguro de que nunca lo adivinaría usted. En un garaje, encima de un organillo e intentando abrirlo. No estaba haciendo muchos progresos.

Como ya había hecho antes esa misma noche, sepultó la cara entre las manos: esta vez no estaba llorando, aunque supuse tristemente que sería sólo cuestión de tiempo.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó.

—Le interesan mucho los organillos, ¿verdad, Astrid? Me pregunto por qué. Es curioso. ¿Es, quizás, aficionado a la música?

—No. Sí. Desde pequeño…

—Oh, vamos. Si fuera aficionado a la música, preferiría escuchar una taladradora neumática. Hay otra razón para que le gusten tanto esos organillos. Muy sencilla…, y usted y yo sabemos cuál es.

Me miró sin sorpresa; en sus ojos se reflejaba el miedo. Me senté cansadamente en el borde de la cama y cogí sus manos entre las mías.

—Astrid.

—Diga.

—Es usted una embustera casi tan completa como yo. No salió en busca de George porque sabía perfectamente dónde estaba, y sabe perfectamente dónde le he encontrado yo, en un lugar en que se hallaba sano y salvo, en un lugar en el que la Policía no le

encontraría jamás porque jamás se le ocurriría buscar allí a nadie —suspiré—. Un cigarrillo no es una inyección, pero supongo que es mejor que nada.

Me miró con expresión herida y volvió a sepultar la cara entre las manos. Sus hombros se estremecían convulsivamente, como yo había previsto. Aunque ignoraba exactamente por qué, el caso es que no podía permanecer allí sentado sin alargar una mano consoladora, y cuando lo hice ella me miró con ojos llenos de lágrimas, alargó las manos y sollozó amargamente sobre mi hombro. Estaba empezando a acostumbrarme a este trato en Ámsterdam, pero aún distaba mucho de avenirme a él, así que intenté aflojar suavemente sus brazos, pero ella los apretó más aún. Sabía que aquello no tenía nada que ver conmigo: ella necesitaba aferrarse a alguien, y daba la casualidad de que yo estaba allí. Los sollozos fueron cesando gradualmente, y quedó inmóvil, con el rostro manchado de lágrimas, indefensa y llena de desesperación.

—No es demasiado tarde, Astrid —dije.

—Eso no es cierto. Usted sabe tan bien como yo que desde el principio ya era demasiado tarde.

—Para George, sí. Pero ¿no ve que estoy intentando ayudarla?

—¿Cómo puede ayudarme?

—Destruyendo a las personas que han destruido a su hermano. Destruyendo a las personas que le están destruyendo a usted. Pero necesito ayuda. En última instancia, todos necesitamos ayuda, usted, yo, todo el mundo. Ayúdeme…, y le ayudaré. Se lo prometo, Astrid.

No diría que la desesperación pintada en su rostro fue sustituida por otra expresión, pero, al menos, pareció aliviarse algo, al tiempo que movía afirmativamente la cabeza, sonreía débilmente y decía:

—Parece usted muy bueno destruyendo gente.

—Usted también puede serlo —dije.

Y le di una pistola muy pequeña, una *liliput*, cuya eficacia desmiente su pequeño calibre del 21.

Salí diez minutos después. Al llegar a la calle, vi a dos hombres andrajosamente vestidos, sentados en el escalón de un portal situado

casi enfrente, que discutían con apasionamiento, pero sin grandes voces, por lo que trasladé mi pistola al bolsillo y crucé la calzada hacia donde estaban. Al llegar a tres metros de ellos, desvié mis pasos pues el penetrante olor a ron era tan intenso qué permitía pensar no ya que habían estado bebiendo, como que acababan de salir de un baño en una cuba del mejor Demerara. Estaba empezando a ver fantasmas en cada esquina, y lo que necesitaba era dormir; así que subí al taxi, regresé al hotel y me acosté.

CAPÍTULO VIII

Brillaba el sol a la mañana siguiente —o la misma mañana— cuando sonó mi despertador, lo cual constituía una extraordinaria novedad respecto a los días anteriores. Me duché, me afeité, me vestí, bajé y desayuné en el restaurante con tan saludable efecto que me fue posible sonreír y dar cortésmente los buenos días al ayudante de recepción, al portero y al organillero, por ese orden. Permanecí unos minutos fuera del hotel, mirando atentamente a mi alrededor con el aire de quien espera que haga su aparición su seguidor, pero daba la impresión de que se habían desanimado y pude ir a solas hasta el lugar en que había dejado el taxi la noche anterior. Aunque, a plena luz del día, había dejado de ver fantasmas, levanté el capó del coche, pero nadie había colocado ningún mortífero artefacto explosivo, por lo que me puse en marcha y llegué a la Jefatura de la Marnixstraat a las diez en punto, la hora prometida.

El coronel De Graaf me estaba esperando en la calle con el mandamiento de registro. También estaba el inspector Van Gelder. Ambos hombres me saludaron con la cortés reserva de quienes piensan que están perdiendo el tiempo pero son demasiado educados para decirlo, y me guiaron hacia un automóvil de la Policía con chófer y mucho más lujoso que el que me habían dado a mí.

—¿Todavía cree que es deseable nuestra visita a «Morgenstern y Muggenthaler»? —preguntó De Graaf—. ¿Y necesaria?

—Más que nunca.

—¿Ha sucedido algo que le haga pensar así?

—No —mentí. Me toqué la cabeza—. A veces deliro.

De Graaf y Van Gelder se miraron uno al otro un instante.

—¿Delira? —dijo lentamente De Graaf.

—Que tengo premoniciones.

Hubo otro breve intercambio de miradas para indicar su mutua opinión acerca de los agentes que actuaban sobre esa base científica; luego, De Graaf, cambiando prudentemente de tema, dijo:

—Tenemos ocho agentes de paisano estacionados allí en una furgoneta. Pero ¿dice usted que no quiere realmente que se registre la casa?

—Desde luego que quiero que se registre…, mejor dicho, quiero dar la apariencia de un registro. Lo que realmente quiero son las facturas que proporcionen una lista de todos los proveedores de artículos para turistas del almacén.

—Espero que sepa lo que está haciendo —objetó Van Gelder, con voz grave.

—Usted lo espera —dije—. ¿Qué cree que siento yo?

Ninguno de los dos dijo lo que creían que yo sentía, y, como parecía que la conversación estaba tomando un rumbo poco provechoso, nos mantuvimos todos en silencio hasta que llegamos a nuestro punto de destino. Paramos delante del almacén, detrás de una anodina furgoneta gris, y nos apeamos. Al mismo tiempo, un hombre vestido de oscuro descendió de la furgoneta y se nos acercó. Su traje de paisano no le servía de gran cosa como disfraz. Yo le habría reconocido como policía a cincuenta metros de distancia.

—Estamos listos, señor —dijo a De Graaf.

—Traiga a sus hombres.

—Sí, señor. —El policía señaló hacia arriba—. ¿Qué hacemos con eso, señor?

Seguimos la dirección de su brazo. Aquella mañana soplaban suaves ráfagas de viento que mecían el pendular y errático movimiento a un objeto de vivos colores suspendido de la viga que sobresalía en lo alto del almacén: describía un arco de poco más de un metro y era una de las cosas más horribles que he visto jamás.

Se trataba, sin lugar a dudas, de una muñeca, y muy grande además, de más de un metro de altura y vestida, inevitablemente, con el habitual traje tradicional holandés, inmaculado y bien cortado, con la larga y listada falda ondeando coquetonamente al viento. Normalmente, se utilizan alambres o cuerdas para pasarlos por las poleas de las vigas-grúa, pero en este caso alguien había elegido en su lugar una cadena: la muñeca estaba sujeta a la cadena por lo que, aun a aquella altura, se veía que era un gancho de siniestro aspecto, un gancho que era ligeramente demasiado pequeño para que pasase por él el cuello, tan pequeño que había sido preciso forzarlo, pues el cuello estaba aplastado por un lado, de tal modo que la cabeza colgaba en grotesco ángulo, tocando casi el hombro derecho. Después de todo, se trataba solamente de una muñeca mutilada, pero el efecto era horripilante hasta casi resultar obsceno. Y, evidentemente, no era yo el único que lo sentía así.

—¡Qué escena tan macabra! —De Graaf parecía horrorizado—. ¿Para qué diablos es eso? ¿Qué…, qué finalidad tiene, cuál es su propósito? ¿Qué clase de mente enferma ha podido perpetrar una…, una obscenidad como ésa?

Van Gelder movió la cabeza.

—En todas partes hay mentes enfermas, y Ámsterdam no es una excepción. Una novia plantada, una suegra aborrecida…

—Sí, sí, son legión. Pero esto…, esto es una anormalidad que raya en la locura. Expresar sus sentimientos de esta horrible manera… —Me miró de un modo extraño, como si se le estuvieran ocurriendo nuevas ideas acerca de la finalidad de aquella visita—. Comandante Sherman, ¿no le parece muy extraño…?

—Me parece lo mismo que a usted. El responsable de esto tiene indiscutible derecho a ocupar la primera vacante que se produzca en un pabellón para psicópatas. Pero no es por esto que he venido aquí.

—Claro que no, claro que no.

De Graaf echó una última y larga mirada a la oscilante muñeca, como si le costara apartar la vista de ella; después, hizo un gesto brusco con la cabeza y empezó a subir por los escalones del

almacén, seguido de los demás. Un portero nos guió hasta el segundo piso y luego al despacho del rincón, que, a diferencia de la última vez que yo lo había visto, tenía ahora la puerta acogedoramente abierta.

El despacho, en rudo contraste con el almacén propiamente dicho, era espacioso, ordenado, moderno y confortable, bellamente alfombrado y con paredes pintadas de diversas tonalidades y equipado con costosos y ultramodernos muebles escandinavos, más apropiados para un lujoso salón que para una oficina junto a los muelles. Dos hombres sentados en cómodos sillones tras grandes mesas cubiertas de cuero se levantaron cortésmente y nos acomodaron a De Graaf, Van Gelder y a mí en otros sillones igualmente cómodos, mientras ellos permanecían en pie. Esto me alegró, pues así podía verlos mejor, y ambos eran, en su estilo, muy parecidos y elegantes. Pero sólo me entretuve unos pocos segundos complaciéndome en la cordialidad de su cálida acogida. Dije a De Graaf:

—He olvidado algo muy importante. Debo hacer inmediatamente una llamada a un amigo.

Era, en efecto, urgente: no experimento a menudo esa helada sensación de plomo en el estómago, pero cuando me ocurre me siento impaciente por poner remedio lo antes posible. De Graaf se mostró sorprendido.

—¿Es posible que se le haya olvidado una cuestión tan importante?

—Tengo otras cosas en que pensar. Esto se me acaba de ocurrir. —Lo cual era verdad.

—Quizás una llamada telefónica…

—No, no. Tiene que ser personal.

—¿No podría decirme la naturaleza de…?

—¡Coronel De Graaf!

Asintió con rápida comprensión, reconociendo que no sería adecuado divulgar secretos de estado en presencia de los

propietarios de un almacén sobre el que, evidentemente, yo abrigaba serías reservas.

—Si pudiera prestarme su coche y su chófer… —dije.

—Desde luego —respondió sin entusiasmo.

—Y si pudiera esperar a que yo vuelva antes de…

—Pide usted mucho, *Mr*. Sherman.

—Lo sé. Pero serán sólo unos minutos.

Fueron sólo unos minutos. Mandé parar al chófer en el primer café que vimos, entré y utilicé su teléfono público. Oí la señal, y me invadió una sensación de alivio cuando, tras la conexión con la centralita del hotel, descolgaron el aparato al otro extremo.

—¿Maggie? —dije.

—Buenos días, comandante Sherman.

Maggie siempre era cortés y ceremoniosa, y nunca me satisfizo tanto oírla.

—Me alegro de encontrarte. Temía que tú y Belinda hubierais salido ya… No se habrá marchado ella, ¿verdad?

Temía mucho más varias otras cosas, pero no era aquél momento adecuado para decírselo.

—Aún está aquí —dijo plácidamente Maggie.

—Quiero que las dos abandonéis el hotel enseguida. Y cuando digo enseguida, quiero decir antes de diez minutos. Cinco, si es posible.

—¿Abandonar? ¿Quiere decir…?

—Quiero decir que hagáis las maletas, paguéis la cuenta y no volváis a acercaros por ahí. Id a otro hotel. Cualquiera… No, grandísima idiota, al mío no. Un hotel adecuado. Coged todos los taxis que queráis, cercioraos de que no os siguen. Telefonead al despacho del coronel De Graaf en la Marnixstraat. Invertid el número.

—¿Invertirlo? —Maggie parecía sorprendida—. ¿Quiere decir que tampoco confía en la Policía?

—No sé a qué te refieres al decir *tampoco*, pero no confío en nadie, y basta. Una vez que os hayáis instalado, id a buscar a Astrid

Lemay. Estará en su casa, tenéis la dirección, o en el Balinova. Decidle que se hospede en vuestro hotel hasta que yo le diga que puede trasladarse.

—Pero su hermano…

—George puede quedarse donde está. Él no corre peligro. —Más tarde, me sería imposible recordar si fue éste el sexto o el séptimo error importante que cometí en Ámsterdam—. Ella, sí. Si se resiste, decidle que, por orden mía, contaréis a la Policía lo de George…

—Pero ¿por qué íbamos a ir a la Policía…?

—No hay ninguna razón. Pero ella no lo sabe Está tan aterrorizada, que la sola mención de la palabra «Policía»…

—Eso es una crueldad —me interrumpió severamente Maggie.

—¡Bobadas! —grité, y colgué bruscamente el teléfono.

Un minuto después, me encontraba de nuevo en el almacén, y esta vez con la calma suficiente para contemplar más atentamente a los dos propietarios. Ambos eran casi las clásicas caricaturas de la idea que tiene un extranjero del amsterdamés típico. Ambos eran hombres muy corpulentos, muy gordos, rubicundos y de gruesas mejillas; cuyos rostros, en el momento de nuestra breve presentación, habían estado surcados por pliegues de benevolencia y jovialidad, expresión que había desaparecido ostensiblemente de los dos. Era indudable que De Graaf se había sentido impaciente durante mi corta ausencia y comenzado sin mí las actuaciones. No le reproché por ello, y él, en compensación, tuvo el tacto de no preguntar cómo me habían ido las cosas. Muggenthaler y Morgenstern continuaban casi en las mismas posiciones que cuando yo me marché, mirándose uno a otro con consternación, desaliento y absoluta falta de comprensión. Muggenthaler, que tenía un papel en la mano, lo dejó caer al costado con gesto de total incredulidad.

—¡Un mandamiento de registro! —El tono de aflicción, pesadumbre y tragedia habría hecho llorar a una estatua; de haber tenido la mitad de tamaño habría sido un Hamlet perfecto—. ¡Un mandamiento de registro para Morgenstern y Muggenthaler! Durante

ciento cincuenta años, nuestras dos familias han sido honrados y respetados comerciantes de la ciudad de Ámsterdam. ¡Y ahora esto! —Tanteó a su espalda con la mano y se desplomó en un sillón, sumido en lo que parecía un absoluto estupor, al tiempo que el papel se le caía de la mano—. ¡Un mandamiento de registro!

—Un mandamiento de registro —salmodió Morgenstern. También él había considerado necesario buscar un sillón—. Un mandamiento de registro, Ernst. ¡Un día negro para Morgenstern y Muggenthaler! ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Qué ignominia! ¡Un mandamiento de registro!

Muggenthaler agitó una mano desesperadamente lánguida.

—Adelante, registren lo que quieran.

—¿No quiere saber qué estamos buscando? —preguntó cortésmente De Graaf.

—¿Por qué iba a querer saberlo? —Muggenthaler trató de adoptar un aire de indignación, pero se hallaba demasiado afectado —. En ciento cincuenta años…

—Vamos, vamos, caballeros —dijo, con suavidad, De Graaf—. No se lo tomen así Comprendo sus sentimientos, y mi opinión es que estamos en realidad sobre una pista falsa. Pero se ha formulado una petición oficial, y debemos seguir los trámites legales. Se nos ha informado que tienen ustedes diamantes obtenidos ilícitamente…

—¡Diamantes! —Muggenthaler miró a su socio con incredulidad —. ¿Has oído eso. Jan? ¡Diamantes! —Movió la cabeza y dijo a De Graaf—. Si encuentra diamantes, deme unos pocos, ¿quiere?

De Graaf no se sintió afectado por el sarcasmo.

—Y, lo que es mucho más importante, maquinaria para tallar diamantes.

—Tenemos el almacén atiborrado de maquinaria para tallar diamantes —dijo con abatimiento Morgenstern—. Véanlo ustedes mismos.

—¿Y los libros de facturas?

—Todo, todo —dijo cansadamente Muggenthaler.

—Gracias por su cooperación —De Graaf hizo una seña a Van Gelder, que se levantó y salió del despacho. De Graaf prosiguió, en tono confidencial—. Les presentó de antemano mis excusas por lo que, estoy seguro, es una absoluta pérdida de tiempo. Si he de serles sincero, me interesa más esa horrible cosa que cuelga al extremo de una cadena suspendida de la viga-grúa. Una muñeca.

—¿Una qué? —preguntó Muggenthaler.

—Una muñeca, una muñeca grande.

—Una muñeca colgada de una cadena. —Muggenthaler parecía aturdido y horrorizado a un mismo tiempo, lo cual no es cosa fácil de conseguir—. ¿En la fachada de nuestro almacén? ¡Jan!

No sería del todo exacto decir que subimos la escalera a la carrera, pues Morgenstern y Muggenthaler no estaban ya para esos trotes, pero hicimos un tiempo bastante bueno. En el tercer piso encontramos a Van Gelder y sus hombres aplicados a su trabajo, y, por indicación de De Graaf, Van Gelder se reunió con nosotros. Esperaba que sus hombres no se cansaran demasiado buscando, pues sabía que no encontrarían nada. Ellos no tropezarían con el intenso olor a marihuana que tan densamente había impregnado aquel piso la noche anterior, aunque, en mi opinión, el dulzón olor del potente purificador de ambiente que le había remplazado no podía ser considerado como una mejora. Pero no parecía el momento oportuno para decírselo a nadie.

La muñeca, de espaldas a nosotros y con la oscura cabeza apoyada en su hombro derecho, continuaba meciéndose suavemente a impulsos de la brisa. Muggenthaler, sostenido por Morgenstern y, evidentemente, nada tranquilo en su precaria posición, alargó cautelosamente la mano, cogió la cadena por encima del gancho y la izó lo suficiente para, no sin considerable dificultad, desenganchar la muñeca de la cadena. La sostuvo en sus brazos y la contempló unos momentos; luego, movió la cabeza y miró a Morgenstern.

—Jan, quien haya hecho esta monstruosidad, esta horrible broma, debe ser despedido hoy mismo.

—Ahora mismo —corrigió Morgenstern. Su rostro se retorció en una mueca de repugnancia, no por la muñeca, sino por lo que le habían hecho—. ¡Y una muñeca tan preciosa!

Morgenstern no exageraba en absoluto. Era en verdad una muñeca preciosa, y no sólo por su falda y su corpiño, excelentemente cortados y ajustados. A pesar de que el cuello había sido cruelmente roto por el gancho, el rostro era de una gran belleza, una verdadera obra de arte en la que los colores de los oscuros cabellos, los pardos ojos y la piel se combinaban tan sutilmente, y tan exquisitamente modeladas estaban sus delicadas facciones, que resultaba difícil creer que fuera solamente el rostro de una muñeca y no el de un ser humano, con existencia y personalidad propias. Y no era yo el único que sentía eso.

De Graaf tomó la muñeca de manos de Muggenthaler y la miró.

—Hermosa —murmuró—, muy hermosa. ¡Y qué real, qué viva! Parece que tiene vida. —Miró a Muggenthaler—. ¿Tiene usted idea de quién hizo esta muñeca?

—Nunca hasta ahora he visto una igual. No es una de las nuestras, estoy seguro, pero el encargado de la nave es quien debe decirlo. No obstante, sé que no es nuestra.

—Y este exquisito color —musitó De Graaf—. Es tan propio de esta cara, tan inevitable… Ningún hombre podría haber creado esto por simple imaginación. Es indudable que ha tenido que copiar de un modelo vivo, de alguien que conocía. ¿No le parece, inspector?

—No se podría haber hecho de otra manera —respondió Van Gelder.

—Me da la impresión de que yo he visto esta cara antes de ahora —continuó De Graaf—. ¿Alguno de ustedes ha visto antes una muchacha como esta muñeca, caballeros?

Todos movimos lentamente la cabeza, y nadie lo hizo con más lentitud que yo. Notaba de nuevo la sensación de plomo en el estómago, pero esta vez el plomo estaba envuelto en una gruesa capa de hielo. No era sólo que la muñeca tuviera un parecido espantosamente fiel con Astrid Lemay; era Astrid Lemay.

Quince minutos después, una vez que el concienzudo registro llevado a cabo en el almacén hubiera producido su previsible resultado negativo. De Graaf se despedía de Muggenthaler y Morgenstern en los escalones exteriores del edificio, mientras Van Gelder y yo permanecíamos en pie a su lado. Muggenthaler exhibía de nuevo su radiante expresión, y Morgenstern sonreía con condescendiente satisfacción. De Graaf les estrechó sucesivamente la mano con cordialidad.

—Les repito mis excusas. —De Graaf se mostraba casi efusivo —. Nuestra información era tan precisa como suele serlo generalmente. Toda anotación de esta visita será eliminada de los libros —añadió, sonriendo—. Las facturas les serán devueltas tan pronto como ciertas partes interesadas comprueben la imposibilidad de encontrar en ellas los ilícitos proveedores de diamantes que esperaban. Buenos días, caballeros.

Van Gelder y yo nos despedimos también. Yo no estreché con especial calor la mano de Morgenstern y agradecí que careciera de la facultad de leer los pensamientos y que hubiera venido al mundo sin mi innata capacidad de percibir la proximidad de la muerte y el peligro: pues era Morgenstern quien había estado la noche anterior en el Balinova, y era él quien había salido el primero, después de que se hubieron marchado Maggie y Belinda.

Hicimos él viaje de regreso a la Marnixstraat en parcial silencio, con lo que quiero decir que De Graaf y Van Gelder hablaban abundantemente, pero yo no. Parecían hallarse mucho más interesados en el curioso incidente de la muñeca rota que en la aparente razón de nuestra visita al almacén, lo cual probablemente demostraba, con toda claridad, lo que pensaban de la razón aparente, y, como no tenía ganas de interrumpirles para decirles que no se equivocaban en su concesión de prioridad, permanecí en silencio.

De vuelta en su despacho, De Graaf dijo:

—¿Café? Tenemos aquí una chica qué hace el mejor café de todo Ámsterdam.

—Un placer que debo aplazar. Me temo que tengo demasiada prisa.

—¿Tiene usted planes? ¿Una línea de acción, quizá?

—Ninguna de las dos cosas. Quiero tenderme en la cama y pensar.

—Entonces, ¿por qué…?

—¿Por qué he venido aquí? Quiero hacerle dos pequeños ruegos. Averigüe, por favor, si ha llegado algún mensaje telefónico para mí.

—¿Un mensaje?

—De la persona a quien tenía que ver cuando estábamos en el almacén.

Estaba llegando a un punto en que apenas podía distinguir si estaba diciendo la verdad o mintiendo.

De Graaf asintió con la cabeza, descolgó un teléfono, habló brevemente, anotó una larga retahíla de letras y cifras y me entregó el papel. Las letras carecían de sentido; las cifras, puestas al revés, serían el nuevo número de teléfono de las chicas. Me guardé el papel en el bolsillo.

—Gracias. Tendré que descifrarlo.

—¿Y el segundo ruego?

—¿Podría prestarme unos prismáticos?

—¿Unos prismáticos?

—Quiero contemplar el vuelo de los pájaros —expliqué.

—Desde luego —dijo gravemente Van Gelder—. Recordará, comandante Sherman, que se supone qué debemos cooperar estrechamente.

—¿Y qué?

—Usted no se está mostrando muy comunicativo, si me permite decirlo.

—Lo seré cuando tenga algo que valga la pena de comunicar. No olviden que ustedes llevan más de un año trabajando en esto. Yo no

llevo aquí más de dos días. Como digo, tengo que acostarme y pensar.

No fui a acostarme ni a pensar. Me dirigí a una cabina telefónica que me pareció situada a prudente distancia de la Jefatura de Policía y marqué el número que me había dado De Graaf.

Al otro extremo del hilo, la voz dijo:

—«Hotel Touring».

Lo conocía, pero nunca había estado en él: no era la clase de hotel apropiado a mi cuenta de gastos, pero era la clase de hotel que yo habría elegido para las dos chicas.

—Me llamo Sherman —dije—. Paul Sherman. Creo que esta mañana se han inscrito ahí dos señoritas. ¿Podría hablar con ellas, por favor?

—Lo siento, en este momento están fuera. —Eso no constituía motivo de preocupación; si no estaban localizando o tratando de localizar a Astrid Lemay, estarían llevando a cabo las misiones que le había encomendado a primera hora de la mañana. La voz, en el otro extremo del hilo, se anticipó a mi siguiente pregunta—. Han dejado un mensaje para usted, *Mr*. Sherman. Tengo que decirle que no han podido localizar a su mutua amiga y que están ahora buscando a algunas otras amigas. Me temo que eso es un poco vago, señor.

Le di las gracias y colgué. «Ayúdeme —le había dicho a Astrid—, y yo le ayudaré a usted». Estaba empezando a parecer como si yo la estuviera ayudando, en efecto, ayudándola a caer en el canal más próximo o en un ataúd. Salté al taxi de la Policía y me granjeé un montón de enemigos en el breve trayecto al poco presuntuoso distrito que limitaba con la Rembrandtplein.

La puerta del piso de Astrid estaba cerrada con llave, pero yo llevaba todavía mi cinturón de ilegal ferretería. Al igual que la primera vez que lo había visto, el pisito estaba limpio, pulcro, pero gastado. No había señales de violencia ni de una marcha precipitada. Miré en los pocos cajones y armarios que había, y me pareció que contenían muy pocas ropas. Pero como había dicho Astrid, eran muy pobres, así que eso probablemente no significaba nada. Miré en todos los

lugares en que se habría podido dejar un mensaje, pero, si había alguno, no pude encontrarlo. Cerré la puerta y me encaminé al Balinova.

Para un *night-club*, eran aquéllas unas horas terriblemente tempranas, y, como era de esperar, las puertas se hallaban cerradas. Éstas eran fuertes y aguantaron impertérritas los golpes a que las sometí, los cuales, afortunadamente, fueron excesivos para una de las personas del interior, cuyo sueño debí de haber interrumpido de forma tan irritante, ya que una llave giró en la cerradura y la puerta se entreabrió unos centímetros. Introduje el pie en ella y la abrí un poco más, lo suficiente para ver la cabeza y los hombros de una rubia pálida que se sujetaba pudorosamente una bata sobre el pecho. Considerando que la última vez que la había visto estaba cubierta tan sólo por una fina capa de transparentes burbujas de jabón, pensé que se estaba extralimitando un poco.

—Quiero ver al gerente.

—No abrimos hasta las seis.

—No quiero una reserva. No quiero un empleo. Quiero ver al gerente. Ahora.

—No está.

—Bueno. Espero que su próximo empleo sea tan bueno como éste.

—No comprendo. —No era de extrañar que la luz fuera tan débil en el Balinova la noche anterior; a la luz del día, aquella cara rojiza habría vaciado el local del mismo modo que si hubiera corrido el rumor de que uno de los clientes tenía la peste bubónica—. ¿Mi empleo? ¿Qué quiere decir?

Bajé la voz, como debe hacerse cuando uno habla con solemne gravedad.

—Sólo que no tendrá usted ningún empleo si el gerente se entera de que he venido por una cuestión de la máxima urgencia y usted se ha negado a permitir que le vea.

Me miró con vacilación y dijo:

—Espere aquí.

Trató de cerrar la puerta, pero yo era mucho más fuerte que ella, y al cabo de un momento desistió y se alejó. Regresó a los treinta segundos, acompañada de un hombre vestido todavía con traje de noche.

No me cayó nada bien el hombre. Como le ocurre a la mayoría de la gente, no me agradan las serpientes, y eso era lo que aquel hombre me recordaba de una forma irresistible. Era muy alto y delgado y se movía con sinuosa gracia. Era afeminadamente elegante y tenía la enfermiza palidez de una criatura nocturna. Su rostro era de alabastro; sus rasgos, blandos; sus labios, inexistentes, y tenía los cabellos oscuros, partidos en medio por una raya, pegados al cráneo. Su traje estaba elegantemente cortado, pero su sastre no era tan bueno como el mío: se le notaba perfectamente el bulto bajo él sobaco izquierdo. Sostenía una boquilla de jade en una mano delgada, blanca y exquisitamente cuidada: su rostro mostraba una expresión, probablemente permanente, de despreciativo regocijo. Sólo con su forma de mirar le daba ya a uno excusa suficiente para pegarle. Expulsó una fina columna de humo de cigarrillo.

—¿A qué viene todo esto, amigo? —Parecía francés o Italiano, pero no lo era; era inglés—. No está abierto, ya lo sabe.

—Ahora sí —indiqué—. ¿Es usted el gerente?

—Soy el representante del gerente. Si quiere volver más tarde… —dijo, echando otra bocanada de humo de su abominable cigarrillo —, mucho más tarde, veremos.

—Soy abogado y he venido de Inglaterra para tratar de un asunto urgente. —Le entregué una tarjeta que decía que yo era un abogado de Inglaterra—. Es esencial que vea enseguida al gerente. Hay una gran cantidad de dinero por medio.

Si una expresión como la suya pudiera suavizarse la suya lo hizo, aunque había que tener una vista muy aguda para advertir la diferencia.

—No le prometo nada, *Mr*. Harrison. —Ése era el nombre que figuraba en la tarjeta—. Tal vez pueda convencer a *Mr*. Durrell para

que le reciba.

Se alejó como un bailarín de *ballet* en su día libre y regresó al cabo de unos momentos. Me hizo una seña y sé apartó a un lado para que le precediera por un pasillo largo y débilmente iluminado. No me agradaba este orden de marcha, pero tuve que resignarme. Al final del pasillo había una puerta que se abría a una habitación brillantemente, iluminada, y, como parecía que yo debía entrar sin llamar, eso fue lo que hice. Observé, al pasar, que la puerta era del tipo que el director de los sótanos del Banco de Inglaterra —si es que existe tal persona— habría rechazado como excesiva para sus necesidades.

El interior de la habitación ofrecía una extraordinaria semejanza con los sótanos acorazados de un Banco. Dos grandes cajas fuertes, lo suficientemente altas para que pudiera entrar en ellas un hombre, se hallaban empotradas en una pared. Otra pared estaba dedicada por entero a una batería de armarios de metal como los que se pueden alquilar en las estaciones de ferrocarril para guardar maletas. Las otras dos paredes quizá carecieran de ventanas, pero era imposible estar seguro: se hallaban completamente cubiertas por cortinajes violeta y carmesí.

El hombre que estaba sentado tras la gran mesa de caoba no tenía el menor aspecto de un director de Banco, al menos de un banquero británico, los cuales poseen un aire extraordinariamente saludable debido a su afición al golf y a las pocas horas que pasan detrás de su mesa. Aquel hombre era de color cetrino, con unos treinta kilos de exceso de peso, pelo negro grasiento, piel grasienta y amarillentos ojos permanentemente inyectados en sangre. Llevaba un traje de alpaca azul bien cortado, y lucía una gran variedad de anillos en ambas manos y una cordial sonrisa que no le cuadraba en absoluto.

—¿*Mr*. Harrison? —No intentó levantarse; probablemente, la experiencia le había convencido de que no valía la pena el esfuerzo que necesitaba hacer para ello—. Encantado de conocerle. Me llamo Durrell.

Quizá se llamara así, pero no era ése el nombre con que había nacido; pensé que debía de ser armenio, pero no podía estar seguro. No obstante, le saludé con la misma cortesía que si, en efecto, se hubiera llamado Durrell.

—¿Tiene usted algún asunto que tratar conmigo? —me dijo, radiante.

Mr. Durrell era astuto y sabía que los abogados no hacen el viaje desde Inglaterra si no es para tratar de asuntos importantes, invariablemente de carácter financiero.

—Bueno, no con usted en realidad. Con una de sus empleadas.

La cordial sonrisa se desvaneció.

—¿Con una de mis empleadas?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me molesta a mí?

—Porque no he podido encontrarla en su domicilio. Me han dicho que trabaja aquí.

—¿Y es una mujer?

—Se llama Astrid Lemay.

—Vamos a ver. —Su voz se había tornado de pronto más razonable, como si quisiera prestar su colaboración—. ¿Astrid Lemay? Y trabaja aquí —añadió, frunciendo pensativamente el ceño —. Tenemos muchas chicas, desde luego, pero ese nombre…

Movió la cabeza.

—Me lo han dicho unas amigas suyas —protesté.

—Algún error. Marcel…

El hombre de aspecto de serpiente exhibió su despreciativa sonrisa.

—Aquí no trabaja ninguna de ese nombre.

—¿O que haya trabajado alguna vez aquí?

Marcel se encogió de hombros, se dirigió a un archivador, sacó una carpeta y la dejó sobre la mesa, haciéndome una seña para que me acercase.

—Todas las chicas que trabajan aquí o qué han trabajado en el último año. Mire usted mismo.

No me molesté en mirar. Dije:

—Me han informado mal. Les ruego que me disculpen por molestarles.

—Le sugiero que pruebe en otros *night-clubs* —Durrell, dándoselas de magnate atareado, estaba ya tomando notas en una hoja de papel para indicar que la entrevista había terminado—. Buenos días, *Mr*. Harrison.

Marcel se había dirigido ya a la puerta. Yo le seguí y, al cruzarla, me volví y sonreí en son de excusa.

—Lo siento de veras…

—Buenos días.

Ni siquiera se molestó en levantar la cabeza. Continué sonriendo unos momentos con aire titubeante y, luego, cerré cortésmente la puerta tras de mí. Parecía una puerta sólida y aislante de sonidos.

Marcel, de pie al comienzo del pasillo, volvió a dirigirme su cordial sonrisa y, sin dignarse siquiera hablar, indicó desdeñosamente que le precediese por el pasillo. Hice un gesto de asentimiento y, al pasar a su lado, le golpeé en el estómago con considerable satisfacción y no menos fuerza, y, aunque pensé que era suficiente, volví a golpearle, esta vez en el cuello. Saqué mi pistola, coloqué el silenciador, cogí al yacente Marcel por el cuello de su chaqueta y lo arrastré basta la puerta del despacho, que abrí con la mano que sostenía la pistola.

Durrell levantó la vista. Sus ojos se abrieron tanto como pueden abrirse unos ojos cuando están casi sepultados entre pliegues de grasa. Luego, su rostro quedó completamente inmóvil, como quedan los rostros cuando sus dueños quieren ocultar sus pensamientos o sus intenciones.

—No lo haga —dije—. No haga ninguna de las clásicas cosas inteligentes. No pulse un botón, no oprima ningún resorte en el suelo y, por favor, no sea tan ingenuo como para tratar de coger la pistola que probablemente tiene en el cajón superior derecho, ya que usted no es zurdo.

No hizo ninguna de las clásicas cosas inteligentes.

—Eche hacia atrás su silla medio metro.

Echó su silla hacia atrás medio metro. Dejé caer a Marcel en el suelo, cerré la puerta a mi espalda sin volverme, di vuelta a la llave en la cerradura y me la guardé en el bolsillo.

—Levántese —dije.

Durrell se levantó. Apenas si medía más de un metro y medio. Tenía la constitución de una rana. Señalé con la cabeza la más cercana de las dos cajas fuertes.

—Ábrala.

—De modo que es eso. —Sabía disimular con el rostro, pero no con la voz. No pudo ocultar el ligero tono de alivio—. Un atraco, *Mr*. Harrison.

—Venga aquí —dije. Lo hizo—. ¿Sabe quién soy?

—¿Si sé quién es usted? —Una mirada de asombro—. Usted mismo acaba de decirme…

—Que me llamo Harrison. ¿Quién soy?

—No entiendo.

Aulló de dolor y se palpó la ya sangrante magulladura producida por el silenciador de mi pistola.

—¿Quién soy?

—Sherman. —Vibraba el odio en los ojos y en la apagada voz—. Interpol.

—Abra esa puerta.

—Imposible. Sólo tengo la mitad de la combinación. Marcel tiene…

El segundo aullido fue más penetrante, y la magulladura de la otra mejilla proporcionadamente mayor.

—Abra esa puerta.

Accionó la combinación y abrió la puerta. La caja tenía una superficie de unos dos metros cuadrados, tamaño suficiente para contener gran número de florines, pero, si eran ciertas todas las historias que se contaban del Balinova, historias susurradas acerca de salas de juego y funciones mucho más interesantes efectuadas en el sótano y la venta de objetos que no se encontraban de ordinario en las tiendas corrientes, el tamaño era justamente adecuado.

Señalé con la cabeza a Marcel.

—Métalo dentro.

—¿Ahí dentro? Parecía horrorizado.

—No quiero que pueda interrumpir nuestra discusión.

—¿Discusión? —Venga.

—Se asfixiará. Diez minutos y…

—La próxima vez que tenga que pedírselo será después de haberle metido una bala en la rodilla, de tal modo que no podrá volver a andar si no es con bastón. ¿Me cree?

Me creía. A menos que sea uno un perfecto idiota, y Durrell no lo era, siempre puede uno darse cuenta de cuándo un hombre habla en serio. Arrastró a Marcel al interior de la caja fuerte, lo cual era, probablemente, el trabajo más duro que había hecho en muchos años, porque tuvo que realizar gran cantidad de esfuerzos y maniobras para colocar a Marcel de modo que pudiera cerrarse la puerta. La puerta se cerró.

Registré a Durrell. No llevaba encima ninguna arma ofensiva. Como había previsto, el cajón derecho de su mesa contenía una automática de un tipo desconocido para mí, lo cual no era nada extraño, ya que no entiendo gran cosa de pistolas, excepto por lo que se refiere a apuntar y disparar con ellas.

—Astrid Lemay —dije—. Trabaja aquí.

—Trabaja aquí.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Le juro que no lo sé.

Las últimas palabras fueron casi un grito mientras yo levantaba de nuevo la pistola.

—¿Podría averiguarlo?

—¿Cómo lo podría averiguar?

—Su ignorancia y su reticencia le acreditan para ello —dije—. Pero están basadas en el miedo. Miedo a alguien, miedo a algo. Se mostrará *más* enterado y comunicativo cuando aprenda a temer alguna otra cosa más. Abra esa caja.

Abrió la caja fuerte. Marcel estaba todavía inconsciente.

—Entre.

—No. —El monosílabo salió de su boca como un ronco grito—. Le digo que queda herméticamente cerrada. Con dos personas ahí…, moriré en cuestión de minutos si entro.

—Morirá en cuestión de segundos si no lo hace.

Entró. Se estaba estremeciendo convulsivamente. Quienquiera que fuese, no era uno de los jefazos: quien se hallara al frente del negocio de las drogas era un hombre —u hombres— dotado de una dureza y una crueldad absolutas, y aquel hombre no poseía ninguna de las dos cosas.

Pasé los cinco minutos siguientes registrando, sin ningún resultado práctico, todos los cajones y archivadores del despacho. Todo lo que examiné parecía guardar relación, de una u otra forma, con asuntos comerciales legales, lo cual era lógico, pues Durrell no guardaría documentos de carácter más incriminatorio donde podrían encontrarlos los encargados de la limpieza. A los cinco minutos, abrí la puerta de la caja fuerte.

Durrell se había equivocado al calcular el total de aire respirable que podía contener la caja. Lo había sobrestimado. Estaba semiderrumbado, con las rodillas apoyadas en la espalda de Marcel, por lo que era una suerte para Marcel el estar todavía inconsciente. Al menos, me pareció que estaba inconsciente. No me molesté en comprobarlo. Cogí a Durrell por el hombro y estiré. Era como tratar de sacar a un alce de un pantano, pero al fin acabó saliendo y rodó por el suelo. Permaneció tendido unos momentos y, luego, se incorporó, vacilante, sobre las rodillas. Esperé pacientemente hasta que los trabajosos estertores de su respiración se convirtieron en simple jadeo, y el color de su rostro hubo recorrido todos los colores del espectro, desde una tonalidad violácea hasta lo que hubiera parecido un saludable tinte sonrosado si no hubiera sabido yo que el color de su tez se asemejaba más al de un periódico viejo. Le sacudí y le indiqué que se pusiera en pie, cosa que consiguió tras unos cuantos intentos.

—¿Astrid Lemay? —dije.

—Ha estado aquí esta mañana. —Su voz no era más que un ronco susurro, pero suficientemente audible—. Dijo que se le habían presentado asuntos familiares muy urgentes. Tenía que salir del país.

—¿Sola?

—No, con su hermano.

—¿Ha estado él aquí?

—No.

—¿Adonde dijo ella que se iba?

—A Atenas. Es de allí.

—¿Vino sólo para decirle eso?

—Se le debían dos meses de sueldo. Necesitaba el dinero para el billete.

Le dije que volviera a entrar en la caja fuerte. Pareció vacilar, pero, finalmente, decidió que aquello era mejor que recibir un balazo, y entró. No es que yo quisiera aterrorizarle más, sino que no quería que oyese lo que iba a decir.

Llamé al aeropuerto de Schiphol, y me pusieron con la persona con quien deseaba hablar.

—Aquí el inspector Van Gelder, de la Jefatura de Policía —dije—. Un vuelo a Atenas esta mañana. Probablemente KLM. Quiero saber si iban a bordo dos personas llamadas Astrid Lemay y George Lemay. Sus descripciones son…

La voz del otro extremo del hilo me dijo que iban a bordo. Al parecer, habían surgido ciertas dificultades para permitir que George emprendiera el vuelo, ya que se hallaba en un estado tal que tanto las autoridades médicas del aeropuerto como las policíacas lo habían considerado poco aconsejable, pero habían prevalecido las súplicas de la muchacha. Di las gracias a mi informante y colgué.

Abrí la puerta de la caja fuerte. Esta vez no había estado cerrada más de un par de minutos, y no esperaba encontrarles en tan mal estado como antes. Acerté. El color de la cara de Durrell no era más que púrpura, y Marcel no sólo había recobrado el conocimiento, sino que lo había recobrado hasta el punto de intentar sacar la pistola que llevaba en su funda sobaquera y que yo, por descuido, había

olvidado quitarle. Al quitársela ahora, antes de que pudiera hacerse daño con ella, reflexioné que Marcel poseía unas extraordinarias facultades de recuperación. Había de recordar esto uno o dos días después, en unas circunstancias mucho más desfavorables para mí.

Les dejé a los dos en el suelo, y, como no parecía haber nada más que decir, ninguno de los tres dijo nada. Di vuelta a la llave en la cerradura, abrí la puerta, la cerré tras de mí y eché la llave, dirigí una sonrisa a la rubia y dejé caer la llave por la enrejada tapa de una alcantarilla, frente al Balinova. Aunque no existiera llave de repuesto, había teléfonos y timbres de alarma que se podían hacer funcionar desde el interior del despacho, y bastarían dos o tres horas para abrir su puerta con un soplete de oxiacetileno. El aire del despacho sería suficiente para ese tiempo. Pero no parecía importar gran cosa que lo fuese o no.

Regresé al piso de Astrid e hice lo que debería haber hecho antes: preguntar a varios de sus más próximos vecinos si la habían visto aquella mañana. Dos de ellos la habían visto, y sus versiones concordaban. Astrid y George, con dos o tres maletas, se habían marchado, hacía dos horas, en un taxi.

Astrid se había largado, y me sentí un poco triste y descorazonado por ello, no porque había dicho que me ayudaría y no lo había hecho, sino porque había cerrado la última puerta que le quedaba abierta.

Sus amos no la habían matado por dos razones. Sabían que yo podría haberles relacionado con su muerte, y eso habría sido acercarme demasiado a ellos. Y no necesitaban hacerlo, porque ella se había ido y no les suponía ya ningún peligro: el miedo, si es suficientemente grande, puede sellar los labios tan eficazmente como la muerte.

Lo tenía simpatía, y me habría gustado vería feliz de nuevo. No podía censurarla. Para ella, todas las puertas se habían cerrado.

CAPÍTULO IX

La vista que se divisa desde lo alto del Havengebouw, el rascacielos del puerto, es, sin lugar a dudas, la mejor de Ámsterdam. Pero aquella mañana no me interesaba la vista; sólo las facilidades que ofrecía aquel elevado punto. Brillaba el sol, pero a aquella altura soplaba una fresca brisa, y, aun al nivel del mar, el viento era lo bastante fuerte para rizar las grisazuladas aguas con dispersas cintas de blanca espuma.

El mirador estaba abarrotado de turistas, la mayor parte de ellos, con los cabellos agitados por el viento, provistos de prismáticos y cámaras fotográficas, y, aunque yo no tenía cámara fotográfica, no creo que pareciera en absoluto distinto de cualquier otro turista. Sólo era distinto el objeto que me había hecho subir allá arriba.

Me apoyé en los codos y miré al mar. Ciertamente, De Graaf me había hecho un excelente obsequio con aquellos prismáticos; eran tan buenos como cualesquiera que yo hubiera visto jamás, y, con la visibilidad casi perfecta que reinaba aquel día, el grado de definición era todo lo que yo hubiera podido desear.

Enfoqué los prismáticos sobre un vapor de cabotaje de unas mil toneladas que se disponía a entrar en el puerto. Desde el primer momento, divisé los oxidados parches de su casco y pude ver que arbolaba el pabellón belga. Y la hora, poco antes de mediodía, concordaba. Seguí su avance, y me pareció que describía una curva más amplia que dos o tres barcos que le habían precedido y que se acercaba mucho a las boyas que señalaban la entrada al canal: pero quizás es que las aguas eran allí más profundas.

Continué observándolo hasta que atracó en el puerto, y entonces pude distinguir el nombre que figuraba en las herrumbrosas amuras, *Marianne*. El capitán era, ciertamente, un fanático de la puntualidad, pero si lo era también para cumplir la ley se trataba de otra cuestión.

Bajé al Havenrestaurant y almorcé. No tenía hambre, pero, como me enseñaba la experiencia, mis horas de comida en Ámsterdam tendían a ser irregulares e infrecuentes. La comida del Havenrestaurant tiene buena fama, y no dudo de que es acreedora a su reputación, pero no recuerdo lo que almorcé aquel día.

Llegué al Hotel Touring a la una y media. No esperaba realmente que Maggie y Belinda hubiesen regresado todavía, y, en efecto, no habían vuelto. Le dije al hombre del mostrador que esperaría en el vestíbulo, pero no me gustan mucho los vestíbulos de hotel, especialmente cuando tengo que estudiar papeles como los de la carpeta que habíamos cogido del almacén «Morgenstern y Muggenthaler», así que aguardé a que el mostrador quedara momentáneamente vacío, tomé el ascensor hasta el cuarto piso y entré en la habitación de las chicas. Era una habitación ligeramente mejor que la que tenían antes, y el sofá, que probé enseguida, ligeramente más blando, pero no era como para que Maggie y Belinda se pusieran a dar saltos de alegría, aparte que el primer salto que hubieran dado en cualquier dirección les habría hecho topar contra una sólida pared.

Permanecí tendido en aquel sofá, repasando todas las facturas del almacén, y resultó ser una inocua y muy aburrida lista de facturas. Pero había un nombre que aparecía con sorprendente frecuencia entre todos los demás, y, como sus productos concordaban con la línea de mis incipientes sospechas, tomé nota de él, así como de su emplazamiento.

Giró una llave en la cerradura, y entraron Maggie y Belinda. Su primera reacción al verme fue de alivio, y a ella siguió

inmediatamente una inconfundible expresión de disgusto. Dije con suavidad:

—¿Ocurre algo?

—Nos tenía usted preocupadas —dijo fríamente Maggie—. El hombre de recepción nos ha dicho que nos estaba esperando usted en el vestíbulo, y usted no estaba allí.

—Hemos esperado media hora. —El tono de voz de Belinda era casi severo—. Creíamos que se había marchado.

—Estaba cansado. Tenía que echarme un rato. Y, ahora que ya he presentado mis excusas, ¿qué tal os ha ido la mañana?

—Bueno… —Maggie no parecía muy aplacada—, no hemos tenido suerte con Astrid.

—Lo sé. El hombre de recepción me dio vuestro mensaje. Podemos dejar de preocuparnos por Astrid. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —exclamaron las dos.

—Ha abandonado el país.

—¿Abandonado el país?

—Atenas.

—¿Atenas?

—Bueno —dije—, dejemos la escena de *vaudeville* para otra ocasión. Ella y George han salido de Schiphol esta mañana.

—¿Por qué? —preguntó Belinda.

—Asustada. Los malos la acosaban por un lado, y el bueno, yo, por el otro. Así que se ha largado.

—¿Cómo sabe que se ha marchado? —preguntó Maggie.

—Me lo ha dicho un hombre del Balinova. —No debía andarme con rodeos; si les quedaban todavía ilusiones acerca del magnífico jefe que tenían, quería que las conservaran—. Y lo he comprobado con el aeropuerto.

—Ejem… —Maggie no se sentía impresionada por mi trabajo de aquella mañana; parecía tener la impresión de que era mía la culpa de que Astrid se hubiera marchado, y, como de costumbre, tenía razón—. Bueno, ¿quién primero? ¿Belinda o yo?

—Primero, esto. —Le entregué el papel con las cifras 910020—. ¿Qué significa?

Maggie lo miró, le dio la vuelta y miró el dorso.

—Nada —dijo.

—Déjeme ver —dijo animadamente Belinda—. Se me dan muy bien los anagramas y las palabras cruzadas. —Y era cierto. Casi enseguida, dijo—: Invirtiéndolo, 020019. Las dos de la mañana del 19, o sea, mañana por la mañana.

—No está mal —dijo indulgentemente.

A mí me había costado media hora descifrarlo.

—¿Qué ocurre entonces? —preguntó Maggie con suspicacia.

—Quienquiera que fuese el que escribió esas cifras olvidó explicarlo —respondí evasivamente, pues ya me estaba cansando de contar mentiras—. Bueno, Maggie, empieza tú.

—Bien. —Se sentó y se alisó un vestido verde de algodón que parecía como si hubiera encogido mucho tras repetidos lavados—. Me he puesto este vestido nuevo para ir al parque, porgue Trudi no lo había visto antes, y hacía tanto viento que me puse un pañuelo en la cabeza, y…

—Y llevabas gafas oscuras.

—Exacto. —Maggie no era chica que se desconcertara con facilidad—. Estuve paseando media hora, esquivando jubilados y cochecitos de niño casi todo el tiempo. Luego, la vi, o mejor dicho, vi a esa enorme y gorda vieja…, vieja…

—¿Bruja?

—Bruja. Vestida como había dicho usted. Después vi a Trudi. Vestido blanco de algodón y manga larga; no podía estarse quieta, retozaba como un corderillo. —Maggie hizo una pausa y dijo reflexivamente—: Es una chica muy hermosa.

—Tienes un alma generosa, Maggie.

Maggie captó la indirecta.

—Al poco rato, se sentaron en un banco. Yo me senté en otro, a unos treinta metros de distancia, mirándoles por encima de una revista. Una revista holandesa.

—Buen detalle —aprobé.

—Luego, Trudi empezó a trenzar el pelo de la muñeca…

—¿Qué muñeca?

—La muñeca que llevaba —dijo pacientemente Maggie—. Si no hace usted más que interrumpir, me resulta difícil recordar todos los detalles. Mientras lo hacía, llegó un hombre y se sentó junto a ellas. Un hombre corpulento, con traje oscuro y alzacuello, bigote blanco y espléndidos cabellos, también blancos. Parecía un hombre muy amable.

—Estoy seguro —dije maquinalmente.

Podía imaginar muy bien al reverendo Thaddeus Goodbody como hombre de gran simpatía, excepto, quizás, a las tres y media de la madrugada.

—Trudi pareció encariñarse con él. Al cabo de unos minutos, le rodeó el cuello con el brazo y le cuchicheó algo al oído. Él dio grandes muestras de hallarse sorprendido, pero se veía que no lo estaba, pues se metió una mano en el bolsillo e introdujo algo en la de Trudi. Dinero, supongo. —Estuve a punto de preguntarle si estaba segura de que no era una jeringuilla hipodérmica, pero Maggie era demasiado ingenua para eso—. Luego se levantó, agarrando todavía su muñeca y se fue hasta un carrito de helados. Compró uno de cucurucho y echó a andar en línea recta hacia mí.

—¿Te marchaste?

—Levanté más la revista —repuso Maggie con dignidad—. Pero no necesitaba haberme molestado. Pasó de largo hacia otro carrito que había a unos veinte metros.

—¿Para admirar las muñecas?

—¿Cómo lo sabe?

Maggie parecía decepcionada.

—Parece como si todos los segundos carritos de Ámsterdam vendieran muñecas.

—Eso es lo que hizo. Las tocó, las acarició. El viejo del carrito intentó parecer enojado, pero ¿quién podría enojarse con una chica

así? Ella dio la vuelta al carrito y después regresó al banco. Y durante todo el tiempo le ofrecía helado a la muñeca.

—Y no parecía importarle que la muñeca no quisiera. ¿Qué hacían, mientras tanto, la vieja y el pastor?

—Hablaban. Parecían tener mucho de que hablar. Luego, volvió Trudi, y siguieron hablando los tres. Después, el pastor dio unas palmaditas en la espalda a Trudi, se levantaron los tres, él saludó a la vieja, como usted dice, quitándose el sombrero, y se marcharon.

—Una escena idílica. ¿Se fueron juntos?

—No. El pastor se fue solo.

—¿Intentaste seguir a alguno de ellos?

—No.

—Buena chica. ¿Te siguió alguien a ti?

—Creo que no.

—¿Crees?

—Había un montón de gente que salía al mismo tiempo que yo. Cincuenta, sesenta personas, no sé. Sería estúpido decir que estaba segura de que no me vigilaba nadie. Pero nadie me ha seguido hasta aquí.

—¿Y Belinda?

—Hay un café casi enfrente del Hostal París. Entraban y salían del hostal montones de chicas, pero yo iba ya por la cuarta taza de café cuando reconocí a una que había estado anoche en la iglesia. Una chica alta, pelirroja, llamativa, supongo que usted la llamaría…

—¿Cómo sabes lo que yo la llamaría? Anoche iba vestida de monja.

—Sí.

—Entonces, no pudiste ver si era pelirroja.

—Tenía un lunar en el pómulo izquierdo.

—¿Y cejas negras? —intervino Maggie.

—Esa misma —corroboró Belinda.

Desistí. La creía. Cuando una muchacha atractiva examina a otra muchacha atractiva, sus ojos se convierten en telescopios de largo alcance.

La seguí hasta la Kalverstraat —continuó Belinda—. Entró en unos grandes almacenes. Pareció pasearse al azar por la planta baja, pero no había nada de azar en sus movimientos, pues se detuvo enseguida ante un mostrador con el letrero de «*souvenirs*: sólo para exportación». La chica examinó con aire indiferente los artículos expuestos, pero me di cuenta de que estaba mucho más interesada en las muñecas que en ninguna otra cosa.

—Vaya, vaya, vaya —dije—. Otra vez muñecas. ¿Cómo te diste cuenta de que le interesaban?

—Me di cuenta, simplemente —respondió Belinda, con el tono de quien intenta describir varios colores a un ciego de nacimiento—. Luego, al cabo de un rato, empezó a examinar muy atentamente un grupo especial de muñecas. Después de titubear unos momentos, se decidió por fin, pero yo noté que no estaba titubeando en realidad. —Guardé un prudente silencio—. Habló con el dependiente, que escribió algo en un trozo de papel.

—El tiempo que…

—El tiempo que se tardaría en escribir una dirección normal —prosiguió ella, como si no me hubiera oído—. Luego, la chica le dio dinero y se marchó.

—¿La seguiste?

—No. ¿Soy buena chica yo también?

—Sí.

—Y no me siguió nadie.

—¿Ni te vigiló? En la tienda, quiero decir. Por ejemplo, algún hombre gordo de mediana edad…

Belinda soltó una risita.

—Montones de…

—Está bien, está bien. Montones de hombres gordos de mediana edad pasaron un montón de tiempo mirándote. Y no me extrañaría que también de jóvenes y delgados. —Hice una reflexiva pausa—. Casta y Susana, os adoro a las dos.

Intercambiaron una mirada.

—Bueno —dijo Belinda—. Eso está bien.

—Profesionalmente hablando, mis queridas muchachas, profesionalmente hablando. Unos informes excelentes, las dos. Belinda, ¿viste la muñecas que eligió la chica?

—Me pagan por ver cosas —respondió con gravedad.

La miré especulativamente, pero, al fin, lo solté.

—Muy bien. Era una muñeca con vestido tradicional de Huyler. Como la que vimos en el almacén.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Podría decir que tengo facultades psíquicas, podría decir que soy un genio. La verdad es qué tengo acceso a ciertas fuentes de información que a vosotras os están vedadas.

—Bueno, entonces comparta esa información con nosotras —dijo Belinda.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque hay hombres en Ámsterdam que os podrían coger y meteros en un cuarto oscuro y haceros hablar.

Hubo una larga pausa. Luego, Belinda dijo:

—¿Y a usted no?

—Tal vez —admití—. Pero no les resultaría tan fácil meterme en ese cuarto oscuro. —Cogí un montón de facturas—. ¿Alguna de vosotras ha oído hablar alguna vez del Kasteel Linden? ¿No? Yo tampoco. Parece ser, sin embargo, que suministra a nuestros amigos Morgenstern y Muggenthaler gran cantidad de relojes de péndulo.

—¿Por qué relojes de péndulo? —preguntó Maggie.

—No lo sé —mentí—. Tal vez exista una relación. Le había pedido a Astrid que tratara de descubrir el origen de un cierto tipo de reloj… Conocía a mucha gente del hampa. Pero se ha ido. Trataré de hacerlo yo mañana.

—Lo haremos hoy —dijo Belinda—. Podríamos ir a ese Kasteel y…

—Haced eso, y regresaréis a Inglaterra en el primer avión. Además, no quiero perder el tiempo sacándoos del fondo del foso que rodea a ese castillo. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijeron sumisamente y al unísono.

Estaba resultando cada vez más turbadoramente claro que me consideraban más ladrador que mordedor.

Recogí los papeles y me levanté.

—Tenéis libre el resto del día. Os veré mañana por la mañana.

Curiosamente, no parecieron demasiado contentas de tener libre el resto del día.

—¿Y usted? —dijo Maggie.

—Un paseíto en coche por el campo. Para despejarme la cabeza. Luego, a dormir, o tal vez una excursión en bote esta noche.

—¿Uno de esos románticos cruceros nocturnos por los canales? —Belinda trató de hablar alegremente, pero no lo consiguió. Ella y Maggie parecían pensar en algo que a mí se me escapaba—. Necesitará alguien que vigile su espalda, ¿no? Iré yo.

—En otra ocasión. Pero no salgáis a los canales. No os acerquéis a los canales. No os acerquéis a los *night-clubs*. Y, sobre todo, no os acerquéis a los muelles ni a aquel almacén.

—Y usted no salga tampoco esta noche. —Miré a Maggie. En cinco años, nunca me había hablado con tal vehemencia, con tal fiereza incluso; y, desde luego, nunca me dijo lo que yo tenía que hacer. Me cogió del brazo, otra cosa insólita—. Por favor.

—¡Maggie!

—¿Tiene que dar ese paseo en bote?

—Vamos, Maggie…

—¿A las dos de la madrugada?

—¿Qué ocurre, Maggie? No es propio de ti…

—No lo sé. Sí, lo sé. Alguien parece estar caminando sobre mi tumba con botas de clavos.

—Dile que tenga cuidado dónde pisa.

Belinda avanzó un paso hacia mí.

—Maggie tiene razón. No debe salir esta noche.

—¿Tú también, Belinda?

—Por favor.

Había en el ambiente una extraña tensión que yo no podía ni siquiera empezar a comprender. Sus rostros eran suplicantes y había en sus ojos algo muy próximo a la desesperación, como si yo acabara de anunciar mi propósito de tirarme desde lo alto de un acantilado.

Belinda dijo:

—Lo que Maggie quiere decir es que no nos deje.

Maggie asintió.

—No salga esta noche. Quédese con nosotras.

—¡Oh, al diablo! —exclamé—. La próxima vez que necesite ayuda en el extranjero voy a traerme un par de chicas gordas y fuertes.

Hice ademán de dirigirme a la puerta, pero Maggie se interpuso en mi camino, levantó los brazos y me besó. Un instante después, Belinda hizo lo mismo.

Abrí la puerta y me volví para ver si se mostraban de acuerdo conmigo. Pero no dijeron nada, estaban inmóviles, con un curioso aire de desamparo. Moví la cabeza con irritación, y me marché.

En el camino de regreso al Rembrandt compré papel oscuro y cordel. En la habitación del hotel utilicé ambas cosas para envolver las ropas ya bastante mejoradas de la mojadura de la noche anterior, escribí un nombre y una dirección ficticios en el paquete y bajé. El ayudante de recepción estaba en su puesto.

—¿Dónde está la oficina de Correos más próxima? —pregunté.

—Mi querido *Mr*. Sherman. —El ceremonioso y amistoso saludo era automático, pero había dejado ya de sonreír—. Podemos ocuparnos nosotros de eso.

—Gracias, pero quiero certificarlo personalmente.

—Ah, comprendo.

No comprendía en absoluto, pues, simplemente, yo quería que se enarcaran cejas o se fruncieran frentes al ver a Sherman salir con un

gran paquete debajo del brazo. Me dio la dirección que le pedía y que no necesitaba.

Puse el paquete en el portaequipajes del coche de la Policía y atravesé la ciudad y los suburbios hasta salir al campo, en dirección Norte. Sabía que estaba rodando a lo largo de las aguas del Zuiderzee, pero no podía verlas a causa del alto dique de contención que corría a la derecha de la carretera. Tampoco había gran cosa que ver a la izquierda: la campiña holandesa no es paisaje que haga extasiarse a los turistas.

Al poco rato, pasé junto a un letrero que decía: «Huyler, 5 Km». Varios cientos de metros más allá torcí a la izquierda, y poco después detuve el coche en la plaza de un pueblecito de tarjeta postal. La plaza tenía su oficina de Correos, y frente a ella había una cabina telefónica. Cerré con llave el portaequipajes y las portezuelas del coche y lo dejé allí.

Retrocedí hasta la carretera principal, la crucé y trepé por la cuesta del dique, cubierto de hierba, hasta que pude asomarme al Zuiderzee. Bajo el sol poniente, una fresca brisa ponía destellos azules y blancos en las aguas, pero, como paisaje, no se podía decir mucho más en favor de aquella extensión de agua, pues la tierra circundante era tan baja que cuando se la veía —que no era siempre — parecía una simple línea negra en el horizonte. El único detalle distintivo era una isla situada al Nordeste, a cosa de un kilómetro y medio de la costa.

Aquélla era la isla de Huyler, y ni siquiera era una isla. Lo había sido, pero algún ingeniero había construido una carretera que la unía al continente para exponer más plenamente a los isleños a los beneficios de la civilización y del comercio turístico. La carretera, de asfalto, había sido asentada sobre una especie de arrecife artificial.

Y la isla misma tampoco podía describirse como algo extraordinario. Era tan baja y llana, que parecía como si pudiera desaparecer bajo cualquier ola un poco grande, pero su llanura se hallaba aliviada por varias granjas, algún que otro granero holandés de gran tamaño y, en la costa occidental de la isla, un pueblo

acurrucado en torno a un pequeño puerto. Y, naturalmente, tenía sus canales. Eso era todo lo que había que ver, así que volví a bajar, regresé a la carretera, caminé por ella hasta llegar a una parada de autobús y cogí el primer vehículo que pasó en dirección a Ámsterdam.

Opté por cenar temprano, ya que no esperaba tener muchas oportunidades de comer durante la noche, y abrigaba la sospecha de que, cualquier cosa que fuera lo que el destino me reservase aquella noche, sería mejor que no me encontrara con el estómago pesado. Y luego me metí en la cama, pues tampoco esperaba poder dormir mucho esa noche.

El despertador sonó a las doce y media. No me sentía particularmente descansado. Me puse un traje oscuro, jersey azul de cuello alto, zapatos negros con suela de goma y una chaqueta de lona oscura. Introduje la pistola en una bolsa de hule con cremallera y la guardé en la funda sobaquera. Metí dos cargadores de repuesto en una bolsa similar, que guardé en un bolsillo con cremallera de la chaqueta. Miré con deseo a la botella de *whisky* que había sobre el aparador y decidí finalmente, no beber. Salí.

Salí, como ya era casi una segunda naturaleza en mí, por la escalerilla de incendios. Abajo, la calle estaba desierta como de costumbre, y, al abandonar el hotel, sabía que no me seguía nadie. No era necesario que nadie me siguiese, pues los que me querían mal sabían adónde iba y dónde podrían esperar encontrarme. Yo sabía que ellos lo sabían. Lo que esperaba era que nadie supiera que lo sabía.

Decidí ir andando porque ya no tenía coche y porque me había vuelto alérgico a los taxis de Ámsterdam. Las calles estaban desiertas, al menos las calles por las que yo iba. Parecía una ciudad muy tranquila y pacífica.

Llegué a la zona de los muelles, me orienté y continué avanzando hasta situarme al abrigo de la oscura sombra de un cobertizo. La

esfera luminosa de mi reloj indicaba que eran las dos menos veinte. El viento había aumentado en intensidad y se había vuelto mucho más frío, pero no llovía, aunque se palpaba la lluvia en el aire. Percibía su aroma por encima de los fuertes y nostálgicos olores a mar, a brea, a cuerdas y a todas las demás cosas que hacen oler del mismo modo a todas las zonas portuarias del mundo. Jirones de nubes oscuras se deslizaban por el cielo, sólo ligeramente menos oscuro, dejando entrever de vez en cuando un pálido cuarto de luna, y, más a menudo, oscureciéndolo, pero aun cuando la luna estaba oculta nunca era absoluta la oscuridad, pues siempre había trozos de cielo estrellado.

En los intervalos de relativa claridad, miré hacía el puerto, que se extendía a lo lejos. Se veían literalmente centenares de barcazas en aquel pueril puerto, uno de los más importantes del mundo en este aspecto, que iban desde las pequeñas lanchas hasta las macizas gabarras del Rin, todas amontonadas en una confusión aparentemente inextricable. Yo sabía que esa confusión era más aparente que real. Las barcazas estaban hacinadas unas contra otras, pero, aunque ello exigiera complicadas maniobras, todas tenían acceso a un estrecho sendero marítimo, que podría encontrarse con otros dos o tres, progresivamente más anchos, antes de llegar a aguas libres. Las barcazas se hallaban unidas a tierra por una serie de largos pontones flotantes, que, a su vez, tenían otros pontones más estrechos unidos a ellos formando ángulos rectos.

La luna se ocultó tras una nube. Salí de entre las sombras a uno de los pontones centrales. Con mis zapatos de goma caminaba sigilosamente sobre la madera húmeda, pero, aunque hubiera llevado botas de clavos, dudo que alguien —fuera de los que abrigaban malas intenciones respecto a mí— habría reparado en absoluto en mi presencia, ya que, si bien todas las barcazas estaban habitadas por sus tripulantes y, en muchos casos, también por sus familias, sólo se veían dos o tres cabinas iluminadas, dispersas entre los centenares de embarcaciones allí atracadas: y, aparte de la débil

salmodia del viento y los suaves crujidos y roces de las amarras, el silencio era total. El puerto de barcazas era una ciudad por sí solo, y la ciudad estaba dormida.

Había recorrido la tercera parte del pontón principal, cuando asomó la luna. Me detuve y miré a mí alrededor.

A unos cincuenta metros por detrás de mí, dos hombres avanzaban en mi dirección, decididamente y en silencio. No eran más que unas sombras, meras siluetas, pero pude ver que la forma de sus brazos derechos era más larga que la de sus brazos izquierdos. Llevaban algo en la mano derecha. No me sorprendió ver esos objetos en sus manos, como no me había sorprendido verles a ellos.

Miré rápidamente a mi derecha. Dos hombres más avanzaban desde tierra por el pontón que corría paralelamente a la derecha. Se hallaban a la altura de los de mi mismo pontón.

Miré a la izquierda. Dos hombres más, dos oscuras siluetas en movimiento. Admiré su coordinación.

Me volví y continué caminando hacia el puerto. Al mismo tiempo, saqué la pistola de su funda, retiré la cubierta impermeable, volví a cerrar la cremallera y guardé la bolsa de hule en un bolsillo de la chaqueta, provisto, asimismo, de cremallera. La luna se ocultó tras una nube. Eché a correr, al tiempo que miraba hacia atrás por encima del hombro. Los tres pares de hombres habían echado también a correr. Avancé unos cuantos metros y miré de nuevo. Los dos hombres de mi pontón se habían detenido y me estaban apuntando con sus pistolas, o al menos eso me pareció, porque era difícil ver a la luz de las estrellas, pero quedé convencido un momento después al brillar en la oscuridad largas llamaradas rojas, si bien no se oyó sonido de disparos, lo cual era perfectamente comprensible, ya que nadie en su sano juicio querría sembrar la alarma, si podía evitarlo, entre cientos de rudos barqueros holandeses, alemanes y belgas. Sin embargo, no parecía importarles alarmarme a mí. La luna volvió a esconderse y eché nuevamente a correr.

La bala que me alcanzó causó más daño a mis ropas que a mí mismo, aunque el súbito y ardiente dolor que sentí en el hombro derecho me hizo llevar involuntariamente a él la otra mano. Ya estaba bien. Me desvié del pontón principal, salté a una barcaza que se hallaba amarrada a otro pequeño pontón situado perpendicularmente al mío y corrí sigilosamente por su cubierta hasta refugiarme, en su popa, tras la timonera. Una vez allí, miré cautelosamente por la esquina.

Los dos hombres del pontón central se habían detenido y estaban haciendo urgentes señales a sus compañeros de la derecha, indicándoles que me rebasaran para rodearme y, con toda probabilidad, me disparasen por la espalda. Pensé que tenían unas ideas muy limitadas acerca de lo que era jugar limpio y con deportividad, pero no se podía dudar de su eficiencia. Estaba claro que, si habían de cazarme —y las probabilidades que tenían de ello me parecían bastante buenas—, sería mediante aquel método de rodeo o cerco, y, sin duda, sería excelente cosa para mí que pudiera disuadirles de su idea lo antes posible; así, pues, prescindí por el momento de los dos hombres del pontón central, suponiendo, esperaba que acertadamente, que se quedarían donde estaban y esperarían a que los otros me cogieran desprevenido por la espalda, y me volví hacia el pontón de la izquierda.

Los vi al cabo de cinco segundos, no corriendo, sino andando lentamente y escrutando en las sombras proyectadas a la luz de la luna por las timoneras y las cabinas de las embarcaciones, lo cual era bastante temerario, o, simplemente, estúpido, pues yo me encontraba agazapado en las sombras más densas que había hallado, mientras que, por el contrario, ellos estaban casi brutalmente iluminados por la luz de la luna, y los vi mucho antes de que ellos me vieran a mí. Dudo, incluso, de que llegaran a verme. Uno de ellos, desde luego que no, pues jamás volvió a ver nada. Debía de estar muerto antes de caer sobre el pontón y deslizarse, con una curiosa ausencia de ruido, no más que un sibilante chapoteo, en las aguas del puerto. Apunté para un segundo disparo, pero el otro hombre,

reaccionando con mucha rapidez, había desaparecido de mi línea de mira antes de que yo pudiera apretar otra vez el gatillo. Se me ocurrió que mi deportividad era menor aún que la de ellos, pero aquella noche yo tenía ganas de cazar patos.

Me volví, avancé de nuevo y atisbé por el borde de la timonera. Los dos hombres del pontón central no se habían movido. Quizá no sabían lo que había sucedido. Estaban a demasiada distancia para acertarles de noche con una pistola, pero apunté cuidadosamente y lo intenté de todos modos. Pero aquel pato estaba demasiado lejos. Oí una exclamación de dolor y vi que uno de los hombres se agarraba la pierna, pero por la presteza con que siguió a su compañero y saltó del pontón al abrigo de una barcaza, no podía estar muy malherido. La luna volvió a ocultarse tras una nube, una nube muy pequeña, pero la única que habría en uno o dos minutos, y me habían localizado. Me deslicé a lo largo de la barca, alcancé el pontón y eché a correr en dirección al puerto.

No había avanzado ni diez metros cuando aquella maldita luna volvió a hacer acto de presencia. Me abalancé al suelo, cayendo de modo que miraba hacia tierra, y me aplasté cuanto pude. A mi izquierda, el pontón se hallaba desierto, lo que no era de extrañar, ya que la confianza del hombre superviviente debía de haber quedado muy afectada. Miré a la derecha. Los dos hombres estaban mucho más cerca que los dos que tan prudentemente acababan de abandonar el pontón central, y, por el hecho de que continuaban avanzando con aire decidido y confiado, se notaba que ignoraban aún que uno de los suyos se hallaba en el fondo del agua, pero fueron tan rápidos en aprender las virtudes de la prudencia como lo habían sido los otros tres, pues desaparecieron del pontón en cuanto les solté dos rápidos balazos, que fallaron ostensiblemente el blanco. Los dos hombres que habían estado en el pontón central estaban regresando cautelosamente a él, pero se hallaban demasiado lejos para que me inquietaran, y yo a ellos.

Este mortal juego del escondite continuó otros cinco minutos, corriendo, ocultándome, lanzando un disparo, volviendo a correr,

mientras ellos seguían aproximándose inexorablemente a mí. Ahora se mostraban muy circunspectos, corriendo el mínimo de riesgos y aprovechando inteligentemente su superioridad numérica, atrayendo uno o dos de ellos mi atención, mientras los otros se deslizaban desde el abrigo de una barca hasta la siguiente. Yo me daba cuenta con toda frialdad de que si no hacía algo distinto, y lo hacía muy pronto, aquel juego sólo podía tener un final, y un final muy próximo.

Entre todos los inapropiados momentos para hacerlo, elegí varias de las breves ocasiones que pasé escondiéndome detrás de cabinas y timoneras para pensar en Belinda y Maggie. Me pregunté si todo aquello sería la causa de que se hubieran comportado de modo tan extraño la última vez que las había visto. ¿Habían adivinado, o sabido por algún proceso intuitivo peculiarmente femenino, que me iba a suceder algo parecido y cuál iba a ser su fin, y no se habían atrevido a decírmelo?

Menos mal, pensé que ahora no podían verme, pues no sólo habrían visto que tenían razón, sino que su fe en la infalibilidad de su jefe se habría conmovido hasta sus cimientos. Me sentía desesperado y suponía que también debía de parecerlo; yo había esperado encontrar un hombre armado de una pistola rápida o de un cuchillo más rápido aún aguardando en mi acecho, y creo que habría podido habérmelas con él, y con un poco de suerte incluso con dos; pero no había esperado esto. ¿Qué le había dicho a Belinda a la salida del almacén? «El que lucha y huye vive para luchar otro día». Pero yo no tenía sitio para huir, pues me hallaba sólo a unos veinte metros del final del pontón. Era una macabra sensación la de verse perseguido hasta la muerte como un animal salvaje o un perro rabioso, mientras centenares de personas dormían a mi alrededor en un radio de cien metros, y todo lo que yo tenía que hacer para salvarme era desenroscar mi silenciador y disparar dos tiros al aire, y, en unos segundos, el puerto entero habría sido un puro clamor. Pero me resistía a ello, pues lo que tenía que hacer debía ser hecho aquella noche, y sabía que aquélla era la última oportunidad que tendría jamás. Después de aquella noche, mi vida en Ámsterdam no

valdría ni un penique. No podría inducirme a hacerlo si me quedara aun la más remota probabilidad imaginable. Pero creo que no la había, no lo que un hombre en su sano juicio llamaría una probabilidad. Y no creo que yo estuviera entonces en mi sano juicio.

Miré mi reloj. Las dos menos seis minutos. El tiempo casi se había agotado. Miré al cielo. Una pequeña nube avanzaba hacia la luna, y éste seria el momento que ellos elegirían para el siguiente y, casi con toda seguridad, último asalto: tendría que ser el momento que yo eligiera para mi siguiente y último desesperado intento de escapar. Miré a la cubierta de la barcaza: llevaba una carga de chatarra, y cogí un pedazo de metal. Calculé de nuevo la dirección de aquella nubecilla oscura, que parecía haberse empequeñecido aún más. Su centro no iba a pasar directamente sobre la luna, pero tendría que servir.

Me quedaban cinco cartuchos en mi segundo cargador, y los disparé en rápida sucesión hacia donde sabía, o suponía, que se habían guarecido mis perseguidores. Esperaba que esto les contuviera unos segundos, pero me parece que no lo creía de veras. Rápidamente, volví a meter la pistola en la bolsa impermeable, corrí la cremallera y, para más seguridad, la guardé, no en la funda, sino en un bolsillo con cremallera de mi chaqueta, corrí unos pasos por cubierta, subí a la borda y salté al pontón central. Forcejeé desesperadamente para mantener el equilibrio y, mientras lo hacía, advertí que aquella maldita nube había pasado de largo ante la luna.

De súbito, me sentí muy tranquilo porque ya no me quedaba ninguna opción. Eché a correr, puesto que ninguna otra cosa podía hacer, zigzagueando vertiginosamente para dificultar la puntería de mis perseguidores. Media docena de veces en menos de tres segundos oí unos sordos sonidos —estaban ya muy cerca—, y por dos veces sentí que unas manos invisibles me estiraban con violencia de la ropa. De pronto, eché la cabeza hacia atrás, levanté los brazos y el trozo de metal salió dando vueltas hacia el agua, derrumbándome pesadamente sobre el pontón antes de que se oyera su chapoteo. Me puse en pie tambaleándome, permanecí así

un instante, me llevé las manos a la garganta y caí de espaldas en el canal. Hice una inspiración tan profunda como me fue posible y contuve el aliento.

El agua estaba fría, pero no demasiado, era opaca y no muy profunda. Mis pies tocaron lodo, y los mantuve de este modo. Empecé a exhalar, lenta y cuidadosamente, administrando mis reservas de aire, que, a buen seguro, no eran muy grandes, ya que yo no me dedicaba con frecuencia a esa clase de prácticas. A menos que yo hubiera calculado mal la ansiedad de mis perseguidores por deshacerse de mí —y no era ése el caso—, los dos hombres del pontón central habrían estado escrutando esperanzadamente el punto en que yo me había esfumado antes de que transcurrieran cinco segundos desde mi desaparición. Confiaba en que extrajeran conclusiones erróneas del lento reguero de burbujas que se elevaba hasta la superficie del agua, y que las extrajeran pronto, pues no podía aguantar así mucho más tiempo.

Después de lo que me parecieron cinco minutos, y, probablemente, no eran más que treinta segundos, dejé de exhalar y de enviar burbujas a la superficie por la sencilla razón de que ya no me quedaba en los pulmones más aire que exhalar. Ahora empezaban a dolerme los pulmones, casi podía oír los latidos de mi corazón —podía sentirlo, desde luego— batiendo en un pecho vacío, y me escocían los oídos. Me desasí del lodo y nade hacia mi derecha, esperando haberme orientado bien. Así era. Mi mano entró en contacto con la quilla de una barcaza, me impulsé bajo ella y nadé luego hasta la superficie.

No creo que habría podido permanecer bajo el agua ni siquiera unos segundos más sin asfixiarme. La verdad es que, cuando emergí a la superficie, necesité una considerable fuerza de voluntad para no llenarme de aire los pulmones con una bocanada que podría haber sido oída en casi todo el puerto, pero en ciertas circunstancias, como cuando la propia vida depende de ello, uno puede desplegar una fuerza de voluntad realmente considerable, y yo lo hice con varias largas pero silenciosas inspiraciones.

Al principio no pude ver nada, pero eso se debía solamente a que la aceitosa película que cubría la superficie del agua había pegado momentáneamente mis párpados. Me libré de ese estorbo, pero no había gran cosa que ver, sólo el negro casco de la barcaza tras la que estaba escondido, el pontón principal frente a mí y otra barcaza situada paralelamente a unos tres metros de distancia. Pude oír voces, un leve murmullo de voces. Nadé cautelosamente hasta la popa de la barcaza, me agarré al timón y atisbé por el otro lado. Dos hombres, uno de ellos con una linterna, escrutaban desde el pontón el lugar por donde yo acababa de desaparecer: las aguas estaban satisfactoriamente oscuras e inmóviles.

Los dos hombres se enderezaron. Uno de ellos se encogió de hombros e hizo un ademán con las palmas de las manos vueltas hacia arriba: el otro asintió con la cabeza y se frotó suavemente la pierna. El primero levantó los brazos y los cruzó dos veces por encima de su cabeza, primero a su izquierda luego a su derecha. Mientras lo hacía, se oyeron muy cerca los entrecortados estampidos de un motor diésel al ponerse en marcha. Era evidente que ninguno de los dos hombres prestaba mayor atención a aquel sonido, pues el que había hecho la señal cogió del brazo al otro y le guió hacia tierra, cojeando acusadamente, a la mayor velocidad que le fue posible.

Yo me icé a bordo de la barcaza, lo que parece un ejercicio muy sencillo, pero, cuando la borda se halla a más de un metro de distancia del agua, puede resultar casi una imposibilidad, como así ocurrió. No obstante, por fin lo conseguí, con la ayuda del cable de popa, pasé por encima de la borda y permanecí allí tendido durante medio minuto, jadeando como una ballena varada, antes de que una combinación de una incipiente recuperación del total agotamiento y una creciente sensación de urgencia me hiciera ponerme de nuevo en pie y dirigirme hacia la proa de la barcaza y el pontón principal.

Los dos hombres que hacía tan poco tiempo habían tratado de eliminarme y se hallaban ahora, sin duda, llenos de la satisfacción que dimana del deber cumplido no eran ya más que dos confusas

sombras que se fundían con las sombras, más intensas aún, de las edificaciones de los muelles. Subí al pontón y permanecí allí acurrucado un momento, hasta que localicé el punto donde zumbaba el motor diésel. Luego, me agaché y corrí velozmente a lo largo del pontón hasta llegar al lugar en que la barcaza estaba amarrada a un pontón lateral, dejándome caer primero sobre las manos y las rodillas y avanzando luego sobre éstas y los codos antes de escrutar por el borde del pontón.

La barcaza, de unos veinticinco metros de eslora, era ancha y carecía casi por completo de belleza de líneas. Las tres cuartas partes de proa de la embarcación estaban enteramente ocupadas por bodegas cubiertas de listones, venía luego la timonera y, después, a popa y junto a aquélla, la parte destinada a la tripulación. A través de las ventanas cubiertas de cortinas, brillaban luces amarillas. Un hombre corpulento y tocado con una picuda gorra estaba asomado a una ventana de la timonera, hablando con un miembro de la tripulación que se disponía a subir al pontón lateral para largar amarras.

La popa de la barcaza estaba junto al pontón principal en que yo me hallaba echado. Esperé hasta que el tripulante hubo subido al pontón lateral y se alejara para soltar las amarras de proa. Salté luego a la popa de la barcaza y me acurruqué tras la cabina, hasta que oí el ruido producido por las cuerdas al ser echadas a bordo y el sordo sonido de pies sobre madera al saltar el hombre desde el pontón lateral. Avancé en silencio hasta llegar a una escala de hierro sujeta al extremo de proa de la cabina, trepé por ella y me tendí en el inclinado techo de la timonera. Se encendieron las luces de navegación, pero ello no entrañaba motivo de preocupación: estaban colocadas a ambos lados del techo de la timonera de tal modo que producían el confortante efecto de dejar el lugar en que yo me encontraba en una sombra comparativamente más intensa.

Aumentó el ruido del motor, y el pontón lateral se alejó lentamente a popa. Me pregunté fríamente si no habría saltado de la sartén para caer en el fuego.

CAPÍTULO X

Yo había estado seguro de hacerme a la mar aquella noche, y cualquiera que lo hiciera en las condiciones que yo esperaba experimentar habría previsto también la posibilidad de mojarse. Si yo hubiese tenido un mínimo de previsión en ese aspecto, habría ido completamente equipado con un traje impermeable: pero la idea de un traje impermeable no se me había pasado siquiera por la mente, y ahora no tenía otra alternativa que permanecer tendido donde me encontraba y pagar el precio de mi negligencia.

Sentía como si me estuviera congelando rápidamente. El viento nocturno del Zuiderzee era lo bastante frío como para helar incluso a un hombre bien abrigado que se viera obligado a permanecer inmóvil, y yo no iba bien abrigado. Estaba empapado hasta los huesos de agua de mar, y aquel viento gélido hacía sentirme como si me hubiera convertido en un bloque de hielo, con la diferencia de que un bloque de hielo es inerte, mientras que yo me estremecía convulsivamente como un hombre atacado de fiebres tropicales. El único consuelo es que no me importaba en absoluto que empezase a llover; no podría mojarme más de lo que ya estaba.

Con dedos entumecidos por el frío que temblaban sin cesar, descorrí las cremalleras de los bolsillos de mi chaqueta, extraje la pistola y el cargador restante de sus bolsas impermeables, cargué el arma y la metí dentro de la chaqueta. Pensé en qué ocurriría si, en un caso de apuro, me encontraba con que el dedo índice se me había congelado y no podía oprimir el gatillo, por lo que introduje la

mano derecha en el interior de mi empapada chaqueta. No conseguí sino sentir más frío aún en la mano, de modo que la volví a salir.

Las luces de Ámsterdam iban quedando atrás, y pronto nos encontramos en pleno Zuiderzee. Observé que la barcaza estaba describiendo en su rumbo el mismo amplio arco que había seguido él *Marianne* al entrar en el puerto el día anterior al mediodía. Pasó muy cerca de un par de boyas, y, mirando por encima de la proa, me pareció como si fuera a chocar con una tercera boya situada a unos cien metros al frente. Pero ni por un momento dudé de que el patrón de la barcaza sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

La trepidación del motor disminuyó al decrecer sus revoluciones, y dos hombres salieron a cubierta procedentes de la cabina, los primeros tripulantes que aparecían desde nuestra salida del muelle de barcazas. Traté de acurrucarme aún más contra el techo de la timonera, pero no vinieron en dirección a mí, sino que avanzaron hacia la popa.

Me volví para observarles mejor.

Uno de los hombres llevaba una barra de metal que tenía atada una cuerda a cada uno de sus extremos. Los dos hombres, uno a cada lado de la popa, soltaron un poco de sus respectivas cuerdas hasta que la barra debió de quedar muy próxima a la superficie del agua. Entonces, miré al frente. La barcaza, que ahora se movía muy despacio, se hallaba a no más de veinte metros de distancia de la centelleante boya y en un rumbo que la llevaría a menos de seis metros de ella. Oí una áspera voz de mando procedente de la timonera, miré de nuevo hacia popa y vi que los dos hombres estaban empezando a soltar las cuerdas entre los dedos, al tiempo que uno de ellos contaba en voz alta. No era difícil adivinar la razón de que contase. Aunque yo no podía verlo en la oscuridad, las cuerdas debían de tener nudos a intervalos regulares, a fin de permitir a los hombres que las iban soltando mantener la barra de hierro en sentido perpendicular a la marcha de la embarcación a través del agua.

La barcaza estaba exactamente a la altura de la boya, cuando uno de los hombres dio una voz, y al instante, lenta pero firmemente, empezaron a halar las cuerdas. Yo sabía ya lo que iba a suceder, pero continué mirando con atención. Mientras los dos hombres seguían halando, emergió del agua una boya cilíndrica de medio metro. Le siguió un ancla de cuatro uñas, una de las cuales estaba enganchada en la barra de metal. Atada a este ancla había una cuerda. Boya, ancla y barra de metal fueron izadas a bordo; luego, los dos hombres empezaron a tirar de la cuerda del ancla hasta que apareció en la superficie un objeto que también fue izado a bordo. Se trataba de una caja metálica reforzada con flejes, de unos ciento veinte centímetros cuadrados de superficie y unos cincuenta de altura. Fue llevada inmediatamente a la cabina, pero aun antes de que esto se hiciera la embarcación estaba avanzando de nuevo a toda máquina, y la boya comenzando a perderse a popa. Toda la operación había sido realizada con una facilidad y una seguridad que revelaban lo familiarizados que estaban los hombres con la técnica empleada.

Pasó el tiempo. Yo creía que era imposible que llegara a estar más frío y mojado de lo que ya estaba, pero me equivocaba, pues, hacia las cuatro de la mañana, el cielo se encapotó y comenzó a llover. Nunca había estado yo bajo una lluvia tan fría. Para entonces, el poco calor que quedaba en mi cuerpo había conseguido secar parcialmente algunas de las prendas interiores, pero de cintura para abajo —pues la chaqueta era de lona y proporcionaba una razonable protección— resultó ser una pérdida de tiempo. Esperaba que cuando llegara el momento de tener que moverme y sumergirme de nuevo en el agua no habría alcanzado ese estado de entumecida parálisis en el que lo único que podía hacer era hundirme.

Comenzaba ya a clarear el cielo, y podía distinguir el borroso perfil de la tierra hacía el Sur y el Este. Luego, volvió a oscurecer y no pude ver nada durante algún tiempo. Finalmente, comenzó a amanecer de veras, fue extendiéndose el Este una pálida claridad que me permitió ver de nuevo la tierra, y llegué a la conclusión de

que nos encontrábamos bastante cerca de la costa de Huyler, disponiéndonos a virar hacia el Sudoeste, y luego hacia el Sur, en dirección al pequeño puerto de la isla.

Nunca había advertido lo despacio que se movían aquellas condenadas barcazas. Por lo que al litoral de Huyler se refería, la embarcación parecía hallarse inmóvil en el agua. Lo que menos deseaba yo era que nos acercáramos a Huyler a plena luz del día, dando así lugar a que los inevitables mirones se extrañaran de que hubiera un tripulante tan excéntrico como para preferir el frío techado de la timonera en vez de su cálido interior. Pensé en el calor que haría allí dentro y procuré aventar tal pensamiento.

Apareció el sol sobre la lejana costa del Zuiderzee, pero no me servía de nada; era uno de esos soles que no sirven para secar las ropas, y, al cabo de un rato, observé con alivio que también era uno de esos soles matutinos cuya aparente promesa resulta engañosa, pues fue rápidamente cubierto por un banco de oscuras nubes y no tardó en empezar nuevamente a caer la sesgada y fría lluvia, paralizando la escasa circulación que me quedaba. Sentí alivio porque las nubes produjeron el efecto de oscurecer de nuevo la atmósfera, y la lluvia podría persuadir a los curiosos del puerto para que se quedaran en sus casas.

Estábamos llegando al final del viaje. La lluvia, recibida ahora con gratitud, se había intensificado hasta el punto de que estaba empezando a hacerme daño en la cara y las manos y chapoteaba con sibilante sonido en el mar: la visibilidad se había reducido a sólo un par de cientos de metros, y, aunque veía el final de la fila de señales de navegación hacia las que la barcaza estaba virando ahora, no podía divisar el puerto, situado más allá.

Metí la pistola en su bolsa impermeable y la guardé en la funda. Habría sido más seguro, como había hecho antes, ponerla en el bolsillo de cremallera de mi chaqueta de lona, pero no iba a llevar conmigo la chaqueta. No muy lejos, al menos: me encontraba tan entumecido y debilitado por la larga experiencia de la noche, que los entorpecedores efectos de aquella engorrosa chaqueta constituirían

la causa determinante de que llegase o no a la costa. Otra cosa que había olvidado llevar conmigo era un chaleco o un cinturón salvavidas.

Me quité la chaqueta de lona y me la puse hecha una pelota bajo el brazo. El viento se tornó súbitamente mucho más frío, pero había pasado ya el momento de preocuparme por eso. Avancé a lo largo del techo de la timonera, me deslicé sigilosamente por la escala, me arrastré por debajo del nivel de las ventanas de la cabina, ahora sin cortinas, miré rápidamente hacia proa —precaución innecesaria, pues nadie en su sano juicio habría estado sobre cubierta en aquel momento a menos que se viera obligado a ello—, arrojé la chaqueta por la borda, pasé las piernas por la borda a la altura de la cuadra de popa, me colgué en toda la longitud que me permitían los brazos, comprobé que la hélice quedaba lejos de mí y me dejé caer.

Hacía más calor en el mar que en el techo de la timonera, lo cual me venía muy bien, pues me sentía casi alarmantemente débil. Mi intención había sido mantenerme a flote sin moverme hasta que la barcaza hubiera entrado en el puerto, o, al menos, dadas las circunstancias, hasta que hubiera desaparecido tras la cortina de lluvia, pero si alguna vez hubo ocasión adecuada para prescindir de refinamientos, era aquélla. Mi primera preocupación, mi única preocupación por el momento, era la supervivencia. Comencé a nadar, a toda la velocidad que me fue posible, en pos de la popa de la barcaza, que se iba alejando rápidamente.

Fue un trayecto, de no más de diez minutos de duración, que cualquier chiquillo de seis años bien entrenado habría cubierto con facilidad, pero aquella mañana yo me encontraba en deficientes condiciones, y, aunque no puedo decir que me resultara muy costoso, no podría haberlo hecho por segunda vez. Cuando divisé con claridad el muro del puerto, me separé de las señales de navegación, que quedaron a mí derecha, y, finalmente, toqué tierra.

Subí por la playa, y, como obedeciendo a una señal, la lluvia cesó de pronto. Ascendí cautelosamente por la pequeña eminencia de tierras que se elevaba ante mí, cuya cumbre estaba al mismo nivel

del muro del puerto, me tendí de bruces en el encharcado suelo y levanté con cuidado la cabeza.

Inmediatamente a mi derecha, estaban los dos pequeños puertos rectangulares de Huyler, unidos el exterior y el interior por un estrecho canal. Más allá del puerto interior, se hallaba el pintoresco pueblecito de Huyler, que, a excepción de una calle larga y otras dos rectas y más cortas, era un encantador amasijo de sinuosos caminos y un revuelto conglomerado de casas pintadas principalmente de verde y blanco y montadas sobre pilares como precaución contra las inundaciones. El espacio entre los pilares estaba tapiado, para su utilización como sótano, y la entrada a las casas se realizaba por unas escaleras exteriores que subían hasta el primer piso.

Volví mi atención hacia el puerto exterior. La barcaza estaba atracada junto a su muro interior, y se estaba procediendo ya a su descarga. Dos pequeñas grúas elevaban una sucesión de sacos y cestos de las bodegas, pero yo no sentía el menor interés por aquellos sacos y cestos, que constituían, sin duda, una carga perfectamente legal, sino en la pequeña caja de metal que había sido recogida del mar y que, estaba seguro, constituía la carga más ilegal imaginable. Así, pues, prescindí de la carga legal y concentré mi atención en la cabina de la barcaza. Esperaba no haber llegado demasiado tarde, aunque no se me alcanzaba que pudiera ser así.

No lo era, pero poco le había faltado. Antes de que transcurrieran treinta segundos desde que yo hubiese comenzado mi vigilancia de la cabina, salieron de ella dos hombres, uno de ellos con un saco al hombro. Aunque el contenido del saco había sido, según saltaba a la vista, cuidadosamente acolchado, se advertía una inequívoca angulosidad que no me dejó ninguna duda de que aquélla era la caja que me interesaba.

Los dos hombres saltaron a tierra. Les contemplé unos instantes, para hacerme una idea general de la dirección que tomaban, me dejé resbalar por el fangoso talud —otro asiento más en mi cuenta de gastos, pues mi traje había recibido aquella noche una paliza terrible — y empecé a seguirlos.

Resultó fácil. No sólo carecían, a todas luces, de la menor sospecha de que se les siguiera, sino que aquellos sinuosos senderos hacían de Huyler el paraíso del seguidor. Finalmente, los dos hombres se detuvieron ante un edificio largo y bajo situado en las afueras de la parte norte del pueblo. La planta baja —o sótano, como sería en aquel pueblo— estaba hecha de cemento. El piso alto, al que se llegaba por un tramo de escalones de madera similar a otro tras el que yo me había resguardado para vigilar desde unos cuarenta metros de distancia, tenía ventanas estrechas y altas con barrotes tan próximos unos a otros que un gato se habría visto en dificultades para pasar entre ellos; la pesada puerta tenía delante dos barras de metal y estaba asegurada con dos grandes candados. Los dos hombres subieron la escalera, el que no iba cargado abrió los cerrojos y empujó la puerta, y ambos pasaron al interior. Reaparecieron al cabo de veinte segundos, cerraron la puerta tras ellos y se marcharon. Ahora, ninguno de los dos iba cargado.

Lamenté por un momento que el peso de mi cinturón de desvalijador me hubiera obligado a prescindir de él aquella noche, pero uno no se echa a nadar con cantidades considerables de metal en torno a la cintura. La lamentación fue sólo momentánea. Aparte del hecho de que más de cincuenta ventanas distintas daban sobre la entrada de aquel protegido edificio, y de que un forastero sería sin duda reconocido inmediatamente por cualquiera de los habitantes de Huyler, era demasiado pronto aún para mostrar mis cartas: los foxinos tal vez constituyeran una buena comida, pero yo iba tras de las ballenas, y necesitaba el anzuelo de aquella caja para atraparlas.

Para salir de Huyler no necesitaba ningún guía. El puerto estaba al Oeste, así que el final de la carretera de unión con el continente debía de estar al Este. Caminé por unos cuantos sinuosos senderos, sin humor para extasiarme ante el singular encanto del pueblo, que atraía durante el verano a decenas de millares de turistas, y llegué a un pequeño puente arqueado que salvaba un estrecho canal. Las tres primeras personas que hasta el momento había visto en el pueblo, tres matronas de Huyler ataviadas con sus tradicionales y

amplios vestidos, pasaron a mi lado cuando cruzaba el puente. Me miraron con indiferencia y apartaron luego la vista, como si fuera la cosa más natural del mundo encontrarse en las calles de Huyler, a primera hora de la mañana, con un hombre que, evidentemente, se había sumergido hacía poco en el mar.

Unos metros más allá del canal, había una zona de aparcamiento sorprendentemente grande. Por el momento, contenía tan sólo un par de automóviles y media docena de bicicletas, ninguna de las cuales tenía candado, cadena, ni ningún otro aparato de seguridad. El robo, al parecer, no constituía problema en la isla de Huyler, hecho que no me extrañó; cuando los honrados ciudadanos de Huyler se dedicaban al delito, lo hacían a un nivel mucho más alto. No se veía ni rastro de vida humana en el aparcamiento, y tampoco había esperado yo encontrar un guarda a aquella hora. Sintiéndome más culpable por ello que por ningún otro de los actos que había realizado desde mi llegada al aeropuerto de Schiphol, elegí la mejor bicicleta, la llevé hasta la cerrada verja, la pasé por encima de ella, salté luego y me alejé pedaleando. No hubo gritos de «¡detengan al ladrón!» ni nada parecido.

Hacía años que no montaba en bicicleta, y, aunque estaba bastante desentrenado, no tardé en cogerle el tranquillo, y, si bien no disfrutaba precisamente con el viaje, al menos era mejor que ir andando y producía el efecto de poner de nuevo en movimiento a mis glóbulos rojos.

Me detuve en la plaza donde había dejado el taxi de la Policía, que continuaba allí, y miré pensativamente a la cabina telefónica primero y, luego, a mi reloj. Decidí que aún era demasiado temprano, por lo que subí al coche y arranqué.

A un kilómetro de distancia por la carretera de Ámsterdam, encontré un granero holandés bastante separado del edificio de la granja. Detuve el coche en la carretera, de modo que el granero se interpusiera entre él y cualquiera que acertara a echar un vistazo desde la granja. Abrí el portaequipajes, saqué el paquete, me dirigí al granero, lo encontré abierto, entré y me cambié de ropas,

poniéndome otras completamente secas. No es que ello me transformara en un hombre nuevo, pues seguía resultándome imposible dejar de tiritar, pero, al menos, no me hallaba sumido en las profundidades de aquella helada calamidad en que había estado durante las últimas horas.

Regresé a la carretera y continué mi camino. Al cabo de otro kilómetro, vi al lado de la carretera un edificio de las dimensiones de un pequeño *bungalow*, cuyo letrero afirmaba retadoramente que era un motel. Motel o no, estaba abierto, y eso me bastaba. La rolliza propietaria me preguntó si quería desayunar, pero yo le indiqué que tenía otras y más urgentes necesidades. Tienen en Holanda la encantadora costumbre de llenarle a uno el vaso de *jonge Genever* hasta el mismo borde, y la propietaria contempló con asombro y no poca aprensión cómo mis temblorosas manos trataban de llevar el líquido a mi boca. No vertí más de la mitad, pero me di cuenta de que ella estaba considerando si llamar a la Policía o a un médico para habérselas con un alcohólico presa del *delirium tremens* o un toxicómano que había perdido su jeringuilla, cualquiera de las dos cosas que fuese, pero era una mujer valiente y, a petición mía, me sirvió mi segunda *jonge Genever*. Esta vez no derramé más que la cuarta parte, y a la tercera ronda no sólo no vertí más que unas gotas, sino que noté con toda claridad cómo el resto de mis glóbulos rojos encogían las piernas y daban un ágil salto para entrar en acción. Con la cuarta *jonge Genever*, mi mano estaba firme como una roca.

Pedí prestada una máquina de afeitar eléctrica, y luego tomé un pantagruélico desayuno a base de huevos, carne, jamón y queso, unas cuatro clases distintas de pan y un gran tazón de café. La comida era soberbia. Tal vez fuera un motel de instalación reciente, pero estaba ganando puntos. Pedí que me dejaran utilizar el teléfono.

Comuniqué con el Hotel Touring en unos segundos, lo cual fue mucho menos tiempo del que el recepcionista tardó en conseguir que contestarán desde la habitación de Maggie y Belinda. Finalmente llego a mis oídos la soñolienta voz de Maggie.

—Diga. ¿Quién es?

Me parecía verla, desperezándose y bostezando.

—Ha habido juerga esta noche, ¿eh?

—¿Qué?

Todavía no estaba conmigo.

—Dormida como un tronco en pleno día. —Aún no eran las ocho de la mañana—. No sois más que un par de holgazanas con minifalda.

—¿Es…, es usted?

—¿Quién sino el dueño y señor? Las *jonge Genever* estaban empezando a hacer sentir su retrasado efecto.

—¡Belinda! ¡Ha vuelto! —Una pausa—. Dueño y señor, dice.

—¡Cuánto me alegro! —Era la voz de Belinda—. Me alegro mucho. Nosotras…

—No te alegras ni la mitad que yo. Puedes volverte a la cama. Y mañana procura llegar a casa antes de que pase el lechero.

—No hemos salido de la habitación —dijo en tono muy sumiso—. Hemos estado hablando, preocupadas, y apenas si hemos pegado ojo en toda la noche, y pensábamos…

—Perdona. Vístete, Maggie. Olvídate de baños de espuma y de desayunos. Coge…

—¿Sin desayunar? Apuesto a que usted ya ha desayunado.

Belinda estaba ejerciendo una perniciosa influencia sobre aquella chica.

—En efecto.

—Y que ha pasado la noche en un hotel de lujo.

—La jerarquía tiene sus privilegios. Coge un taxi, déjalo en las afueras de la ciudad, pide por teléfono un taxi local y sal hacia Huyler.

—¿Donde hacen las muñecas?

—Exacto. Me encontrarás yendo hacia el Sur en un taxi rojo y amarillo. —Le di el número de la matrícula—. Haz parar a tu chófer. Date prisa.

Colgué, pagué y continué mi camino. Me alegraba estar vivo. Había sido la clase de noche que parece no va a tener mañana, pero allí estaba yo, y estaba contento. Las chicas estaban contentas. Yo estaba caliente, seco y alimentado, la *jonge Genever* impulsaba alegremente a los glóbulos rojos en un aromado juego de tiovivo, y para el final del día todo habría terminado. Nunca me había sentido tan bien.

Nunca volvería a sentirme tan bien.

Cerca ya de los suburbios, me hicieron señales desde un taxi amarillo. Me detuve y crucé la carretera en el mismo momento en que se apeaba Maggie. Iba vestida con falda y chaqueta azul marino y blusa blanca, y, si se había pasado la noche sin dormir, no se le notaba en absoluto. Estaba guapa, pero es que siempre lo estaba: había algo especial en ella aquella mañana.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—. Un fantasma con muy buen aspecto. ¿Puedo besarle?

—Claro que no —respondí con dignidad—. Las relaciones entre jefe y empleada son…

—Cállese, Paul. —Me besó sin permiso—. ¿Qué quiere que haga?

—Ve a Huyler. Tienes en el puerto sitios de sobra donde puedes desayunar. Hay un lugar que quiero que mantengas bajo estrecha vigilancia, pero no constante. —Describí el edificio de ventanas enrejadas y su emplazamiento—. Procura ver, simplemente, quién entra y sale en ese edificio y qué sucede allí. Y recuerda que eres una turista. Estate siempre con gente, o todo lo cerca que puedas de la gente. ¿Sigue en la habitación Belinda?

—Sí —repuso Maggie con una sonrisa—. Ha recibido una llamada telefónica mientras yo me vestía. Buenas noticias, creo.

—¿A quién conoce Belinda en Ámsterdam? —pregunté secamente—. ¿Quién ha llamado?

—Astrid Lemay.

—¿De qué diablos estás hablando? Astrid se ha marchado del país. Tengo pruebas.

—Claro que se marchó. —Maggie se estaba divirtiendo—. Se marchó porque usted le había encomendado una cosa muy importante y no podía hacerla porque la seguían a todas partes adonde iba. Así que se fue, se detuvo en París, pidió que le rembolsaran de su billete a Atenas y regresó inmediatamente. Ella y George se encuentran ahora en un lugar próximo a Ámsterdam con amigos en quienes puede confiar. Dice que le diga que ha estado en el Kasteel Linden y que…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Oh, Dios mío! Miré a, Maggie, cuya sonrisa se iba borrando lentamente de sus labios, y por un instante sentí el impulso de volverme contra ella, por su ignorancia, por su estupidez, por su sonriente rostro, por su parloteo sobre buenas noticias; y luego, me sentí más avergonzado de mí mismo de lo que me había sentido en toda mi vida, pues la culpa era mía, no de Maggie, y antes me habría cortado la mano que causarle daño a ella, así que le pasé el brazo por los hombros y dije:

—Maggie, debo dejarte.

Me sonrió con incertidumbre.

—Lo siento. No comprendo.

—Maggie…

—Sí, Paul.

—¿Cómo crees que Astrid Lemay averiguó el número de teléfono de vuestro nuevo hotel?

—¡Dios santo! —exclamó ella, pues ahora comprendía.

Corrí a mi coche sin mirar hacia atrás, puse el motor en marcha y aceleré violentamente como un poseso. Accioné el conmutador que ponía en funcionamiento la luz azul intermitente, encendí la sirena, luego me coloqué los auriculares y empecé a hurgar desesperadamente en los mandos de la radio. Nadie me había enseñado jamás a manejarla, y no era aquél el momento más adecuado para aprender. El coche estaba lleno de ruido, el estruendo del motor, el ulular de la sirena, los chasquidos de los

auriculares y, lo que me parecía más estrepitoso de todo, el sonido de mis ásperos, amargos e inútiles juramentos mientras trataba de poner en funcionamiento aquella maldita radio. Luego, de pronto, cesaron los chasquidos y oí una voz serena y tranquila.

—Jefatura de Policía —grité—. Coronel De Graaf. No importa quién infiernos sea yo. ¡Dese prisa!

Hubo un largo e iracundo silencio mientras yo serpenteaba a través del intenso tráfico; luego, una voz dijo en los auriculares:

—El coronel De Graaf no ha llegado aún a su despacho.

—¡Pues llámele a su casa! —grité. Finalmente, le encontraron—. ¿Coronel De Graaf? Sí, sí, sí. Eso no importa. Aquella muñeca que vimos ayer. Yo he visto antes una chica igual. Astrid Lemay. —De Graaf empezó a hacerme preguntas, pero le interrumpí—. Por amor de Dios, no se preocupe de eso. El almacén…, creo que la muchacha se encuentra en gran peligro. Nos estamos enfrentando a un maníaco criminal. Dese prisa, por amor de Dios.

Me quité los auriculares, y me dediqué a conducir y a maldecirme a mí mismo. Si quieres un candidato para ser engañado con facilidad, pensé iracundo, Sherman es tu hombre. Pero, al mismo tiempo, tenía conciencia de que no me estaba portando con justicia conmigo mismo: me enfrentaba a una organización criminal sagazmente dirigida, eso era seguro, pero se trataba de una organización que contenía dentro de sí un elemento psicopático que hacía casi imposible cualquier predicción normal. Desde luego, Astrid había traicionado a Jimmy Duclos, pero se había tratado de elegir entre Duclos y George, y George era su hermano. La habían enviado a trabajar sobre mí, pues ella no habría podido averiguar por sí sola que me hospedaba en el Rembrandt, pero, en vez de conseguir mi ayuda y mi simpatía, se había rajado en el último momento; yo la había hecho seguir, y fue entonces cuando habían comenzado las dificultades, fue entonces cuando había comenzado a convertirse en un riesgo. Había empezado a verme —o yo a ella— sin su conocimiento. Yo podía haber sido visto llevándome a George del

organillo de la Rembrandtplein, o en la iglesia, o por aquellos borrachos frente a su casa, que no estaban borrachos en absoluto.

Finalmente, habían decidido que era mejor quitarla de en medio, pero no de un modo que me hiciera pensar que había sufrido algún daño, porque probablemente pensaban, y con razón, que, si yo creía que ella había sido hecha prisionera o se encontraba en algún otro peligro, habría abandonado toda esperanza de conseguir mi objetivo final y hecho lo que ahora sabían que era lo último que yo quería nacer: ir a la Policía y revelar todo lo que sabía, que probablemente sospechaban que era mucho. Esto era también lo último que querían que hiciese yo, porque, aunque acudiendo a la Policía habría frustrado mis objetivos finales, podía quebrantar de tal modo su organización que tal vez tardaran meses, años incluso, en volverla a reconstruir. Y, por eso, Durrell y Marcel habían representado su papel en el Balinova el día anterior, mientras yo me había excedido en el mío, y me habían convencido plenamente de que Astrid y George se habían marchado a Atenas. Y así era. Se habían marchado y, en París, habían sido obligados a bajar del avión y regresar a Ámsterdam. Cuando había hablado con Belinda, lo había hecho con una pistola apuntándole a la cabeza.

Y ahora, naturalmente, Astrid no les servía ya para nada. Astrid se había pasado al enemigo, y con gente así sólo había una cosa que hacer. Y ya no tenían nada que temer de mí, pues yo había muerto a las dos de la madrugada en el puerto de barcazas. Yo tenía ahora la llave de todo ello, porque sabía por qué habían estado esperando. Pero sabía también que era demasiado tarde para salvar a Astrid.

No choqué con nada ni maté a nadie mientras atravesaba a toda velocidad las calles de Ámsterdam, pero sólo porque sus habitantes son gentes de rápidos reflejos. Estaba ahora en la ciudad vieja, aproximándome al almacén y recorriendo a todo gas la estrecha callejuela que conducía a él, cuando vi la barricada de la Policía, un coche atravesado en la calle con un policía armado a cada lado. Frené en seco. Salté del coche, y un policía se me acercó.

—Policía —dijo, por si acaso yo creía que era un agente de seguros o algo parecido—. Haga el favor de retroceder.

—¿Es que no reconoce a uno de sus propios coches? —gruñí—. Quítese de en medio.

—No puede entrar nadie en esta calle.

—Déjele. —De Graaf apareció por la esquina, y, si yo no hubiera comprendido lo sucedido al ver el coche de la Policía, la expresión de su rostro me lo habría revelado con toda claridad—. No es un espectáculo muy agradable, comandante Sherman.

Pasé ante él sin pronunciar palabra, di la vuelta a la esquina y levanté la vista. Desde aquella distancia, la figura de muñeca que se balanceaba lentamente colgada de la viga que sobresalía en lo alto del almacén de «Morgenstern y Muggenthaler» apenas si parecía más grande que la muñeca que yo había visto el día anterior por la mañana, pero aquélla la había visto directamente desde debajo mismo de ella, así que ésta tenía que ser mayor, mucho mayor. Llevaba el mismo vestido tradicional que la muñeca que había estado oscilando allí mismo hacia tan poco tiempo: no necesitaba acercarme más para saber que el rostro de la muñeca del día anterior sería reproducción exacta del rostro que estaba allí ahora. Me volví y, acompañado por De Graaf, di la vuelta a la esquina.

—¿Por qué no la bajan? —pregunté.

Oía mi propia voz como si llegara desde muy lejos, anormalmente glacial y tranquila, casi inexpresiva.

—Ése es trabajo para un doctor. Acaba de subir.

—Claro. —Hice una pausa y dije—: No puede llevar mucho tiempo ahí. Estaba viva hace menos de una hora. Seguramente, el almacén estaba abierto mucho antes de que…

—Hoy es sábado. No trabajan los sábados.

—Claro —repetí maquinalmente.

Otro pensamiento había asaltado mi mente, un pensamiento que me produjo un temor y un escalofrío más intensos aún. Astrid, con una pistola apuntándole a la cabeza, había telefoneado al Touring. Pero había telefoneado con un mensaje para mí, y ese mensaje

carecía de sentido y no podía haber conseguido nada, pues yo yacía en el fondo del puerto. Solamente habría tenido una finalidad si me hubiera sido comunicado. Sólo habría sido transmitido si sabían que yo aún estaba vivo. ¿Cómo podían saber que yo estaba vivo? ¿Quién podía haber suministrado la información de que yo continuaba vivo? No me había visto nadie… excepto las tres matronas de Huyler. Y ¿por qué iban a preocuparse…?

Es más. ¿Por qué habían de obligarla a telefonearme y poner en peligro sus planes y a ellos mismos matando a Astrid, después de haberse tomado tanto trabajo en convencerme de que se encontraba viva y en buen estado? Supe de pronto, y con toda certeza, cuál era la contestación. Ellos habían olvidado algo, yo había olvidado algo. Ellos habían olvidado lo que había olvidado Maggie, que Astrid no sabía el número de teléfono de su nuevo hotel; y yo había olvidado que ni Maggie ni Belinda habían visto jamás a Astrid ni la habían oído hablar. Volví a doblar la esquina. Bajo el alero del almacén, la cadena y el gancho aún se movían ligeramente, pero la carga había desaparecido. Llame al doctor —dije a De Graaf. Al cabo de dos minutos, apareció un joven que me pareció recién salido de la Facultad y con el rostro más pálido, sospeché, que lo normal en él. Dije ásperamente:

—Hace horas que está muerta, ¿verdad? Él asintió con la cabeza.

—Cuatro, cinco, no puedo decirlo con seguridad.

—Gracias.

Me alejé por la esquina, acompañado por De Graaf. En su rostro bullían un montón de preguntas sin formular, pero yo no tenía ganas de contestar a ninguna de ellas.

—Yo la maté —dije—. Y creo que tal vez he matado a alguien más también.

—No comprendo —dijo De Graaf.

—Creo que he enviado a Maggie a la muerte.

—¿A Maggie?

—Lo siento. No se lo dije. Tenía dos chicas conmigo, las dos de la Interpol. Maggie era una de ellas. La otra está en el Hotel Touring. —Le di el nombre y el número de teléfono de Belinda—. Póngase en contacto con ella de mi parte, ¿quiere? Dígale que cierre con llave la puerta y que no se mueva de allí hasta que reciba noticias mías, y que debe ignorar todo mensaje telefónico o escrito que no contenga la palabra «Birmingham». ¿Tendrá la bondad de hacerlo personalmente?

—Desde luego.

Señalé con un gesto el coche de De Graaf.

—¿Puede comunicar con Huyler por el radioteléfono?

Movió negativamente la cabeza.

—Entonces, vamos a la Jefatura, por favor.

Mientras De Graaf hablaba a su chófer, un cariacontecido y ceñudo Van Gelder dobló la esquina. Llevaba un bolso en la mano.

—¿El de Astrid Lemay? —pregunté. Él insistió—. Démelo, por favor.

Movió la cabeza con decisión.

—No puedo hacerlo. En un caso de asesinato…

—Déselo —dijo De Graaf.

—Gracias. —Me volví a De Graaf—: Un metro sesenta y dos, cabellos negros y largos, ojos azules, muy bien parecida, chaqueta y falda azul marino, blusa blanca y bolso también blanco. Estará en la zona…

—Un momento. —De Graaf se inclinó hacia su chófer y, luego, dijo—: Las líneas con Huyler parecen estar cortadas.

—Le llamaré más tarde —dije, y me volví hacia mi coche.

—Le acompaño —dijo Van Gelder.

—Usted tiene mucho quehacer aquí. En el sitio adonde yo voy no quieren policías.

Van Gelder asintió con la cabeza.

—Lo que quiere decir que se va a poner usted fuera de la ley.

—Ya estoy fuera de la ley. Astrid Lemay ha muerto. Jimmy Duclos ha muerto. Puede que Maggie haya muerto también. Quiero

hablar con las personas que hace morir a otras personas.

—Creo que debería usted darnos su pistola —dijo Van Gelder con gravedad.

—¿Qué espera que tenga en las manos cuando hable con ellos? ¿Una Biblia? ¿Para rezar por sus almas? Máteme primero, Van Gelder, y quíteme luego la pistola.

—¿Posee usted información y nos la está ocultando? —preguntó De Graaf.

—Sí.

—Eso no es cortés, sabio ni legal.

—Subí a mi coche.

—Por lo que se refiere a la sabiduría, puede usted juzgar más tarde. La cortesía y la legalidad no me interesan.

Puse el motor en marcha, y, mientras lo hacía Van Gelder inició un movimiento hacia mí y oí que De Graaf decía.

—Déjele, inspector, déjele.

CAPÍTULO XI

No hice muchos amigos en el viaje de vuelta a Huyler, pero es que tampoco estaba de humor para ello. En circunstancias normales, conduciendo de la forma temeraria y completamente irresponsable en que yo lo hacía, debería haberme visto envuelto en media docena, por lo menos, de accidentes, todos ellos graves, pero me encontré con que la luz intermitente y la sirena producían el efecto casi mágico de despejar la carretera ante mí. A distancias hasta de un kilómetro, los vehículos que se acercaban o que iban en la misma dirección que yo reducían la velocidad o se detenían, arrimándose mucho a la orilla de la carretera. Durante breve tiempo me siguió un coche de la Policía que debería haberse dado cuenta de lo que tenía delante, pero su conductor no tenía mi urgencia ni mis motivos y, a todas luces, era de la juiciosa opinión de que no había necesidad de suicidarse sólo para ganarse su sueldo. Yo sabía que se daría inmediatamente la alerta por radio, pero no temía que fueran bloqueadas las carreteras ni nada parecido: en cuanto se recibiera en la Jefatura de Policía el número de matrícula, me dejarían en paz.

Yo habría preferido terminar el viaje en otro coche, o en autobús, pues la discreción es cualidad de la que carece por completo un taxi rojo y amarillo, pero la rapidez era más importante que la discreción. Me resigné a recorrer el tramo final de la carretera que comunicaba con la isla a una velocidad relativamente moderada: el espectáculo de un taxi rojo y amarillo acercándose al pueblo a una velocidad del orden de los ciento cincuenta kilómetros por hora no habría podido

por menos de suscitar ciertos comentarios aun entre los holandeses, que se caracterizan por su falta de curiosidad.

Estacioné el coche en la zona de aparcamiento, que se iba llenando rápidamente, me quité la chaqueta, la funda sobaquera y la corbata, me desabroché el cuello de la camisa, me remangué y salí del coche con la chaqueta colgada descuidadamente en el brazo izquierdo. Debajo de la chaqueta, llevaba la pistola con el silenciador puesto.

El voluble tiempo holandés había mejorado dramáticamente. Comenzaba a despejar el cielo cuando yo salía de Ámsterdam, y ahora sólo lo surcaban unas cuantas leves y algodonosas nubecillas, y el ya cálido sol levantaba vaharadas de vapor de las casas y los campos vecinos. Caminé despacio, pero no demasiado despacio, en dirección al edificio que le había pedido a Maggie que observara. Ahora, la puerta estaba abierta de par en par, y de vez en cuando veía a diversas personas, todas mujeres ataviadas con sus vestidos tradicionales, moviéndose por su interior; a veces emergía una y se dirigía al pueblo, a veces salía un hombre con una caja de cartón que colocaba en una carretilla, llevándola así al pueblo. Se desarrollaba allí alguna industria local, aunque desde fuera era imposible precisar la clase exacta de la misma. Que parecía ser una industria completamente inocua lo ponía de manifiesto el hecho de que los turistas que acertaban a pasar por allí eran sonrientemente invitados a entrar y echar un vistazo. Todos los que vi entrar volvieron a salir, de modo que no cabía duda de que era un lugar nada siniestro. Al norte del edificio se veía una extensión casi ininterrumpida de henares, y a lo lejos se divisaba un grupo de matronas con sus vestidos tradicionales removiendo el heno y arrojándolo al aire para secarlo al sol. Los hombres de Huyler, reflexioné, parecían, tenerlo todo hecho: no se veía a ninguno trabajar en ninguna parte.

No había ni rastro de Maggie. Volví al pueblo, compré un par de gafas oscuras —las negras intensas en vez de servir como disfraz, lo que hacen es llamar la atención, lo cual, probablemente, constituye la causa de que las lleven tantas personas— y un sombrero de paja

que no habría llevado ni un loco, fuera de Huyler. No era lo que podría llamarse un disfraz perfecto, pues nada que no fuese tinte conseguiría ocultar jamás las blancas cicatrices de mi rostro, pero al menos contribuía a proporcionarme un cierto grado de anonimato, y no creía diferenciarme gran cosa de los numerosos turistas que vagabundeaban por el pueblo.

Huyler era una localidad muy pequeña, pero cuando uno empieza a buscar a alguien respecto a cuyo paradero no se tiene la menor idea, y cuando ese alguien puede estar también moviéndose al mismo tiempo que uno, hasta el pueblo más pequeño puede resultar embarazosamente grande. Con toda la velocidad a que me era posible andar sin llamar la atención, recorrí todas las calles de Huyler sin ver ni rastro de Maggie.

Me sentía ya próximo a la desesperación, ignorando la vocecilla que en lo profundo de mí me decía con fría certidumbre que era demasiado tarde, y sintiéndome más frustrado aún por el hecho de tener que realizar mi búsqueda al menos con un mínimo de sosiego. Comencé entonces a mirar en todas las tiendas y todos los cafés, aunque, si Maggie estaba todavía viva, no esperaba encontrarla en ninguno de esos establecimientos, habida cuenta de la misión que le había encomendado. Pero no podía pasar por alto ninguna posibilidad.

El examen de las tiendas y los cafés que había en torno al puerto interior no produjo ningún resultado a pesar de haberlos controlado todos. Me dediqué entonces a moverme en una serie de círculos concéntricos en sucesiva expansión, en la medida en que se puede asignar una expresión tan geométrica al anárquico amasijo de calles que era Huyler. Y fue en el más exterior de esos círculos donde encontré a Maggie, viva y totalmente ilesa: pero mi alivio apenas si fue mayor que mi sensación de haberme portado como un imbécil.

La encontré donde debería haber pensado encontraría inmediatamente si hubiera utilizado la cabeza, como había hecho ella. Yo le había dicho que vigilara el edificio, pero, al mismo tiempo, que se mantuviera en compañía de gente, y eso era lo que ella estaba

haciendo. Se hallaba en el interior de una grande y atestada tienda de artículos para turistas, tocando algunos de los objetos expuestos para la venta, pero sin mirarlos realmente: en lugar de ello, estaba mirando fijamente al gran edificio que se alzaba a menos de treinta metros de distancia, tan fijamente que no se dio en absoluto cuenta de mi presencia. Di un paso para cruzar la puerta y hablar con ella, cuando, de pronto, vi algo que me inmovilizó y me hizo mirar con la misma fijeza que Maggie, aunque no en la misma dirección.

Trudi y Herta bajaban por la calle. Trudi, con un vestido rosa sin mangas y largos guantes blancos de algodón, andaba a saltos con su acostumbrado aire infantil, balanceándose sus rubios cabellos y sonriente. Herta, ataviada con su habitual y estrambótico vestido, con una gran bolsa de cuero en la mano, anadeaba gravemente a su lado. Entré rápidamente en la tienda, pero no me dirigí hacia Maggie. Sucediera lo que sucediese, no quería que aquellas dos me vieran hablando con ella. En lugar de eso, me situé en una estratégica posición detrás de un soporte giratorio de tarjetas postales y esperé a que Herta y Trudi pasaran de largo.

No pasaron de largo. Pasaron ante la puerta, desde luego, pero eso fue todo lo lejos que llegaron, pues Trudi se paró de pronto, miró hacia Maggie a través del escaparate y cogió a Herta del brazo. Unos segundos después, convenció a la claramente reacia Herta para que entraran en la tienda, retiró su brazo del de ésta, que permaneció moviéndose lentamente, con el aire de un volcán a punto de hacer erupción, se adelantó y cogió a Maggie del brazo.

—Te conozco —dijo Trudi alegremente—. ¡Te conozco!

Maggie se volvió y sonrió.

—Yo también te conozco a ti. Hola, Trudi.

—Y ésta es Herta. —Trudi se volvió hacia Herta, que, evidentemente, no aprobaba nada de lo que estaba ocurriendo—. Herta, ésta es mi amiga Maggie.

Herta saludó con un gruñido.

—El comandante Sherman es mi amigo —dijo Trudi.

—Ya lo sé —sonrió Maggie.

—¿Eres tú mi amiga, Maggie?

—Claro que sí, Trudi.

Trudi pareció encantada.

—Tengo muchas otras amigas. ¿Te gustarla verlas? —Casi arrastró a Maggie hasta la puerta y señaló con el dedo. Estaba apuntando hacia el Norte y yo sabía que sólo podría estar señalando a las que trabajaban con el heno—. Mira. Allí están.

—Estoy segura de que son muy buenas amigas —dijo cortésmente Maggie.

Un buscador de tarjetas postales se puso a mi lado, tocándome con el hombro como para indicar que debería apartarme y dejarle echar un vistazo. No estoy muy seguro de la clase de mirada que le dirigí, pero, desde luego, fue suficiente para que se alejará a toda prisa.

—Son unas amigas encantadoras —estaba diciendo Maggie. Señaló a Herta con la cabeza e indicó la bolsa que llevaba—. Cuando Herta y yo venimos aquí, siempre les llevamos comida y café por la mañana —añadió impulsivamente—: Ven a verlas, Maggie.

Y, como Maggie vacilara, dijo ansiosamente:

—Tú eres amiga mía, ¿verdad?

—Desde luego, pero…

—Son unas amigas tan buenas… —dijo Trudi con tono suplicante —. Son muy felices. Hacen música. Si somos buenas, quizá bailen para nosotras la danza del heno.

—¿La danza del heno?

—Sí, Maggie. La danza del heno. Por favor, Maggie. Todas sois amigas mías. Anda, ven. Sólo por mí, ¿eh, Maggie?

—Oh, muy bien —sonrió Maggie—. Sólo por ti, Trudi. Pero no puedo quedarme mucho tiempo.

—Me gustas, Maggie —Trudi apretó el brazo de Maggie—. Me gustas.

Salieron las tres, yo esperó un discreto periodo de tiempo y, luego, salí cautelosamente de la tienda. Estaban ya a unos cincuenta metros de distancia, más allá del edificio que le había dicho a Maggie

que vigilara, y entrando en el henar. Las campesinas se hallaban a seis metros, por lo menos, formando el primer almiar del día muy cerca de lo que, aun a aquella distancia, parecía ser un viejo y decrépito granero holandés. Podía oír el rumor de sus voces mientras caminaban sobre el heno cortado, y toda la conversación parecía provenir de Trudi, que había vuelto a sus saltarines movimientos, como un corderillo retozón. Trudi nunca andaba: saltaba.

Las seguí, pero sin saltar. Corría un seto a lo largo de la linde del campo, y dejé prudentemente que quedara entre mí y Herta y las dos chicas, caminando a unos treinta metros por detrás de ellas. No dudo de que mi método de locomoción parecía casi tan extraño como el de Trudi, ya que el seto tenía menos de metro y medio de satura, y yo recorrí la mayor parte de los cien metros encorvado hacia delante, como un septuagenario aquejado de un ataque de lumbago.

Poco a poco, llegaron las tres al viejo granero y se sentaron a su lado oeste, resguardándose a su sombra de los rayos, progresivamente más ardientes, del sol. Haciendo que el granero quedara entre ellas y las campesinas, por una parte, y yo por la otra, salvé rápidamente él espacio que me separaba de él y entré por una puerta lateral.

No me había equivocado respecto al granero. Debía de tener un siglo de antigüedad, por lo menos, y se hallaba en un estado realmente ruinoso. Las tablas del suelo estaban combadas; las paredes de madera, abarquilladas casi en todos los puntos en que podían abarquillarse, y varias de las rendijas destinadas originariamente a la ventilación se habían ensanchado de tal modo que casi era posible meter la cabeza por ellas.

Había un sobrado, cuyo piso parecía hallarse en inminente peligro de derrumbamiento: sus tablas estaban podridas, rajadas y acribilladas por la carcoma; hasta un agente de fincas inglés se habría visto en dificultades para venderlo basándose en su antigüedad. No parecía que pudiera soportar el peso de un ratón

corriente, y mucho menos mi propio peso, pero la parte baja del granero servía de muy poco como lugar de observación y, además, yo no quería atisbar por una de aquellas rendijas de la pared y encontrarme con alguien haciendo lo mismo hacia dentro a un palmo de mis narices, por lo que, aunque no de muy buena gana, empecé a subir el destartalado tramo de escaleras que conducía al sobrado.

El sobrado, cuyo lado Este se hallaba aún medio lleno de heno del año anterior, era todo lo peligroso que parecía, pero miré con cuidado dónde ponía los pies y me acerqué al lado Oeste. Esta parte del granero tenía una colección mejor aún de rendijas entre las planchas de madera, y, finalmente, encontré la ideal; de unos quince centímetros de anchura, proporcionaba una vista excelente. Podía ver, directamente debajo de mí, las cabezas de Maggie, Trudi y Herta. Podía ver a las matronas, unas doce en total, firmando, eficaz y expertamente, un almiar, mientras las púas de sus horcas relucían al sol. Podía ver parte del pueblo, incluida la zona de aparcamiento. Experimentaba una sensación de desasosiego y no podía comprender la razón de ello, la escena que las matronas desarrollaban ante mí era tan idílica como podría haber deseado la persona de inclinaciones más bucólicas que pudiera imaginar. Creo que la extraña sensación de aprensión provenía de la causa menos inverosímil, las campesinas mismas, pues ni siquiera allí, en su ambiente propio, parecían completamente naturales aquellos amplios vestidos a rayas, aquellas faldas exquisitamente bordadas y aquellas blanquísimas tocas. Había en ellas algo más que una calidad levemente teatral, un aura de irrealidad. Sentía casi la impresión de estar presenciando una función representada exclusivamente para mí.

Transcurrió una media hora, durante la cual las matronas continuaron su trabajo. Las tres mujeres sentadas debajo de mí mantenían una voluble conversación. Era un día cálido, tranquilo y apacible, cuyos únicos sonidos eran el zurrido de las horcas y el distante murmullo de las abejas, la clase de día que parece hacer innecesario todo tipo de conversación. Me pregunté si me arriesgaría

a fumar un cigarrillo y decidí correr el riesgo, saqué tabaco y cerillas del bolsillo de la chaqueta, dejé ésta en el suelo, con la pistola encima, y encendí un cigarrillo, cuidando de que no saliera nada de humo por las grietas.

Al poco rato, Herta consultó un reloj de pulsera del tamaño aproximado de un despertador de cocina y dijo algo a Trudi, que se levantó, alargó una mano a Maggie y la ayudó a ponerse en pie. Caminaron juntas en dirección a las campesinas, presumiblemente para llamarlas, pues Herta estaba extendiendo un mantel a cuadros sobre el suelo, poniendo tazas y sacando bocadillos de las servilletas: en que venían envueltos.

Una voz dijo a mi espalda:

—No intente coger la pistola. Si lo hace, no vivirá para tocarla.

Creí lo que decía la voz. No intenté coger la pistola.

—Dese la vuelta muy despacio.

Me di la vuelta muy despacio.

—Apártese tres pasos de la pistola. A su izquierda.

No podía ver a nadie. Pero le oía perfectamente. Me aparté tres pasos. A la izquierda.

Hubo un movimiento en el heno apilado al otro extremo del sobrado, y emergieron dos figuras: el reverendo Thaddeus Goodbody y Marcel, el serpentiforme *dandy* a quien había golpeado y metido en la caja fuerte del Balinova. Goodbody no tenía una pistola en la mano, pero tampoco la necesitaba, el trabuco que Marcel empuñaba en la suya era tan grande como dos pistolas corrientes, y, a juzgar por el brillo de sus negros ojos, estaba deseando encontrar la más ligera sombra de excusa para usarlo. Tampoco me animaba nada el hecho de que su pistola tuviera puesto un silenciador: aquello significaba que, por muchas veces que dispararan sobre mí, nadie oiría nada.

—Hace un condenado calor ahí dentro —dijo, quejumbrosamente Goodbody—. Y pica. —Sonrió de la forma que inducía a los niños a cogerle de la mano. La verdad es que su vocación le lleva a los lugares más inesperados, mi querido Sherman.

—¿Mi vocación?

—La última vez que le vi estaba usted, si no recuerdo mal, pretendiendo ser un taxista.

—Ah, aquella vez. Apuesto a que no me denunció a la Policía, después de todo.

—Lo pensé mejor —concedió generosamente Goodbody. Se acercó a donde estaba mi pistola y la cogió con un gesto de repugnancia antes dé tirarla al montón de heno—. Armas toscas y desagradables.

—Sí, en efecto —convine—. Ustedes prefieres ahora introducir un cierto refinamiento en sus asesinatos.

—Como voy a demostrar dentro de unos momentos.

Goodbody no se estaba molestando en hablar en voz baja, pero tampoco necesitaba hacerlo, ya que las matronas de Huyler se hallaban almorzando y, aun con la boca llena, parecían capaces de hablar todas a una tiempo. Goodbody se acercó al montón de heno, extrajo una bolsa de lona y sacó de ella una cuerda.

—Estate alerta, mi querido Marcel. Si *Mr*. Sherman hace el menor movimiento, por inofensivo que parezca, dispara. No a matar. Al muslo.

Marcel se pasó la lengua por los labios. Confié en que no considerase el movimiento de mi camisa, provocado por los acelerados latidos de mi corazón, como susceptible de ser interpretado sospechosamente. Goodbody se acercó por detrás con cautela, ató firmemente la cuerda en torno a mi muñeca derecha, la pasó por encima de una viga y, luego, después de lo que pareció un tiempo innecesariamente largo para sujetarla, la ató alrededor de mi muñeca izquierda. Las manos me quedaban a la altura de las orejas. Goodbody sacó otro trozo de cuerda.

—Por mi amigo Marcel, aquí presente —dijo Goodbody en tono coloquial—, me he enterado de que posee usted cierta habilidad con sus manos. Se me ocurre que tal vez tenga la misma destreza en sus pies. —Se agachó y me ató los dos tobillos con un entusiasmo que no presagiaba nada bueno para la circulación de mis extremidades

inferiores—. Se me ocurre también que la escena que va a presenciar podría sugerirle algunos comentarios. Preferiríamos que no los hiciera.

Me metió en la boca un pañuelo, nada limpio, por cierto, y lo sujetó con otro.

—Perfecto, ¿no te parece, Marcel? Los ojos de Marcel brillaron.

—Tengo que entregar un mensaje a *Mr*. Sherman de parte de *Mr*. Durrell.

—Vamos, vamos, mi querido amigo, no hay que precipitarse. Después, después. Por el momento, queremos que nuestro amigo se halle en plena posesión de sus facultades, con la vista clara, el oído agudo y la mente despejada, para que pueda apreciar todos los matices artísticos de la función que hemos preparado para su solaz.

—Desde luego, *Mr*. Goodbody —dijo obedientemente Marcel. Volvió a pasarse la lengua por los labios—. Pero después…

—Después —dijo Goodbody con generosidad— puedes entregarle todos los mensajes que quieras. Pero, recuerda, quiero que esté vivo todavía cuando el granero arda por la noche. Es una pena qué no podamos verlo desde cerca. —Parecía apenado, de veras—. Usted y esa encantadora damita de ahí fuera…, cuando encuentren sus calcinados restos entre las cenizas…, bueno, estoy seguro de que extraerán sus propias conclusiones sobre la temeridad de un joven enamorado. Fumar en los graneros, como usted acaba de hacer, es una práctica muy imprudente. Muy imprudente. Adiós, *Mr*. Sherman. Creo que debo observar la danza del heno desde más cerca. Es una tradición encantadora, espero que estará usted de acuerdo.

Se marchó, dejando a Marcel entregado a la tarea de pasarse la lengua por los labios. No me hacía mucha gracia quedarme a solas con Marcel, pero eso no tenía, por el momento, gran importancia para mí. Me retorcí y miré por la rendija de la pared.

Las matronas habían terminado de almorzar y se estaban poniendo cansinamente en pie. Trudi y Maggie se hallaban justamente debajo de mí.

—¿No estaban buenas las pastas, Maggie? —preguntó Trudi—. ¿Y el café?

—Excelentes, Trudi, excelentes. Pero ya llevo demasiado tiempo aquí. Tengo que hacer unas compras. Debo irme —Maggie hizo una pausa y levantó la vista—. ¿Qué es eso?

Habían empezado a sonar dos acordeones. Yo no podía ver a ninguno de los músicos: el suave sonido parecía llegar desde el otro lado del almiar que las matronas acababan de construir.

Trudi se puso en pie de un salto, batiendo palmas excitadamente. Alargó la mano e hizo levantarse a Maggie.

—¡Es la danza del heno! —exclamó Trudi, como una niña al recibir su regalo de cumpleaños—. ¡La danza del heno! ¡Van a bailar la danza del heno! Tú también debes de gustarles, Maggie. ¡Lo hacen para ti! Ahora ya eres amiga de ellas.

Las matronas, todas ellas de edad madura o más viejas, con rostros curiosamente, casi aterradoramente, faltos de expresión, comenzaron a moverse con precisos y graves gestos. Con las horcas sobre el hombro, como si fueran fusiles, formaron una línea recta y empezaron a andar pesadamente de un lado a otro, balanceando sus trenzas adornadas con cintas, al tiempo que la música de los acordeones aumentaba en intensidad. Giraban sobre sí mismas gravemente y, luego, reanudaban sus rítmicas oscilaciones a un lado y otro. Observé que la línea recta se iba curvando poco a poco en forma de media luna.

—Nunca he visto una danza igual.

En la voz de Maggie había un tono de perplejidad. Tampoco yo había visto jamás una danza igual y comprendí, con escalofriante certidumbre, que jamás querría volver a verla, ni, según me parecía, tendría nunca oportunidad de ello.

Trudi reflejó mis pensamientos, pero sus siniestras implicaciones se le escaparon a Maggie.

—Y nunca volverás a ver otra danza igual, Maggie —dijo—. Sólo están empezando. Oh, Maggie, les has caído bien… ¡Mira, quieren que salgas!

—¿Yo?

—Sí, Maggie. Les gustas. A veces, me lo piden a mí. Hoy, a ti.

—Tengo que irme, Trudi.

—Por favor, Maggie. Sólo un momento. No hace falta que hagas nada. —Sólo estar de pie delante de ellas. Por favor, Maggie. Se ofenderán si no lo haces.

Maggie rió en son de protesta, pero resignadamente.

—Oh, muy bien.

Segundos después, una reacia y azorada Maggie se hallaba en él punto focal de un semicírculo de matronas provistas de horcas que avanzaban hacia ella y luego retrocedían. Poco a poco, fue cambiando y acelerándose el ritmo de la danza, mientras las bailarinas formaban ya un círculo completo en torno a Maggie. El círculo se contraía y se expandía, se contraía y se expandía, al tiempo que las mujeres se inclinaban gravemente al acercarse a Maggie y echaban hacia atrás sus cabezas al alejarse de ella.

Entró Goodbody en mi campo visual, con una amable sonrisa de suave regocijo, participando en el placer de la vieja danza que se estaba desarrollando ante él. Se situó junto a Trudi y le apoyó una mano en el hombro. Trudi le dirigió una complacida sonrisa.

Yo sentía revolvérseme el estómago. Quería apartar la vista, pero ello habría sido como abandonar a Maggie, y yo nunca podría abandonarla, aunque sólo Dios sabía que ya nunca podría ayudarla. Su rostro reflejaba ahora turbación, desconcierto y no poca inquietud. Miró ansiosamente a Trudi por un hueco entre dos matronas. Trudi le dirigió una amplia sonrisa y agitó la mano en alegre señal de ánimo.

De pronto, cambió la música del acordeón. Lo que había sido una suave y alegre melodía de baile, si bien con un cierto matiz militar, aumentó rápidamente de volumen, al tiempo que se trocaba en algo de naturaleza completamente distinta, algo que iba más allá de lo meramente marcial, algo áspero y primitivo, salvaje y violento. Las matronas, que habían alcanzado su círculo más amplio, empezaban ahora a cerrarlo de nuevo. Desde la posición elevada en que me encontraba, podía ver todavía a Maggie, en cuyos desorbitados ojos

se pintaba ya el miedo. Se inclinó hacia un lado, buscando casi desesperadamente a Trudi. Pero no había salvación en Trudi: su sonrisa había desaparecido, sus enguantadas manos se entrelazaban con fuerza y se estaba relamiendo los labios lenta y obscenamente. Me volví a mirar a Marcel, que estaba haciendo lo mismo, pero su pistola seguía apuntándome, y me vigilaba tan atentamente como a la escena que se desarrollaba en el exterior. No había nada que yo pudiera hacer.

Las matronas estaban cerrando el círculo. Sus caras de luna habían perdido su calidad inexpresiva y eran ahora crueles, implacables; el creciente, miedo de los ojos de Maggie dejó paso al terror, fija la mirada mientras la música se tornaba más potente, más discordante aún. Luego, bruscamente y con precisión militar, las horcas, hasta entonces sobre los hombros, fueron apuntadas hacia Maggie. Ella gritó y volvió a gritar, pero el sonido era apenas audible sobre el casi demencial *crescendo* de los acordeones. Y, luego, Maggie cayó, y, afortunadamente, yo sólo pude ver las espaldas de las matronas, mientras sus horcas se elevaban una y otra vez y acribillaban convulsivamente algo que ahora yacía inmóvil en él suelo. Por espacio de unos instantes, me fue imposible mirar. Tuve que apartar la vista, y allí estaba Trudi, abriendo y cerrando las manos y con una horrible expresión animal en su hipnotizado y extático rostro; y, a su lado, el reverendo Goodbody, con una expresión tan afable y benévola como siempre, que desmentía la fija mirada de sus ojos. Mentes perversas, mentes enfermas que habían rebasado hacía tiempo las fronteras de la cordura.

Me obligué a mirar de nuevo, mientras la música remitía lentamente, perdiendo su anterior atavismo. Se habían apaciguado las frenéticas actividades de las matronas, el acribillamiento había cesado, y, mientras yo miraba, una de las mujeres se volvió a un lado y cogió un montón de heno con su horca. Tuve un momentáneo atisbo de una figura encogida tendida en tierra, con una blusa blanca que había dejado ya de ser blanca y que luego quedó cubierta por una horconada de heno. Cayó después otra, y otra, y otra, y, mientras

los dos acordeones, suaves y apagados ahora, hablaban nostálgicamente de la antigua Viena, levantaron un almiar sobre Maggie. El doctor Goodbody y Trudi, ella sonriendo de nuevo y charlando alegremente, se alejaron del brazo hacia el pueblo.

Marcel se apartó de la rendija existente entre las planchas de madera y suspiró.

—Qué bien prepara el doctor Goodbody estas cosas, ¿verdad? El talento, la sensibilidad, el tiempo, el lugar, la atmósfera… Exquisito, exquisito.

El bellamente modulado acento de Oxbridge que emanaba de aquella cabeza de serpiente no era menos repelente que el contexto en que eran usadas las palabras. Aquel hombre, como los demás, estaba completamente loco.

Se me acercó con cautela por la espalda, me quitó el pañuelo que llevaba atado alrededor de la cabeza y sacó el mugriento trapo que me habían introducido en la boca. No creía yo que le indujera a ello ninguna clase de humanitarias consideraciones, y, en efecto, así era. Dijo con sencillez:

—Cuando grite, quiero oírlo. No creo que las señoras de ahí afuera presten demasiada atención.

Yo estaba seguro de ello. Dije:

—Me sorprende que el doctor Goodbody se haya marchado.

Mi voz no se parecía a ninguna voz que yo hubiera usado jamás: era ronca y apagada, y me costaba formar las palabras, como si tuviera dañada la laringe.

Marcel sonrió.

—El doctor Goodbody tiene cosas urgentes que atender en Ámsterdam, Cosas importantes.

—Y cosas importantes que transportar de aquí a Ámsterdam.

—Sin duda. —Volvió a sonreír, y casi me pareció ver su lengua bífida—. Es costumbre, mí querido Sherman, que, cuando uno se encuentra en su situación y está a punto de morir, la persona que se encuentra en mi posición explique con todo detalle dónde se equivocó la víctima. Pero, aparte de que la lista de sus errores es tan larga

que resaltaría tedioso enumerarlos, yo no quiero molestarme en hacerlo. Así que vamos con ello.

—¿Ir con qué?

Ahora llega, pensé, pero no me importaba mucho: ya nada parecía importar gran cosa.

—El mensaje de *Mr*. Durrell, naturalmente.

El dolor hendió mi cabeza como una cuchilla de carnicero, así como un lado del rostro, al ser golpeado por el cañón de su pistola. Pensé que me había partido el pómulo izquierdo, pero no podía estar seguro; mi lengua me dijo, no obstante, que por lo menos dos de mis dientes se habían aflojado en exceso.

—*Mr*. Durrell —dijo alegremente Marcel— me encargó que le dijera que no le gusta ser golpeado por una pistola.

Esta vez atacó al lado derecho de mi cara, y, aunque lo vi y traté de echar hacia atrás la cabeza, no pude apartarla de la trayectoria de la pistola. Este golpe no me dolió tanto, pero comprendí que estaba malherido por la temporal pérdida de visión que siguió a la cegadora luz blanca que pareció estallar delante de mis ojos. Me ardía el rostro, mi cabeza estaba a punto de estallar, pero tenía la mente extrañamente despejada. Sabía que si aquella sistemática paliza continuaba, hasta un cirujano plástico menearía pesarosamente la cabeza, pero lo que realmente importaba era que, con un poco más de aquel tratamiento, yo perdería él conocimiento, tal vez durante horas. Sólo parecía haber una esperanza: hacer que la paliza dejara de ser sistemática.

Escupí un diente y exclamé:

—¡Maricón!

Por alguna razón, esto le sacó de sus casillas. La capa de civilizados modales no podía haber sido más gruesa que una piel de cebolla, y esto no sólo la despegó, sino que la hizo desaparecer en un instante, y lo que quedó fue una bestia salvaje y enloquecida que me atacó con la desenfrenada, irrazonable e insensata furia del desquiciado mental que, casi sin duda, era. Llovían golpes de todas direcciones sobre mi cabeza y mis hombros, golpes de su pistola y

golpes de sus puños, y, cuando traté de protegerme lo mejor que pude con mis antebrazos, orientó hacia mi cuerpo su demencial asalto. Exhalé un gemido, mis ojos giraron en sus órbitas, las piernas se me convirtieron en gelatina, y me habría derrumbado de estar en una posición que me lo permitiera; tal como me hallaba, quedé colgando desmadejadamente de la cuerda que sujetaba mis muñecas.

Transcurrieron dos o tres segundos más de agonía antes de que él se recobrara lo suficiente para comprender que estaba perdiendo el tiempo: desde el punto de vista de Marcel, no tenía sentido infligir castigo a una persona que no podía sentir sus efectos. Emitió un extraño y gutural sonido, que probablemente indicaba decepción más que ninguna otra cosa, y, luego, permaneció inmóvil, respirando pesadamente. Yo no podía adivinar qué se proponía hacer después, porque no me atrevía a abrir los ojos.

Le oí moverse un poco y me arriesgué a echar un rápido vistazo por el rabillo del ojo. La momentánea locura había terminado, y Marcel, que evidentemente era tan oportunista como sádico, había cogido mi chaqueta y estaba registrándola afanosamente, pero sin resultado, pues las carteras llevadas en el bolsillo, interior de una chaqueta se caen invariablemente cuando se lleva la chaqueta al brazo, y yo había transferido mi cartera, con su dinero, pasaporte y permiso de conducir, al bolsillo posterior del pantalón. Marcel no tardó en llegar a la conclusión correcta, pues casi al instante oí sus pasos y noté que me sacaba la cartera del bolsillo.

Ahora estaba a mi lado. No podía verle, pero lo sabía. Gemí y me balanceé débilmente al extremo de la cuerda que me sujetaba a la viga. Mis piernas colgaban detrás de mí, apoyada en el suelo la parte superior de las puntas de mis zapatos. Entreabrí levemente los ojos.

Podía ver sus pies, a no más de un metro de mí. Levanté la vista una fracción de segundo. Marcel, con aire de concentración y de complacida sorpresa, estaba dedicado a la tarea de transferir a sus bolsillos las considerables sumas de dinero que yo llevaba en la

cartera, la cual sostenía en la mano izquierda, mientras su pistola colgaba por el gatillo del corvado dedo medio de la misma mano. Se hallaba tan absorto que no vio elevarse mis manos para afianzarse mejor en las cuerdas.

Lancé convulsivamente mi cuerpo hacia delante y hacia arriba con todo el odio, la furia y el dolor que me poseían, y no creo que Marcel viera siquiera llegar la guadaña de mis pies. No emitió ningún sonido, se derrumbó hacia delante, cayó contra mí y se deslizó lentamente hasta el suelo. Quedó tendido, y su cabeza rodó de un lado a otro, me era imposible decir si en reflejo consciente o inconsciente de un cuerpo sumido ya en un paroxismo de agonía, pero yo no estaba dispuesto a correr riesgos. Me enderecé, di un largo paso hacia atrás todo lo que me permitieron mis ligaduras, y arremetí de nuevo contra él. Me sorprendió vagamente que su cabeza continuara sobre sus hombros: no resultaba agradable, pero yo no estaba tratando con gente agradable.

La pistola continuaba enganchada en el dedo medio de su mano izquierda. La saqué con las puntas de mis zapatos. Traté de sujetarla entre ellos, pero el coeficiente de fricción entre el metal y el cuero era demasiado bajo, y la pistola se escapaba. Me quité los zapatos arrastrando los tacones contra el suelo y, luego, un proceso mucho más largo, los calcetines, utilizando la misma técnica. Me despellejé los pies y me clavé en ellos una buena cantidad de astillas, pero no era consciente de sufrir verdadero dolor al hacerlo: el que tenía en la cara anulaba por completo cualquier otra molestia.

Mis pies descalzos me permitieron sujetar bien la pistola. Manteniéndolos uno junto a otro, uní los dos extremos de la cuerda y me icé hasta llegar a la viga. Esto me dio metro y medio de cuerda, más que suficiente para maniobrar. Me colgué de la viga con la mano izquierda y estiré hacia abajo la derecha, al tiempo que levantaba las piernas doblándolas por las rodillas. Luego, tuve la pistola en la mano.

Descendí al suelo, tensé la cuerda atada a mi muñeca izquierda y apoyé contra ella el cañón de la pistola. El primer disparo la cortó tan

limpiamente como podría haberlo hecho un cuchillo. Deshice los nudos que me sujetaban, rasgué la blanca camisa de Marcel para limpiarme el ensangrentado rostro, recuperé la cartera y el dinero y me marché, No sabía si Marcel estaba vivo o muerto. Su aspecto era ostensiblemente de esto último, pero no me hallaba lo suficientemente interesado como para investigarlo.

CAPÍTULO XII

Era poco después del mediodía cuando volví a Ámsterdam. El sol, que aquella mañana había brillado sobre la muerte de Maggie, se había ocultado simbólicamente. Densas y oscuras nubes llegaban desde el Zuiderzee. Yo podría haber estado una hora antes en la ciudad, pero el médico del departamento de consulta externa del hospital suburbano en que me había detenido para que me arreglaran la cara no había dejado de hacer preguntas y se había sentido molesto por mi insistencia de que era esparadrapo —gran cantidad de ello, desde luego— todo lo que yo necesitaba por el momento, y que la sutura y las vendas podían esperar hasta más tarde. De modo que, con el esparadrapo, los cardenales y el ojo izquierdo medio cerrado, debía yo de parecer el único superviviente de un choque de trenes, pero, al menos, mi aspecto no era tan malo como para que los niños, al verme, echaran a correr llorando hacia sus madres.

Paré el coche de la Policía no lejos de un garaje de alquiler, donde conseguí persuadir al propietario para que me dejara llevarme un pequeño Opel negro. No parecía muy dispuesto a ello, ya que bastaba la contemplación de mi rostro para hacerle a cualquiera concebir sospechas acerca de mis antecedentes como conductor, pero accedió al fin. Comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia mientras yo salía al volante del Opel, me detenía junto al taxi de la Policía, cogía el bolso de Astrid y dos pares de esposas, por si acaso, y proseguía mi camino.

Aparqué el coche en lo que ya se estaba convirtiendo en una callejuela familiar para mí y bajé andando hacia el canal. Asomé la cabeza por la esquina y la retiré precipitadamente al instante; la vez siguiente, me limité a asomar un ojo.

Un Mercedes negro estaba aparcado junto a la puerta de la iglesia de la Sociedad Hugonote Americana. Su amplio portaequipajes se hallaba abierto, y dos hombres estaban levantando una caja, evidentemente muy pesada, para introducirla en él. Reconocí en el acto a uno de los hombres como el reverendo Goodbody; al otro hombre, delgado, de estatura media, traje oscuro, pelo negro y tez muy tostada, lo reconocí también enseguida. Era el hombre moreno y violento que había abatido de un disparo a Jimmy Duclos en el aeropuerto dé Schiphol. Olvidé por unos instantes el dolor que me abrasaba la cara. No me hacía particularmente feliz ver de nuevo a aquel hombre, pero tampoco me contrariaba, pues nunca había estado muy lejos de mis pensamientos. Sentía la impresión de que la rueda estaba completando su círculo.

Salieron tambaleándose de la iglesia con otra caja, la depositaron en el portaequipajes y cerraron éste. Yo regresé a donde había dejado el Opel, y, cuando llegué en él junto al canal, Goodbody y el hombre moreno se hallaban ya cien metros más allá en el Mercedes. Les seguí a discreta distancia.

Arreciaba la lluvia mientras el Mercedes negro cruzaba la ciudad en dirección Oeste y, luego, Sur. Aunque aún no estaba mediada siquiera la tarde, el cielo se hallaba tan oscuro como si fuera el crepúsculo, para el que aún faltaban varias horas. No me importaba, pues ello hacía más fácil mi seguimiento: como es obligatorio encender los faros cuando llueve con intensidad, en esas condiciones un coche no se diferencia en nada de la oscura e informe masa de otro cualquiera.

Atravesamos los últimos suburbios y salimos al campo. No había ningún elemento de persecución o caza en nuestro avance. Goodbody, aunque conducía un automóvil potente, iba a velocidad muy moderada, lo cual resultaba poco sorprendente habida cuenta

del considerable peso que llevaba en el portaequipajes. Yo observaba atentamente las señalizaciones y los letreros de la carretera, y no tardó en disiparse toda duda respecto del lugar al que nos dirigíamos: en realidad, nunca la había tenido.

Consideré preferible llegar a nuestro mutuo destino antes que Goodbody y el hombre moreno, así que me acerqué al Mercedes a menos de veinte metros de distancia. No me preocupaba la posibilidad de ser reconocido por Goodbody en su espejo retrovisor, pues levantaba tales surtidores de agua que sólo habría podido ver un par de mojados faros. Esperé hasta que me fue posible ver lo que parecía un trozo recto de carretera, aceleré y adelanté al Mercedes. Al pasar a su altura, Goodbody miró con indiferencia al coche que le estaba adelantando y, luego, apartó la vista con la misma indiferencia. Su rostro no había sido para mí más que una mancha blanquecina; y la lluvia era tan densa y el agua proyectada por ambos coches tan cegadora que sabía que era imposible que me hubiera reconocido. Continué avanzando y volví a la derecha, sin reducir la velocidad.

Tres kilómetros más allá, la carretera se bifurcaba a la derecha y había un letrero que decía: «Kasteel Linden, 1 Km». Torcí a la derecha y, un minuto, después, pasé bajo un imponente arco de piedra con las palabras «Kasteel Linden» grabadas en él con letras doradas. Continué durante otros doscientos metros; después, me salí de la carretera y detuve el Opel en un espeso matorral.

Iba a calarme otra vez hasta los huesos, pero no parecían quedarme muchas alternativas. Salí del coche y eché a correr por un prado en el que se alzaban, dispersos, unos cuantos árboles, hasta que llegué a un tupido cinturón de pinos que, evidentemente, servía de pantalla protectora del viento a alguna edificación. Atravesé con cautela los pinos, y, en efecto, allí estaba la edificación: el Kasteel Linden. Indiferente a la lluvia que batía sobre mi desguarnecida espalda, me tendí al abrigo de las altas hierbas y varios arbustos y estudié el lugar.

Inmediatamente delante de mí discurría un camino circular de grava que conducía, a mi derecha, hasta el arco por el que yo acababa de pasar. Más allá se levantaba el propio Kasteel Linden, un edificio rectangular de cuatro pisos, los dos primeros de ellos con ventanas y los dos restantes con aspilleras, coronado por torres almenadas, dentro del mejor estilo medieval. Rodeando al castillo había un foso continuo de unos cinco metros de anchura y, según las guías turísticas, casi otros tantos de profundidad. Lo único que faltaba era un puente levadizo, aunque aún se veían las poleas para las cadenas firmemente empotradas en la fábrica de las paredes. En lugar de él, un tramo de unos veinte amplios peldaños de piedra salvaba el foso y conducía a un par de macizas puertas cerradas que parecían de roble. A mi izquierda, a unos treinta metros de distancia del castillo, había un edificio rectangular de un piso, hecho de ladrillo y, evidentemente, de construcción reciente.

El Mercedes negro apareció por la verja, avanzó haciendo crujir la grava y se detuvo junto al edificio rectangular. Mientras Goodbody permanecía en el interior del coche, el hombre moreno salió y dio una vuelta completa al castillo: Goodbody nunca me había parecido la clase de hombre que se expone a riesgos. Salió Goodbody, y los dos hombres llevaron al edificio el contenido del portaequipajes. La puerta de aquél estaba cerrada, pero, evidentemente, Goodbody tenía la llave adecuada, no una ganzúa. Cuando hubieron llevado la última de las cajas, la puerta se cerró tras ellos.

Me puse cautelosamente en pie y avancé tras los matorrales hasta llegar al costado del edificio. Me acerqué con la misma cautela al Mercedes y miré en su interior. Pero no había allí nada digno de ver, al menos no lo que yo estaba buscando. Con mayor cautela aún, me aproximé de puntillas a una ventana lateral del edificio y atisbé en su interior.

El interior era una combinación de taller, almacén y sala de exposición. De las paredes colgaban antiguos relojes de péndulo —o imitaciones de relojes de péndulo antiguos— de todas las formas, tamaños y modelos imaginables. Sobre cuatro grandes mesas de

trabajo se veía una extraordinaria variedad de elementos de otros relojes, en el proceso de fabricación, montaje o reconstrucción. Al fondo de la sala había varias cajas de madera similares a las que acababan de llevar Goodbody y el hombre moreno; estas cajas parecían estar embaladas con paja. Sobre ellas había diversos estantes que sostenían otros varios relojes, cada uno de los cuales tenía a su lado su péndulo, sus pesas y su cadena.

Goodbody y el hombre moreno estaban trabajando junto a estos estantes. Mientras yo miraba, hurgaron en una de las cajas abiertas y procedieron a sacar una serie de pesas de reloj. Goodbody hizo una pausa, sacó un papel y lo examinó atentamente. Al poco rato, Goodbody señaló algún punto del papel y dijo algo al hombre moreno, que asintió con la cabeza y continuó con su trabajo. Goodbody, que seguía examinando el papel mientras andaba, cruzó una puerta lateral y desapareció de mi vista. El hombre moreno estudió otro papel y empezó a disponer pares de pesas idénticas, una al lado de otra.

Estaba yo empezando a preguntarme adónde habría ido Goodbody, cuando lo averigüé. Su voz sonó directamente detrás de mí.

—Me alegro de que no me haya decepcionado, *Mr*. Sherman.

Me volví con lentitud. Como era de prever, lucía su inocente sonrisa y, como también era de prever, tenía en la mano una pistola.

—Nadie es indestructible, desde luego —dijo, radiante—, pero debo reconocer que usted tiene unas extraordinarias facultades de recuperación. Es difícil subestimar a los policías; no obstante, tal vez haya sido yo un poco negligente en su caso. Por dos veces he creído hoy haberme librado de su presencia, que, debo reconocerlo, se estaba convirtiendo ya en un engorro para mí. Sin embargo, estoy seguro de que la tercera vez tendré más suerte. Debería usted haber matado a Marcel.

—¿No lo hice?

—Vamos, vamos, debe usted aprender a disimular sus sentimientos y no dejar que se le note la decepción. Se recobró sólo

durante unos momentos, pero fue suficiente para atraer la atención de las buenas mujeres que estaban en él campo. Me temo, no obstante, que tiene fractura de cráneo y hemorragia cerebral. Quizá no sobreviva —me, miró pensativamente—. Pero parece que supo defenderse bien.

—Una lucha a muerte —convine—. ¿Tenemos que permanecer bajo la lluvia?

—Oh, no.

Me condujo al interior del edificio, sin dejar de apuntarme con su pistola. El hombre moreno levantó la vista sin manifestar sorpresa. Me pregunté cuándo tiempo habría pasado desde que recibieron el aviso de Huyler.

—Jacques —dijo Goodbody—. Éste es *Mr*. Sherman…, comandante Sherman. Creo que está relacionado con la Interpol o con alguna otra inútil organización por el estilo.

—Ya nos conocemos —sonrió Jacques.

—Claro. ¡Qué olvidadizo soy!

Mientras Goodbody me apuntaba con su pistola, Jacques me quitó la mía.

—Sólo una —informó. Me raspó la mejilla con el punto de mira, despegando parte del esparadrapo, y volvió a sonreír—. Apuesto a que duele, ¿eh?

—Moderate, Jacques, moderate —le amonestó Goodbody. El hombre tenía su lado bueno: si hubiera sido un caníbal, probablemente le habría dado a uno un golpe en la cabeza antes de asarlo vivo—. Apuntale con su pistola, ¿quieres? La verdad es que nunca me han gustado esas armas. Toscas, ruidosas, carentes de toda delicadeza…

—¿Cómo colgar a una chica de un gancho? —pregunté—. ¿O acribillar a otra con horcas hasta matarla?

—Bueno bueno, no nos alteremos —suspiró—. Hasta los mejores de ustedes son tan torpes, tan chapuceros… Debo confesar que había esperado más de usted. Tiene usted, mi querido amigo, una reputación a la que no ha hecho honor en absoluto, Mete la pata.

Trastorna a la gente, imaginando que provoca reacciones con ello. Se deja ver en los lugares que no debe. Va por dos veces al piso de *Miss* Lemay sin tomar precauciones. Roba pedazos de papel que habían sido puestos allí para que usted los recogiese. Y no había ninguna necesidad —añadió con tono de reproche— de matar al mismo tiempo al camarero. Atraviesa Huyler a plena luz del día…, todos los habitantes de Huyler, mi querido Sherman, son ovejas de mi rebaño. Deja, incluso su tarjeta de visita en el sótano de mi iglesia: sangre. No es que le guarde rencor por ello, mi querido amigo; la verdad es que estaba pensando en deshacerme de Henil, que se había convertido en un riesgo para mí, y usted resolvió el problema con bastante limpieza. ¿Y qué le parecen las instalaciones que tenemos aquí…? Todas esas son reproducciones destinadas a la venta…

—¡Dios mío! —exclamé—. No es extraño que las iglesias estén vacías.

—¡Ah! Pero uno debe saborear estos momentos, ¿no cree? Mire esas pesas. Las medimos y las pesamos y volvemos en el momento adecuado con pesas de repuesto, como las que hemos traído esta noche. Pero nuestras pesas no son exactamente iguales. Tienen algo dentro. Luego, después de metidas en cajas y sometidas a inspección aduanera, son selladas y enviadas, con aprobación oficial del Gobierno, a ciertos… amigos del extranjero. Uno de mis mejores planes, siempre lo he dicho.

Jacques carraspeó respetuosamente.

—Había dicho usted que teníamos prisa, señor Goodbody.

—Siempre tan pragmático, Jacques, siempre tan pragmático. Pero tienes razón, desde luego. Atendamos primero a nuestro… a nuestro magnífico investigador y, luego, al negocio. Ve a ver si el campo está libre.

Goodbody, con un gesto de repugnancia, volvió a sacar su pistola, mientras Jacques practicaba un silencioso reconocimiento. Regresó a los pocos momentos, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, y me obligaron a caminar delante de ellos hasta la

puerta y, después, sobre la grava y, por los escalones que franqueaban el foso hasta la maciza puerta de roble. Goodbody sacó una llave del tamaño apropiado para abrir la puerta, y pasamos al interior. Subimos un tramo de escaleras, recorrimos un pasillo y entramos en una habitación.

Era una habitación muy grande, festoneada casi literalmente por centenares de relojes. Nunca había visto yo tantos relojes juntos y, desde luego, tampoco una colección de relojes tan valiosa. Todos, sin excepción, eran relojes de péndulo, algunos de gran tamaño, y todos muy antiguos. Sólo unos cuantos de ellos parecían estar funcionando, pero, aun así, el ruido colectivo que producían rozaba el límite de tolerancia. Yo no podría haber trabajado en aquella habitación durante diez minutos.

—Una de las mejores colecciones del mundo —dijo, con orgullo, Goodbody, como si fuera propiedad suya— si no la mejor. Y, como verá, u oirá, todos funcionan.

Oí sus palabras, pero no las escuché. Estaba mirando al suelo, al hombre que se hallaba allí tendido, cuyos largos cabellos negros le llegaban hasta la nuca, y los delgados omóplatos se marcaban a través de la raída chaqueta. A su lado había varios trozos de cable eléctrico forrado de goma. Cerca de su cabeza se veían un par de auriculares con casco.

No necesitaba ser médico para saber que George Lemay estaba muerto.

—Un accidente —dijo, en tono de lamentación, Goodbody—. No queríamos que sucediera así. Me temo que el organismo del pobre hombre estaba muy debilitado por las privaciones que ha sufrido a lo largo de los años.

—Usted le mató —dije.

—Técnicamente, en cierto sentido, sí.

—¿Por qué?

—Porque su virtuosa hermana, que durante años ha creído erróneamente que poseíamos pruebas de la culpabilidad de su hermano en un caso de asesinato, consiguió finalmente convencerle

de que se presentara a la Policía. Así que tuvimos alejarles temporalmente de Ámsterdam, pero de una forma que no le inquietara a usted. Me temo, *Mr*. Sherman, mucho debe usted atribuirse parte de la responsabilidad en la muerte de este pobre chico. Y en la de su hermana. Y en la de su encantadora ayudante…, Maggie, creo que se llamaba. —Se interrumpió y retrocedió apresuradamente, extendiendo el brazo armado con la pistola—. No se abalance sobre mi pistola. Parece que no se divirtió con la función. Tampoco Maggie, estoy seguro. Y me temo que tampoco se divertirá mucho su otra amiga. Belinda, que debe morir esta noche. ¡Ah! Veo que eso le llega al alma. Le gustaría matarme, *Mr*. Sherman. —Sonreía, pero sus inexpresivos ojos eran los de un loco.

—Sí —dije con una voz sin inflexiones—, me gustaría matarle.

—Le hemos enviado una nota —Goodbody se estaba divirtiendo enormemente—. Palabra clave, «Birmingham», creo,… Debe reunirse con usted en el almacén de nuestros buenos amigos Morgenstern y Muggenthaler, que se hallarán ya para siempre por encima de toda sospecha. ¿Quién sino un loco pensaría en perpetrar dos crímenes tan horribles en su propia casa? Muy adecuado, ¿no le parece? Otra muñeca ahorcada de una cadena. Como millares de otras muñecas en todo el mundo, colgadas y bailando a nuestro ritmo.

—Usted sabe, desde luego, que está completamente loco —dije.

—Átale —dijo ásperamente Goodbody.

Al fin había perdido su compostura. La verdad debía de haberle herido.

Jacques me ató las muñecas con el cable eléctrico. Hizo lo mismo con mis tobillos, me empujó a un lado de la habitación, y con otro trozo de cable eléctrico me ató las muñecas a una armella que había en la pared.

—¡Pon en marcha los relojes! —ordenó Goodbody.

Obedientemente, Jacques empezó a recorrer la habitación, poniendo en movimiento los péndulos. Observé que hacía caso omiso de los relojes más pequeños.

Todos funcionan y todos hacen sonar sus campanas, algunos con mucha intensidad —dijo Goodbody con satisfacción. Cortés y untuoso como siempre, había recuperado el equilibrio—. Estos auriculares amplificarán el sonido unas diez veces. Ahí está el amplificador y allí el micrófono, ambos, como puede ver, fuera de su alcance. Los auriculares son irrompibles. A los quince minutos, estará usted loco; a los treinta, inconsciente. El coma dura de ocho a diez horas. Despertará todavía loco…, pero no despertará. Ya están empezando a sonar muy alto, ¿verdad?

—Así es como murió George, claro. Y ustedes estarán mirando cómo sucede. Desde el otro lado de esa puerta de cristal, naturalmente. Donde no habrá tanto ruido.

—Por desgracia, no. Jacques y yo tenemos que atender ciertos asuntos. Pero volveremos para la parte más interesante, ¿verdad, Jacques?

—Sí, señor Goodbody —respondió Jacques, que seguía dando cuerda a los relojes.

—Si desaparezco…

—Ah, pero no desaparecerá. Yo había planeado hacerle desaparecer anoche en el puerto, pero eso era un proyecto burdo, carente del sello de mi profesionalismo. He dado con una idea mucho mejor, ¿verdad, Jacques?

—En efecto, señor Goodbody. Ahora, para hacerse oír, Jacques tuvo casi que gritar.

—La cuestión es que no va a usted a desaparecer, *Mr*. Sherman. Oh, claro que no. En lugar de ello, será encontrado sólo unos minutos después de haberse ahogado.

—¿Ahogado?

—Exactamente. Ah, usted cree que las autoridades sospecharán enseguida algo sucio. Una autopsia. Y lo primero que verán son antebrazos acribillados de pinchazos de inyecciones… Tengo un sistema que puede hacer que los pinchazos de dos horas antes parezcan tener una antigüedad de dos meses. Continuarán investigando y le encontrarán atiborrado de droga, como

efectivamente estará. Inyectado mientras esté inconsciente, unas dos horas antes de que le arrojemos, dentro de su coche, a un canal. Luego, llamaremos a la Policía. No se lo creerán. ¿Sherman, el intrépido Investigador de la sección de estupefacientes de la Interpol? Registrarán entonces su equipaje. Jeringuillas, agujas hipodérmicas, heroína, restos de marihuana en sus bolsillos… Lamentable, lamentable. ¿Quién lo hubiera imaginado? Otro más de los que persiguen con los sabuesos y corren con la liebre.

—Una cosa diré en su favor —dije—, es usted un loco inteligente.

Sonrió, lo que probablemente significaba que no podía oírme por encima del creciente fragor de los relojes. Me colocó sobre la cabeza el casco de auriculares y lo sujetó en la posición adecuada con varios metros, literalmente, de cinta adhesiva. Por un momento, la habitación quedó casi en silencio, pues los auriculares actuaban como aislantes de sonido. Goodbody atravesó la habitación en dirección al amplificador, volvió a sonreírme y accionó un conmutador.

Sentí como si hubiera sido sometido a un violento golpe físico o a una intensa sacudida eléctrica. Todo mi cuerpo se arqueó y retorció en convulsivos tirones, e intuí que lo poco que se podía ver de mi rostro bajo el esparadrapo y la cinta adhesiva debía de estar crispado de dolor agónico. Pues me sentía taladrado por un dolor diez veces más insoportable y penetrante que el mejor —o el peor— que Marcel había sido capaz de infligirme. Mis oídos, toda mi cabeza, estaban llenos de aquella demente y fragosa cacofonía de sonido. Hendía mi cabeza como un cuchillo al rojo vivo y parecía despedazarme el cerebro. No podía comprender cómo no me estallaban los tímpanos. Siempre había oído, y creído, que una explosión suficientemente fuerte de sonido, producida lo bastante cerca de los oídos, puede ensordecerle a uno al instante y para toda la vida, pero no parecía ocurrir esto en mi caso. Como, evidentemente, tampoco había ocurrido en el caso de George. Recordé, como en medio de una niebla, que Goodbody había atribuido la muerte de George a su debilitado estado físico.

Rodé de un lado a otro en instintiva reacción animal por escapar de lo que le está hiriendo a uno, pero no podía rodar muy lejos. Jacques había utilizado un trozo muy corto de cable para sujetarme a la armella, y no podía rodar más de medio metro en cada dirección, Al final de uno de mis movimientos, pude enfocar la vista a la distancia suficiente para ver a Goodbody y Jacques, ambos fuera de la habitación ahora, observándome con interés a través de la puerta de cristal. Al cabo de unos segundos, Jacques levantó su muñeca izquierda y se señaló el reloj. Goodbody asintió de mala gana, y ambos hombres se marcharon apresuradamente. En mi cegador océano de dolor, supuse que tenían prisa por volver para presenciar el brillante final.

Quince minutos, y perdería el conocimiento, había dicho Goodbody. Yo no lo creía, nadie podía soportar aquello durante dos o tres minutos sin quedar destrozado tanto física como mentalmente. Me retorcí con violencia de un lado a otro, tratando de aplastar los auriculares contra el suelo o liberarme de ellos. Pero Goodbody tenía razón, los auriculares eran irrompibles, y la cinta adhesiva había sido colocada con tanta habilidad y tan fuertemente que mis esfuerzos por arrancarme los auriculares sólo consiguieron abrir de nuevo las heridas de mi rostro.

Los péndulos oscilaban, los relojes sonaban y las campanas tañían casi continuamente. No había descanso ni escape, ni siquiera el más mínimo respiro de aquel criminal ataque al sistema nervioso que producía las incontrolables convulsiones epilépticas. Era un *shock* eléctrico continuo, justamente por debajo del nivel letal, y ahora podía yo dar crédito a los relatos que había oído sobre pacientes sometidos a terapia de electroshock que habían terminado en la mesa de operaciones para la restauración de miembros fracturados a causa de contracciones musculares involuntarias.

Sentía que mi mente se iba hundiendo en la nada, y durante breves instantes traté de propiciar esa sensación. Aniquilamiento, olvido. Yo había fracasado, en toda la línea, todo lo que había tocado se había convertido en destrucción y muerte. Maggie estaba

muerta, Duclos estaba muerto, Astrid estaba muerta, y también su hermano, George. Sólo quedaba Belinda, e iba a morir esa noche.

Un completo desastre.

Y entonces comprendí. Comprendí que no podía dejar que Belinda muriera. Eso fue lo que me salvó, comprendí que no podía dejarla morir. No me importaba ya el orgullo, no me importaba ya el fracaso, la victoria total de Goodbody y de sus compinches. Por mí, podían inundar el mundo con sus malditos estupefacientes. Pero no podía dejar morir a Belinda.

Conseguí enderezarme hasta apoyar la espalda contra la pared. Aparte de las frecuentes convulsiones, yo estaba vibrando en todos los miembros de mi cuerpo, no sólo estremeciéndome como un hombre atacado de fiebres intermitentes, lo que habría sido tolerable, sino vibrando como un hombre atado a una gigantesca perforadora neumática. No podía ya concentrar la vista durante más de uno o dos segundos, pero me esforcé por mirar borrosamente, desesperadamente, a mi alrededor para ver si había algo que ofreciese alguna esperanza de salvación. No había nada. Entonces, sin previo aviso, el sonido que atronaba mi cabeza ascendió bruscamente en un fragoroso *crescendo* —se trataba, con toda probabilidad, de un reloj próximo al micrófono que estaba dando la hora— y caí de lado como si me hubieran golpeado la sien. Al chocar mi cabeza contra el suelo, chocó también con algo que sobresalía del rodapié.

Mi agudeza visual había desaparecido casi por completo, pero podía distinguir vagamente objetos situados a pocos centímetros, y aquél no distaba más de diez. Dice mucho del estado de mi casi por completo incapacitada mente que tardase varios segundos en darme cuenta de lo que era, pero cuando lo logré, hice un esfuerzo por sentarme en el suelo. El objeto era un enchufe eléctrico.

Tenía las manos atadas a la espalda, y tardé una eternidad en localizar y coger los dos extremos del cable eléctrico que las sujetaba. Toqué sus extremos con las yemas de los dedos: en ambos casos estaba al descubierto el núcleo de cobre. Traté

desesperadamente de introducir los extremos en los orificios del enchufe —no se me ocurrió pensar que podría tener fusible propio, lo que habría sido improbable en una casa tan vieja como aquella— pero me temblaban de tal modo las manos que no podía localizarlos. Noté que iba perdiendo el conocimiento. Podía palpar el condenado enchufe, podía palpar los orificios con las yemas de los dedos, pero no podía introducir en ellos los extremos del cable. Ya no veía, apenas si me quedaba sensibilidad en los dedos, el dolor rebasaba el límite de tolerancia humana, y, creo que estaba gritando en mi agonía, cuando, de repente, fulguró un fogonazo blanco azulado, y caí al suelo.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí inconsciente: debieron de ser, por lo menos, varios minutos. Lo primero que advertí fue él increíble y bendito silencio, no un silencio total, pues aún podía oír el campaneo de los relojes, pero se trataba de un ahogado campaneo, pues yo había fundido el fusible adecuado y los auriculares actuaban como aisladores. Me incorporé hasta quedar en posición semirreclinada. Noté que me corría sangre por la barbilla, y sólo más tarde advertí que me había mordido el labio inferior; tenía el rostro bañado en sudor y experimentaba en todo el cuerpo una sensación como si hubiera estado en el potro de tortura. Nada de ello me importaba; era consciente de una sola cosa: la inmensa bendición del silencio. Aquellos tipos de la «Sociedad de Lucha contra el Ruido» sabían lo que se traían entre manos.

Los efectos de la salvaje tortura pasaron con más rapidez de lo que yo había esperado, aunque no totalmente. Sabía que el dolor de la cabeza y los tímpanos y el extremo magullamiento del cuerpo subsistirían aún durante mucho tiempo. Pero los efectos no se estaban disipando tan rápidamente como yo creía, ya que tardé más de un minuto en comprender que si Goodbody y Jacques volvían en aquel momento y me encontraban sentado contra la pared con lo que, indiscutiblemente, era una expresión de idiotizada felicidad en el rostro, no se andarían con medias tintas para la siguiente ocasión.

Levanté la vista hacia la puerta de cristal, pero no se veían aún enarcadas cejas.

Volví a tenderme en el suelo y reanudé mis revolcones de un lado a otro. Apenas si me sobraron diez segundos, pues, en mi tercera o cuarta vuelta hacia la puerta, vi asomar al otro lado del cristal las cabezas de Goodbody y Jacques. Me esmeré en mi actuación, rodé con más violencia todavía, arqueé el cuerpo y me arrojé tan convulsivamente a uno y otro lado, que estaba sufriendo casi tanto como cuando me hallaba bajo los efectos de la auténtica tortura. Cada vez que rodaba hacia la puerta, les mostraba mi contorsionado rostro, en el que se desencajaban los ojos o se apretaban fuertemente en inequívocas señales de dolor, y creo que el sudor de mi cara y la sangre que manaba de mi labio y de una o dos de las heridas, de nuevo abiertas, que me había causado Marcel, contribuían a dar verosimilitud al espectáculo. Goodbody y Jacques exhibían amplias sonrisas, aunque la expresión de Jacques no se aproximaba ni con mucho a la beatitud de la de Goodbody.

Di un salto particularmente impresionante, que levantó por completo mi cuerpo del suelo y a punto estuvo de dislocarme un hombro al caer de nuevo; y entonces decidí que ya estaba bien —dudo que ni siquiera Goodbody conociera el desarrollo normal— y fui debilitando poco a poco mis contorsiones hasta que, finalmente, tras una última y convulsiva sacudida, quedé inmóvil.

Goodbody y Jacques entraron. Goodbody se dirigió al amplificador y lo apagó, sonrió beatíficamente y lo volvió a conectar: había olvidado que su intención era no sólo dejarme inconsciente, sino también volverme loco. Sin embargo, Jacques le dijo algo, y Goodbody asintió de mala gana y volvió a cerrar el amplificador —quizá Jacques, movido no por compasión, sino por el pensamiento de que podrían ponérseles difíciles las cosas si yo moría antes de que me inyectaran las drogas, se lo había hecho ver así—, mientras Jacques recorría la habitación deteniendo los péndulos de los relojes mayores. Luego, ambos se acercaron para examinarme. Jacques me

dio experimentalmente una patada en las costillas, pero yo había pasado ya demasiado para reaccionar a eso.

—Vamos, vamos, mi querido amigo —pude oír débilmente la reprobadora voz de Goodbody— apruebo tus sentimientos, pero no hay que dejar marcas. A la Policía no le gustaría.

—Pero mírele la cara —protestó Jacques.

—También es verdad —convino amistosamente Goodbody—. De todas formas, desátale las muñecas, pues no quiero que se noten las señales cuando los bomberos le saquen del canal; y quítele los auriculares y escóndelos.

Jacques hizo ambas cosas en el espacio de diez segundos. Cuando me quitó los auriculares, sentí como si me quitara al mismo tiempo la piel de la cara: Jacques utilizaba unos modales muy bruscos con la cinta adhesiva.

—En cuanto a ése —Goodbody señaló con un gesto a George Lemay—, deshazte de él. Ya sabes cómo. Enviaré a Maier para que te ayude con Sherman.

Hubo unos momentos de silencio. Sabía que me estaban mirando. Luego, Goodbody suspiró.

—Es terrible, terrible. La vida no es más que una sombra fugitiva.

Después de eso, Goodbody se marchó. Mientras lo hacía, iba tarareando alegremente por lo bajo. Y lo que tarareaba era una versión del *Mora conmigo* tan alegre como la que yo hubiera oído jamás. El reverendo Goodbody tenía sentido de la oportunidad.

Jacques se acercó a una caja que había en un rincón de la estancia, sacó media docena de pesas, procedió a pasar un trozo de cable por sus ojales y, luego, ató el cable a la cintura de George. No había dudas respecto a lo que se proponía. Sacó a rastras a George de la habitación, y oí el sonido que producían los talones del cadáver al rozar el suelo, mientras Jacques le llevaba a la parte delantera del castillo. Me levanté, flexioné las manos y le seguí.

Al acercarme a la puerta, oí el ruido del Mercedes al ponerse en marcha. Miré por la esquina. Jacques, con George tendido en el suelo a su lado, tenía abierta la ventana y esbozaba un breve saludo

que solamente podía ir dirigido a Goodbody. Jacques se separó de la ventana para atender a los últimos ritos de George. En lugar de ello, se quedó inmóvil, petrificado por el asombro. Yo estaba a sólo dos metros de él y, por su aturdida carencia de expresión, me di cuenta de que él veía en la mía que había llegado al final de su carrera asesina. Trató frenéticamente de coger la pistola que llevaba en el sobaco, pero, por lo que tal vez fuese primera vez en su vida y, desde luego, la última, Jacques se movió con demasiada lentitud, pues ese momento de paralizada incredulidad fue su perdición. Le golpeé justo debajo de las costillas y, cuando se dobló hacia delante, arrebaté la pistola de su casi fláccida mano y le aporreé salvajemente con ella en la sien. Jacques, de pie pero inconsciente, dio un involuntario paso hacia atrás, sus piernas tropezaron con el alféizar de la ventana y empezó a caer de espaldas hacia fuera en un movimiento extrañamente pausado. Me quedé mirando cómo desaparecía y cuando oí el chapoteo, y solamente entonces, me acerqué a la ventana y me asomé. Las turbias aguas del foso se movían en ondas circulares que iban a morir en la orilla y en las paredes del castillo, y un reguero de burbujas ascendía del centro del foso. Miré a la izquierda y pude ver el Mercedes de Goodbody que pasaba bajo el arco de la entrada del castillo. Para entonces, pensé, debía de estar ya en la cuarta estrofa de *Mora conmigo*.

Me separé de la ventana y bajé la escalera. Salí, dejando abierta la puerta tras de mí. Me detuve un instante en los escalones que salvaban el foso y miré hacia abajo. Las burbujas que ascendían desde el fondo se iban haciendo gradualmente más escasas y más pequeñas, hasta que cesaron por completo.

CAPÍTULO XIII

Me senté en el Opel, miré la pistola que había recobrado de Jacques y reflexioné. Si una cosa había descubierto acerca de aquella pistola, era que la gente parecía poder quitármela siempre que le venía en gana. Era una idea poco grata, pero que llevaba aparejada la inevitable conclusión de que lo que yo necesitaba era otra pistola, una segunda pistola; así que extraje de debajo del asiento el bolso de Astrid y saqué la pequeña *liliput* que le había dado. Me levanté un poco la pernera izquierda del pantalón, introduje el cañón de la pistola por dentro del calcetín y de la parte superior de mi zapato, me levanté el calcetín y volví a bajar la pernera. Me disponía a cerrar el bolso cuando vi los dos pares de esposas. Vacilé, pues, tal como iban las cosas, lo probable era que si las llevaba conmigo acabaran en mis propias muñecas, pero, como parecía un poco tarde ya para dejar de correr los riesgos que había estado corriendo desde el momento mismo de mi llegada a Ámsterdam, me metí ambos pares de esposas en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y las llaves duplicadas en el derecho.

Cuando regresé al barrio viejo de Ámsterdam, tras haber dejado a mi espalda mi cupo habitual de iracundos automovilistas agitando los puños y telefoneando a la Policía, comenzaban a caer las primeras sombras del crepúsculo. La lluvia había amainado, pero el viento iba creciendo en intensidad, rizando y arremolinando las aguas de los canales.

Torcí por la calle donde estaba el almacén. Se hallaba desierta, no se veían coches ni peatones. Es decir, se hallaba desierta a ras

de tierra, porque en el tercer piso del edificio de «Morgenstern y Muggenthaler» un corpulento individuo en mangas de camisa estaba asomado a una ventana abierta, acodado en el alféizar, y, por la forma en que su cabeza se movía constantemente de un lado a otro, resultaba claro que saborear el fresco aire del crepúsculo no era la razón fundamental de su estancia allí. Pasé en el coche por delante del almacén y me fui hasta las cercanías del Dam, donde desde una cabina pública telefoneé a De Graaf.

—¿Dónde ha estado? —preguntó De Graaf—. ¿Qué ha estado haciendo?

—Nada que le interese. —Debió de ser la afirmación más inverosímil que yo había hecho jamás—. Estoy dispuesto a hablar ahora.

—Hable.

—Aquí, no. Por teléfono, no. Usted y Van Gelder pueden venir al almacén de «Morgenstern y Muggenthaler».

—¿Hablará usted allí?

—Se lo prometo.

—Vamos enseguida —dijo hoscamente De Graaf.

—Un momento. Vengan en furgoneta sin distintivo y aparquen más adelante. Tienen un guardián apostado en una de las ventanas.

—¿Tienen? ¿Quiénes?

—De eso es lo que quiero hablar.

—¿Y el guardián?

—Le distraeré. Ya se me ocurrirá alguna clase de diversión.

—Comprendo. —De Graaf hizo una pausa y continuó gravemente —: Dada su forma de ser, me estremezco al pensar en la forma que adoptará la diversión —concluyó, colgando el auricular.

Entré en una ferretería y compré un rollo de cuerda y el destornillador *Stilson* más grande que teman en sus estanterías. Cuatro minutos después aparcaba el Opel a menos de cien metros del almacén, aunque no en la misma calle.

Avancé por un callejón estrecho y muy mal iluminado que corría entre la calle en que estaba el almacén y la paralela a ella. El primer

almacén que encontré a mi izquierda tenía una desvencijada escalera de madera para caso de incendio que habría sido la primera cosa en arder por completo si se hubiera producido un incendio, pero ése fue el primero y el último. Fui cincuenta metros, por lo menos, más allá del edificio que calculaba era el de «Morgenstern y Muggenthaler» y no encontré otra escalerilla de incendios: él sistema de las sábanas anudadas debía de ser muy estimado en aquella parte de Ámsterdam.

Volví a la primera y única escalerilla de incendios y subí hasta el tejado. Sentí una inmediata aversión hacia aquel tejado y hacia todos los demás tejados que tenía que cruzar antes de llegar al que quería. Todas las parhileras se hallaban en sentido perpendicular a la calle, los tejados tenían una pronunciada inclinación y estaban traicioneramente resbaladizos por efecto de la lluvia, y, para colmo de dificultades, los arquitectos del pasado, con lo que erróneamente consideraban laudable intención de crear una diversidad de perfiles, habían dispuesto hábilmente las cosas para que no hubiera dos tejados que tuviesen la misma forma ni la misma altura. Avancé cautelosamente al principio, pero la cautela no me llevaba a ninguna parte, y no tardé en poner en práctica el único método eficaz de pasar de una parhilera a la siguiente: bajar corriendo la inclinada superficie de un tejado y dejar que el impulso me llevara lo más lejos posible al otro lado, antes de caer de bruces y subir los últimos metros apoyándome en las manos y las rodillas. Llegué por fin a lo que pensé que sería el tejado que me interesaba, lo bordeé y me asomé por el alero.

Había acertado a la primera, lo que suponía una novedad para mí. El descamisado centinela continuaba su vigilancia a casi seis metros por debajo de mi. Até un extremo del rollo de cuerda al agujero existente en el mango del destornillador me tendí de modo que mi brazo y la cuerda salvaran la viga-grúa e hice descender el destornillado unos cuatro metros antes de empezar a mecerlo en un suave arco pendular que aumentaba en amplitud a cada movimiento de mi mano. Fui ampliando ese arco lo más rápidamente posible,

pues a pocos centímetros por debajo de mí brillaba una luz por la rendija de la puerta de mercancías del piso superior, y yo no tenía medio alguno de saber cuánto tiempo continuaría cerrada esa puerta.

El destornillador, que debía de pesar, por lo menos, dos kilos, estaba ya describiendo un arco de casi noventa grados. Lo hice descender medio metro más y me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que el vigilante se sintiera intrigado por el suave silbido que, inevitablemente, estaría produciendo al surcar el aire, pero, por fortuna, su atención se vio distraída en aquel momento. Una furgoneta azul acababa de entrar en la calle, y su llegada me ayudó de dos formas: el vigilante se inclinó más hacia fuera para observarla, y el ruido del motor del vehículo cubrió cualquier señal de peligro que pudiera provenir del oscilante destornillador.

La furgoneta se detuvo a treinta metros de distancia, y su motor se paró. El destornillador estaba en el límite de su arco. Cuando empezaba a descender, solté otro medio metro de cuerda. El centinela, advirtiendo súbitamente, pero demasiado tarde, que algo pasaba, volvió la cabeza justo a tiempo para recibir en plena frente el impacto del destornillador. Se desplomó y cayó hacia atrás inconsciente.

Abriose la portezuela de la furgoneta, y salió De Graaf. Me saludó con la mano. Yo le hice dos señas con el brazo derecho para que se acercara, me cercioré de que la pequeña pistola continuaba firmemente sujeta dentro de mi calcetín y mi zapato, me dejé resbalar hasta apoyar el vientre en la viga-grúa y, luego, me desplacé hasta quedar colgado de las manos. Saqué la pistola de la funda sobaquera y la sujeté entre los dientes, di un impulso hacia atrás y me lancé luego hacia delante, apoyando el pie izquierdo en el alféizar y abriendo con el derecho la puerta, al tiempo qué estiraba las dos manos para agarrarme a las jambas. Cogí la pistola con la mano derecha.

Había allí cuatro personas, Belinda, Goodbody y los dos socios. Belinda, pálida y forcejeante, pero silenciosa, estaba ya embutida en

un amplio vestido de Huyler y un bordado corpiño, con los brazos sujetos a la espalda por los rubicundos y joviales Morgenstern y Muggenthaler, cuyas radiantes y paternales sonrisas empezaban ahora a cuajarse en un lento y casi grotesco movimiento… Goodbody, que estaba de espaldas a mí y acababa de ajustar a su gusto la toca de Belinda, giró sobre sí mismo muy despacio. Abrió la boca, se le dilataron los ojos y la sangre se desvaneció de su rostro hasta quedar casi del color de sus canos cabellos.

Avancé dos pasos y alargué un brazo hacia Belinda. Ella me miró incrédulamente unos momentos, luego se soltó de las inertes manos de Morgenstern y Muggenthaler y se me acercó corriendo. Su corazón palpitaba como el de un pájaro enjaulado, pero, aparte de eso, no parecía demasiado afectada por lo que tenía que haber sido una horrible experiencia.

Miré a los tres hombres y sonreí todo lo ampliamente que pude sin que me doliera demasiado la cara.

—Ahora saben ustedes qué aspecto tiene la muerte.

Ya lo creo que lo sabían. Con los rostros petrificados, levantaron las manos, estirándolas hacia arriba cuanto les era posible. Les mantuve así, sin hablar, hasta que sonaron en la escalera los pasos de De Graaf y Van Gelder, y ambos entraron en la habitación. Durante ese tiempo, no sucedió nada. Juraría que ninguno de ellos parpadeó siquiera. Belinda había empezado a temblar incontrolablemente por efecto de la reacción, pero se las arregló para dirigirme una ligera sonrisa, y comprendí que todo iría perfectamente: la Interpol de París no la había elegido al azar.

De Graaf y Van Gelder, empuñando sendas pistolas, contemplaron la escena.

—¿Qué diablos se cree que está haciendo, Sherman? ¿Por qué están esos tres hombres? —exclamó De Graaf.

—¿Le parece que se lo esplique? —le interrumpí.

—Harán falta no pocas explicaciones —elijo Van Gelder con gravedad—. Tres conocidos y respetados ciudadanos de Ámsterdam…

—No me haga reír, por favor —dije—. Me duele la cara.

—Eso también —dijo De Graaf—. ¿Cómo diablos…?

—Me corté al afeitarme. —Eran, en realidad, palabras de Astrid, pero yo no estaba de humor para respuestas ingeniosas—. ¿Puedo contárselo?

De Graaf suspiró y asintió, con la cabeza.

—¿A mi manera?

Volvió a asentir.

Me volví hacia Belinda.

—¿Sabes que Maggie ha muerto?

—Sé que ha muerto. —Su voz era un tembloroso murmullo; no se había recobrado, tanto como yo había creído—. Él me lo ha dicho. Me lo ha dicho y ha sonreído.

—Es su compasión cristiana que se manifiesta. No puede evitarlo. Bien —dije a los policías—, mírenlo bien, caballeros. Goodbody. El asesino más sádicamente psicópata que he visto jamás…, o del que haya oído hablar. El hombre que colgó a Astrid Lemay de un gancho. El hombre que hizo morir a Maggie acribillada con horcas campesinas en un campo de heno de Huyler. El hombre…

—¿Acribillada con horcas, ha dicho? —preguntó De Graaf. Se notaba que su mente se resistía a aceptarlo.

—Espere. El hombre que enloqueció de tal modo a George Lemay que le mató. El hombre que intentó eliminarme de la misma manera; el hombre que hoy ha intentado tres veces matarme. El hombre que pone botellas de ginebra en las manos de moribundos toxicómanos. El hombre que arroja personas a los canales con tubos de plomo en torno a sus cinturas después de Dios sabe qué sufrimientos y torturas. Aparte de ser el hombre que lleva la degradación, la demencia y la muerte a millares de desgraciados seres humanos de todo el mundo. Por propia confesión suya, el titiritero que columpia a un millar de muñecas colgadas al extremo de sus cadenas y las hace a todas danzar a su compás. La danza de la muerte.

—No es posible —dijo Van Gelder. Parecía aturdido—. No puede ser. ¿El doctor Goodbody? ¿El pastor de…?

—Se llama Ignatius Catanelli y está en nuestros archivos. Exmiembro de una *cosa nostra* de la costa este americana. Pero ni siquiera los mafiosos podían soportarle. Ellos nunca matan gratuitamente; lo hacen sólo por sólidas razones de negocios. Pero Catanelli mataba porque está enamorado de la muerte. Cuando era pequeño, probablemente arrancaba las alas a las moscas. Pero cuando creció, las moscas no eran bastante para él. Tuvo que abandonar los Estados Unidos, pues la Mafia solamente le ofrecía una alternativa.

—Esto…, esto es fantástico. —Fantástico o no, el color seguía sin volver a las mejillas de Goodbody—. Es injurioso. Es…

—Cállese —dije—. Tenemos sus huellas dactilares y su índice cefálico. Debo reconocer que posee una excelente organización. Ciertos barcos de cabotaje, al entrar en Ámsterdam, dejan caer un recipiente lastrado y herméticamente cerrado conteniendo heroína junto a una determinada boya frente a la costa. El recipiente es luego dragado por una barcaza y llevado a Huyler, donde es transportado a una fábrica de muñecas que existe en el lugar. Las muñecas son transportadas luego a este almacén. Nada de particular en esto…, excepto que la muñeca especialmente marcada contiene heroína.

Goodbody dijo:

—Absurdo, absurdo. No puede usted demostrar nada de eso.

—Como me propongo matarle dentro de uno o dos minutos, no necesito demostrar nada. Oh, sí, él amigo Catanelli tenía una organización magnífica. Desde organilleros hasta bailarinas de *strip-tease* trabajaban para él; una combinación de chantaje, dinero, toxicomanía y la amenaza final de muerte les hacía mantener a todos un silencio sepulcral.

—¿Que trabajaban para él? —De Graaf estaba todavía muy por detrás de mí, incapaz de seguirme—. ¿En qué aspecto?

—Induciendo y distribuyendo. Parte de la heroína, una cantidad relativamente pequeña, quedaba aquí, en las muñecas; parte iba a

las tiendas, parte al carro de muñecas del parque Vondel… y otros carros parecidos, que yo sepa. Las chicas de Goodbody iban a las tiendas y compraban esas muñecas, que estaban secretamente marcadas, y las hacían enviar a otros distribuidores, o adictos, en el extranjero. Las del parque Vondel eran vendidas a bajo precio a los organilleros, con los cuales se ponían en contacto los que se hallaban en un estado tan avanzado que no se les podía permitir que aparecieran en lugares respetables, es decir, si se les puede llamar lugares respetables a tugurios como el Balinova.

—Entonces, ¿cómo diablos no cogimos nunca a nadie? —preguntó De Graaf.

—Se lo diré enseguida. Continuemos con la distribución. Una proporción todavía mayor de la droga salía de aquí en cajas de Biblias, las que nuestro beato amigo aquí presente distribuía gratis tan amablemente por todo Ámsterdam. Algunas de las Biblias están huecas. Las jovencitas que nuestro Goodbody, en la inefable bondad de su corazón cristiano, estaba tratando de rehabilitar y salvar de un destino peor que la muerte, asistían a sus servicios con Biblias en sus dulces manos, algunas de ellas, Dios nos ayude, astutamente vestidas de monja; luego, salían con Biblias diferentes en sus dulces manos y revendían la droga por los *night-clubs*. El resto de la droga, la mayor parte, iba al Kasteel Linden. ¿O me he dejado algo, Goodbody?

Por la expresión de su cara, resultaba evidente que no me había dejado nada de importancia, pero no respondió. Levanté ligeramente la pistola y dije:

—Bien, creo que es todo, Goodbody.

—¡Nadie se va a tomar la ley por su mano! —exclamó ásperamente De Graaf.

—Usted mismo puede ver que está tratando de escapar —dije.

Goodbody estaba inmóvil: le habría sido imposible levantar sus manos un milímetro más.

Entonces, por segunda vez en aquel día, una voz a mi espalda dijo:

—Suelte esa pistola, *Mr*. Sherman.

Me volví lentamente y solté el arma. Cualquiera podía quitármela. Esta vez era Trudi, que emergió de las sombras a sólo un par de metros de distancia, con una *Luger* firmemente empuñada en su mano derecha.

—¡Trudi! —De Graaf miró, sin comprender, a la sonriente rubia—. ¿Qué diablos…?

Se interrumpió y profirió un grito, de dolor cuando el cañón de la pistola de Van Gelder le golpeó en la muñeca. La pistola de De Graaf cayó al suelo, y, al volverse a mirar al hombre que le había pegado, los ojos de De Graaf reflejaban la más absoluta estupefacción. Goodbody, Morgenstern y Muggenthaler bajaron las manos, y los dos últimos sacaron sendas pistolas de debajo de sus chaquetas: era tan grande la cantidad de paño necesaria para cubrir sus enormes cuerpos que no necesitaban, como yo, el ingenio de sastres especializados para disimular el bulto de sus armas.

Goodbody sacó un pañuelo, se enjugó la frente, que necesitaba con urgencia ser enjugada, y dijo quejumbrosamente a Trudi:

—Has tardado en aparecer, ¿eh?

—¡Oh, me estaba divirtiendo! —Soltó una risita, con un alegre sonido que habría helado la sangre de un lenguado congelado—. ¡Lo estaba pasando en grande!

—Una pareja conmovedora, ¿verdad? —dije a Van Gelder—. Ella y su santurrón compañero. Esa confiada inocencia…

—Cállese —dijo fríamente Van Gelder. Se acercó, me pasó las manos por él cuerpo en busca de armas, pero no encontró ninguna —. Siéntese en el suelo. Mantenga las manos donde yo pueda verlas. Usted también, De Graaf.

Hicimos lo que se nos ordenaba. Me senté con las piernas cruzadas, los antebrazos apoyados en los muslos y las manos colgando cerca de los tobillos. De Graaf me miró. Su rostro reflejaba su absoluta falta de comprensión.

—Ahora iba a llegar a esto —dije en son de excusa—. Me disponía a decirle por qué han adelantado ustedes tan poco en su

tarea de detectar el origen de esas drogas. Su fiel lugarteniente el inspector Van Gelder, se cuidaba de que no se hiciera ningún proceso.

—¿Van Gelder? —De Graaf, aun teniendo delante la plena evidencia física, no podía concebir la traición de un oficial de Policía.

—No le está apuntando con una bolsa de caramelos —dije con suavidad—. Van Gelder es el jefe, Van Gelder es el cerebro. Él es Frankenstein, Goodbody es el monstruo que se ha salido de control. ¿Cierto, Van Gelder?

—¡Cierto!

La siniestra mirada que Van Gelder dirigió a Goodbody no auguraba nada bueno para el futuro de éste, aunque, de todas formas, yo no creía que tuviese ninguno.

Miré a Trudi sin afecto.

—Y, en cuanto a su Caperucita Roja, Van Gelder, esa dulce amante suya…

—¿Amante?

De Graaf estaba tan desconcertado que ya no parecía asombrado.

—Como lo oye. Pero creo que Van Gelder ha dejado ya de estar enamorado de ella, ¿no es verdad, Van Gelder? Ha llegado a convertirse en un alma gemela y psicópata del reverendo —dije, volviéndome hacia De Graaf—. Nuestro pequeño pimpollo no es adicta a las drogas. Goodbody sabe arreglárselas para que esas marcas en sus brazos parezcan reales. Él me lo dijo. Su edad mental no es de ocho años, es más vieja que el pecado mismo. Y el doble de malvada.

—No sé. —De Graaf parecía cansado—. No entiendo…

—Ella tenía asignados tres objetivos —dije—. Con Van Gelder teniendo una hija así, ¿quién habría dudado de que era un fanático enemigo de las drogas y de los malvados que se benefician de ellas? Ella era el intermediario perfecto entre Van Gelder y Goodbody; nunca se ponían directamente en contacto, ni siquiera por teléfono. Y, lo más importante, era el eslabón vital en la línea de suministro de

la droga. Llevaba su muñeca a Huyler, la cambiaba por otra cargada de heroína, la llevaba al carro de muñecas del parque Vondel y la volvía a cambiar. El carro, naturalmente, la traía aquí cuando volvía para aprovisionarse, Es una chica muy cariñosa nuestra Trudi. Pero no debería haber usado belladona para dar a sus ojos esa mirada brillante de toxicómano. No me di cuenta en el momento, pero, si me dan tiempo suficiente y me asestan un buen golpe en la cabeza, al final acabo dándome cuenta. No era la mirada que tenía que ser; he hablado con muchos toxicómanos que tenían la mirada adecuada. Y entonces comprendí.

Trudi soltó una risita y se pasó la lengua por los labios.

—¿Puedo dispararle ahora? ¿En la pierna?

—Eres un bocado delicioso —dije—, pero deberías seguir un orden de prioridad. ¿Por qué no miras a tu alrededor?

Ella miró a su alrededor. Todo el mundo miró a su alrededor. Yo no. Yo miré a Belinda y, luego, moví casi imperceptiblemente la cabeza en dirección a Trudi, que estaba entre ella y la abierta ventana. Belinda, a su vez, miró brevemente a Trudi y supe que había comprendido.

—¡Necios! —dije despreciativamente—. ¿Cómo creen que conseguí toda mi información? ¡Me la dieron! Me la dieron dos personas que estaban mortalmente aterradas y que les traicionaron para ser perdonadas. Morgenstern y Muggenthaler.

Es indudable que había individuos bastante inhumanos entre los presentes, pero todos eran humanos en sus reacciones. Todos clavaron la vista con consternación en Morgenstern y Muggenthaler, que permanecían con ojos desencajados y boquiabiertos, y boquiabiertos murieron, pues ambos tenían pistola, y la pistola que yo tenía ahora en la mano era muy pequeña y no me podía permitir el lujo de herirlos solamente. En el mismo instante, Belinda se abalanzó contra Trudi, que, desprevenida, retrocedió tambaleándose, osciló sobre el alféizar de la ventana y cayó, perdiéndose de vista.

No había terminado aún el prolongado y gimiente grito de Trudi, cuando De Graaf trató desesperadamente de agarrar la mano

armada de Van Gelder, pero no tuve tiempo de ver cómo se desenvolvía De Graaf, pues saltó sobre las puntas de los pies, todavía cruzados y me lancé contra Goodbody, que estaba intentando sacar su pistola, Goodbody cayó hacia atrás con un estruendo que dijo mucho en favor de la solidez del piso del almacén; un segundo después, me había situado tras él y le hacía emitir extraños y crujientes sonidos en la garganta, porque le había pasado el brazo en torno al cuello como si quisiera que su nuca tocara su espalda.

De Graaf yacía en el suelo, con el rostro cubierto de sangre que manaba de una herida en la frente, y emitiendo débiles gemidos. Van Gelder sujetaba ante sí a una forcejeante Belinda, utilizándola como escudo, del mismo modo que hacía yo con Goodbody. Van Gelder sonreía. Ambos nos estábamos apuntando mutuamente con nuestras pistolas.

—Conozco a los Sherman de este mundo. —El tono de Van Gelder era tranquilo, coloquial—. Nunca se arriesgarían a causar daño a una persona inocente, en particular a una chica tan hermosa como ésta. En cuanto a Goodbody, me trae sin cuidado que le acribillen a balazos. ¿Está claro?

Miré el lado derecho del rostro de Goodbody, que era la única parte del mismo que podía ver. Su color variaba entre el púrpura y el malva, y resultaba difícil decir si ello se debía a que estaba siendo lentamente estrangulado por mí o a su reacción ante el pronto e insensible abandono de que era objeto por parte de su antiguo socio. Ignoro por qué le miré; en lo último que yo pensaba era en sopesar los respectivos valores de Belinda y Goodbody como rehenes: mientras Van Gelder tuviera a Belinda como rehén, se hallaba tan seguro como un hombre en una iglesia. Bueno, en cualquier iglesia que no fuese la del reverendo Goodbody.

—Perfectamente claro —respondí.

—Otra cosa —prosiguió Van Gelder—. Usted tiene una pistolita de juguete. Yo tengo un *Colt* de la Policía. —Asentí con la cabeza—. Es mi salvoconducto. —Empezó a moverse hacia la escalera,

manteniendo a Belinda entre él y yo—. Al final de la calle hay una furgoneta de la Policía. La mía. Voy a subir a ella. Mientras baje, iré rompiendo todos los teléfonos. Si cuando llegue a la furgoneta no le veo a usted asomado a esa ventana, ya no necesitaré a la chica. ¿Comprende?

—Comprendo. Y si la mata sin motivo alguno, usted no podrá volver a dormir tranquilo. Y usted lo sabe.

Dijo «lo sé» y desapareció andando hacia atrás por la escalera, arrastrando consigo a Belinda. No presté atención a su marcha. Vi a De Graaf que se incorporaba y se llevaba un pañuelo a su ensangrentada frente, por lo que deduje que aún era capaz de cuidar de sí mismo. Aflojé la presión en la garganta de Goodbody, me apoderé de su pistola y, luego, todavía sentado detrás de él, saqué las esposas y sujeté sus dos muñecas, una a la muñeca del muerto Morgenstern, otra a la muñeca del muerto Muggenthaler. Después, me levanté, di la vuelta en torno a Goodbody y ayudé a un débil De Graaf a sentarse en una silla. Me volví a mirar a Goodbody, que, con un rictus de terror grabado en el rostro, tenía la vista fija en mí. Cuando habló, su voz, normalmente grave y pontifical, era casi un histérico chillido.

—¡No puede usted dejarme así!

Miré a los dos corpulentos comerciantes a los que se hallaba encadenado.

—Siempre puede ponerse uno debajo de cada brazo y escapar.

—En nombre de Dios, Sherman…

—Usted colgó a Astrid de un gancho. Yo le dije que la ayudaría, y usted la colgó de un gancho. Hizo matar a Maggie a golpes de horca. A mi Maggie. Iba usted a colgar a Belinda de un gancho. A mi Belinda. Es usted un hombre que ama a la muerte. Trátela de cerca para variar. —Me dirigí a la ventana, miré al exterior y volví a mirarle a él—. Y, si no encuentro viva a Belinda, no regresaré.

Goodbody gimió como un animal herido y, con horrorizada y estremecida repugnancia, miro a los dos cadáveres que le mantenían prisionero. Me dirigí a la ventana y miré hacia abajo.

Trudi yacía despatarrada en la acera. No la miré dos veces. Al otro lado de la calle, Van Gelder conducía a Belinda hacia la furgoneta de la Policía. Al llegar a ella, levantó la vista, me vio, asintió con la cabeza y abrió la portezuela.

Me aparté de la ventana, me acerqué al todavía aturdido De Graaf, le ayudé a ponerse en pie y avancé con él hacia la escalera. Luego, me volví y miré a Goodbody. Sus desorbitados ojos miraban fijos en un rostro enloquecido por el terror, y su garganta emitía extraños y roncos sonidos. Parecía un hombre perdido para siempre en una negra e interminable pesadilla, un hombre perseguido por los demonios y consciente de que nunca podrá escapar.

CAPÍTULO XIV

Era ya casi noche cerrada en las calles de Ámsterdam, caía una llovizna ligera pero intensamente fría al ser impulsada por las fuertes ráfagas de viento. Las primeras estrellas brillaban pálidamente entre las nubes; la luna no había aparecido aún.

Yo esperaba sentado al volante del Opel, aparcado junto a una cabina telefónica. Al poco rato, se abrió la puerta de la cabina, y De Graaf, conteniéndose con el pañuelo la sangre que manaba todavía de la herida de su frente, salió y subió al coche. Le miré interrogativamente.

—La zona quedará completamente acordonada dentro de diez minutos. Y cuando digo acordonada quiero decir sin posibilidad de que nadie salga de ella. Garantizado. —Se enjugó la sangre—. Pero ¿cómo puede usted estar seguro…?

—Él estará allí. —Puse el motor en marcha y arranqué—: En primer lugar, Van Gelder pensará que es el último sitio de Ámsterdam donde se nos ocurriría buscarle. En segundo lugar, esta misma mañana ha llevado Goodbody la última remesa de heroína de Huyler. En una de esas grandes muñecas, sin duda. La muñeca no estaba en su coche cuando lo vi aparcado junto al castillo, así que tuvo que dejarla en la iglesia. No le ha dado tiempo a llevarla a ningún otro sitio. Además, probablemente hay en la iglesia otra fortuna en drogas. Van Gelder no es como Goodbody y Trudi. Él no está en el juego por diversión. Está en él por dinero… y no va a perderse ese momio.

—¿Momio?

—Perdón. Dinero. La mercancía quizá valga millones de dólares.

—¡Van Gelder! —De Graaf movió lentamente la cabeza—. No puedo creerlo. ¡Un hombre como él! Con un magnífico historial en la Policía.

—Reserve su simpatía para sus víctimas —dije con rudeza. No había tenido intención de hablar así a un hombre enfermo pero yo mismo lo era todavía: dudaba que el estado de mi cabeza fuera ni siquiera ligeramente mejor que el de la de De Graaf—. Van Gelder es peor que ninguno de ellos. En favor de Goodbody y Trudi se puede decir, al menos, que sus mentes estaban tan maldispuestas y retorcidas que ya no eran responsables de sus actos. Pero Van Gelder no está enfermo de esa manera. Todo lo hace a sangre fría, por dinero. Conoce los resultados. Sabía lo que estaba sucediendo, cómo se estaba comportando su psicopático amigo Goodbody. Y lo toleraba. Si hubiera podido mantener eternamente el negocio en marcha, habría tolerado eternamente las mortales aberraciones de Goodbody. —Miré especulativamente a De Graaf—. ¿Sabe que su hermano y su esposa murieron en un accidente automovilístico en Curaçao?

De Graaf tardó unos instantes en responder.

—¿No fue un trágico y casual accidente?

—No fue un accidente casual. Nunca lo demostraremos, pero apostaría mi pensión a que fue causado por una combinación de lo mucho que su hermano, que era un experto agente de seguridad, estaba averiguando acerca de él y el deseo de Van Gelder de desembarazarse de su esposa, que se estaba interponiendo entre él y Trudi… en los tiempos anteriores a la salida a la superficie de las más atractivas cualidades de Trudi. Mi tesis es que ese hombre es un frío calculador, totalmente implacable y carente por completo de lo que consideramos normales sentimientos humanos.

—Usted nunca vivirá lo suficiente para percibir su pensión —dijo sombríamente De Graaf.

—Quizá no. Pero tenía razón en una cosa.

Habíamos enfilado la calle del canal, donde estaba situada la iglesia de Goodbody, y allí, enfrente, estaba la furgoneta azul de la Policía. No nos detuvimos, pasamos junto a ella, paramos ante la puerta de la iglesia y nos apeamos. Un sargento uniformado bajó los escalones para saludarnos, y, cualquiera que fuese la impresión que le hubieran producido los dos inválidos que tenía delante, la disimuló muy bien.

—Vacía, señor —dijo—. Hemos subido incluso a la torre.

De Graaf se volvió y miró a la furgoneta azul.

—Si el sargento Gropius dice que no hay nadie ahí, entonces es que no hay nadie ahí. —Hizo una pausa y añadió lentamente—: Van Gelder es un hombre brillante. Ahora lo sabemos. No está en la Iglesia. No está en casa de Goodbody. Mis hombres tienen cortados los dos extremos del canal y de la calle. Así que no está aquí. Está en otra parte.

—Está en otra parte, pero está aquí —dije—. Si no lo encontramos, ¿cuánto tiempo mantendrá usted el cerco?

—Hasta que hayamos registrado todas las casas de la calle. Dos horas, quizá tres.

—¿Y luego podría marcharse Van Gelder?

—Podría. Si estuviera aquí.

—Está aquí —dije con seguridad—. Estamos a sábado por la noche. ¿Trabajan los domingos los obreros de la construcción?

—No.

—Eso le da treinta y seis horas. Esta noche, incluso mañana por la noche, baja y se larga.

—¡Mi cabeza! —De Graaf volvió a llevarse la mano a su herida—. La culata de la pistola de Van Gelder era muy dura. Me temo que…

—Aquí abajo no está —dije pacientemente—. Registrar las casas es una pérdida de tiempo. Y tengo la absoluta certeza de que no se encuentra en el fondo del canal, conteniendo el aliento todo este tiempo. Así que, ¿dónde puede estar?

Levanté inquisitivamente la vista hacia el oscuro y anubarrado cielo. De Graaf siguió mi mirada. La negra silueta de la grúa parecía

llegar casi hasta las nubes; el extremo de su gran aguilón horizontal se perdía en la oscuridad circundante. Siempre me había parecido que la enorme grúa poseía un sobrenatural y amenazador aspecto: esta noche —probablemente a causa de lo que estaba pensando— parecía terrible, pavorosa y siniestra en grado sumo.

—Claro —murmuró De Graaf—. Claro.

—Bien, entonces será mejor que vaya —dije.

—¡Es una locura! Mírese la cara. No se encuentra usted bien.

—Estoy perfectamente.

—Entonces, iré con usted —dijo De Graaf con decisión.

—No.

—Tengo policías jóvenes, competentes…

—No tiene usted derecho moral a pedir a ninguno de sus hombres, sean o no jóvenes y competentes, a que hagan esto. No discuta. Me opongo. Además, no es ocasión para un ataque frontal. Secreto, sigilo…, o nada.

—No puede por menos de verle.

De buena gana o no, De Graaf estaba aceptando mi punto de vista.

—No necesariamente. Desde donde él se encuentra, todo, abajo, debe de verse envuelto en tinieblas.

—Podemos esperar —insistió—. Tiene que bajar. Se verá obligado a bajar en algún momento antes del lunes.

—Van Gelder no se complace en la muerte. Eso lo sabemos. Pero la muerte le es del todo indiferente. Eso también lo sabemos. Las vidas, las vidas ajenas, no significan nada para él.

—¿Y…?

—Van Gelder no está aquí abajo. Pero tampoco Belinda. Por lo tanto, está arriba con él…, y cuando baje traerá consigo su escudo viviente. No tardaré.

No hizo más intentos por detenerme. Le dejé junto a la puerta de la iglesia, me dirigí al solar, llegué hasta la grúa y empecé a trepar por la interminable serie de escalas diagonalmente colocadas dentro de la enrejada estructura de aquélla. Era una larga ascensión, de la

qué, dado mi estado físico, bien podía haber prescindido, pero no había en ella nada particularmente fatigoso ni peligroso. Sólo una larga y trabajosa ascensión: el peligro quedaba más arriba. Cuando hube cubierto las tres cuartas partes del trayecto, me detuve para tomar aliento y miré hacia abajo.

No se tenía sensación de altura, pues la oscuridad era casi completa, los faroles de la calle que flanqueaban el canal no eran más que débiles puntos de luz, y el canal mismo sólo una cinta oscuramente reluciente. Todo parecía remoto, irreal. No podía distinguir la forma de ninguna de las casas: lo único que podía columbrar era la veleta de la torre de la iglesia.

Levanté la vista. La cabina de control de la grúa estaba aún a quince metros de mí, una sombra vagamente rectangular que se recortaba contra un cielo casi negro. Reanudé mi ascensión.

Sólo tres metros me separaban de la trampilla existente en el suelo de la cabina cuando se hizo una brecha en las nubes y resplandeció por ella la luna, solamente una media luna, pero su fulgor bañó la amarilla grúa y su imponente aguilón en un chorro de luz extrañamente brillante que iluminó cada viga y cada travesaño de su estructura. También me iluminó a mí, y tuvo el curioso efecto de hacerme sentir lo mismo que sienten los aviadores al ser enfocados por un reflector: el de ser prendido en una pared con un alfiler. Levanté de nuevo la vista y pude ver cada uno de los clavos de la trampilla, y entonces se me ocurrió la idea de que si yo podía ver tan bien hacia arriba, cualquiera podría ver igual de bien hacia abajo, y cuanto más tiempo pasase en esa situación mayores eran las probabilidades de ser descubierto. Así, pues, saque la pistola de la funda sobaquera y ascendí con cautela los últimos peldaños de la escala. Me hallaba a menos de un metro de distancia de la trampilla cuando ésta se levantó un poco y asomó por la rendija el largo y torvo cañón de una pistola. Sé que en aquel momento yo debería haber sentido el pesar y el desaliento que acompañan a la desesperación de la certeza de la derrota final, pero aquel día había agotado todas mis emociones y acepté lo inevitable con un fatalismo

que a mi mismo me sorprendió. No se trataba de sumisión voluntaria; de haber tenido una probabilidad; por remota que fuese, le habría abatido de un disparo. Pero no tenía absolutamente ninguna probabilidad, y lo acepté.

—Ésta es una pistola contra disturbios de veinticuatro tiros —dijo Van Gelder. Su voz poseía un timbre metálicamente cavernoso, con sepulcrales: tonalidades que no parecían en absoluto inapropiadas—. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sé lo que eso significa.

—Deme su pistola, por la culata.

Le entregué mi pistola, con el garbo y la pericia que da la larga experiencia en entregar pistolas.

—Ahora la pistolita de su calcetín.

Le entregué la pistolita de mi calcetín. Se abrió la trampilla y pude ver con toda claridad a Van Gelder a la luz de la luna que penetraba por las ventanillas de la cabina.

—Entre —dijo—. Hay sitio de sobra.

Subí a la cabina. Como había dicho Van Gelder, había sitio de sobra. En caso de apuro, podrían haberse acomodado allí una docena de personas. Van Gelder, con su habitual y tranquilo porte, sostenía, colgada del hombro, una pistola automática de desagradable aspecto. Belinda se hallaba sentada en el suelo en un rincón, pálida y exhausta, con una gran muñeca de Huyler a su lado. Belinda trató de sonreírme, pero no había alegría en su sonrisa: tenía un aire tan indefenso y desamparado que estuve a punto de abalanzarme contra Van Gelder, haciendo caso omiso de su pistola, pero la sensatez y un rápido cálculo de la distancia que debía salvar me hicieron optar por bajar suavemente la trampilla y enderezarme de forma igualmente circunspecta. Miré la pistola.

—Supongo que la ha cogido del coche de la Policía —dije.

—Supone bien.

—Debería haber pensado en ello.

—En efecto —Van Gelder suspiró—. Sabía que vendría usted, pero ha hecho un largo camino para nada. Vuélvase.

Me volví. El golpe que recibí en la nuca no fue asestado con el vigor y el orgullo en su destreza que había manifestado Marcel pero fue suficiente para aturdirme un momento y hacerme caer de rodillas. Noté vagamente que algo frío y metálico rodeaba mi muñeca izquierda y, cuando empecé a tomarme un interés activo en lo que sucedía a mi alrededor, me encontré con que estaba sentado casi hombro con hombro con Belinda, esposado a su muñeca derecha y con la cadena de las esposas pasando por la argolla de la trampilla. Me froté la nuca con suavidad: a causa de los esfuerzos combinados de Marcel y Goodbody, y, ahora, Van Gelder, mi cabeza había sufrido aquel día un duro castigo y me dolía terriblemente en todos los puntos en que puede doler una cabeza.

—Dispense el golpe —dijo Van Gelder—. Pero preferiría colocarle las esposas a un tigre inconsciente. Bien, la luna casi se ha oscurecido. Un minuto, y se habrá ocultado. Tres minutos, y yo estaré en tierra firme.

Le miré con incredulidad.

—¿Va usted a bajar?

—¿Qué otra cosa voy a hacer? Pero no de la forma que usted imagina. He visto situarse al cordón policíaco, pero nadie parece haber advertido el hecho de que el extremo de la grúa se extiende sobre el canal hasta veinte metros, por lo menos, más allá del cordón. Ya he bajado el gancho hasta el nivel del suelo.

La cabeza me dolía demasiado para que pudiera hacer un comentario adecuado. Dadas las circunstancias, probablemente no había ninguno. Van Gelder se puso en bandolera su pistola y se sujetó la muñeca al otro hombro con una cuerda. Luego, dijo con suavidad:

—Ah, ya se ha ocultado la luna.

Así era. Van Gelder, convertido en una sombra borrosa, se dirigió a la parte anterior de la cabina, junto al panel de control, abrió la puerta que allí había y salió al exterior.

—Adiós, Van Gelder--dije.

Él no respondió. La puerta se cerró, y quedamos solos Belinda me cogió la mano esposada.

—Sabia que vendría —cuchicheó; luego, con un destello de la vieja Belinda, añadió—. Pero ha tardado bastante, ¿no?

—Es lo que te dije, las clases dirigentes siempre tienen cosas que atender.

—¿Y…, y tenía que decirle adiós a un hombre como ése?

—Me ha parecido oportuno… Nunca le volveré a ver. Vivo, al menos. —Hurgué en él bolsillo derecho de mi chaqueta—. ¿Quién lo hubiera pensado? Van Gelder, su propio verdugo.

—¿Cómo?

—Fue idea suya prestarme un taxi de la Policía, a fin de que se me pudiera reconocer inmediatamente y seguirme a donde quiera que fuese. Yo tenía esposas; las utilicé para inmovilizar a Goodbody. Y llaves para las esposas. Éstas.

Abrí las esposas, me levanté y me dirigí a la parte anterior de la cabina. La luna estaba, ciertamente, oculta tras una nube, pero Van Gelder había sobrestimado la densidad de esa nube. Desde luego, en el cielo sólo había una pálida claridad, pero suficiente para permitirme ver a Van Gelder, a unos quince metros de distancia ya, sacudidos por el fuerte viento los faldones de su chaqueta y el vestido de la muñeca, mientras se movía como un cangrejo gigante por la enrejada estructura del aguilón.

Mi diminuta linterna era una de las pocas cosas que no me habían quitado aquel día. La utilicé para localizar un interruptor en la parte alta y bajé la palanca. Se encendieron unas luces en el panel de control, y lo examiné brevemente. Me di cuenta de que Belinda estaba ahora a mi lado.

—¿Qué va a hacer? —susurró.

—¿Tengo que explicarlo?

—¡No! ¡No! ¡No puede hacerlo! No creo que supiera exactamente lo que me proponía hacer, pero, por lo que debió de ser un elemento de irrevocable decisión en mi voz, adivinó claramente que los resultados de cualquier acción que yo emprendiese serían de una

naturaleza permanente. Miré de nuevo a Van Gelder, que había recorrido ya las tres cuartas partes la distancia que le separaba del extremo del aguilón, y, luego, me volví bacía Belinda y apoyé las manos en sus hombros.

—Escucha. ¿No sabes que nunca podremos demostrar nada contra Van Gelder? ¿No sabes que tal vez haya destruido un millar de vidas? ¿Y no sabes que lleva consigo heroína suficiente para destruir otro millar?

—¡Podría hacer girar el aguilón! Para que, quede dentro del cordón de la Policía.

—Nunca cogerán vivo a Van Gelder. Yo lo sé, tú lo sabes, y lo sabemos todos. Y lleva consigo una pistola contra disturbios. ¿Cuántos hombres buenos quieres que mueran, Belinda?

No dijo nada y se apartó. Yo volví a mirar afuera. Van Gelder había llegado al extremo del aguilón y no estaba perdiendo el tiempo, pues se inclinó inmediatamente hacia abajo, enroscó sus manos y piernas en torno al cable y empezó a deslizarse, moviéndose con una casi precipitada premura para la que había sobrada justificación: la nube iba adelgazando rápidamente, y la intensidad luminosa del cielo aumentaba por momentos.

Miré hacia abajo, y, por primera vez, pude ver las calles de Ámsterdam, pero ya no era Ámsterdam; sólo una ciudad de juguete, con diminutas calles y canales y casas, muy parecida a esas maquetas a pequeña escala para trenes eléctricos que se ven por Navidad en los grandes almacenes.

Miré detrás dé mí. Belinda se había sentado de nuevo en el suelo; con el rostro entre las manos, quería impedirse a sí misma ver lo que iba a suceder. Miré de nuevo hacia el cable, y esta vez no tuve la menor dificultad en ver con toda claridad a Van Gelder, pues la luna había salido de detrás de la nube.

Había recorrido ya la mitad del trayecto de descenso y empezaba a balancearse de un lado a otro al impulso del viento, aumentando a cada momento la amplitud de su arco pendular. Agarré un volante y lo hice girar a la izquierda.

El cable empezó a ascender, y Van Gelder con él: el asombro debió de dejarle momentáneamente soldado al cable. Luego, comprendió lo qué estaba sucediendo y empezó a deslizarse hacia abajo a gran velocidad, a una velocidad tres veces superior, por lo menos, a la que ascendía el cable.

Yo podía ver ya el gigantesco gancho que había al extremo del cable, a menos de quince metros por debajo de Van Gelder. Centré el volante una y otra vez, con Van Gelder aferrado inmóvil al cable. Sabía lo que tenía que hacer, pero quería terminar lo más pronto que fuera humanamente posible. Giré el volante a la derecha, el cable empezó a descender a toda velocidad y luego, lo centré de nuevo. Noté la violenta sacudida que se produjo cuando el cable se detuvo bruscamente. Van Gelder se soltó, y en aquel momento cerré los ojos. Los abrí, esperando ver un cable vacío y Van Gelder perdido de vista; sin embargo, él continuaba allí, pero no aferrado ya al cable: yacía con el rostro hacia abajo, empalado en el gigantesco gancho, balanceándose de un lado a otro en amplios arcos, a quince metros de altura sobre las casas de Ámsterdam. Me volví, fui hasta donde estaba Belinda, me arrodillé y le retiré las manos de su cara. Me miró. Yo había esperado encontrar repugnancia en su rostro, pero no fue así, sólo había tristeza, cansancio y, de nuevo, aquella expresión de niña abandonada.

—¿Ha terminado todo? —susurró.

—Todo ha terminado.

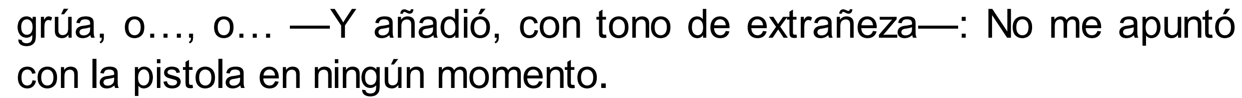
—Y Maggie ha muerto. —Yo guardé silencio—. ¿Por qué tenía que morir Maggie y no yo?

—No lo sé, Belinda.

—Maggie era buena en su trabajo, ¿verdad?

—Maggie era buena.

—¿Y yo? —No respondí—. No necesita decírmelo —continuó sordamente—. Debería haber empujado a Van Gelder por las escaleras en el almacén, o tratar de que su furgoneta se estrellara, o haberle tirado al canal, o haberle hecho caer de los peldaños de la


grúa, o…, o… —Y añadió, con tono de extrañeza—: No me apuntó con la pistola en ningún momento.

—No necesitaba hacerlo, Belinda.

—¿Lo sabía usted?

—Si.

—Primera categoría, agente femenino —dijo con amargura—. Primer trabajo en estupefacientes…

—Última misión en estupefacientes.

—Comprendo —dijo ella con voz apagada—. Estoy despedida.

—Ésta es mi chica —dije, con tono de aprobación. La hice ponerse en pie—. Al menos conoces las reglas, la que te concierne, desde luego, la única.

Me miró un largo momento; luego, lentamente, la sonrisa apareció por primera vez aquella noche.

—Ésa es la única —dije—. No se permite a las mujeres casadas continuar en el servicio.

Sepultó la cara en mi hombro, lo que, al menos, le ahorró el sufrimiento de tener que mirar mi maltratado rostro.

Yo miré, más allá de la rubia cabeza, al mundo que se extendía debajo. El enorme gancho, con su siniestra carga, oscilaba ahora violentamente, y, en el extremo de uno de los arcos, pistola y muñeca se deslizaron de los hombros de Van Gelder y cayeron. La pistola contra disturbios y la bella muñeca de Huyler fueron a parar a los adoquines del otro lado de la calle del canal, y sobre una y otra la sombra del cable, el gancho y su carga, como él péndulo gigantesco de un gigantesco reloj, se mecía en arcos cada vez más amplios por él cielo nocturno de Ámsterdam.



ALISTAIR MACLEAN (Gaélico escocés: Alasdair MacGill-Eain). Novelista escocés, nació en Glasgow en 1922 y falleció en Munich en 1987. Fue autor de varias novelas de ambiente bélico, de suspense y de aventuras, de las cuales las más conocidas son quizás *Los cañones de Navarone* y *El desafío de las águilas*. MacLean también usó el seudónimo Ian Stuart.

En 1941, con 18 años, se alistó en la Royal Navy, prestando servicio en la Segunda Guerra Mundial. Desde 1943, sirvió en el *HMS Royalist*, un crucero liviano que participó en acciones en 1943 en el Atlántico, en 1944 en el Mediterráneo y en 1945 en el Pacífico. MacLean fue licenciado de la Royal Navy en 1946. Estudió en la Universidad de Glasgow, graduándose en 1953. Seguidamente obtuvo plaza de maestro de escuela en Rutherglen.

Mientras estudiaba en la universidad, MacLean empezó a escribir historias cortas para conseguir ingresos extra, ganando una

competición en 1954 con la historia marítima *Dileas*. La editorial Collins le pidió una novela, y escribió *HMS Ulysses*, basada en sus propias experiencias en la guerra. La novela tuvo un gran éxito y pronto MacLean pudo dedicarse completamente a escribir novelas de guerra, de espías, y otras aventuras.

Comparado con otros escritores de su tiempo como Ian Fleming, los libros de MacLean son únicos en al menos un aspecto: la ausencia de sexo y poco romance ya que MacLean pensaba que estas diversiones sólo disminuían la acción. Los héroes de MacLean usualmente son personas cínicas dedicadas totalmente a su trabajo y a menudo tienen algún conocimiento secreto.

La naturaleza, especialmente el mar y el ártico, desempeñan un papel importante en sus obras y usó una gran variedad de regiones exóticas como escenarios en sus libros.

Notas

[1] Señor. **<<**

[2] Raza muy apreciada de perros de caza. **<<**

ÍNDICE